

CHESS

“Un jaque al nuevo orden mundial”

miguel rix

Esta novela, iba a repararla veinte o treinta veces antes de editarla...

Esa era mi intención; pero la cosa se torció (como siempre me pasa).

Ya lo dije en más de una ocasión, que al ser yo mi propio editor, el hecho de reparar una y otra vez lo escrito, tiene evidentes ventajas, pero como supondrás, conlleva serios inconvenientes...

Las ventajas: editar una novela varios meses después de haberla escrito, mejorándola, mimándola, complicando las reflexiones que puedan aparecer entre las páginas, puliendo el estilo, adaptándolo a eso que los académicos, editores, críticos e intelectuales llaman: buena literatura... en definitiva, escribir una historia veinte veces, para que la crítica o el intelectualoide de turno, puedan decir: "la prosa está cuidada, el lenguaje está lleno de matices, y la historia, te atrapa hasta el punto de..."

Los inconvenientes: que no me daría tiempo a hacer tantas cosas como hago, no podría grabar discos, no sería posible disfrutar con mi gente...

Y podría suceder, que entre estas líneas encontraras alguna errata, algún nombre escrito de manera "incorrecta", o incluso alguna falta de ortografía, podrías decir (si fueras un@ de ell@s): "podría haberla repasado, eso no es literatura".

Y es más: Llevarías razón.

Pero yo no escribo para críticos, intelectuales de salón, editores o gente similar.

Yo escribo para contar historias, nada más que para eso: formas noveladas de contar verdades, con personajes que podrás identificar usando la lógica. Y ésta historia, que podría haber pulido hasta la saciedad, decido pasártela íntegra, con todos los posibles "fallos de impresión" que pueda tener (llamémosles así), porque es ahora el momento de hacértela llegar, puesto que en sus páginas descubrirás una forma REAL de cambiar las cosas, de darle una vuelta de tuerca a este sistema que lo creas o no, está manejado por unos pocos amparados en el desconocimiento y la ignorancia generales. Éstos, se hacen llamar "iluminati", y por mi parte, es ahora el momento de hacerles frente con estas páginas, no dentro de unos meses cuando la novela estuviera "al gusto" de editores, críticos e intelectuales.

¿Y por qué?

Porque tienen un plan, y éste se está acelerando gracias a la resistencia contra-informativa desde internet, y es que se dieron cuenta de que ya no pueden parar el movimiento que se esconde entre los miles de datos que navegan por la red. Datos que ellos tardan en localizar, información veraz acerca de sus nombres, planes y estrategias.

Es ahora o nunca, cuando tiene que ver la luz Chess, y me da igual la opinión de los citados anteriormente, puesto que a ellos: que el mundo sea justo, que paren de una vez las guerras por los intereses de unos pocos, que se manipule a toda la opinión pública mundial con patrañas como la gripe A, o con el terrorismo islamista, que la sociedad se haya vuelto imbécil, absurda y manipulable...

A ellos: les da lo mismo.

Los intelectuales de salón, los críticos y los editores, no ven más allá de sus propias narices, y ellos... ¡qué tanto saben!, son los primeros en ridiculizar historias como ésta.

Pero afortunadamente, la información HOY SÍ, está al alcance de tod@s nosotr@s, sólo hay que saber dónde buscar.

Y esta historia es para eso:

Para ayudarte a comprender quiénes están manejando los hilos más allá del bufonesco teatro de la política mundial. Entre ellos, le han puesto un nombre a la consecución de su plan: “Nuevo orden mundial” (te recomiendo que descargues una película “Network” de Sidney Lumet, que ya adevértía de todo esto en los años setenta) .

Y para que te hagas una idea de si lo están acelerando, quieren introducir “micro chips” de control, a través de las “letales” vacunas contra la gripe A, que por cierto, sólo mató a gente enferma con anterioridad, como lo hace la gripe normal todos los años.

NO TE VACUNES, NI TÚ, NI PERMITAS QUE LO HAGAN LOS TUYOS.

¿No me crees?

Sabes lo que pasa... que yo no quiero venderte nada, no soy de una secta, ni siquiera religioso, ni pretendo conseguir seguidores, ni adeptos, ni mucho menos creyentes.

Sólo te voy a contar la verdad usando personajes ficticios, por mucho que te sacuda por dentro, pero tú mism@, podrás cotejarla, ese es el inicio de un camino, y ese camino, se llama rebeldía, se llama aprendizaje, se llama “no creer”, en definitiva, lo puedes denominar con su verdadero nombre:

Libertad.

¿Pero quién dijo, que ésta conllevara implícita la felicidad?

Ese concepto fácilón, dejémoslo para al rebaño, para el creyente, para el consumidor, para el afiliado, o mejor aún, para el ciudadano responsable de esa farsa que ahora llaman: “democracia”.

Dicho todo esto, sabrás disculpar los posibles “fallos de impresión”, que pudieran aparecer en estas páginas, porque al terminar la historia comprenderás la urgencia de editarla ya, y no dentro de...

Sólo una cosa más, los medios de información masiva manipulan la información para que ese rebaño ignorante, se mofe de historias como ésta, de hecho, si por iluminatti fuera, el ciudadano perfecto, sería alguien que no pudiera leer.

Y tiempo al tiempo, porque si miras a tu alrededor verás que lo que acabo de contarte, no es una “flipada” de un conspiracionista más.

Nos queda poco tiempo para desenmascarar a los amos del mundo; pero no tengas miedo, porque lo vamos a hacer, y más allá del sistema monetario internacional, hay otro mundo que habrá que construir para nustr@s hij@s, y ya se está haciendo, te digan lo que te digan a través de las noticias.

Busca, aquí tienes fuentes de sobra para comenzar con ello.

La verdad, es que tendrás que leer íntegra la historia hasta su final, porque ahí se muestran soluciones. Y si quieres esta novela impresa.. ¡tranquil@, que no quiero cobrártela!, tendrás que venir a ver a RIX en directo, porque junto a tu entrada anticipada, te regalaremos este libro en su versión impresa. Así sales de casa, porque imagino que, como a mí, te cuesta cada vez más salir de ella, afuera el control del “gran hermano” reduce tus posibilidades de ocio; pero si no lo hago así, no vendrás a ver el espectáculo que RIX estamos preparando para nuestros directos, plenamente conceptuales.

La verdad no puede permanecer al alcance de unos cuantos “iluminados”. La tierra no puede ser de nadie. Y el estado, debe existir para garantizar la LIBERTAD de tod@s sus miembros. Esa es la antítesis del llamado “Nuevo Orden Mundial”, que es adonde ellos quieren llevarnos. De eso te voy a hablar en las siguientes páginas, de la resistencia, de otras opciones reales.

Lee, aprende, busca, vive, ríe, ama, ama, ama mucho; pero ojo, odia a quien no te permita hacerlo, porque eso de poner la otra mejilla, yo no sé a tí; pero a mí, ya me huele un poco a ovejas, amos y pastores... y hace tiempo que aprendí a no hacerles ni puto caso, si ellos quieren balar, a mí me gusta sacar la cabeza por la ventana y aullarle a la luna llena.

Espero que este libro te aporte algo valioso, en cualquier caso, no dejes que te manipulen y al menos hazte fuerte en eso que llaman “tu destino”, sé tú quien lo escriba, no dejes esa responsabilidad en manos de nadie.

Gracias por comenzar a leer este libro.
Un placer haberlo escrito.

Entre verdes montañas, en otoño de 2.009
Miguel Rix

Y ahora, te dejo con Chess:

Recuerdo que siendo aún muy niño, le pregunté a mi padre:

¿Cómo funciona el mundo?, ¿quién manda realmente? Él puso sobre la mesa un tablero de ajedrez y mientras colocaba las piezas sobre el mismo, me contó lo siguiente:

Hay un señor que juega la partida contra otro, digamos que estos son los que mandan en el mundo, que es el tablero. El resto de la gente, son las distintas piezas. Unos son peones, otros tienen algo más de prestigio y entonces son alfiles, otros también por encima de los peones, son los caballos. Las torres son los más fieros guardianes del reino, y por último: la reina, que mueve como le da la gana, hace lo que quiere dentro del tablero. Como verás los que menos ventaja tienen son los pobres peones. El mundo real, es un gran tablero y las personas somos las piezas. Ese que manda en el mundo es quien maneja toda la partida.

En ese instante, tuve que interrumpirle porque en mi opinión, estaba diciendo una estupidez, así que intenté hacérselo ver:

Vale, supongamos que es así como tú dices, pero porqué la gente real juega a un juego en el que son manejados, ¿por qué no se rebelan contra el que está jugando y le dicen que se sacrifique él mismo o a su propia familia, si tantas ganas tiene de jugar?... -Mi padre me miró sonriendo, y me dijo lo siguiente:-

En este juego, los peones, los alfiles, los caballos y las torres, no creen que haya nadie manejándoles, a excepción de la reina y del rey, nadie sabe que sólo es una partida de ajedrez entre dos señores que se están jugando el mundo. ¿Y sabes por qué? -Yo le hice un gesto con la cabeza para que siguiera con su historia.- ...Porque los señores de todo, los que juegan la partida, han engañado a las piezas haciéndoles creer que ellos no existen. Sólo ve la trampa aquel que abandona el juego y comienza a preguntarse el porqué de esa estúpida batalla. Es entonces cuando empieza a comprender y entiende la verdadera naturaleza de la vida. -Hizo una gran pausa, que yo respeté en silencio- ...Entonces, entenderás que la misión del jugador en el mundo real, es mantener a sus piezas en la más absoluta ignorancia. Cuanto menos sepan, cuantas menos preguntas se hagan, cuanto menos conozcan la verdadera naturaleza de este ajedrez que es el mundo: mejor. Porque así, el jugador podrá seguir jugando su partida, mientras sacrifica al resto en su beneficio y disfrute. Básicamente, el mundo es así, hay unos tipos que juegan sus partidas utilizando a la gente real como simples piezas de ajedrez. Éstos, no creen que nadie esté jugando con ellos, porque han sido enseñados en la creencia de que el mundo es así, y es un invento como Dios, el que piensan, les mueve.

Entonces, quien juega la partida es como un Dios -le dije yo-.

Lo es, mientras los peones no descubran la verdad, mientras no lean, no hablen entre ellos, mientras sigan en la ignorancia y no decidan que no quieren seguir siendo manejados.

¿Sabes?, yo voy a leer mucho y aprenderé mucho de ajedrez -como hice desde aquel día-, porque no quiero que nadie juegue conmigo.

Nadie debería jugar con nadie -matizó mi padre-.

Bueno, eso que lo decidan ellos -a mí, entonces, sólo me preocupaba que no lo hicieran conmigo-. Yo no voy a ser una pieza en ninguna partida de ajedrez, ¡no!

Pues tendrás que aprender mucho.

Lo haré -contesté muy seguro-... Oye...

¿Qué? -preguntó mi padre.

Enséñame a jugar al ajedrez...

Yo puedo enseñarte a mover las piezas, pero si quieres saber jugar bien, tendrás que leer libros de los grandes maestros.

¿Tienes alguno? -en ese instante, mi padre se levantó, se fue de la habitación en la que nos encontrábamos y al poco rato, apareció con un libro- ...Toma -me lo dio-, es para ti

Ricardo Aguilera –leí el nombre de su autor que destacaba sobre los lomos de aquel libro-
¡Voy a aprender a jugar muy bien al ajedrez!.
Pero no olvides nunca que sólo es un juego, también tienes que aprender acerca de otras cosas para que nadie juegue con tu vida.
Lo haré –contesté, de nuevo muy seguro de lo que estaba diciendo-.

Tan seguro lo dije, que a partir de aquel instante llegué a obsesionarme con eso de “aprender”. Tenía nueve años, cuando comencé a interesarme por la ciencia y por los libros y desde entonces, jamás he dejado de leer: de aprender.

PARTE I

Kasparov

*“Cuando ustedes ven una posición,
se preguntan qué puede suceder,
qué sucederá.
Yo, lo sé”.*

José Raúl Capablanca

Cuando era niño

Mi padre trabajaba abajo, en la tienda. La luz se me escapaba a cada segundo, iba persiguiéndola, no había otra forma de proceder.

El crepúsculo se llevaba mi tiempo de lectura, me lo robaba, y tenía que cerrar el libro, con los ojos fatigados por el exceso de horas acumulando historias, aventuras, teorías fantásticas, disparatadas o simplemente imposibles, sobre cualquier tema, según estuviera leyendo una u otra novela.

Era invierno, el final de un largo, gris y frío invierno. Decían los viejos del lugar, que hacía más de veinte años que no veían tales nevadas.

Pero aquella tarde de principios de marzo, el sol había clamado venganza y las vidrieras de la parte superior de la casa, eran el último vestigio de su victoria. Amparado tras ellas, terminaba con las páginas de “El corazón de las tinieblas”. Justo cuando el barco huía de los dominios del demente Kurtz, comencé a notar la falta de luz, la derrota inequívoca de la estrella que nos da vida. Esta vez, ante su enemiga más apabullante: la oscuridad de la noche.

Pero yo no podía dejar ese libro sin final, debía adentrarme en el corazón de esas tinieblas, que poco a poco, iban dejándome a oscuras y sin el ansiado final de aquella historia tan extraña.

Papá seguía abajo, aún faltaba un rato para que cerrase la tienda, así que cuando no quedó ni un solo rastro del sol y las ventanas se metamorfosearon en agujeros negros e insondables, arriesgué mi libertad aun sabiendo de ante mano, que el castigo sería aún más duro en caso de ser descubierto, y sin hacer el menor ruido bajé las escaleras de madera, con cuidado de no molestar a ningún viejo escalón. Me escondí tras la puerta que daba acceso a la tienda, un pequeño tragaluz en su parte más elevada permitía que la luz proveniente del lugar de trabajo de mi padre, hiciera de improvisado foco, y así comencé con el final de aquel extraño viaje por el río Congo. El capitán Marlow, mentía a la prometida de Kurtz... “Claro que sí, ¿cómo decirle la verdad sobre Kurtz?” pensaba, en el instante en que la débil luz que alumbraba el final de mi libro, se multiplicó hasta la ceguera justo cuando papá, abrió la puerta y me descubrió.

No le había escuchado venir hacia mí, me había despistado y en aquel instante, me molestaba más el hecho de haber cometido ese error, que el castigo que me esperaba por haber sido descubierto “in fraganti”.

¡Otra vez! –mi padre gruñó al descubrirme leyendo tras la puerta. Pero como de costumbre, se detuvo, me observó con su habitual actitud solemne, y pasados unos instantes en los que yo mentalmente maldecía una y mil veces mi tremendo despiste, ¡ese infame error!, comenzó a dictar su sentencia, la cuál, ya suponía: - ...Bien, visto que no eres capaz de cumplir un castigo...

No puedo quedarme sin saber el final... ¡por favor, papá! –supliqué.

No. –Sentenció, estirando su brazo hacia mí... ¡Dame el libro!, no puedes leer todo lo que cae en tus manos...

Pero ¿por qué? –protesté enabietado sin darle el tomo de Conrad.

Primero: porque descuidas tus estudios, y segundo: porque sólo tienes once años, ¡Por Dios!... ¡tienes que jugar con otros niños de tu edad!

¡Pero si son bobos! –le chillé intentando en vano no llorar.

Yo tengo que estar aquí todo el día –se refería a su trabajo en la tienda. Mi casa era también una librería- ...Pero tú, ¿por qué no sales de vez en cuando?

¿Y adónde voy? –le dije entre lágrimas que al llegar a mi garganta, me dejaban un regustillo salado... ¡No me gustan los niños de mi edad!

¿Y las niñas? –En ese instante, mi padre consiguió quitarme el libro por fin.

Las niñas son peores que los niños... –yo me quedé sentado en los mismos escalones donde había sido descubierto, y mi padre al verme allí, ocupó el peldaño inferior. Seguimos hablando sentados en las escaleras- ...No hablan más que de tonterías, yo intento contarles cosas. Les hablo de las historias que leo y me miran como si fuese un marciano.

Pero, ¿de verdad les cuentas historias?, o ¿estás callado sin hablar con nadie?

¡Qué sí, papá! –le mentí. Y él, que nunca fue imbécil, no se dejó.

¡Venga ya! –en ese instante me miró a los ojos, y yo los bajé porque no podía seguir engañándole- ...Mira Fausto, ya sé que la mayoría de la gente parece idota, pero eso es porque están “actuando”. Todo es un teatro.

¿Cómo que todo es un teatro?

Sí, quiero decir que no puedes juzgar al resto de los niños de tu colegio, por sus formas de actuar cuando se relacionan –mi padre se quedó pensativo y permaneció en silencio unos segundos. En el fondo, y eso lo supe más adelante, a él le pasaba un poco lo que a mí y tampoco era el vivo ejemplo de un ser social- ...La gente –dijo como saliendo de un trance-, no tiene nada que ver con lo que aparentan ser cuando forman un grupo.

No te entiendo, papá –Se estaba liando, sin embargo, en ese instante supe que estaba de mi parte, y que él sufría de mi misma dolencia: la independencia.

Digamos que si no quieres estar solo como yo, debes conocer a la gente individualmente, fuera de sus grupos, a solas, tú no eres de los que se “acoplan” a pandas...

¡No!, ¡nunca! –me reafirmé-.

La gente finge en las pandas, hacen sus papeles: hablan de las tonterías que están de moda. Unos son los machitos, otros los tontos de los que el resto abusa, unas actúan como si fueran princesitas y otras juegan a juegos que tú no entiendes. Por eso dices que parecen bobos, pero esas mismas personas pueden ser muy interesantes si les conoces fuera de sus pandillas.

¡Están mal de la cabeza! –le dije muy seguro-.

¿Y tú, qué? –y me agarró con suavidad la barbilla, girando mi rostro para enfrentar mis ojos a los suyos-, ¿Estás bien?

Yo sí papá, yo no tengo ningún problema... –al fin me miró de forma menos firme, así que aproveché-... ¡Déjame terminar el libro!, ¡por favor, papá!, ¡te prometo que es el último que leo... –dudé, no fuera arrepentirme después- ...esta semana!, ¡el último de la semana, te lo juro! –Era débil, y él lo sabía. “Bien”, pensé al sentir el libro de nuevo en mis manos-...¡Gracias papá!, ¡te juro...!

No me jures nada –me interrumpió levantándose de nuestro improvisado lugar de reunión en medio de las escaleras- ...Acábalo y ya te daré yo el siguiente.

Tengo algunos que quiero leer después de éste.

No, me vas a dar los libros que has afanado de la tienda, y yo voy a ser “la censura” –gritó impostando la voz, ambos nos reímos.

Papá Torquemada –grité y le seguí hacia arriba... ¡que no me deja leer nada!

¡Ya!, muy gracioso –y accionó el diferencial de la luz de la parte superior de la casa.- ¿Así que no vas a dejar de leer, ni quitándote la luz de arriba?

Si me quedo sin visión, y tienes que gastarte una pasta en unas gafas de culo de botella, será culpa tuya –la planta superior de la casa, hacía las veces de vivienda, y en aquel instante las tinieblas nos abandonaban, todo era luminoso- ...¡Qué diferencia, papá!

Si es que no puedes leer lo que te de la gana todo el rato. Te lo digo en serio Fausto, ¡dejémonos ya de chorradas!

¡Vale! –dije con convicción, realmente hablaba en serio- ...Acabo el de Conrad, y hasta que tú no me des otro, no leo nada más.

Y te buscas un amigo, o una amiga, ¡me da lo mismo! –yo le miraba justo enfrente suyo, y una vez terminó, le tendí mi mano y dije:-

¡Hecho! –él me dio la mano al tiempo que me miraba con una mezcla de desolación y orgullo, difícilmente describibles. Pero ante todo pronóstico, mi padre ejerció su patria potestad con una severidad que no había previsto:-

Y para que cumplas con tu parte del trato, te quedas con el final de “El corazón de las tinieblas”, y me das el tablero de ajedrez para que yo lo guarde, hasta que vea que estás cumpliendo con lo pactado.

¡No es justo! –protesté sin esperanza alguna, y me fui corriendo a mi habitación. Al poco rato, volví con mi ajedrez y sin mirar siquiera a mi padre, lo dejé junto a él y me fui para encerrarme.

¡Es por tu bien! –gritaba papá desde el otro lado de la puerta cerrada. Yo, que respiraba furioso, sólo dije para terminar con aquello:-

¡Ya!.

Mi padre era librero, viudo, y un hombre muy culto y demasiado solitario. Si algo heredé de él, son los dos últimos adjetivos. La cultura se la debo a él en su mayor parte, y la soledad, simplemente es parte de mi trabajo.

Me presento: mi nombre es Fausto, soy físico. Y hoy, veintiséis de junio de dos mil nueve, cumpliré cuarenta años.

Pero no nos adelantemos, sigamos el curso de mi vida para que entiendas mejor la importancia que para mí tiene el día de hoy.

La relación con mi padre siempre había sido muy especial. Él era mi mejor amigo, mi maestro, un modelo de integridad para mí. Si bien no era un tipo demasiado social ni comunicativo, conmigo era distinto. Ambos compartíamos un mundo privado en el que los libros, el ajedrez, la metafísica y la ciencia, nos mantenían en una constante y extraña ocupación. Después de la muerte de mamá, se había encerrado en su pequeño mundo de libros y poco a poco, se fue construyendo un abismo entre el mundo real y el nuestro, sin apenas darnos cuenta.

La afectividad era algo innecesario entre nosotros, no teníamos necesidad de ella, y nuestra relación se parecía más a esas que debieron mantener maestros y aprendices en la Grecia antigua, que a la que realmente nos unía como padre e hijo.

En el fondo, no le preocupaba en absoluto que yo pudiera descuidar mis estudios. Él sabía que yo cumplía con los exámenes, aun con el mínimo esfuerzo, conseguía sobrellevar las asignaturas y pasar fácilmente de curso. En ciencias era distinto, en matemáticas, en química, pero sobre todo en física, obtenía siempre calificaciones sobresalientes, así que realmente no sentía una especial preocupación por ello.

Mientras el resto de los niños jugaban a juegos estúpidos, yo traducía el mundo en su lenguaje numérico. Así aprendí a evadirme de ellos, y esa es quizá, la única razón para contar esta historia mía, tan insulsa a primera vista.

El ajedrez, es simplemente un reflejo del universo, sus posibilidades son infinitas, y no hay partida que pueda repetirse de forma espontánea. Los grandes maestros, combinan estrategia con matemática. Cuanta más lógica, mejores resultados.

No hay juego en el mundo que pueda compararse al ajedrez. En él, el azar no existe, sólo dos mentes enfrentadas, dos formas de comprender su universo.

Pero volvamos a mi padre.

Lo que verdaderamente le preocupaba, era que no le tuviera más que a él como amigo. Esa era su auténtica frustración, porque en el fondo, esa carencia de contacto con el resto de la raza humana, era algo que él había elegido al conocer a mi madre. Más tarde enviudó, y se quedó sin esposa y sin ganas de relacionarse con la gente más allá de su trabajo como librero. Pero no quería aquella vida para su único hijo. Según sus palabras, "yo sufría las consecuencias de su aislamiento voluntario".

De todas formas, a mí me daba igual, me gustaba la vida en casa junto a él. Me encantaba bajar a hurtadillas a la tienda y sin que se diera cuenta, coger libros con títulos sugerentes y subírmelos a la habitación, donde los escondía sobre el armario, bajo la cama, en la caja de los zapatos... en cualquier lugar, hasta poder leerlos, y entonces los devolvía a su sitio. Por supuesto, me pillaba casi siempre, y a veces, como acabo de contar, me castigaba sin luz por ello.

Aquella fue, sin duda alguna la mejor época de mi vida. Con papá se podía hablar de todo y no había que cumplir con un estúpido rol.

Con el resto, siempre fue distinto. Recuerdo que por esa época, el director de mi colegio le llamó, porque quería hablarle de mí.

Don Matías le había llamado para hablarle de mi falta de adaptación con el resto del alumnado. Le dijo que no debía leer libros para mayores: "A pesar de que su hijo tenga una inteligencia superior a la del resto, las lecturas que elige le distancian mucho del objetivo de nuestro plan de estudios...". Objetivo, que no era otro que la doma y la integración del individuo dentro de ese granítico concepto de "masa", para seguir uno de los caminos propuestos por el sistema educativo, trasformándolo en un engranaje específico dentro de una gran máquina, en la que ninguna de sus piezas conoce la totalidad de su funcionamiento. Un sistema educativo que pretende crear partes aisladas de un gran mecanismo. Cuanto menos se conozca acerca del funcionamiento global, mejor para el sistema. A esto, algún listo lo llamo especialización, cuando en su lugar tendría que haber dicho: "aborregación".

Por el contrario, mis lecturas, que de no haber vivido encima de una tienda de compra venta de libros nunca hubieran sido tan dispares, me conducían por un universo leonardino, en el que todos los saberes, todas las historias, todos los libros que allí podía afanar y subir a mi habitación, me mostraban todo lo contrario a ese camino que intentaba trazar el sistema educativo por y para mí, y así nadie tutelaba la información que iba yo recibiendo y asimilando con tan corta edad.

El invierno se moría, y yo esperaba junto a mi padre, en la antesala del despacho de Don Matías. Corría el año ochenta y dos, en el que los seres amaestrados estaban pendientes de la gran cita que iba a tener lugar en mi país en aquel próximo verano, el mundial de fútbol.

El director, abrió la puerta y nos invitó a tomar asiento frente a su gran mesa.

Mientras ambos hablaban, yo bajaba la cabeza y aguantaba el chaparrón. De vez en cuando Don Matías se dirigía a mí, sacándome de una especie de sopor en el que había caído en

aquellos instantes, y por supuesto, yo contestaba en la forma más conveniente para poder acabar con todo aquello: “No, Don Matías, no voy a seguir leyendo esos libros”, “Sí, Don Matías, lo primero va a ser aprobar el curso”, “Sí, Don Matías... No, Don Matías”... Por fin terminó conmigo, parecía satisfecho. Mi padre no las tenía todas consigo. Él sabía que ninguna de mis respuestas había sido sincera, pero tampoco tenía una varita mágica con la que “enderezarme” mediante un simple hechizo. Además, dudo mucho que hubiera querido hacerlo.

Cuando dejé de ser un niño

Para alegría de mi padre, encontré un amigo. Se llamaba Pedro. Por supuesto, jugaba al ajedrez y le interesaba mucho la historia. Mejor dicho, la historia que no se cuenta, como él mismo la llamaba: la contra-historia.

Siempre competíamos: en el ajedrez, en la ciencia y en el resto de conocimientos. Ambos éramos altivos, solitarios y orgullosos, así que pasábamos mucho tiempo juntos investigando sobre cualquier duda que la vida nos planteaba.

Teníamos la tienda de papá como nuestra particular biblioteca, “Vamos a Alejandría”, era nuestra forma de referirnos a aquel lugar al que acudir en busca de fuentes de conocimiento que demostraban una y otra vez, que eso que Don Matías denominaba con el rimbombante nombre de “plan de estudios”, no era sino una verdad correcta, oficial y reducida. Pedro, por su parte, aportaba el ático de su casa, adonde su padre le había instalado un magnífico laboratorio al que íbamos a “experimentar”. Sus padres tenían más dinero que el resto de la gente que podía conocer. Por entonces, lo aprovechamos bien.

Allí descubrimos que más allá de la física y de la química, y de todo su lenguaje numérico y abstracto, está la naturaleza, y una infinidad de modelos que se repiten en todas sus creaciones. Mi obsesión era descifrar esos modelos, entender en su plenitud un lenguaje universal, con el que obtener la respuesta a la única pregunta que nos queda antes de dejar esta vida: “¿Ahora, a dónde voy?”

Pedro, comenzó a interesarse por la “verdad del nazismo”, y claro, yo me interesé con él. Recuerdo que recopilamos (o como hubiera dicho papá: afanamos) varios libros que contaban más acerca de este nefasto gobierno. Descubrimos muchísima contra-historia (normalmente historia re-escrita, censurada o simplemente borrada), pero ambos quedamos admirados del avance tan desproporcionado que llegó a alcanzar el nazismo, con respecto a las potencias de entonces.

Cada vez que nos interesábamos por un tema, lo hacíamos en profundidad y así podíamos pasar meses dedicados en cuerpo y alma a leer entre líneas la historia, a quitar paja, a ir dando con los nombres clave, y así Hitler, nos llevó a Goebbels, a Himmler...

En ciencia descubrimos a Von Braun, y al siniestro Mengele. Yo le seguí el rastro al primero, y Pedro lo hizo con el segundo.

Ambos decidimos en aquella época que los que manejan el mundo no debían ser tan listos, porque a poco que buscásemos, siempre dábamos con esa “contra-historia”.

Supongo que sabrás, que Von Braun fue el desarrollador de las bombas V 2 alemanas, y que misteriosamente no fue juzgado en los juicios de Nüremberg-. Años más tarde, desarrolló para la N.A.S.A. el primer cohete que llegó a la luna.

Pedro me preguntaba impostando la voz: “¿Quiere usted que le juzguemos por crímenes de guerra, o prefiere trabajar para nosotros?” ...-Yo, le respondía imitando el maquinales acento alemán-: “No sé, no sé, quizá prefiera trabajar para ustedes”.

Con nuestra investigación descubrimos que toda la posterior manipulación de masas por parte de los gobiernos posteriores, poderosamente democráticos, se basaba en patentes nazis. El desarrollo de la industria espacial y armamentística, comienza desde aquella dictadura, y la historia oficial obvia este dato. Y así, una mayoría puede seguir creyendo en los conceptos “buenos y malos”.

La base de nuestra amistad, era que Pedro y yo no creíamos en estos conceptos tan simplistas. Ambos teníamos alma de científicos y espíritu de hombres de letras, que siempre dudaban de todo lo no contrastado.

La versión oficial de Don Matías y sus brillantes planes de estudios decía: “el ejército Nazi utilizó una tecnología armamentística muy desarrollada.”. Pero no profundizaba añadiendo: “ellos fueron los pioneros en el control mental por ultrasonidos”, hecho con el que dimos Pedro y yo.

Más ejemplos... las clases de historia seguían: “La guerra de Vietnam fue la primera contienda en la que los Estados Unidos fueron derrotados”. Nosotros investigábamos y las clases cambiaban de temario dejando una idea errónea, “retocada” y “lavada”, como germen de “realidad” en la mente del resto de los alumnos. Y más tarde descubríamos la verdad, siempre lo hacíamos. ¿Por qué no hablaban de toda la gente que en aquella época en Norteamérica pedían que se investigase la causa de esa guerra absurda?. La historia oficial sólo te hablaba de datos, de cifras, de perdedores, ganadores, número de muertos, fechas y lugares.

Pedro y yo dimos con nombres, y tuvimos que hacernos preguntas: ¿Cómo es posible que en Vietnam no pudieran ganar los yankees?, ¿y si no querían ganar?. Leíamos, y no entendíamos tantos años gastados para nada, hasta que no sé si fue Pedro o fui yo, pero alguno de nosotros dijo: “Esa guerra fue una excusa para eliminar negros en América, para fabricar armamento y ganar dinero con ello, y sobre todo, para experimentar con nuevas armas”. Y en este punto, comenzamos a relacionar, y “los malos” (antiguos nazis) de la guerra anterior, trabajaban en esa época para el ejército yankee, y así experimentaron entre los mismos soldados americanos con drogas de control mental; la famosa “escalera”, que convertía a gente corriente en asesinos en serie, las radio frecuencias que alteraban la mente de vietcoms y charlies, sustancias químicas que lo arrasaban todo a su paso, como el agente naranja y por supuesto, el napalm.

Nazis trabajando para Norteamérica, ¡Qué curioso!

Años después, descubrí un proyecto de la inteligencia estadounidense llamado MK-Ultra, basado directamente en estudios de la época nazi. Se experimentó en Vietnam, y más tarde, podría llegar a explicar esos magnicidios en los que los asesinos siempre oían voces.

Cuando no conocíamos MK-Ultra, Pedro y yo nos preguntábamos como científicos, como buscadores de la verdad: “Todos escuchan voces: el asesino de Lennon, el supuesto loco que acabó con Kennedy, etc. ¿Si utilizáramos determinadas frecuencias, infrasonicas o ultrasónicas podríamos inducir en la mente de alguien una determinada idea?, ¿podríamos

alterar su estado de ánimo, o en última instancia, seríamos capaces de hacerle escuchar una voz?”.

Todo esto nos llevó al laboratorio. Los padres de mi amigo disponían de una elevada posición social, y cualquier aparato que necesitáramos, o bien lo diseñábamos nosotros mismos, o Pedro se lo pedía a sus padres, éstos, creyendo que era por el bien de sus estudios, lo conseguían en pocos días.

Teníamos unos catorce años. La gente del colegio andaban los unos tras las otras, y las otras jugaban al estúpido juego de hacerse las mayores. Pedro y yo, afortunadamente no necesitábamos de aquello, aunque en el fondo buscábamos lo mismo que el resto de nuestros compañeros de clase. Sólo que nuestro método de contacto era el conocimiento.

Siempre nos fijábamos en la misma chica, en esa que también estuviera al margen de los estúpidos pavoneos de todos los adolescentes estandarizados.

Pasamos unos meses generando ruidos estáticos, constantes y a distintas frecuencias. Habíamos habilitado un sillón rodeado de altavoces y ensayábamos con nosotros mismos, hasta que aparecía alguna chica digna de ser invitada.

Recuerdo una época en la que subimos a una tal Teresa, y Pedro y yo olvidamos el motivo de nuestra investigación. Pasamos aquellos días compitiendo a ver quién era el primero en generar la “frecuencia del placer”. Quien diera con ella, sería quien se quedara con la chica. La pobre Teresa, pasaba horas sentadas en el sillón, con los ojos vendados, escuchando zumbidos maquinales de forma constante. Le hacíamos anotar sus sensaciones, pero jamás escribío: “placer sexual”, que es en lo que se convirtió aquel experimento, en que Pedro y yo nos quedamos sin la chica, cuando ella misma se aburrío de que ninguno de nosotros le dijéramos así, de forma directa: “Oye, me gustas”. Y al final, Pedro y yo discutimos y abandonamos el proyecto “Mentality Pleasure”, como lo habíamos denominado.

No obstante, sí obtuvimos algunos resultados que más tarde me sirvieron de mucho en mis futuras investigaciones. No llegamos a producir placer, pero sí malestar, náuseas, mareos, pérdida del control psicomotriz, desequilibrio corporal, etc.

Pero ninguno conseguimos a la chica.

A “Alejandría” no sólo acudíamos a por los libros técnicos necesarios para el laboratorio, sino que íbamos devorando distintas novelas, que nos recomendábamos el uno al otro. Autores que nos llevaban a otros, teorías que volvían a dejarnos en la cabeza más preguntas: Orwell, Huxley, Nietzsche, Unamuno, J. J. Benitez, Asimov, Follet, Bradbury... Todos ellos confirmaban nuestras sospechas: alguien había estado re-escribiendo nuestra historia, quitando partes políticamente incorrectas. Entonces no sabíamos quiénes eran, pero sí sus propósitos, eso lo teníamos clarísimo.

Y siempre estaba Don Matías, para demostrarnos que el sistema educativo no quería que nos hiciéramos ciertas preguntas. Y así nadie respondía cuando Pedro o yo mismo, preguntábamos: “¿Por qué se habla tanto de Roma, y sin embargo de Grecia no dicen gran cosa acerca de la cultura minoica?”, o “¿La reconquista de la península, no fue una excusa para acabar con la ocupación pacífica de una cultura bastante más ilustrada que el cristianismo de aquella época?”.

“Atente al temario”, repetía una voz que aprendimos a no escuchar.

Dedicábamos un día a la semana a estudiar las partidas de los grandes maestros del ajedrez. Mi favorito, siempre fue Kasparov, era la perfección, la agresividad y el fuego dentro del

ajedrez. Pasábamos horas siguiendo las jugadas de los grandes y planteando alternativas para cada movimiento. Descubrimos que en cierta forma, hay infinidad de universos distintos, paralelos si se prefiere, tomando una u otra alternativa.

Pero como todo lo bueno se acaba, la familia de Pedro se mudó y en poco tiempo perdimos todo el contacto.

Papá y yo volvimos a pasar mucho tiempo juntos.

Cuando comencé las clases en la facultad de física pasé una temporada en cama por una gripe muy fuerte. El último día de convalecencia, mi padre me llevó a su cuarto y abrió un mueble antiguo en el que guardaba sus libros favoritos, esos que nunca me había dejado tocar. Para mí, esos libros eran una especie de mito, y en palabras de mi padre eran: “Imprescindibles”.

Recuerdo que me llamó, y fui a su cuarto. Allí me dijo:

“Es momento de que leas ciertos libros que guardo en mi biblioteca personal. Yo creo que ningún hombre debería dejar de aprender con estas historias. Casi todo es filosofía, aunque también tienes novelas, ensayo e historia.

Con la ciencia descubrirás que hay un lenguaje universal para la naturaleza, lo desentrañarás; pero al conocimiento del ser humano no se llega a través de la ciencia, sino del alma. Y eso, Fausto, es lo que te entrego: las almas de los grandes, que jamás morirán, pues su obra supera las fronteras de la muerte. Te dejo a los grandes: lo que pensaban, lo que dejaron escrito y que ningún colegio o plan de estudios, te va a recomendar. No debes descuidar tu cultura personal, por mucha ciencia que aprendas. No caigas en el error de esos científicos que alardean de saberlo todo. El universo es demasiado complicado como para interpretarlo únicamente con fórmulas”.

Desde entonces, dejaron de ser “sus tesoros” para ser los míos.

Finales de los ochenta. Y mi país, dejó de serlo para formar parte de una trampa a largo plazo llamada “Unión Europea”. Ahora sé que aquella unión, formaba parte de un gran plan trazado por gentes muy poderosas, cuyas caras jamás llegan a ver la mayor parte de los seres humanos. Una gran mascarada que ocultaba planes de futuro, de los que entonces, nadie sospechó. Y los primeros bufones en aquella gran farsa, fueron los miembros del partido socialista de entonces.

En aquellos tiempos, mi padre y yo, acompañados por un nuevo amigo de la facultad, Jaime, habíamos instaurado una especie de tertulia casi todos los sábados tras cerrar la tienda al público. Comíamos juntos y al terminar, tomábamos té escuchando discos que mi progenitor atesoraba como si de joyas se tratasen.

El jazz y la política eran los asuntos sobre los que gravitábamos. Algunos días, Jaime exponía sus extravagantes teorías para un aspirante a físico como él, y hablaba sobre los extraterrestres, que él identificaba como esos “ángeles” o Elohim, como los llamaba el antiguo testamento. Mi padre desmontaba una a una sus teorías. O al menos, yo lo creía así entonces...

¿Y si los ángeles no hubieran sido sino alienígenas, y ellos fueran los auténticos creadores de la raza humana? –retaba Jaime a mi padre.

Podría ser, de hecho los Elohim parecen avalar esa teoría, ¿verdad?

Por eso se lo digo –respondió Jaime, muy contrariado de que él supiera acerca de aquella historia bíblica- ...Como veo que usted debe conocer, éstos “seres” vinieron de las estrellas, del cielo y...

Sí, amigo Jaime –le interrumpió, cosa que molestó mucho a mi amigo, que torció la expresión de su rostro que se llenó de cólera contenida-... Pero antes que los Elohim, deberías investigar acerca de los Annunaki. Teorías, que únicamente deben llevarnos a cuestionar las religiones. A no ser que decidas dedicar tu vida a la antropología, o en última instancia a la parapsicología... ¿Es ese tu caso?

De ningún modo –resolvió el otro muy dolido y bastante molesto. Mi padre quiso destensar la charla poniéndonos un disco.

El vinilo se muere, muchachos...

Recuerdo que mientras Jaime seguía en silencio, sin duda alguna despechado con el varapalo que acababan de propinarle, mi padre comenzó a hablarnos sobre los discos de vinilo, mientras sacaba uno de su funda transparente, le pasaba con extremo cuidado un cepillo para quitarle el polvo, lo colocaba sobre el gira discos, deslizaba la aguja con suma precisión y accionaba el movimiento del tocadiscos. Entonces sonó el saxofón de John Coltrane. Mi padre volvió a su sillón, que se encontraba enfrentado a otros dos ocupados respectivamente por mi amigo y por mí, y que a su vez circundaban una pequeña mesa de té, según él, pieza exclusiva de una antigua colección de muebles británicos de la época victoriana.

Ahora, pretenden vendernos el compact disc, como el máximo exponente de la perfección sonora –prosiguió nada más comenzar el disco de Coltrane.

Hombre... –Jaime, que seguía molesto con él, tomó la palabra para contradecirle-, Según dicen, la calidad del sonido es inigualable. Y además, no se rayan... no hay que estar en contra del progreso.

“Según dicen, según dicen”...Estupideces, no creas una sola palabra de esos tipejos –en referencia a la publicidad, que intentaba vender el CD como el futuro-, ya sois lo suficientemente mayorcitos como para dilucidar qué es publicidad y qué es información veraz y útil.

El espectro de frecuencias es menor en el disco compacto –dije yo, así de repente. Había estado leyendo sobre el tema, a diferencia de Jaime que hablaba simplemente por lo que había escuchado desde la publicidad, que nunca puede ser considerada como fuente de información -.

¡Tonterías! –fue la respuesta de mi compañero de facultad, a quien no le gustaba que le llevaran la contraria, y mucho menos tantas veces en tan poco espacio de tiempo-.

De tonterías nada, Fausto lleva razón –protestó papá.

Sí, porque en el compact disc se eliminan parte de las frecuencias que un vinilo reproduce –añadí yo–.

Sí, por ejemplo el ruido –Jaime utilizó la ironía como defensa.

Por ejemplo... –padre, tomó la palabra- Pero ese ruido lo provoca la falta de cuidado en el disco o en la aguja. Sin embargo, con un buen equipo como éste –dijo señalando su amplificador, su gira discos y los dos enormes bafles que llenaban la estancia con el alma de John Coltrane-, y no dejando que se acumule el polvo, las frecuencias en agudos siempre sonarán mucho más nítidas que en un soporte digital como el compact disc. –Jaime no dijo nada más acerca del tema, y mi padre siguió con su explicación -. Fausto lleva razón, la tecnología CD, tiene que “comprimir” el sonido para llevar todas las frecuencias audibles hasta su límite, por ello lo venden como sonido perfecto.

No entiendo –interrumpió mi amigo, que no sabía por dónde atacar.

Te lo explico yo -tomé la palabra-, que he leído sobre el tema. El vinilo reproduce tal cual una sesión sonora. Sí, es cierto que hay ruido, pero es que en la vida también lo hay. En el caso del compact disc, todo suena “al límite”. Cada frecuencia es “comprimida”, esto es, se la corta por arriba y por abajo, y una vez “sin ruidos”, se la maximiza artificialmente para que todo “suene” alto.

Pero, escucha –mi padre, se refería a Coltrane, que en ese instante hacía sonar su saxo con una sutileza que rayaba el silencio, y sin embargo era parte insustituible en aquella pieza que ejecutaba para nosotros aún después de su muerte física-. En los compact disc, esa diferencia de volumen con la que han jugado todos los grandes genios de la música, que no recuerdo ahora como se llama técnicamente...

Dinámica –le apunté.

Eso es, pues con eso que Fausto llama comprimir las frecuencias, se acaba con la magia de piezas como ésta que escuchamos ahora, se pierde ese feeling.... ¿entiendes, Jaime?

Bueno, yo prefiero perderme el sonido de la aguja cada vez que el disco da una vuelta –él no las tenía todas consigo, con aquello de la dinámica y la compresión, y seguía viendo en los CD’s la panacea de la perfección sonora, aunque más adelante cambiara de opinión-, además yo prefiero la música más rockera, Hendrix, Zeppelin, Pink Floyd...-pero no se dio cuenta de que mi padre, le había perdido el hilo a su lista, a él no le gustaban esas bandas, y cambió radicalmente de tema, ante la desesperación de mi amigo-.

Vivimos una época extraña –dijo, recostándose en el sillón. Yo le escuchaba atentamente, se había convertido por méritos propios en un orador al que daba gusto escuchar, pues si algo había hecho durante toda su vida, fue leer y leer y escuchar jazz. Lo curioso, es que todo lo leído y lo escuchado, jamás lo había compartido con casi nadie, salvo con mamá y conmigo...-Y esta época es extraña, porque estamos entrando muy deprisa en un nuevo orden mundial. Un país como el nuestro, que tras siglos de decadencia culminados por una dictadura retrógrada y vergonzosa, vuelve a un mundo que ha seguido su curso, al margen de la realidad española, anquilosada en los antiguos principios del catolicismo, la manipulación y la tiranía. Y ahora, de repente tenemos un gobierno socialista, y entramos a formar parte de un concepto irreal llamado “Unión Europea”. Chicos, es una transición demasiado rápida como para asimilarla en su plenitud. Dentro de poco... ¡y fíjaros en los que os voy a decir!, viviremos en un país en el que gobernarán las empresas multinacionales que nos mentirán con todo, como con la perfección del Compact Disc, y manipularán a las gentes a base del consumismo, de la bonanza económica y de la globalidad de los gustos inducidos por los sistemas de comunicación masiva.

Como en 1984 –dije en referencia al libro de Orwell, que por entonces, ya había terminado de leer por tercera vez.

Algo parecido –papá celebró mi matización. Incluso Jaime lo hizo, pues era él quien leía entonces el libro de Orwell, que yo le había recomendado hasta la saciedad. De hecho fue la referencia a este autor, lo que le hizo olvidar su cabreo.

Pero, yo creo que un gobierno común y europeo, en cierto sentido es bueno –dijo al fin-

Independientemente de lo que tengas o no que ver tú con un alemán o un francés, ¿quién crees que debe gobernar un país, una región o un pueblo? –Jaime no respondió, así que él siguió con su exposición-. Querido amigo, si dejas tu gobierno en manos de gentes que viven a mil kilómetros de los problemas a los que tendrán que hacer frente al gobernar, irremisiblemente, no los tendrán en cuenta a la hora de tomar las decisiones que deberán adoptar ante cualquier asunto. Por ejemplo, en breve veremos cómo se transforman las economías de lugares que llevan viviendo de lo mismo desde hace siglos. La leche en el norte, las naranjas en levante, etc. Si tienes que gobernar un macro país, en el que distintas regiones se dedican a las mismas actividades y de repente aplicas a todo ese territorio la ley del libre comercio, ¿crees que seguirán produciendo leche en Asturias, podrán competir en precios con la producida, por ejemplo, en Italia?...

¿Por qué no? –intervino mi compañero-, tendrán que mejorar sus sistemas productivos, hacerse más competitivos.

Su padre es economista –le recordé a mi padre, que le miraba de forma extraña.

¡Acabáramos! –exclamó papá, como si hubiera dado con la clave de un gran enigma-...¿Y eso es lo que te ha dicho tu padre? –le preguntó.

Sí, él afirma que la entrada en la Unión Europea, va a conllevar cambios y sobre todo, progreso. En definitiva, que España va a tener que adaptarse a las normas comerciales que rigen en casi todo el mundo, y a la larga, saldremos ganando con ello.

En ese nuevo orden mundial del que antes te hablaba, querido amigo –mi padre le interrumpió y tomó la palabra, el disco de Coltrane había llegado a su ecuador. Mientras ellos se enzarzaron en aquella nueva discusión, yo me levanté para darle la vuelta y que sonara la cara B- ...Gracias, Fausto –A papá, mi gesto no le pasó desapercibido y volvió a sentarme lleno de satisfacción- ...El tiempo me dará o me quitará la razón, eso ya lo veremos. Pero mi opinión es que hemos entrado de lleno en el capitalismo puro y duro.

No estoy de acuerdo con usted, –protestó Jaime- porque nos gobierna el partido socialista, y el capitalismo es su sistema antagónico.

¡Eso es lo que tú te crees! –Jaime le dejó hablar, más por el respeto que avalaban los años de edad, que por el convencimiento de que fuera a decir algo coherente- ...este partido socialista del que hablas, ya nos ha hecho entrar en la OTAN: primera mentira. Ahora acaba de colarnos la Unión Europea como el futuro del progreso: segunda mentira.

Bueno, eso está por ver –protestó el joven.

Podría ser, pero como antes te dije, será el tiempo quien me dé o me quite la razón. De momento, tienen la mayoría absoluta del parlamento, es decir, que van a poder hacer lo que les venga en gana. Ya se empieza a hablar de privatizaciones de las distintas empresas del estado.

Porque generan pérdidas y eso significa un empobrecimiento general, además de que la empresa privada siempre ofrece mejor servicio al cliente –Jaime parecía hablar por boca de su padre.

¡Ay, amigo!, un país... mejor dicho, un pueblo, no lo forman “clientes”, sino personas, y la empresa privada nunca se preocupa por éstas, sino por aumentar sus beneficios y su cuota de mercado, robándole clientes a la competencia.

Bueno, pues entonces me está dando la razón. Si quiero satisfacer a mis clientes, tendré que prestarles los mejores servicios, ¿no es así?

Hasta que tengas el monopolio, y entonces te plantees el hecho de formar un estado... ¿Para qué necesitarás políticos cuando tengas el control de la guerra, los medios de comunicación y de la energía?

Pero eso significaría que por encima de los gobiernos, están los dueños de esas empresas...

Efectivamente, y para ellos la mejor inversión es hacerse con las “ruinosas” empresas estatales por cuatro perras, y aprovechándose del patrimonio de toda una nación, enriquecerse hasta quedarse con toda la competencia que le vaya surgiendo. Ellos son quienes presionan para que haya privatizaciones, y al igual que con lo de los Compact Disc, que te los venden como el futuro, usarán los medios de comunicación para que aceptemos de buen grado, que por ejemplo, si privatizaran telefónica, sería en beneficio de los españoles y mejoraría la calidad de su servicio, en vez de decirnos: “Señores, me voy a quedar con esta macroempresa, con todas sus instalaciones, con todos sus edificios, con sus infraestructuras, con todos sus activos, y os la voy a quitar a vosotros que erais sus propietarios hasta ahora. Y lo voy a hacer no para dar mejor servicio, sino para enriquecerme a costa de comprar algo por un valor inferior al que tiene, y aprovecharlo para más adelante crear un monopolio que por supuesto, ya no será vuestro”, ¿Crees que alguna empresa podría competir con una telefónica privatizada?, ¡si todo el tendido de las líneas es suyo, si toda la tecnología por muy obsoleta que esté, ya es suya!... No tiene que partir de cero, ninguna empresa podrá competir con ellos, y más tarde tendrán el control de las comunicaciones. El gobierno socialista, dirá: “Ahora no supone pérdidas para el estado”, y se lavará las manos de todos los abusos que puede cometer esa empresa con sus “clientes”. Y así, con todos los servicios que no deberían caer en manos privadas: energía, sanidad, educación... y podría seguir, querido amigo, pero no creo que merezca la pena.

Así que usted está en contra del progreso, preferiría que volviéramos a la época de Franco.

De ningún modo. Lo que digo es que estamos pasando de una dictadura, a otra encubierta, en la que no habrá líderes o tiranos como “Paquito”, sino empresas sin rostro que serán las que manejen la humanidad en beneficio de sus principales accionistas. Eso es lo que digo, enténdelo en su justa medida.

No sé, no sé... —a Jaime no le habían convencido aquellos argumentos, pero prefirió dejar la discusión. Papá parecía muy seguro, y a mi amigo nunca le gustó perder, y añadió para finalizar:—...Oiga, que 1984, sólo es una novela...

Más adelante descubrí que mi padre, al que siempre había considerado un mero ratón de biblioteca, con cierta visión para el negocio del libro como antigüedad, había sido un personaje mucho más interesante de lo que hubiera parecido en un principio. Esperaba mucho más del socialismo y tras la estafa del gobierno de González, perdió toda la esperanza en un nuevo mundo más libre.

No lo he mencionado hasta ahora, pero una de las constantes en mi vida, ha sido la falta de sueño. A partir de que mi madre muriera, siendo yo muy pequeño, comencé a dormir cada vez menos. Por eso podía dedicar tanto tiempo a investigar, a leer, a profundizar en cualquiera de las preguntas que la vida iba planteándome.

Pero no voy a hablar de las ventajas de dormir poco, sino de sus contrapartidas.

En aquel primer año de carrera, mi padre había tomado cartas en el asunto e insistió en que debía verme un médico. Por aquellas, no era capaz de dormir más de tres horas al día. Mi cuerpo descansaba, para él era suficiente con ese tiempo, pero mi cabeza era otra historia.

Con la falta de sueño, había adquirido la costumbre de moverme en penumbras. Las noches eran otra parte de cada uno de mis días, y en ellas, el mundo permanece más cercano al silencio. Desde pequeño, me ha fascinado ese concepto, “el silencio”, y como no se podía

hacer mucho ruido, siempre he dedicado las noches que ningún libro requería de mi atención a buscar la carencia de sonidos. Pero siempre había alguna frecuencia auditiva que ocupaba en mayor o menor grado mi audición. Y mi oído, nunca dejaba de registrar sonidos, pitidos, pequeñas alteraciones en el espectro sonoro, las suficientes para no dar jamás con el concepto silencio, que siempre he buscado.

La preocupación de papá, aumentó cuando aquello rayó en la obsesión.

Por entonces, ya digo, primer año de carrera, había modificado mi habitación cubriendo sus paredes con material aislante, y pasaba largas horas tumbado en la cama con tapones en los oídos, pero no era capaz de “dejar de escuchar”.

No sé si fue por la obsesión, o simplemente la consecuencia de un gran desarrollo en mi sentido de la audición, pero comencé a escuchar ruidos de forma constante, incluso durante el día. Papá insistió tanto, que fuimos de un médico a otro hasta llegar a un psiquiatra, que zanjó todo aquel asunto diagnosticándome un leve trastorno mental producido por la falta de sueño. Me recetó un medicamento con el que según sus palabras, dejaría de escuchar voces – en dicho encuentro, yo maticé: “Ruidos, doctor. No oigo voces, oigo ruidos”, pero no creo que me escuchara-, y dormiría más y mejor.

Mi padre tuvo que hacerse pruebas para descartar algo genético, y eso fue lo peor, porque a él, le descubrieron un tumor cerebral del tamaño de una nuez.

Había pasado un año y pico desde aquella charla con Jaime. Tras muchas pruebas con distintos tratamientos, y después de descartar la quimioterapia, a mi padre le pusieron el finiquito: “enfermo terminal”. Ahora sé, que hay muchas formas de frenar el avance de un tumor. Pero entonces, sólo pude lamentarme en silencio.

Él quiso morir en su tierra natal, en Asturias, y allí fuimos.

Pasamos juntos esos dos horribles meses. Era plenamente consciente de la escasez de su tiempo y quiso dejarme grandes recuerdos, grandes enseñanzas. Me escribió toda una lista con el orden de las lecturas de aquellos libros que guardaba en su armario en la casa de Madrid.

Trazó para mí una guía que me llevaría desde la Grecia de Homero, de Aristóteles, de Herodoto, pasando por Pitágoras, Euclides, a lecturas consideradas como esotéricas, como pueden ser tratados de medicina antigua o alquimia por parte de Paracelso o Cornelio Agripa. En definitiva, una larga lista de autores, lo suficientemente raros como para haber dado con ellos por mí mismo. Además, había cuadernos que ampliaban las lecturas, sus propias notas o traducciones que él mismo había realizado.

Papá me repitió una y mil veces que conservase aquella casa de Asturias, que no se me ocurriera venderla, ya que cuando él muriera, sería mía. Al principio no las tenía todas conmigo, y le daba la razón por no contrariarle, pero con el paso de los días, fui sintiendo un extraño nexo con aquellas montañas que nos rodeaban.

La casa, está situada en medio de un abrupto valle infinitamente verde.

Era su casa, ¿cómo iba a venderla?.

En sus últimos días, papá insistió mucho en mi futuro:

¿Y qué vas a hacer cuando termines física? –me preguntaba con frecuencia-

No sé, papá... –en esos momentos no quería planteármelo, así que intentaba cambiar de conversación, sólo que él, no me dejaba... ¡qué mas da eso ahora!

Sí que es importante, porque la ciencia actual necesita de especialistas, no de grandes sabios que busquen la verdad. Y debes plantearte que quizá no quieras trabajar para una empresa.

No sé, imagino que al terminar ni siquiera tendré trabajo... pero bueno, dejemos eso ahora, no me preocupa mucho, ¡la verdad! –pero insistía aún más.

Es mejor hacer lo que a uno le llena, que perder tu vida sólo para conseguir una buena posición económica. Como ya descubrirás por ti mismo, el dinero y la posición no te aseguran la vida, sino que al contrario, te esclavizan a ella. Es más, deberías tomarte un tiempo sabático, antes de decantarte por seguir uno u otro camino.

¿Cómo?

Vendiendo la casa de Madrid. Sacas un buen dinero por ella, te vienes para aquí y te dedicas a investigar el silencio. Eso que siempre buscas, quizá puedas dejar de medicarte, quizá puedas demostrar que no estás enfermo –mi padre no suponía que yo ya lo había dejado, pero no se lo quise decir para no preocuparle en aquellos momentos cruciales.

Bueno, ya lo veré –le dije para distraer su atención-, ¿quieres que te lea un fragmento de algún libro?

No, gracias hijo... Ya he leído lo suficiente en mi vida... Debes prometerme que buscarás, que no dejarás nunca de aprender. No tengas miedo a los cambios, no me tomes a mí como modelo. Debes equivocarte muchas veces, pero no caigas en la trampa de la especialización y de un buen trabajo para una multinacional, ¡prométemelo!

Lo prometo –y una promesa a tu padre, en su lecho de muerte, es algo que hay que cumplir.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana fui a su habitación con la intención de decirle que no se preocupase, que no iba a caer en esa trampa de la especialización. Y de hecho tenía la intención de confesarle que aquella medicación de cuyo nombre no quiero acordarme, se había quedado en Madrid, y no pretendía seguir tomándola. Ni siquiera pasé por la cocina a preparar el desayuno como llevaba haciendo casi dos meses, y cuando entré y fui a despertarle, sentí algo muy intenso en aquella habitación. Me detuve en el umbral de la puerta y una sensación de vacío me encogió el estómago. Noté esa sensación de soledad inmensa que siente el que acaba de quedarse solo.

Aquel cuerpo tendido en la cama ya no era mi padre. Él había desaparecido y la habitación pesaba como una losa sobre todo mi ánimo.

No quise volver a Madrid. Allí sólo me esperaba un futuro muy incierto y ciertamente desolador. Estuve a punto de no comenzar tercero de carrera y mandarlo todo al garete.

Pero redescubrí a Juan, un viejo del lugar, que antaño había sido muy amigo de mi padre.

Pasé los últimos días de aquel verano, paseando con él por las sendas que nos adentraban en la espesura de aquellas selvas. Siempre se detenía para enseñarme alguna planta, que según su opinión, yo debía aprender a utilizar. En aquel valle, crecían las más variadas especies de solanáceas: beleño, belladona y mandrágora. Me enseñó a distinguir las, a recolectarlas y a conservarlas.

En la época del año en que nos encontrábamos, los hongos adornaban cada rincón del bosque.”Esos, se comen”, “cuidado con esos, que se confunden con esos otros si pierden su

anilla con el viento”, “aquellos, no matan, pero si comes un puñado pueden hacerte parecer un chiflado ante el resto... o quizá te enseñen otras realidades, ¿Quién sabe?”.

Caminábamos por una senda especialmente densa y empinada. Los árboles se habían empeñado en robarle importancia al cielo, y los perros de Juan iban y venían, aparecían y volvían a perderse entre los helechos o tras cualquier rastro olfativo. Él y yo íbamos charlando, cuando me preguntó:

¿Qué tal llevas la muerte de tu padre?

Bueno...

¿Qué harás con la casa?

Tuve que prometerle que no la venderé, insistió mucho.

Y tú ¿qué harás? —y se detuvo para mirarme fijamente.

Cumplir con la promesa, ¿qué voy a hacer?

Bien, bien —dijo como para sí, reanudando la marcha.- ¿Y cómo vas con tus estudios? —dijo al rato, yo contemplaba el bosque de forma hipnótica, tuvo que repetirlo para escucharle- ...¿y los estudios?

No sé si quiero continuar con ellos. Lo mismo me quedo en Asturias.

¿Y de qué vas a vivir?

No lo sé.

Deja de decir chorradas, acaba tu carrera y luego decide, pero termínala.

No sé, no sé...

¿Y tu problema con el sueño? —él sabía de mi anomalía desde mi infancia.-

Bueno... —dudé, pero opté por la sinceridad más absoluta-, fui a un médico y me mandó pastillas para dormir y otras tantas para dejarme idiota.

¡Ni caso! —dijo el viejo-, los psiquiatras no saben, y como tampoco quieren saber, llaman enfermedades mentales a todo lo que desconocen.

Pero, es que oigo ruidos...

¿Voces? —preguntó Juan.

No exactamente, son como fragmentos musicales, pero sin ninguna armonía que pueda unirlos en algo parecido a una canción. Apenas son audibles, pero si intento buscar el silencio y me tapo las orejas de noche, entonces sólo oigo esas notas, esas frecuencias.

¡Ah! —exclamó como quitándose un peso de encima-, entonces no es preocupante, eso es que tienes un oído muy desarrollado. Los psiquiatras no entienden que alguien pueda tener más oído o más visión que el resto, y entonces lo que estos ven u oyen, sólo son fantasmas y alucinaciones, en lugar de reconocer ante todo el mundo que ellos son unos ignorantes que no saben más allá de lo que pueden ver y oír.

Pero es que no soy capaz de mantener el silencio dentro de mi cabeza, Juan.

Es que el silencio no existe... Bueno sí, pero se llama muerte —el viejo dejó su sentencia en el aire y seguimos caminando, hasta que añadió:- Ya te daré yo un remedio para que sobrellevés esa cruz.

¿Qué remedio?

Déjame que piense, pero no vuelvas a tomar las medicinas que te de un psiquiatra. Ellos no saben, y lo único que hacen ante casos de gente con más sensibilidad que el resto, es tratarlos como enfermos sin preocuparse en que la mente trabaja muy por debajo de su verdadero potencial.

¿Y tú, Juan? —me detuve y me le quedé mirando fijamente-

¿Yo, qué?

Que nunca supuse que un anciano de estas montañas hablara con tanta sabiduría...

Bueno hijo, es que la vida es complicada y muy poca gente es lo que parece.

Bueno —protesté-, en las ciudades, demasiada gente es lo que parece...

¡Pero en las ciudades no se puede vivir, hombre! –dijo soltando una risotada-. A tu pregunta de antes, hace años fui maestro, por eso vine a este lugar. Pero eso es el pasado.

¿Por qué te quedaste aquí? –le pregunté.

Porque esta tierra me ha dado todo lo que he necesitado para llevar una vida digna y plena. Y por ejemplo, para tu dolencia –se refería a la alteración nerviosa de mi sueño-, te voy a dar una planta muy buena. Y las pastillas, que se las coma ese psiquiatra tuyo.

Al día siguiente viajaba hacia Madrid, con un paquete que contenía Belladona, otro remedio para los nervios mucho más antiguo, sabio y eficaz ante los pequeños trastornos mentales como la falta de sueño, que esas pastillas “lobotomizantes” que aquel psiquiatra me había prescrito para quitarse otro problema de encima.

Desde ese día, y gracias a Juan, aprendí a distinguir multitud de plantas con las que curar de forma más racional las enfermedades más comunes. Pero esta no es una historia de medicina natural, basta con buscar para descubrir remedios mucho más eficaces, menos destructivos y con muchos menos efectos secundarios, que los que prescribe la medicina oficial.

La industria farmacéutica, sólo imita la estructura molecular de los alcaloides de plantas prohibidas por los gobiernos. Además de inocular virus en nuestros cuerpos, para debilitar la fuerza natural del ser humano... pero esa, es otra historia.

La ciencia oficial

Los últimos años de carrera, comencé a interesarme por las energías libres (gratuitas y abundantes). El nombre de Nicola Tesla se había cruzado en mi camino, y aunque la ciencia oficial pretendiera borrarlo de la historia, su legado pesaba sobre las conciencias de todos los dueños de la industria energética, que en cierta forma parecían haber adquirido también la propiedad de la física, y por lo tanto de su enseñanza. En esos últimos años, mis ganas de saber chocaron frontalmente con gran parte del profesorado, planteaba ciertas hipótesis que estos mal llamados científicos, censuraban de inmediato silenciándolas ante el resto.

Comencé a ganarme fama de bicho raro, de científico utópico (casi un insulto en nuestros días, en que la especialización y las patentes, han sustituido a la antigua búsqueda del conocimiento) y aun a pesar de que mis calificaciones eran con creces, las mejores de la facultad, me fui cerrando puertas debido a mi insistencia con respecto a Tesla.

¿Por qué los temarios oficiales, no hablaban de ese gran científico?

Mi pregunta, parecía no tener respuesta... pero la tiene, ya hablaré de ello más adelante.

En aquella época, justo al final de mi carrera, había construido un pequeño laboratorio en la antigua habitación de papá. Era el año mil novecientos noventa y dos, un año después de la primera de las invasiones de Iraq por el padre del mismo que volvió a invadir aquel país lleno de petróleo unos años más tarde.

Conseguí generar energía utilizando agua. Hoy en día, puedes consultar distintos proyectos basados en este principio a través de Internet. Pero nunca expuse mis avances a mis profesores de entonces. Sabía que aquella “utopía” no iba a aportarme mejores calificaciones y tan sólo ganaría más enemigos, así que aquel prototipo no salió de casa.

Aunque años más tarde, compartí aquel avance con una comunidad de científicos, de la que hablaré más adelante. Sólo decir que no soy el único físico, que busca y persigue utopías.

Trabajaba hasta altas horas de la madrugada, y el mecanismo era bien sencillo: cubos de agua conectados en paralelo mediante cables, todos ellos alimentando un aparato eléctrico (por ejemplo, una bombilla). Descubrí que añadiendo más cubos conseguía mayor voltaje, y así pude dar con una obviedad: el agua, no sólo conduce la energía, sino que la genera.

Y una noche, andaba enfrascado en las labores de mantenimiento de todo el equipo necesario para dicha tarea, cuando escuché la puerta que comunicaba mi casa con la antigua tienda de libros en la planta de abajo (que en esa época le alquilé a un tipo que montó un estudio de grabación). Esa noche tenían fiesta abajo y alguien llamaba. Fui a ver qué querían a esas horas.

Me aproximé hasta la puerta, y al abrirla, una silueta femenina me sorprendió al otro lado. Al verme, Ana —que así se llamaba aquella figura a contraluz— levantó los ojos y me miró de arriba a abajo.

Hola, los de abajo me mandan a por hielos. Jesús —que así se llamaba mi inquilino— dijo que aquí tendrías.

Pasa, pasa —le dije. Fui hacia la cocina en silencio y ella siguió mis pasos. Pero no me di cuenta de que se había detenido en el pasillo, cuya luz había accionado (yo siempre me movía a oscuras por allí: la costumbre), y se encontraba frente a una de las innumerables estanterías

llenas de libros. Al poco rato volví con una bolsa llena con todos los hielos que había en el congelador de mi nevera.

¿Te gusta leer? –me preguntó portando un tomo de Mario Benedetti. Yo asentí, pero no dije nada, fui hacia ella con la bolsa de hielos y se la pasé.

No tengo más –le dije.

¿Oye, te ha comido la lengua el gato?

Hasta esa noche, mis conversaciones con gente del sexo opuesto –o como decía Jaime, del sexo apuesto- se habían reducido a unas cuantas conversaciones que giraban alrededor de algún tema lectivo, evidentemente con compañeras de estudios. Y quizá alguna pregunta tímida acerca del nombre de ésta o de aquella muchacha, más por la insistencia de Pedro antaño, o de Jaime en aquella época, que por que me atrajeran lo más mínimo.

Nunca fui uno de esos jóvenes obsesionados con las mujeres. Ni siquiera en la época en la que comencé a producir semen, ya que lo eliminaba en las llamadas erupciones nocturnas, casi nunca a través de la masturbación. Y las pocas veces que sí me encerré en el baño o en mi cuarto pensando en coitos y satisfaciendo ese instinto primario, lo hice imaginando mujeres irreales, siempre mayores y casi nunca con un rostro definido. Sí imaginaba sus voces de forma nítida, también sus gestos y gemidos, pero como digo, casi nunca su cara... Y mucho menos fijándome en una burda y asquerosa revista o película pornográfica, que por entonces odiaba, y que aún hoy sigo rechazando debido al asco que me producen los especímenes que se deleitan con la quiebra de ese derecho a la intimidad que los seres humanos deberíamos poseer.

La homosexualidad nunca me atrajo. Si bien es cierto que siempre he tenido cierta facilidad para entablar amistad con esos hombres a los que algunos otros tachan de “enfermos” o de “desviados”, nunca he sentido atracción y mucho menos deseo sexual por ellos. Simplemente ha llegado un punto en el que sin alterarme lo más mínimo, he tenido que decir: “Te respeto, pero yo no soy homosexual, así que respétame también tú a mí”. En cualquier caso, sí procuro evitar a los “machotes” a los que tanto les molestan los homosexuales y que quizá, tengan miedo a que éstos despierten su lado “oculto” y sea por ello que tanto les repugnan.

Una vez explicado este asunto, y no sé muy bien por qué razón, debo reconocer que parto con una ventaja muy importante con respecto al resto de mis semejantes: y es que para mí, el sexo no tiene la importancia que para el resto ralla en la obsesión. Fue Huxley quien dijo: “Una civilización no puede ser duradera sin contar con una importante cantidad de vicios agradables”. Y yo añado: ¿Y a quién le interesa que una civilización dure sin cambiar?.

Pero esa noche, la partida estaba en punto muerto, y Ana había tomado ventaja. Yo no sabía cómo mover mis piezas hasta que ante la duda, por supuesto, me enroqué:

Así que definitivamente, te ha comido la lengua el gato –concluyó tras mi silencio.

No, es que esos libros eran de mi padre, y no hace mucho que murió... –la jugada me había salido “redonda”. Me había enrocado protegiendo al “rey”, que en aquella ocasión no era sino ocultar mi timidez, achacando mi actitud al dolor por una pérdida tan importante. Ana volvió a dejar el libro en el estante y cambió la expresión de su rostro. Yo, que en cierta forma tampoco fingía, imaginé por un instante a mi padre diciéndome: “Fausto, no seas tan maquiavélico”.

Lo siento –balbuceó tras unos segundos- ...no lo sabía.

No pasa nada –recuerdo que me sentí culpable porque su expresión era del todo sincera-... Si te gusta, quédatelo –y ella miró el libro de Benedetti.

¿Te gusta su poesía? –dijo ojeando el libro de nuevo. Yo dudé en la respuesta, no supe si engañarla ...

¡No! –concluí rotundamente-, no me gusta la poesía. Pienso que es la mejor forma de divagar acerca de lo “intangible”, cuando todo es tangible. Las sensaciones son física.

¡Claro que es divagar! –protestó- ¡para eso está la poesía!... – yo no supe qué alegar entonces. Así que permanecí en silencio viendo cómo pasaba las hojas, buscando algo primero en su índice y más tarde entre sus páginas, hasta que dio con ello-... Hazme un favor, lee este poema –y tendió el volumen para que yo pudiera cogerlo. Al principio dudé: “Puag, poesía”, pensaba, pero finalmente consiguió su objetivo y comencé a leer “Grietas”.

Lo leí una vez, y empecé a hacerlo desde –supongo- la misma postura que adopta el científico ortodoxo y oficial, ante una objeción en sus planteamientos. Es decir, desde el escepticismo. Ella sonreía de forma maliciosa, hecho que no me pasó inadvertido, y sin embargo, no tuvo que insistir para que le diera una segunda oportunidad a aquellos versos, que a diferencia de otros en los cuáles me basaba para formular aquella teoría del “odio a la poesía”, no procuraban deslumbrar, ni ensimismar con la charlatanería del “juntapalabras”, sino que hablaban en un idioma universal en el que cada vocablo suponía un sentimiento evocado, y sobre todo –y de esto me di cuenta a la tercera y última lectura de “Grietas”- el final te invitaba a tomar parte activa y pensar, para colocarte de uno u otro lado de esa “Grieta” fundamental de la que Benedetti habla en su poema. Ana seguía sonriendo, pero ya no había malicia tras su expresión, sino complicidad. No tuve que decirle nada, ella me escrutó y pudo distinguir la duda que el poeta había sembrado en mi ánimo, hasta que utilizando la misma analogía que usaba el uruguayo en su poema, me lanzó un jaque en toda regla:

¿A qué lado de la grieta estás tú, en la zona de las maravillas del hombre, o con los desmaravilladores?

¡Muy bueno! –dije sin pensarlo, aceptando el final de la partida y su jaque mate. Su victoria había deshecho mi máscara en mil pedazos. En ese instante, tras mis ojos no había planificación, ni táctica ni estrategia. Sólo un hombre desnudado y vencido sin juego sucio. También yo comencé a sonreír, mi timidez se había perdido entre sonrisas, hasta que concluí:- “Check mate” (jaque mate). Tú ganas.

¡Ya!... –volvió a utilizar un tono burlón-...Y se puede saber ¿de qué lado estás?

Ojalá la grieta fuera un abismo que se llevara al mismo centro de la tierra a esos que Benedetti llama “desmaravilladores”... –Y entonces sí la miré sin evasivas, directamente a los ojos. Esperaba su reacción ante mi respuesta contundente y por supuesto: sincera.

Muy bueno –y se puso a aplaudirme lentamente sin hacer demasiado ruido- ¡sí señor!, buena respuesta... –y calló por unos instantes. Entonces fue ella quien despistó mi mirada taladrante y buscó refugio entre los libros que inundaban las paredes del pasillo.

¿Te gustan los libros? –intenté atraer de nuevo su atención, pero ella no respondió. En su lugar vagó de un lado a otro del pasillo buscando ciertos ejemplares, hasta que volvió con otro en la mano y contestó con una pregunta:-

La gran mayoría de los que he leído sí; pero ¿qué me dices de éste, por ejemplo? –Y me acercó “Mein Kaf” de A. Hitler.

Que no lo he leído –zanjé.

¿Y lo leerías? –entonces sí me miró directamente a los ojos. Estábamos muy cerca el uno del otro, nuestros cuerpos casi se rozaban. Yo me puse nervioso, ella lo notó en seguida y acercándose más aún, insistió:- Dime, ¿lo leerías?

¿Por qué no? –respondí presa de un estado de nerviosismo y excitación sin parangón hasta esa noche-... Leer un libro no significa estar de acuerdo con lo que en él se exponga –dudó en su reacción, pero sin separar su cuerpo del mío y sin mirarme a los ojos, dijo:-

¡Me gusta cómo hablas!

Entonces sentí un estremecimiento que me recorrió la espina dorsal y cerré los ojos de forma instintiva. Nuestros labios se juntaron y mi cabeza dio miles de vueltas sin que por ello sintiera vértigo alguno.

Tras el beso, ambos estábamos ruborizados. Ninguno de los dos teníamos preparado aquello, así que Ana se excusó y me dijo que estaba a punto de irse cuando había subido a por hielos, que se encontraba cansada y tenía que estudiar para unos exámenes parciales. También era universitaria, y terminaba aquel año su carrera.

Dicho esto, se despidió diciéndome que ya nos veríamos.

Aquello revolvió todo mi universo, y lo único en que pensaba en esos días, era en volver a verla.

Unos días más tarde, Jesús subió a casa de repente y me dijo: “Esta noche tienes que venir a un concierto. Lo grabo yo, así que estás invitado... ¡te vendrá bien salir un rato!”, pero cuando ya estaba inventando una excusa, añadió:

“¡Por cierto!... vendrá Ana”.

Después del concierto, Ana comenzó a frecuentar mi casa, tuve que compatibilizar mis experimentos con una relación en toda regla.

Iba a licenciarse en Filología clásica, y era una amante de la literatura. Ella me hizo leer algunas novelas que nunca hubiera estimado “oportunas”.

En aquella época, desoyendo el consejo de mi padre, me había centrado única y exclusivamente en la Física. De una forma u otra, había descuidado el resto de mis caminos. Incluso pasaban épocas en las que ni siquiera tocaba el tablero de ajedrez, hecho insólito hasta la fecha. Pero Ana me sacó de aquello. Y aunque la Física pasó a un segundo término, conseguí reducir las horas de sueño a dos, y pude sacar tiempo para todo.

En los días que pasamos juntos, compartimos las lecturas de: “Años inolvidables” de John Dos Passos, “Hambre” de Knut Hansun, “Trópico de Capricornio” de Henry Miller, “Por quién doblan las campanas” de Hemmingway, y “En el camino” de Kerouac.

Todas aquellas novelas hablaban de algo parecido:

Protagonistas extraños para el mundo que les tocó vivir a cada uno de ellos, y sus estrategias de supervivencia entre el resto de sus semejantes, a los que por supuesto no entendían y quienes evidentemente les llamaban “locos” o “inadaptados”. Y así, cada uno de aquellos personajes acababa por abandonar el lugar donde les había tocado nacer, para enfrentarse más adelante a la misma repetición de roles en cualquier parte del mundo.

Aquellos libros, parecían querer decirme: “¡Vamos!, mueve el culo y busca gente brillante por otros lugares.”

Ana y yo, convivimos de forma armónica durante seis meses. Nuestro amor se basaba en compartir, así que leímos, experimentamos y aprendimos juntos. Fue ella quien me buscó mi primera partida “seria” de ajedrez. Fue ella quien me hizo leer a José Hierro, a Mario Benedetti, a Arthur Rimbaud... Y sobre todo, fue ella quien me hizo escuchar a Patti Smith, todos ellos sinónimos de poesía.

Nuestra relación, era la de dos jóvenes ansiosos por descubrir los eternos “porqués”.

Pero llegó la época del desacoplamiento, de la separación de mutuo acuerdo. Llegó el período del: “Yo tengo que seguir mi camino y voy por aquí, y tú el tuyo, que inevitablemente, te llevará por allí”.

Ambos teníamos muy claro que nuestros caminos eran bien distintos, así que no hubo traumas, ni escenas, ni reproches.

Fue en el noventa y cuatro cuando un nuevo mundial de fútbol acaparaba la atención de lo que Ortega y Gasset denominó como “La masa”.

Ana preparaba sus exámenes finales. Sólo le quedaban dos asignaturas para terminar sus estudios de Filología clásica y dependía de las notas que obtuviera para poder optar a una beca y doctorarse en Grecia. Yo le animaba, y en cierto modo me comportaba de forma arisca con ella, porque sabía que si no rendía al ciento por cien, no podría ir a Grecia.

Ambos sabíamos que aquello supondría el final de nuestra relación, pero yo no podía sino animarla para que siguiera su camino. Ana iba a ser una gran estudiosa de los textos antiguos, cualquier otra ocupación hubiera sido un suicidio psíquico para ella.

Los últimos días de convivencia, podían resumirse en encuentros fugaces en los que sobre nosotros parecía latir una especie de onda pesada, que nada más pasar dos o tres minutos, nos volvía melancólicos. Ambos sabíamos el final, ambos queríamos evitar el dolor por ello, así que al final del todo, casi podría decirse que nos evitábamos.

Por supuesto, los dos concluimos con nuestros estudios de forma brillante.

Pero antes de que Ana se marchara a Grecia, jugué mi primera partida “importante” de ajedrez, ella me la consiguió a través de su padre.

El padre de Ana, era catedrático en la universidad Complutense de Madrid. Impartía química en dicha facultad. La partida sería contra su mejor amigo, otro profesor universitario, al que conocí aquel mismo día en una de esas comidas de domingo en las que todo el mundo gira alrededor de una barbacoa. Ana sabía que él asistiría, y por eso me había invitado.

Mi contrincante, era catedrático en Física pero daba clases en Barcelona. Su especialidad eran las ondas de sonido, y su pasión: el ajedrez. Era inevitable que ambos jugásemos una partida.

Debo dejar muy claro, que por entonces no existía internet, al menos para el público en general, así que cualquier información que desearas conseguir, no podías encontrarla más que yendo directamente a sus fuentes.

Mi objetivo era conseguir que alguien me hablara al fin de Nicola Tesla. Que un catedrático me contara la historia de aquel científico de finales del siglo XIX, principios del XX, al que prácticamente habían borrado de los libros de ciencia.

Hasta que en aquella barbacoa, coincidí con J. A. (no puedo dar su nombre por respeto al pacto que ambos hicimos tras la partida), y hablamos de ajedrez. Me dijo que hacía años había llegado a ser sub-campeón de España, pero que había dejado la competición porque tuvo que elegir entre ella y la Física. Yo le dije que quería jugar una partida con él, y J. A. no me tomó demasiado en serio. Pero más tarde, ese mismo día, le hablé de Tesla, de mis experimentos para obtener energía del agua, y también le mencioné aquel otro proyecto de años antes, en el que Pedro y yo, habíamos utilizado frecuencias para inducir emociones. Según iba contándole mi historia, comenzó a mirarme de otro modo.

Cuando vio mi interés por Tesla y por las energías libres, me propuso lo siguiente: “En cuanto pueda, montamos una partida, y si me ganas... ¡cosa que dudo! —dijo sonriendo de forma prepotente—, te doy toda la información de la que dispongo sobre Nicola Tesla”.

Yo accedí, y desde aquel día, estuve esperando el momento en el que Ana me dijera que aquella partida, ya tenía lugar y fecha.

La casualidad quiso que fuera cuando ella y yo estábamos a punto de separarnos.

Hasta esa partida, no empecé a tomarme en serio lo que mi padre había titulado como “teoría de la conspiración”. Fue la última vez que Ana y yo fuimos juntos a un lugar.

Aunque impartiera clases en Barcelona, J. A. mantenía una casa en las afueras de Madrid y ella me llevó hasta allí.

Cuando llegamos, y tras una breve charla en la que ambos preguntaron por la familia, él por los estudios de ella, por su beca y demás, se despidió de nosotros y el viejo maestro y yo, entramos en una gran estancia, donde se acumulaban toda suerte de libros en estanterías que rodeaban la mesa en la que, esperándonos, se erguía un gran tablero de madera con piezas talladas a mano, de una exquisitez difícilmente describable. Al entrar en la estancia, mi expresión cambió, y el asombro, la sorpresa y el ansia por saber me delataron. Hasta que J. A. se dirigió a mí, y me invitó a tomar asiento frente a él, no sin antes coger dos peones, uno blanco y otro negro, esconderlos en sus puños cerrados y con una risa sarcástica dibujada en su cara, decir: “Deja los libros para después... ¡si es que me ganas!... Ahora, elige”. Toqué su mano izquierda y al ver el resultado pensé: “Mejor. Así le demostraré que puedo ganarle sin ventaja”.

Abre usted –le dije al ver que me habían tocado negras.
De tú Fausto, tuteémonos –respondió el viejo científico.

Tres horas después, mi rey parecía encontrarse acorralado. El maestro, tenía una ventaja de un alfil. Por lo demás, el potencial de nuestras piezas eran idénticas. Ambos habíamos perdido cinco peones, una torre, los dos caballos él (yo sólo uno, por lo que mantenía aún uno de ellos) y a diferencia del profesor, yo no tenía ningún alfil, sin embargo él conservaba ambos.

A primera vista parecía que estaba a su merced, y eso es lo que yo había pretendido que pensara al cederle mi alfil en un movimiento aparentemente absurdo. Una trampa, en la que el viejo sub campeón había caído sin dudarlo, y que si bien le daba una ventaja evidente, por mi parte había sido un error premeditado. El resultado dependía de mi astucia y de seguir manteniendo esa “inferioridad” hasta que desvelase mi auténtica estrategia. La situación era muy tensa, la partida estaba en ese punto en el que un error mío decantaría el resultado a su favor. Dependía de mi destreza y de mi defensa a cal y canto. Sabía perfectamente que él esperaba un error por mi parte, y yo no podía cometerlo. Al ver que no lo hacía me miró de forma extraña, y tras zafarme al fin del asedio que su reina, su torre y sus dos alfiles habían ejercido ante mi rey, contraataqué sin dejarle tiempo al cambio de estrategia y antes de caer definitivamente en la trampa, que dos horas antes había maquinado para él, me dijo, cuando pareció ser consciente de la trama:

Lo del alfil no fue fortuito, ¿verdad?

Cierto –respondí-, te aviso que me voy a quedar con tu reina...

Ya lo veo, ya –no dijo nada más, hasta que al fin, tras quince movimientos en los que fui yo el asediador, dije con cierta altivez:-

Jaque mate. –Entonces le miré y el viejo me estaba taladrando con su mirada, una mirada llena de interrogantes que parecía preguntarme: “¿Cómo te has sacado de la manga esa táctica con el alfil?”. Pero sin darle demasiado tiempo al análisis, me levanté, fui a mirar sus libros y dije:- Hablemos de Nicola Tesla.

No busques por ahí, no hay nada suyo en esas estanterías. Todo lo que sé sobre el trabajo de Tesla, está abajo –y me hizo un gesto que quería decir: “Acompáñame al sótano”.

Y allí fuimos. Su casa en la sierra de Madrid, era de piedra, en las que el sótano es una excavación en la tierra cubierto por piedras de granito, protegido del calor, del frío y de la humedad por esos trozos de roca que en su caso custodiaban un laboratorio lleno de extraños artilugios que no parecían gran cosa, hasta que el viejo accionó un generador y aquello tomó otro cariz.

En el centro de la estancia, una pequeña máquina comenzó a sonar. Más tarde me explicó que la extraña antena que se erguía en el tejado de su casa, era una réplica de la torre de Wardencliff, prototipo que Tesla construyó con el dinero de uno de los grandes millonarios del siglo pasado, J. P. Morgan, cuya familia es una de las que más tarde hablaré.

El artificio recogía una frecuencia sonora específica: “Siete coma ocho hertzios”, directamente de una capa superior de la atmósfera conocida con el nombre de Ionosfera. Abajo en el sótano, la onda llegaba a un amplificador, que a su vez la transformaba (amplificándola) y dicha señal se emitía sin cables a otras antenas de menor tamaño que actuaban como receptores, conectados mediante una circuitería rudimentaria a aparatos eléctricos caseros, como una bombilla, un radio cassette, etc, y los ponía en funcionamiento. Todo aquello tardó unos minutos en funcionar, pero al hacerlo, el catedrático me miró con el rostro lleno de satisfacción y esperó que yo preguntara.

¿Qué tiene que ver esto con Tesla? –pregunté haciendo gala de mi ignorancia.

Todo, amigo mío, todo –en ese instante, comencé a curiosear con mayor profundidad, y noté que no había cables que unieran el emisor principal con los receptores a los que estaban conectados los aparatos eléctricos–.

Pero si no hay cables –él no dijo nada- ¿cómo es posible que todo esto funcione?

Gracias a Tesla. ¿No querías saber?

Y entonces me lo explicó todo.

Tesla, con el dinero de Morgan, había estado investigando en el desarrollo de la energía “sin cables”.

La fuente de energía inagotable proviene de una capa externa de nuestra atmósfera: la ionosfera, en la que debido a su proximidad al sol sus átomos se ionizan generando plasma, y todo ello resuena en una frecuencia que en nuestro espectro gráfico de equalización, se situaría en los siete coma ocho ciclos por segundo (Hertzios), aunque esta cifra se descubrió más adelante en Alemania a través del profesor Schumann y uno de sus discípulos. En honor a ellos, las ondas que se esconden bajo esta cifra de siete coma ocho hertzios por segundo, se denominan: “ondas Schumann”.

Financiado por el millonario, Nicola Tesla llevó a cabo varios experimentos muy famosos en su fecha que no pasaron desapercibidos para el mundo científico, todos ellos en Colorado Spring. Tesla, había conseguido dar luz a todo un pueblo, sin cables, sin cuotas, sin dependencia, de forma limpia. Su mecenas, el millonario Morgan, al ver que los resultados de su investigación eran plenamente satisfactorios, se puso en contacto con el científico instándole a comenzar a desarrollar dicha tecnología en su beneficio, y éste, colmado con su hallazgo, le dijo: “Puedo dar electricidad gratuita y limpia a todo el planeta”. Morgan le preguntó: “¿Y qué gano yo con eso?”.

Nicola Tesla, se había aprovechado del dinero de aquel avaro, para dejarnos como legado sus estudios. Evidentemente, J. P. Morgan, le retiró toda su ayuda, y es más: hizo todo lo que estuvo en su mano para desprestigiar al científico.

Tesla siguió con varios proyectos más, cada vez con menos apoyo y menos prestigio (la manipulación de la realidad es la especialidad de familias como la de Morgan), y murió arruinado en mil novecientos cuarenta y tres.

J. A. me contó algo que yo ya sabía, que incluso en las universidades es muy difícil llegar a Tesla. Intencionadamente se le ha “apeado” de los temarios. Y ¿por qué? –le pregunté yo–, Es evidente –me dijo–, sus estudios desmontan este sistema actual en el que vivimos.

Si la gente supiera que la energía nos rodea por todo el planeta, que transformarla en electricidad o combustible, es simplemente desarrollar la tecnología en esa dirección... entonces sabrían quiénes nos han estado engañando durante toda la historia.

Pero Fausto, escucha: las empresas energéticas que han comprado sistemáticamente las patentes de nuevos prototipos basados en energías libres, para retirarlos del mercado y seguir con su monopolio, no tienen la menor idea de lo que se les avecina.

Ya somos muchos científicos los que no estamos de acuerdo. Sabemos de la trampa de este sistema y conocemos los nombres concretos de sus beneficiarios. Y al margen de ellos, estamos desarrollando otras formas de energía. Y es más, otra sociedad basada en la tecnología libre para el bien común de la humanidad: sin patentes, sin estar basada en la escasez de recursos.

¿Te apuntas?

Yo dije que sí en menos de un abrir y cerrar de ojos. ¡Claro que sí!, ¡eso es lo que estaba buscando!, ¡proyectos en los que investigar por el avance común!

Mencionó otros científicos que han seguido los estudios de Tesla, y más que han emprendido otros nuevos. Energías libres como el agua, el cambio de mareas, la propia energía térmica que genera la tierra en su interior...

Todas esas fuentes libres y gratuitas, estaban siendo estudiadas por una comunidad que no va a dejar a la humanidad sin esos conocimientos, pues hay un pacto entre ellos (entre nosotros, desde ese día): “Open Source”, es decir, desarrollar nuestros avances para ponerlos a libre disposición del resto de la comunidad, para que esta se beneficie de ellos y siga mejorándolos. Conseguir energía libre, limpia y gratuita para todo el planeta, y cambiar el actual sistema de producción, basado en la escasez de recursos.

Pero vayamos por partes.

Había terminado mi carrera, y a través de J. A. conseguí un puesto dentro de un proyecto de investigación que se estaba llevando a cabo en Escocia. Por entonces no supe quién financiaba toda aquella investigación. Pero tampoco me importó, porque buscaban conseguir generar energía utilizando las corrientes subacuáticas en los lagos de las tierras altas escocesas, y según J. A. sus mecenas no buscaban la patente, sino lo mismo que Tesla: energía libre y gratuita para toda la raza humana.

Allí me fui sin pensarlo.

Antes de viajar a Escocia, J. A. me pasó más información acerca de otros científicos que él mismo llamaba “libres”. Conocí el trabajo de Jonh W. Kelly, que en el siglo XIX había inventado un aparato llamado DinaspHERE, con el que movía objetos mediante ondas sonoras y sus resonancias. Descubrí a John Hutchinson, continuador de los estudios de Tesla... A Stanley Meyer, a quien tuve el gusto de conocer en persona poco tiempo después. En el noventa y ocho fue envenenado por alguien, que no quiso que siguiera avanzando en sus estudios, que consistían en la utilización del agua como combustible.

Todos ellos, científicos libres enfrentados de una u otra forma con la Física oficial y con su propietaria: la industria energética.

Pero no pretendo que esta historia sea uno de esos tratados, tan sólo legibles para físicos y científicos en general. Intento hablar para gente que no tienen por qué saber nada acerca del lenguaje matemático del universo.

Dicho esto, no me extenderé en nombres, datos y teorías. Mencionaré autores, sus descubrimientos, y añadiré, cuando tenga que hacerlo, las oportunas correcciones. Que cada cual, investigue y profundice en lo que crea pertinente. Toda la información que expondré, podrá ser contrastada utilizando las fuentes que hoy día están a disposición de todo el que busca.

The Highlands

Fue en aquella época, cuando aun a pesar de hablar inglés a la perfección y adaptar mi acento, expresiones, y modos al escocés, comencé a aislarme más y más en un mundo interno, digamos... muy ajeno al del resto. Jamás pude llegar a pensar en inglés en mis soliloquios. Lo hacía en horas de trabajo y sólo cuando tenía que mantener un diálogo con Ian, mi principal compañero de investigación.

Por lo demás, desconectaba del mundo que me rodeaba. Nada más pisar la calle, me reafirmaba en mi propia identidad y ello me hacía poder moverme libremente, sin preocuparme en ningún momento del resto de los mortales. Fue allí en aquellas islas frías y lluviosas, donde mayor conciencia tomé de ese Fausto que no dejaba de comunicarse conmigo. ¿Por qué hablo en tercera persona de mí mismo?, pues muy sencillo, porque **uno** no es una unidad constante de pensamiento, sino el resultado de un diálogo permanente. Las personas que no dialogan consigo mismas actúan como máquinas que ante una misma opción siempre toman las mismas decisiones.

Y una vez que “te acostumbras” a esa compañía (esquizofrenia que dirían mis “amigos” los psiquiatras), comienzas a dejar de preocuparte por opiniones ajenas, juicios de extraños, y tu vida se rige por la curiosidad, como cuando eras un niño. Es entonces cuando empiezas a vislumbrar qué vida real y sueños, sólo son dos de las infinitas caras de la misma moneda, y que la realidad está dentro de tu mente. Tú eres quien se adapta a uno u otro mundo (o dimensión).

La soledad, ya digo, es sinónima de consciencia, de darte cuenta de todo lo que acabo de explicar. De poder cambiar la realidad con sólo cerrar los ojos, respirar a otro ritmo más pausado y olvidarte del mundo que veías cuando estabas utilizando el sentido de la visión.

Todo lo que estoy diciendo, choca frontalmente con la Física que se estudia en las universidades actuales, pero en la base de todo avance siempre se encuentran las preguntas, y sobre todo, la experimentación.

Más tarde, descubrí que no sólo yo, sino muchos otros físicos, matemáticos, psicólogos, químicos, etc... estudian en la actualidad todo esto, que hasta hace bien poco, era considerado parapsicología.

Muchas noches después de llegar a casa, que se encontraba muy cerca de mi lugar de trabajo, simplemente me sentaba en el suelo de la habitación, cerraba los ojos y comenzaba a centrarme en la respiración, como si de un instrumento rítmico se tratase, y éste, tuviera que seguir un metrónomo que marca su ritmo de forma constante. Al rato, primero la habitación, y más tarde mi cuerpo físico, se diluían y dejaban de ser “mis coordenadas”. Tras mis ojos cerrados escapaba de Escocia, del frío y de mis limitaciones físicas de humano, y mi mente – por decirlo de alguna forma entendible- “simulaba” otras realidades, otras capacidades como el vuelo, otros lugares. Y Fausto, se olvidaba de todo lo que le rodeaba, de la humedad, de la lluvia, del viento escocés, de sí mismo y del porqué o para qué de la existencia. Fausto se olvidaba de Fausto, y simplemente deambulaba por un universo infinito, el cual sin embargo tenía la sensación de conocer.

Dicho todo lo anterior, he de añadir que a lo largo de mi vida, en las relaciones importantes con otros seres humanos, siempre he expuesto todas estas realidades a mi interlocutor, y en algunos casos he podido ver esa ignorante y censuradora expresión, en la que sientes cómo te juzgan desde sus estrechos y sobre todo “aprendidos” y estandarizados patrones... Y todo lo que acabo de exponer, pretende ser explicado desde la psiquiatría convencional e inquisitorial, que se postula desde un conocimiento limitado de la mente humana, desde el oscurantismo del ser “social”, que deja de “ser” en soledad y sólo tiene el recurso del sueño como forma de desconexión.

A lo largo de mi vida, he ido aprendiendo a conocer la realidad, sus distintas formas. Y la constante en todas ellas, es una consciencia que trasciende mi cuerpo físico, que puede moverse libremente de una a otra dimensión, por muy irreales que éstas parezcan a los ojos de quienes apelan al inmovilismo de una ciencia absurda como es la psiquiatría, que no es capaz de asumir que la mente no enferma cuando toma contacto con otras realidades, y cataloga las situaciones anómalas de percepción, agrupando todo tipo de comportamientos “no admitidos” como enfermedades de la mente, cuando –y paradójicamente- no pueden asociarlas a ninguna disfunción cerebral, ya que en última instancia, desconocen el funcionamiento exacto de este complejo órgano, a diferencia de lo que sucede con el cardiólogo, que comprende en su justa medida el órgano del corazón y toda su red de arterias y venas, o como en el caso del traumatólogo, que sí puede diagnosticar, pues tiene herramientas para ello y puede localizar cualquier tipo de disfunción, dolencia o mal funcionamiento en cualquiera de los huesos, articulaciones y músculos que conoce a la perfección.

El caso de la psiquiatría, es el mejor ejemplo de cómo la ciencia médica se ha estancado por no asumir como máxima una de las constantes vitales del ser humano, como es la evolución y el replanteamiento constante de las teorías y realidades, según se avanza en el conocimiento.

Pero claro está, hablo de la psiquiatría convencional. Ni que decir tiene que existe otra escuela “no reconocida” por la ciencia oficial, que partió de C.G.Jung, y que en la actualidad tiene su cabeza visible en la figura de Stanislaw Grof.

Pero dejemos de apelar ante la ciencia médica para obtener el resultado bipolar y simplón de enfermo o sano. Más allá de estos planteamientos tan castrantes, se encuentra otra realidad por estudiar y descubrir. Una verdad, abrumadoramente real tras mis párpados cerrados y con la mente consciente.

En lo que respecta a mi trabajo en Escocia, me incorporé a un proyecto que se encontraba bastante avanzado ya, y que consistía en el aprovechamiento de las corrientes subacuáticas, en concreto de los remolinos que se forman en ciertas coordenadas, para la obtención de energía.

Mi lugar de trabajo era el enigmático lago Ness.

El proyecto estaba camuflado ante el público, y el barco con el que prospectábamos las profundas aguas de Lock Ness parecía otro más de los muchos que buscan el famoso Nessie, el monstruo del lago.

Hasta el final del proyecto no llegué a saber quién estaba detrás de todo. Yo sabía que todo aquello costaba muchas libras, y que alguien tenía que aportarlas, ninguna universidad iba a financiar aquello.

Mi compañero Ian, fue el primero en hablarme de la mentira que supone la segunda ley de la termodinámica, que a grandes rasgos, dice que no se podrá obtener más energía de un sistema, que el total (en tanto por ciento) de la que empleas para dicha obtención.

Este principio choca con la realidad de las energías libres, ya que en la Tecnología de transición o de conexión avanzada, la cantidad de energía obtenida de un sistema supera ampliamente a la utilizada para dicha tarea.

¿Por qué no hablaban de ello en la facultad?, pensaba entonces.

Utilizando sistemas no demasiados sofisticados, conseguíamos alimentar todo el complejo laboratorio en las orillas del lago. La energía que obteníamos de varios remolinos a través de pequeñas dinamos era la mejor prueba de que a “alguien” no le interesaba que aquello se estudiara.

Más adelante, los sistemas de gobierno han fomentado entre la opinión pública las llamadas energías “renovables”, silenciando todas las formas de energías libres, ya que con las primeras, siguen ganando gracias a las patentes, al mantenimiento y a la complejidad de sus sistemas de obtención energéticos.

Hoy día, hay prototipos suficientes (todos accesibles para todos, debido al “open source”) para que cualquiera que pretenda hacerlo, pueda autoabastecerse de energía sin depender de ninguna empresa. Los sistemas “open source” están en la red, sólo hay que buscarlos.

Pero me estoy precipitando...

Estábamos en las orillas del lago Ness.

Mi padre me había recomendado un libro en su lista, escrito en clave y aunque nada tenga que ver con la ciencia, ni con cualquier otro tema del que pueda hablar aquí, la casualidad, hace de él parte imprescindible en esta historia. “Liber al vellegis” o “El libro de la ley”, de Alistair Crowley. Su lectura, me perturbó más de lo que supuse al comenzar con él.

Bien, Crowley, llamado el gran mago negro, fue el fundador de una orden criptica llamada Golden Dawn, y más adelante fundó “Thelema”.

Pasó gran parte de su vida en una casa situada en las orillas del famoso Lock Ness, donde yo trabajaba en esa época, en el norte de Escocia, entre las localidades de Foyers e Inverfarigaig, en la región de Inverness. Más tarde, Jimmy Page, guitarrista del grupo Led Zeppelin, compró la casa (era un seguidor declarado de Crowley) y allí experimentaron con el sonido y según él mismo, tuvo contacto con los mismos “entes” a los que apelaba el mago negro.

Leí el libro en inglés, una lectura enigmática y muy condensada (22 páginas). El libro era una chorrada, pero me planteó una duda: de alguna extraña forma, según leía una y otra vez aquellas 22 páginas, notaba que Crowley había tenido acceso a un conocimiento superior de la realidad, pero había algo que me repugnaba en dichas páginas, y era la necesidad de adoración y ofrendas hacia los llamados “maestros”.

Como antes mencioné, los resultados de esta lectura fueron dos:

El primero, una toma de posición a modo de pacto con el mundo que me rodea, que es la que he seguido manteniendo hasta el día de hoy, y seguiré firmemente hasta mi muerte física. Una actitud vital basada en la consecución del conocimiento, pero en ningún modo la postración u adoración a ningún maestro que racione el conocimiento.

El segundo, la condena más absoluta al acceso al conocimiento a través del sacrificio ajeno, y sobre todo, y esto es lo que me llevará a la siguiente parte de esta historia, la no aceptación de que la verdad –sea la que fuere- debe ser patrimonio exclusivo de unos pocos y secretos iniciados en cualquiera de las ciencias o misterios con los que trabajen.

El resultado que trajo la lectura de Crowley, fue decantarme por uno de los dos lados: los buenos o los malos, así de sencillo. Los buenos: grandes maestros que han enseñado a la humanidad a evolucionar; y no encriptan sus mensajes para que sólo unos pocos puedan acceder a su contenido. Y los malos: iniciados en artes, secretos y ciencias, que ellos mismos vetan al resto, pues el conocimiento “no compartido” es poder, y eso es lo que se busca –acertada o equivocadamente- cuando se invoca, cuando se sacrifica y cuando se oculta (o incluso se manipula) la información al resto.

Escocia, y sobre todo su región del norte, las Highlands, es un paraje en el que se suceden las historias de sociedades secretas. Pero ante todo, es uno de los lugares más grandiosos de todo el planeta.

Recuerdo que un día libre, salí a conocer los parajes de la zona. Una mañana sombría, como casi todas las mañanas allí, tomé dirección sur oeste y en la carretera principal, la A-82 que sortea los enormes lagos serpenteando entre montes y laderas infinitas de un verde de un tono similar al de Asturias. Comencé a vislumbrar la grandiosidad de los lagos, abandoné la vía principal, y detuve el coche para contemplar la magnificencia de aquel paisaje infinito que acababa de abrirse ante mis ojos. Bajé del automóvil y subí hasta la cima de una colina desde la cual pude observar otro lago, otro Lock, menos famoso que la supuesta morada de Nessie, pero igualmente bello. Se trataba del lago Killin. Desde donde estaba subido, ambos Locks, parecían formar una especie de Y, aunque no parecían juntarse, bordeaban cada uno por un lado una gran montaña, que se perdía en el horizonte frío y gris.

Volví al coche y tomé la carretera B852, que me conducía de nuevo hacia mi lugar de trabajo sin saber muy bien el porqué de aquella decisión. Lock Ness, quedó a mi izquierda durante todo el trayecto. Y así, inmerso en Inverness, atravesando a mi paso una lluvia fina pero constante, muy orientada al turismo de gentes que pretenden sacarle una foto al monstruo o llevarse un souvenir, proseguí mi marcha hacia el norte, siempre como ya he dicho, con el Lock a mi izquierda.

Lo extraño de todo este asunto fue que a unas diez o quince millas de Foyers, detuve de nuevo el coche sin saber muy bien por qué. Lo aparqué a un lado de la vía y un impulso irrefrenable me hizo caminar en sentido contrario al que llevaba en mi camino, es decir, hacia la población que poco antes había dejado atrás. Entonces miraba absorto al lago, que en esos instantes quedaba a mi derecha. Iba caminando ensimismado con la belleza de aquel lugar y ni siquiera la fina lluvia suponía un obstáculo, sino todo lo contrario, era un acicate más para salir del coche, y de algún modo sentirme parte de las Highlands durante ese momento.

No había caminado ni cinco minutos, cuando no muy lejos de la misma carretera por la que poco antes había pasado, llegué a una verja metálica de color granate, no demasiado ostentosa, pero lo suficientemente eficaz como para intentar cruzarla por su parte principal. No había en ella ningún rótulo, ningún buzón, en los que leer alguna referencia sobre aquel lugar, acerca de quiénes eran sus dueños o de su nombre, ya que en Escocia todas las verjas tienen un rótulo con el nombre de la casa. Y sigo sin saber por qué, pero el caso es que unos minutos más tarde, cuando la lluvia pareció darse cuenta de mi allanamiento de morada, redobló su ritmo, y comencé a maldecir mi impulsiva e ilógica decisión de haber saltado la verja unos metros más allá de su entrada y andar por aquella propiedad privada (maldita palabra, pensé en aquel momento). El cielo se cernía cada vez más cercano, pareciera como si quisiera acompañarme en aquel acto furtivo y ponérmelo más difícil aún. De entre sus plúmbicas nubes, saltaban destellos brillantes, que poco después retumbaban en todo aquel paraje.

El agua había empezado su particular camino en dirección hasta el último de mis calados huesos, cuando una voz me sorprendió desde mi izquierda. El lago –aunque entonces no pudiera verlo por la tormenta que lo difuminaba todo- se encontraba en el sentido en el que avanzaba, unos ciento y pico metros frente a mí.

¿Adónde vas con la que está cayendo? –sonó aquella voz a mi izquierda. Yo me detuve perplejo, no supe qué contestar. Tan sólo me limité a localizar con la mirada al emisor de aquella pregunta, un anciano al que no se le veía la cara, cubierta por la capucha de un impermeable verde que caminaba hacia mí-. Esto es propiedad privada –dijo al llegar a mi altura.

Perdone, sólo quería pasear por este lugar, nada más.

Yo te conozco–dijo de repente- ¿trabajas con Ian McGregor, verdad? –cómo sabía aquello, me pregunté de inmediato-

¿Cómo lo sabe?

Vamos a la casa, allí te lo contaré... Fausto –sabía mi nombre y mi ocupación, comencé a temer-. Mi nombre es Sir Bruce... –no puedo dar su apellido.

Y usted, ¿de dónde sale? –le pregunté sin avanzar, completamente empapado.

Venga Fausto, ¡que soy de los buenos!...

Nadie que diga ser “sir” es de los buenos –protesté dispuesto a irme.

No todos somos como el resto...

Eso dicen todos, pero la verdad es que llevan ustedes frenando el desarrollo de...

Sígueme, que yo no soy de esos, como podrás comprobar por ti mismo –y comenzó a reírse.

Pero era una risa que me tranquilizó, el viejo continuó hablando:-... Te voy a llevar a la casa que habitó Alisteir Crowley –yo estaba completamente desconcertado, pero le seguí. Casi corriendo y desde atrás, le pregunté a voces:-

¿Qué tiene que ver Crowley con usted?

Nada, muchacho. Yo no soy ningún chiflado seguidor de Crowley. ¡No temas! -le seguí a través de un prado que ascendía unos metros el terreno y cuando llegamos a su cima, pude ver enfrente mío una gran casa, parecida a todas las construcciones de la zona salvo por unos cuantos detalles. Pasamos por un bosquecillo ornamental, y llegamos a la entrada de la casa. Tras ella podían contemplarse unas magníficas vistas del lago.

¿Es su casa, Bruce? –le pregunté al llegar a aquel lugar tan “energético”.

Bienvenido a Boleskine House, la antigua casa de Alisteir; ahora, la mía –el viejo abrió la puerta y me invitó a acompañarle a su interior-.

Yo sabía que Crowley había vivido en aquella zona durante una etapa de su vida, pero en ningún caso hubiera sabido cómo llegar hasta allí. Todo había sido una extraña y enigmática casualidad, que le expliqué a aquel anciano llamado Bruce, nada más.

Bueno, sí que es una coincidencia, sí... –Bruce sonreía a cada frase, su cara era la de un anciano, pero sus ojos se mantenían muy enérgicos, vivos y llenos de un brillo especial que hacía parecieran los de un pequeño chaval lleno de curiosidad y preguntas. Me hizo entrar a un salón en el que había dos butacas y una pequeña mesa de té. Me invitó a darle mi jersey empapado y me acercó una gran bata roja, que yo recibí con gran alegría, pues estaba calado hasta las entrañas.

¿Y a usted, Bruce...?

¿Sí? –Al verme dudar, me animó a que siguiera con la pregunta.

¿Le interesa la figura de Alisteir Crowley? –le dije al fin con cierto temor.

No. Yo compré la casa porque aquí se está bien y sobre todo porque está retirada, aunque bien comunicada. Y esto es lo mejor: porque está construida siguiendo los antiguos conocimientos.

Así que ésto –y miré alrededor- es Boleskine House –pero en ese instante recapitulé y quise saber qué había querido decir con aquello de: “siguiendo los antiguos conocimientos” – ¿Qué quiere decir con: siguiendo los antiguos conocimientos? -Bruce sonreía, sin dejar de mirarme a los ojos.

Te diré que yo conocí a Alistair. Nunca me gustó ese tipo créeme. Pero lo cierto es que él tenía acceso a ciertos secretos, a conocimientos antiguos que datan del principio de los tiempos, del inicio de la “verdadera historia”.

Esa frase la remarcó, no sólo con la voz, sino con toda la expresión de su rostro. Yo no le interrumpí, porque sabía (mi padre había contribuido a ello gracias a sus lecturas), que la historia oficial es tan solo una versión que ha pasado como única, y por tanto, quería escuchar lo que el viejo tenía que decir.

...Para empezar, hay casas que están construidas siguiendo un... –dudó en la palabra a utilizar, pero finalmente dio con la acertada- ...orden, una orientación específica, es como las formas polidédricas... –en ese instante se levantó y sin tener que ir muy lejos, volvió con una pirámide de metal que portaba en sus manos. Me la tendió, y yo la cogí-. Si pasas un rato con ella, podrás notar su energía. Es sabido que ciertas construcciones amplifican o acumulan la energía... –y llegado a este punto, exclamó:- ¡Pero tú lo sabrás mejor que yo, eres físico!..

Bruce –le interrumpí, él seguía mirándome fijamente a los ojos...¿Cómo sabe usted tanto acerca de mi persona?

¡Tranquilo!, ¡soy de los buenos! –intentó relajarme, y en cierto modo lo consiguió, noté la sinceridad de su intensa mirada- ...Hablemos del conocimiento antiguo que ha ido pasando de unas manos a otras, siempre oralmente, eternamente secreto y restringido. Y esta casa, es una de esas construcciones.

Pero... –le interrumpí sin que él me lo reprochara. De hecho parecía estar esperándolo-, ¿No me dijo usted, Bruce, que no era seguidor de Crowley?

Y no lo soy... –y acercó su rostro barbudo de ojos adolescentemente juguetones hasta mí...La energía es un hecho, como la droga es un hecho, como la sabiduría es otro hecho; todos estos hechos pueden utilizarse o buscarse con un fin positivo u otro negativo. Verás, yo pertenecí a la masonería, a la gran orden escocesa. –En ese instante, sus ojos cesaron en su afán por buscar los míos como si se avergonzara de ello, y pareció mirar adentro de sí mismo, buscando la exactitud entre memoria y hechos- ...Ingresé en la orden buscando el saber, creyendo en la fraternidad. Y pasé varias décadas dedicado a la masonería, pues pensaba que a través de ella, este mundo evolucionaría. El saber, la unión, la voluntad, como decía Crowley. Él fundó la orden Thelema, que quiere decir esto mismo en griego.

¿Y qué pasó? –pregunté al ver que Bruce callaba y su rostro se tornaba triste y desesperanzado-.

Pasó que... –y entonces, volvió a taladrarme con sus ojillos azules- Oye, te estoy contando muchas cosas, y no sé si eres merecedor de todo este conocimiento- ...Dicen que juegas muy bien al ajedrez –dijo de repente.

¡Claro que sí!

Me gusta tu respuesta, la forma en la que has dicho que sí –y Bruce se levantó riendo a carcajadas. Al rato regresó con un ajedrez que no puedo describir en estas páginas. Cada pieza de madera antiquísima parecía escrutar directamente tu alma. Coloqué las piezas pudiendo fijarme en cada una de ellas. Bruce me dejó hacer, evidentemente estaba

evaluándome. Una vez estuvieron colocadas todas las piezas, me lanzó el siguiente reto:- ¡Me juego todo lo que sé de los masones, ¡que es mucho!, contra... ¿qué puedes ofrecerme tú? Yo sé que la atmósfera encierra un secreto en forma de energía, y que esa energía se puede utilizar para..

Nicola Tesla –me interrumpió de forma socarrona. Yo me quedé sorprendido y no supe cómo continuar... Bien, Bien, puede serme útil... –y me tendió su mano. Yo la estreché y así firmamos nuestro pacto: Tesla y lo que sabía de las ondas Schumann, contra una visión de la masonería de uno de los masones de grado más alto de Escocia, por lo que supe más adelante, y además, renegando de dicha organización. Ya digo, uno de las mejores y más enigmáticas partidas de mi vida. Y así pasé lo que quedaba de mi día libre: jugando con Bruce al ajedrez.

¿No sorteamos las piezas? –pregunté al ver que me dejaba blancas.

Abre, no creo que puedas vencerme –y sonriendo, se recostó en su butaca, cruzó las manos y esperó mi apertura. Yo dudé, pero finalmente busqué una posición abierta, con el riesgo que ello conlleva. Quería demostrarle que no le tenía ningún miedo.

La partida se fue llevando el sol que se dejaba notar a duras penas, colándose torpemente a través de los pliegues de un gran cortinaje. Poco quedaba ya de él, cuando el anciano ex masón lanzó un jaque como respuesta a otro mío. Él no lo sabía, pero era precisamente este movimiento el que yo había estado buscando, ya que al atacar mi solitario rey en mi retaguardia, dejaba una columna al descubierto, desde la que dos jugadas más tarde, mi torre iba a arrinconar a su rey. Cuando ésto sucedió, Bruce no esperó al mate, no quiso escuchar de mi boca “check mate” y tiró su rey que rebotó en el tablero haciendo un ruido seco.

Dijo simplemente: “You win”, tú ganas. Se levantó de su butaca sin decir una palabra y se fue, para regresar un rato después con dos libros en la mano: los dos volúmenes de “Anacalypsis”. Se trataba de la re-edición del libro de Geoffrey Higgings, de la cual se fabricaron 500 ejemplares para la British Commonwealth en 1965.

Por entonces, yo no conocía este trabajo, mi padre no lo había mencionado en ninguna de sus “guías de lectura”, y precisamente explicaba toda la denuncia posterior a ese (vamos a dejar de llamar “supuesto”) gobierno “sionista” que maneja a la humanidad en la sombra, encubierta por sociedades secretas y manipulando la información y la historia en su único beneficio.

Esto es un regalo –me dijo al entregarme ambos tomos, de los que por entonces, no sabía ni una palabra. Aquel día, yo no sabía exactamente qué me estaba dando, pero más adelante lo supe en su justa medida: tenía uno de los tomos más buscados por todas estas sociedades secretas. ¿Por qué?, porque Higgings, un historiador y teólogo que al igual que Bruce, había sido masón. Esperó su propia muerte para lanzar este auténtico “jaque mate” a la totalidad de estos crápulas asquerosos que manejan al resto de la humanidad como peones en una partida, que sólo ellos conocen. Y gracias a estos dos libros, esta información se ponía al alcance también del resto.

Pero son muy caros –le dije rechazándolos, al ver que se trataba de dos libros de un evidente altísimo valor.

No son caros por el dinero, o por la encuadernación, o por su escasez... Son valiosísimos, ya que Higgings dejó escrito que se editaran 200 copias, para que éstas llegaran a medios de comunicación y científicos independientes. Estaba denunciando a toda la masonería de aquella época, y contaba además los grandes secretos de los maestros, de dónde venían estos conocimientos y todas las mentiras y manipulaciones que estos personajes tan funestos habían urdido en la historia.

¡Madre mía! –dije en perfecto castellano. El viejo me miró complaciente.

En España, tienes más información de la que en un principio podrías suponer. Los Caballeros del Temple pasaron muchos siglos en tu país, y dejaron muchos secretos. Sobre todo –y se acercó hasta mí y habló mucho más bajo, como si alguien pudiera estar escuchándonos... hay muchas construcciones que se rigen por la matemática masona. En tu país, y sobre todo en Francia.

Bueno, Bruce –quise poner las cosas en su sitio, pensé que me daba evasivas para no tener que contarme nada, porque se había arrepentido de su apuesta-, pero no eran unos libros el objeto de nuestra apuesta, sino información oral acerca de lo que usted sabe de la masonería en Escocia, y por lo que me ha contado, de su relación con el antiguo propietario de esta casa.

No he olvidado nuestro pacto. Lo de los libros es sencillamente porque no creí que un... –dudó en su expresión- joven como tú, pudiera vencerme jugando así al ajedrez. El viejo se detuvo y pareció buscar las palabras correctas- He de felicitarte muchacho, ya que tienes un don. Y ese afán de saber es algo encomiable a tu edad. Hoy los jóvenes no se preocupan por el pasado, ni por la ciencia... ni siquiera les preocupa que estén siendo conducidos al redil sin ellos saberlo. Y cuando alguien se lo dice, simplemente ríen y tachan a ese que les advierte como un simple loco, como un mero chiflado al que no prestan atención alguna. Los jóvenes de hoy en día, son la soberbia de la ignorancia llevado a su máximo extremo, ¡es el colmo!. Por eso te he entregado estos libros, sé que tú les vas a dar mejor uso que el que tienen en Boleskine House, donde llevan varios lustros cogiendo polvo. Tú, Fausto, y gente como tú, sois el futuro, la esperanza para una nueva humanidad.

En serio Bruce, ¿cómo sabe tanto acerca de mí? –ya no podía con el misterio.

Porque yo financio vuestro proyecto. Pretendo utilizar mi fortuna para hacer un bien a la humanidad. La energía, como descubrió Tesla, es infinita, y debe ser libre. Sin el control energético no habría gobierno en la sombra. La gente joven no tiene ni idea, y personas como tú, merecen ser promocionadas para que la ciencia avance. El conocimiento debe ser accesible para todo el que lo busque, y esa es la finalidad de mi vida, de lo que quede de ella.

Gracias, Bruce... –en ese instante, entendí todo y miré a aquel viejo de otra forma, le miré con admiración- ...Lleva razón en todo lo que dice, la gente de mi generación...

Ellos me dan igual –me interrumpió de repente-, ahora estamos tú y yo. Verás, ¿tienes papel y algo con lo que escribir? –yo me busqué en los bolsillos por si llevaba alguna libreta, pero la había dejado en el coche.

En mi coche... por cierto, lo dejé a un lado de la cuneta en la carretera, ¿no pasará nada?

Deberías traerlo a Boleskine, ¿pasarás aquí la noche, verdad? –aquella invitación, me sorprendió gratamente. Pero a decir verdad, llevaba un rato esperándola. Daba gusto hablar con Bruce, en cierto modo me recordaba a mi padre.

Me fui a por el coche, afuera la luna intentaba hacerse más grande, pero sólo dejaba ver la mitad de su esfera. Entré el coche al garaje de Boleskine house y al regresar a la casa, Bruce estaba muy aturdido. No entendí muy bien el porqué, pero me extrañó tanto su silencio que quise hacérselo notar:

¿Le pasa algo, Bruce?

¿Te apetece cenar? –dijo de repente –yo asentí con la cabeza y me hizo un gesto, quería decir: “acompañame”. Yo lo hice y llegamos a la cocina, que se encontraba junto al baño, en el ala nor-oeste de la casa. Una vez allí, Bruce levantó una alfombra dejando al descubierto una pesada puerta de madera, que ambos abrimos en aquel instante. Mediante unas escaleras angostas, la trampilla daba acceso al sótano de la casa. Este era el verdadero secreto de Boleskine. No avanzamos mucho, lo suficiente para con la escasa iluminación del lugar,

tomar contacto con la magnitud de aquel habitáculo que se extendía por toda la planta, que tiene forma de U, en la que de cada una de sus ocho paredes, hay sendas puertas todas cerradas.

¿Por qué hemos bajado?, ¿adónde dan esas puertas?

Vayamos por partes –comenzó el viejo visiblemente más tranquilo que arriba-. Las puertas, que como verás, dan acceso a salas más allá de la construcción externa de la casa, son el secreto de Boleskine. Simplemente te diré, que todas ellas dan a estancias y pasillos que se extienden por toda la finca a modo de subterráneos. Ésta –y señaló la que se encontraba exactamente bajo la puerta de acceso en la superficie, en el centro interior de la supuesta U que formaba dicha construcción-, comunica con el cementerio. Allí se congregaban Crowley y sus amigos, enfermos de poder y placer –al ver la curiosidad en mis ojos, Bruce fue resolutivo- Pero no vamos a abrirla, lleva muchos años así y mientras yo viva, así continuará. Con respecto a bajar aquí, al salir tú a por el coche, he recordado la última visita a este lugar de uno de mis antiguos camaradas y hermanos en la orden. Verás, cuando empecé a desmarcarme de la masonería, fui amenazado de muerte en varias ocasiones, y no les tengo ningún miedo, pero sí acabo de pecatarme que a ti no te conocen, y de hecho es mucho mejor que no lo hagan.

Pero, ¿cómo van a saber que estamos aquí hablando de ellos?

¡Ay, pequeño amigo! –y puso una expresión de tristeza que llenó sus jóvenes y azules ojos, con un velo de inquietud que no podía ser fingido-. En la última visita que acabo de mencionar, vinieron cuatro de ellos, me ataron a la misma butaca en la que he estado sentado mientras ha durado nuestra partida. Me golpearon en la cabeza dejándome inconsciente, y al volver en mí, habían desaparecido. Sólo dejaron una nota: “No digas nada, sabemos todo lo que haces. Ya conoces tu castigo si traicionas el pacto que hiciste”.

Pero Bruce, eso que me cuenta suena a película americana, ¡la verdad! –dije sin pensar que pudiera ofenderle con ello-.

Tú no sabes con quiénes te estás enfrentando, amigo mío.

Yo no me estoy metiendo con nadie –contesté muy convencido.

¿Ah, no? –no respondí, tan sólo me quedé mirándole-. La esencia de cualquier sociedad secreta es simplemente eso... ¡que es secreta!, y en esto se basa su fuerza.

Pero todos saben acerca de los masones, simplemente son...

Tú no sabes nada –me interrumpió terriblemente contrariado-, pero eso es lo que querías cuando comenzamos a jugar al ajedrez. Pues ahora que vas a saber, debes ser prudente y conocer la magnitud de la información que voy a proporcionarte. Parte de ella podrás contrastarla en los dos libros que acabo de entregarte; el resto, es simple y llanamente el testimonio de un masón de grado treinta y uno. Es decir sólo dos por debajo de los grandes maestros masones, de los llamados iluminati.

Bueno ... –me había quedado paralizado, al entender que todo estaba relacionado de una forma que me sobrepasaba.

Por si no la sabes aún, tras la masonería se esconde la misma ralea que lleva esclavizando a la humanidad durante siglos. Los masones de grado superior a treinta, ya conocen toda la historia verdadera. No la oficial, que es un mero teatro. Pero no saben de sus superiores salvo sus nombres y poco más. Éstos, los de grado treinta y tres, son los que seguro has oído nombrar como “iluminati”.

Así que no es un mito, y mi padre llevaba razón... –dije al constatar para mi alegría, que padre no había estado equivocado, que aun a pesar de su vida estoica dedicada a mi educación y a los libros, estaba en lo cierto, con lo que su legado se hacía mucho más valioso de lo que en un principio pude imaginar. En ese instante me sentí tan orgulloso de papá que no pude más que mostrar un enorme respeto a aquel anciano que me estaba dando una información en

extremo delicada y trascendente. Tanto, que a partir de aquel día mi vida cambió por completo.

Si tu padre te ha educado para ser como eres, tuvo que ser todo un “señor”. Bien, lo primero que debes saber... –y al ver que simplemente escuchaba, se enfadó conmigo, parecía querer acabar lo antes posible con todo aquello...¡Toma nota!, ¿sí no para qué te he dicho que si tenías papel? –yo asentí disculpándome e inmediatamente me puse a tomar a puntas como si estuviera en clase. El viejo comenzó su revelación:

“Los primeros grados masones, los ocupan gente que no tiene ni idea de la estructura real de las logias, que en sus grados superiores están comunicadas con el resto de las demás sociedades mundiales. En definitiva, los maestros manejan no sólo la estructura piramidal de la orden, sino que además ostentan el liderazgo de los principales imperios económicos mundiales y digámoslo de forma sutil, son ellos quienes toman las decisiones a mayor nivel en la política planetaria.

Toda la masonería es una simple fachada. Según asciendes en los distintos grados, vas teniendo acceso a más información, a más conocimientos, vetados sin embargo para el resto de los mortales, e incluso para tus inmediatos “inferiores” en la orden. La trampa, es que ningún masón que no pertenezca a las “grandes familias” tendrá acceso jamás al grado treinta y tres. En definitiva, y dicho a grosso modo, la estructura de la orden lleva siendo la misma durante toda su existencia. Y por cierto... no te creas la historia oficial, los masones llevan muchos siglos manejándolo todo en los sótanos, en la oscuridad, en el secreto, que es lo que les mantiene intocables.

Las redes masónicas, o mejor utilicemos el término exacto, la red de poder que las familias iluminati han tejido a lo largo de nuestra historia, les mantienen a salvo y les dan la ventaja de: primero, la leyenda. Nadie va a creer si expones esto delante de gente “dormida” o si lo prefieres “desinformada”. Segundo: los discípulos de los que se valen, han jurado guardar secreto. Y además de obtener evidentes beneficios por su implicación en la orden, deben cumplir estrictos pactos de lealtad para con el resto de sus hermanos. En otras palabras, el comercio y la transacción entre los miembros de la orden, siempre es prioritario ante terceros, que nada tienen que ver con la masonería. Para los miembros de grado bajo, esto implica toda una ventaja. Cumplen el pacto porque ello les va a posibilitar mantener y aumentar su prestigio y posición social. Nunca llegan a saber que a ellos les están vetadas ciertas posiciones, es decir, llegan a un grado en el que no ascienden, y sin embargo no pueden salir debido a los pactos que han debido aceptar.

Ellos les obligan a contribuir a la orden, defenderla y aumentar su influencia para “el bien de sus hermanos masones”. Mentira por supuesto, pero aunque la descubras, es imposible salirte de la organización sin deberles nada.

En cuanto al conocimiento, como bien te dije, es el acicate para que gente como yo ingrese en la masonería. Mi posición económica me permite no deberles nada en cuanto a negocios o transacciones, con las que otros que a diferencia mía, obtienen sus fortunas directamente de las influencias e informaciones privilegiadas que parten de la misma orden.

Es decir, que los iluminati, obtienen su poder engañando al pueblo mediante la manipulación y la ocultación de información. Fomentan su posición de privilegio, compartiendo de una forma o de otra, parte del pastel con todos los grados inferiores de la masonería. Miles de contratos, de negocios, de adquisiciones de empresas, de fusiones de pequeños bancos, de construcciones públicas, de venta de material armamentístico, parten de las reuniones de las distintas logias en el mundo. Todas ellas, redundan al final en mayor poder para los maestros y sus familias, los iluminati.

En este punto le interrumpí.

¿Por qué los llamas “maestres”, ese era el término templario, no el masón.

¿Y de dónde crees que sale la masonería?, ¿no te dije antes que la historia es sólo un teatro?. Los Templarios, al igual que sucedió más adelante con los nazis, fueron juzgados, pero todos los grandes iniciados escaparon a Escocia.

La voz de Bruce, comenzó su retahíla, y yo cual estudiante que asiste a una conferencia de la que no puede perder ni un solo dato, comencé a taquigrafar mi libreta con cientos de fechas, lugares, nombres y acontecimientos históricos.

Cuando Bruce terminó con su “revisión” de la historia, y llegó al presente, es decir –por aquellas- a los años noventa del siglo veinte, mi cabeza zumbaba emitiendo una resonancia extraña, muy aguda en cuanto a mi zona cerebral y sin embargo, grave en la zona pectoral. Bruce, no se preocupó al verme en aquel estado, todo mi cuerpo retumbaba por dentro, desde la pelvis, pasando por el estómago que parecía estar siendo devorado por miles de diminutos gusanos que emitieran un ruido sordo, hueco, cuyo eco resonaba ascendiendo circularmente y pasaba por el plexo solar, el esófago y la totalidad de la faringe, hasta llegar al paladar, donde cambiaba su tono grave por otro medio-agudo y continuaba su ascensión hasta justo detrás de los ojos, en la glándula pineal, donde se transformaba en un pitido leve pero constante. Mientras duró esa extraña resonancia que literalmente, inundó todo mi cuerpo, no pude mantener los ojos abiertos. Y con los párpados cerrados, justo en mi frente, comenzaron a formarse confusas espirales de luz, imágenes que pasaban velozmente delante de mis ojos cerrados. Una sensación vertiginosa en la que mi cuerpo inmóvil pareciera moverse arrastrado por un torbellino ascendente. Aquello duró varios minutos, lo recuerdo perfectamente. Bruce no interrumpió aquel momento, esperó a que yo mismo abriera los ojos unos minutos más tarde, y sin que le preguntara nada, fue él quien dijo:

“Lo que acabas de sentir, no es nada más que una energía que todos tenemos, que permanece –dudó con la palabra a utilizar- en hibernación, hasta que se despierta. Ésto, sucede normalmente cuando sintonizas con “la verdad”. Porque la verdad, no es lo que tú crees o cree éste o aquél. La verdad no es una opinión, una creencia; la verdad, es la verdad, y sólo es una. El resto, son interpretaciones en las que se restringe parte de la información o incluso se modifica la totalidad de la misma.

Así que amigo mío, acabas de sentir la sintonía con la verdad, y ésa es la magia verdadera, este es el mayor regalo que puede darte un anciano que tiene sus días contados como lo soy yo”.

Pero tampoco esta es una historia sobre datos, fechas, lugares, etc.

Tienes toda la información sobre la conspiración masónica y toda su manipulación de la historia, en el libro “El gran secreto” de David Icke.

Primeras Redes horizontales de trabajo.

Pocos días más tarde, mi compañero de investigación, Ian, me comunicó que habían retirado la financiación del proyecto. Inmediatamente llamé a Sir Bruce, que no atendió mi llamada. Pensé que algo malo habría tenido que pasarle, pero no me dio tiempo a investigar, porque Ian insistía mucho en que debíamos salvar todas las notas, todos los avances y llevárnoslos a otra parte. A partir del instante en que retiraron el dinero, aquel no era un lugar seguro. En cualquier caso, yo me fui de allí antes que él.

Jamás volví a saber de Sir Bruce. Un año más tarde, de nuevo en España, le llamé. Pero cuando cogieron el teléfono, una voz me habló acerca del Boleskine bed and breakfast, que en Gran Bretaña es una especie de hostel con desayuno. “¡Ah!, entiendo, ustedes compraron la casa a un banco...”, “¿Y no sabrán nada del anterior propietario, Sir Bruce R, verdad?”... Había desaparecido, mi amigo ya no vivía en Boleskine. Pero, ¿viviría?

Entonces, volví a recordar toda aquella experiencia en los sótanos de la casa en la que un día vivió Alistair Crowley. Busqué en mis notas, aquella re-escritura de la historia seguía intacta, y a decir verdad, así había permanecido desde Escocia. No había querido obsesionarme buscando información y cotejando datos para contrastarlos, simplemente había apuntado el dictado de Bruce, y lo había dejado durmiendo en mi libreta.

Al llegar a España, volví a visitar a J. A. Quería saber en qué punto de la investigación nos habíamos quedado.

Le hablé de Sir Bruce. Me dijo que todo lo que me había dicho el viejo era cierto, pero que debía andarme con ojo con la información que me había facilitado, que lo mejor era ponerla en manos de algún historiador de confianza, de algún filólogo, antropólogo. En definitiva, alguien de letras que pudiera profundizar en toda aquella información. Inmediatamente pensé en Ana, que por entonces seguía en Grecia, aunque poco tiempo después, iba a regresar a Madrid.

Ella, junto con un antropólogo e historiador amigo de su padre, contactaron con David Icke, y profundizaron en lo que para el resto de sus colegas, tan sólo eran disparates y casualidades expuestas por el británico en sus libros, que si bien hablaba de extra terrestres y de una civilización alienígena que domina a la raza humana, los datos históricos que utilizaba, eran simplemente “contundentes”. Por supuesto, ese es tema para otra historia, y ésta, no pretende sino animar en la búsqueda de la verdad a todo el que comience a “preguntarse”. Continué en distintos proyectos que buscaban la obtención y aprovechamiento de las energías libres para toda la comunidad, siempre con respaldo privado, cuya procedencia casi nunca podía averiguar.

En los años finales de la década de los noventa, alterné las investigaciones con mi pasión por el ajedrez y la historia, y comencé a exponer mis avances a los estudiantes de física de entonces. Comenzaron las conferencias en distintas facultades en las que J. A. tenía algún amigo, y no había la “censura”, que dominaba el resto de las escuelas técnicas del país. Los alumnos de Física tomaban nota como locos cuando mencionaba a Tesla, o los distintos nombres posteriores y sus avances en el terreno maldito de las energías libres. Aquellas charlas, sembraron un germen en parte de la siguiente generación de físicos de mi país.

A partir de aquel instante, se formaron grupos de trabajo con mayor o menor presupuesto, pero con la misma filosofía que la que había movido a Tesla, a J. A. o a mí mismo. Fueron años duros, de constante cambio de laboratorio, de equipos de trabajo, de fuentes en las que investigar, pero valió la pena con creces. Ya digo, del noventa y siete al dos mil uno, fue una época en la que parecía que algo estaba cambiando. El optimismo nos invadía, nos daba una ración extra de fuerza, pensábamos que íbamos a avanzar hacia un mundo en que las energías libres redundaran en el desarrollo de una nueva sociedad. La esperanza era nuestra gran dinamo.

Intentábamos no sólo exponer los avances que temarios y facultades jamás enseñarían, con la intención de formar a científicos que juntos pudieran crear un sistema alternativo, basado en una comunidad que compartiría adelantos y conocimiento.

Es la ciencia la que tiene que tomar las riendas en un mundo que pretenda evolucionar. Los políticos son personas sin conocimientos para afrontar una tarea tan compleja como es la de gobernar, y al no saber, al final tienen que delegar en técnicos para solventar los problemas a los que se enfrentan. Pero la ciencia oficial, al igual que los políticos, pertenecen a los bancos y a sus dueños: iluminati. Así que en la actualidad, y aunque tú no lo sepas, la verdadera lucha tiene lugar entre estas familias y cada vez más científicos que han renegado de los conceptos: patente, investigación privada y ciencia oficial.

El problema es la financiación para todos los proyectos.

Porque la ciencia privada investiga en post del desarrollo armamentístico y nuevas formas de obtener beneficios con los avances “por el bien común”. Sus cifras presupuestarias son desorbitadas, y grandes mentes trabajan para las grandes fortunas del planeta.

Pero, ¿te imaginas que todo ese dinero se utilizara para investigar tecnología útil para el ser humano, gratuita y accesible para todo el planeta?

En eso estamos, esa es nuestra lucha. La de cierto sector científico cada vez más numeroso, que nos negamos a seguir fomentando el poder de estos iluminati.

Dentro de muy poco tiempo, saldrán a la luz alternativas de gobierno y nuevos sistemas sociales basados en el open source y en una tecnología muy superior a la actual.

Desde un punto de vista estrictamente científico:

La tierra puede mantener la actual población humana, sin sufrir daños en sus ecosistemas, con energías libres y abundantes, y sin la necesidad actual de trabajar por la supervivencia.

Esta utopía, es científicamente posible si acabamos de una vez con los que frenan todos los avances en su exclusivo beneficio.

Pero siempre se necesita dinero, y ya sabemos quienes lo tienen.

Fue entonces, en el año noventa y siete, cuando Kasparov perdió su primer match con un ordenador llamado Deep Blue. Aquello, lejos de entristecerme me dio una idea clara de hacia adonde debíamos dirigirnos.

La ciencia había desarrollado una máquina capaz de ganar al mayor de los maestros de la época. En un juego como el ajedrez, a igualdad de conocimientos entre los dos contrincantes, la genialidad es lo que decanta la victoria a uno u otro lado. Pero una máquina no se equivoca, no comete errores y maneja mayor cantidad de variables que la mente humana.

Algunos ajedrecistas del momento, criticaron a Kasparov y a los creadores de Deep Blue. Incluso a día de hoy, algunos siguen negándose a jugar con una máquina, continúan empecinados hablando de “ventaja desleal”, etcétera.

Mi opinión, es que las máquinas deben sustituir al hombre en la toma de decisiones, pues nunca se equivocan. Pero deben ser sus creadores, quienes liberándose de “no cometer errores de cálculo”, aporten en última instancia la “genialidad” humana que redundará en menor trabajo y mayor avance, es decir: evolución de toda nuestra raza.

Cuanto antes aceptemos que las máquinas son infinitamente más precisas, mejor avanzaremos a un mundo en que ellas trabajarán por y para nosotros, quedando el ser humano como genio creador del nuevo mundo que se creará a partir de entonces.

Más adelante, una película llamada Matrix, que no es sino una alegoría del mundo real, pondría a “las máquinas” en contra de la opinión pública mundial.

Y yo me pregunto:

¿Simple casualidad?

¿O alguien pretende enfrentarnos con el avance?

Porque si nos dejamos de simplismos, la máquina ha sido utilizada por la industria como competencia del ser humano. Estamos acostumbrados a que nuevas máquinas en las cadenas de producción, signifiquen pérdida de puestos de trabajo.

Pero es que esos trabajos, convierten a parte de los seres humanos en máquinas menos capacitadas que las que más tarde les sustituyen.

¿Por qué no usarlas entonces, para eliminar ese insulto a la inteligencia llamado “clase obrera”?

Ahora bien, ¿De qué vivirían esos antiguos obreros?

En un sistema como el actual, manejado por una minoría de corporaciones que sólo persiguen su propio beneficio, la respuesta es obvia: morirían de hambre.

Pero, ¿y si el sistema cambiase, y se extendiese el concepto de una comunidad basada en el principio de abundancia –no de escasez, base del sistema capitalista-, en la que todos sus miembros pudieran compartir conocimientos y el beneficio aportado por la mecanización del trabajo?

Entonces, yo te pregunto a ti:

¿Dejamos al ser humano esclavizado a un sistema que lo acota, o inventamos otro –tenemos tecnología para ello-, en el que las máquinas nos faciliten la vida a todos por igual?

Dicho esto, entenderás que yo fuera uno de los pocos ajedrecistas del mundo en celebrar la derrota de mi admirado Kasparov.

Ese día, dije en voz alta: “Ese es el camino”.

Ya te digo, desde entonces hasta el año dos mil uno, fue una época de optimismo y de constante trabajo.

A principios del año dos mil uno, J. A. y yo, habíamos formado tres grupos de trabajo. Nuestro cuartel general era la casa que mi amigo seguía manteniendo en la sierra de Madrid. Allí, se seguía investigando la mejora de la bobina de Tesla, con cálculos más precisos que los que antaño hicieron que cometiera errores, que debíamos solventar. Nuestro objetivo era un prototipo fácil de construir, accesible para cualquier hogar, que pudiera acabar con la actual dependencia energética con las hidroeléctricas.

En Andalucía, otro grupo de colegas investigaba sobre el desarrollo de motores de agua. Más exactamente, motores de agua cuyo combustible es el hidrógeno.

Y por último, y aprovechando mi escaso número de horas de sueño, yo trabajaba con frecuencias de sonido en un proyecto basado en mis experimentos con Pedro cuando ambos sólo éramos unos adolescentes.

Todo iba sobre ruedas, y muchos de los alumnos que acaban de asistir a una de nuestras conferencias, se acercaban a J. A. o a mí mismo tras las mismas, y nos preguntaban cómo ayudar, cómo aportar con su trabajo.

Año dos mil uno, yo casi me había olvidado de que los grandes poderes mundiales. Muy lejos de nuestra utópica idea de tecnología libre y gratuita para todos los seres humanos, el “nuevo orden mundial”, con su cabeza visible en los Estados Unidos de América, tenía otros planes de futuro, bastante menos halagüeños.

J. A. estaba entusiasmado con lo que llamaba “mi carisma para la comunicación”, y presa de un optimismo que podía con cualquier obstáculo, organizó una conferencia ya no para físicos, sino para todo el público en general.

El lugar elegido fue un antiguo matadero municipal, reutilizado para representaciones escénicas, exposiciones y conferencias. Conseguimos un lleno absoluto. De hecho, hubo gente que se quedó sin poder asistir, y J. A. se comprometió a organizar una segunda ponencia dos días más tarde. Pero nunca llegó a realizarse.

La conferencia de junio de dos mil uno

Nuestro objetivo es acercar el conocimiento científico a las nuevas generaciones desvinculadas por completo de la física. Poner a su alcance todo lo que sabíamos, nuestros objetivos, y concienciar a adolescentes y demás buscadores de una nueva era que sustituiría el oscurantismo científico propiciado por el sistema monetario iluminati.

Mi padre, hubiera estado orgulloso de mí. Y en él pensaba, cuando me atenazaron los nervios al comenzar con aquella conferencia y ver que el aforo estaba completo. Casi trescientas personas en absoluto silencio, esperaban mis explicaciones.

J. A. dijo: “Y ahora, el doctor Fausto, os explicará el desarrollo actual de la investigación de las llamadas energías libres”.

En ese instante, la figura de papá, parecía estar entre el público animándome a hablar. Mis primeras sensaciones: la timidez y el miedo a la incomprensión, se diluyeron entre aplausos, en ese instante, J. A. tomó asiento y yo me levanté, colocándome de cara al público frente a una gran pizarra.

Recuerdo exactamente mi ponencia:

“Mi nombre es Fausto, soy físico. Pero tranquilos, no voy a utilizar términos que no podáis seguir. Lo primero que tengo que deciros, es que los avances de la ciencia actual, no llegan al gran público debido al desinterés general que éste tiene por la propia ciencia.

En la actualidad, se relaciona la ciencia con la industria, nunca con el desarrollo de toda la humanidad.

Fijaros que hay un interés velado en transformar la ciencia en un idioma ilegible para la gran mayoría de las personas. Me vais a permitir, que a partir de este instante denomine a esta gran mayoría poblacional con el mismo término “masa” que utilizó Ortega y Gasset:

El sistema educativo, de forma premeditada, intenta alejar al individuo común de la ciencia.

En los colegios, las matemáticas, la física y la química, son enseñadas de forma que la masa llegue a odiarlas. Este es un objetivo bien conocido por todos, y... –en ese instante una voz entre el público me interrumpió, preguntando: “¿Quiénes tienen ese objetivo?”- ...¡Vayamos por partes! –respondí, posponiendo dicha explicación para más adelante...

De hecho, todo el sistema educativo se basa en “no profundizar” en ninguna de las materias. Y así, la misma historia no es sino un farsa, un resumen mal escrito, de toda la historia de la humanidad. En la actualidad, la ciencia se nutre de su propia comunidad, de un lenguaje críptico y vetado para la masa. Y ésta, no tiene la menor idea de los avances científicos, más que lo que ve por la televisión, que no es más que lo que “alguien” pretende que conozcan.

Desde los medios de comunicación masivos, se condiciona a la masa, para que acepten adelantos patentados por toda una industria detrás de la comunidad científica... –en ese instante J. A. accionaba un mando a distancia encendiendo un gran televisor, que mediante la utilización un amplificador de sonido de gran potencia, llenaba con su “cháchara” toda el enorme espacio que compartíamos con el público asistente. Permanecía unos segundos mirando la caja tonta, la gente sonreía, y un tipo hablaba sin parar desde la tele. Entre el público, comenzó a crearse un rumor que acallaba el volumen de la televisión, la gente no tenía ni idea de qué significaba aquello. Era entonces, cuando yo le hacía un gesto a J. A. y éste, silenciaba el volumen del aparato y la voz de la televisión dejaba de sonar. Pero quedaba la amplificación de una sola frecuencia audible por el oído humano, pero tan grave, que se hacía muy difícil distinguirla. El sonido, amplificado hasta el máximo, producía un extraño

zumbido, que unos segundos después hacía que la gente, se echara la mano a la cabeza, todo el mundo me miraba y se miraban entre sí, parecían estar molestos. Hasta que tuve que explicar aquello. Fui hacia el televisor y lo desconecté de la red eléctrica tirando del enchufe. La gente lo celebró de tal forma, que aquello me dio fuerzas para continuar:-

... Hay que desconectar la televisión, es el mayor medio de control masivo que jamás se haya inventado. El ruido que os ha estado perturbando, no es más que la amplificación del sonido estático que constantemente emite la televisión, y que es necesario para su funcionamiento. Todos vosotros habéis sentido malestar en menor o mayor grado, pero no es fortuito que esto suceda. Habéis escuchado una frecuencia situada en los sesenta hertzios por segundo – en ese instante dibujé un equalizador gráfico de sonido en la pizarra, parecido al que todos hemos visto en alguna ocasión, del que disponen casi todos los equipos de sonido... Aquí tenemos el espectro gráfico de la audición humana. Como veis, a la izquierda tenemos números que decrecen hasta llegar a veinte hertzios, límite del oído humano para percibir sonidos o frecuencias graves. Por debajo de esta cifra, y si continuáramos hacia la izquierda, tendríamos frecuencias que numéricamente siguen decreciendo, pero que ya no escuchamos. Estos son los infra sonidos, que luego mencionaré. Bien... –y señalé a propósito la cifra de sesenta hertzios, muy cercana a ese límite de audición en frecuencias graves... No es fortuito, que la televisión emita esta frecuencia de forma constante. Y aunque aquí la hayamos amplificado, es la misma que en vuestra casa. Y aunque no la notéis, está machacándoos el cerebro de forma inconsciente.

¿Creéis que es fortuito? –y rápidamente, el mismo que me interrumpió al principio, levantó la mano:-

Bien... –dije al ver que participaba... ¿te llamas?

Soy Rafa –se presentó ante el público-, y soy periodista de investigación. Yo quiero apoyar lo que Fausto acaba de exponer. Y añadiría, que todo forma parte de un plan para esclavizar al individuo. Me gustaría, Fausto, que hablaras de iluminati –el tipo parecía querer atajar por la vía rápida.

Si te parece y como ya te dije antes, vayamos por partes.

Ya, pero yo quiero mencionar antes de que avances por otros derrotos, que la manipulación mental de lo que tú denominas masa...

Yo no, amigo mío, Ortega y Gasset –maticé.

¡Correcto! –corrigió-, esa manipulación mental, lleva siendo aplicada desde poco después de caer el régimen nazi. Precisamente ellos comenzaron con dichos estudios. Más adelante, Henry Kissinger del gobierno americano, fue uno de los ideólogos de la aplicación de aquella nefasta tecnología nazi, aplicada al control mental masivo.

De hecho, Kissinger quedó fascinado por los estudios del sobrino de Sigmund Freud –aporté mi propio conocimiento del tema-, que asesoró a las primeras empresas para que influyeran en la opinión pública mediante técnicas psicológicas...

Edward Bernays –matizó apropiadamente-, el padre de las relaciones públicas empresariales – el auditorio celebró aquel dato con sonrisas de complicidad.

Pues como acaba de apuntar Rafa brillantemente –él sonreía, con un gesto de satisfacción, sentado entre el público-, Kissinger fue el impulsor del proyecto Mind Kontrol Ultra, es decir: MK Ultra. No recuerdo exactamente el año...

Mil novecientos setenta y cinco –matizó Rafa, entre el público-, fue el año en que se desclasificaron los documentos de la inteligencia americana, en ellos se mencionaba que en Vietnam se había probado una droga basada en el L.S.D, que acababa de sintetizar Albert Hofman, para la creación de “supersoldados”, que decían escuchar voces instándoles a matar.

Gracias, Rafa –le aplaudí cuando volvió a sentarse, en ese instante comencé a interesarme por aquel tipo de mirada inteligente y con la cabeza llena de datos correctos- ...A esa droga basada en el L.S.D, se la llamó “escalera”. Y baste con que veáis la película “La escalera de Jacob”, para que os deis cuenta de ello. Pero volvamos a nuestro tema –y regresé a la pizarra. Esta vez, fui hacia la derecha, donde las cifras ascendían hacia los tonos más agudos, y así el centro de aquel espectro gráfico, estaba ocupado por la cifra de quinientos hertzios, número que señalé:-... Esta frecuencia es... digamos, nuestro mayor rango de percepción. Alrededor de ella, se sitúan los ruidos que mejor percibe nuestro órgano auditivo. Ahora bien, si seguimos hacia la derecha del gráfico, vemos que justo al final, como pasa con los infra sonidos, tenemos esta cifra veinte mil hertzios, o veinte kilo hertzios, el límite de percepción para las frecuencias agudas. Por encima de esta cifra, se sitúan los ultra sonidos.... por ejemplo, el sónar de los murciélagos, que no escuchamos pero sí percibimos, y de pasar mucho tiempo expuestos a dicho sonido, llegaríamos a sufrir una gran jaqueca que imposibilitaría cualquier trabajo intelectual que pretendiéramos realizar. Todo esto, lo saben quienes diseñan planes de control mental de la población, al igual que sucedía con los sesenta hertzios de la televisión, por cierto una frecuencia que se lleva usando en psiquiatría desde hace casi un siglo para inducir a la hipnosis –en ese instante, un gran clamor se apoderó de la enorme estancia. La gente comentaba este nuevo dato-...Así que no es fortuito, que sea la frecuencia constante que emite este aparato –señalé la tele apagada-, que todos deberíamos desconectar para seguir avanzando. Pero en los sonidos agudos, cerca de esos veinte kilo hertzios que delimitan nuestra percepción, sucede prácticamente lo mismo. Y así –y saqué un móvil de mi bolsillo-, estos aparatitos de aspecto inocente, que nos han hecho creer imprescindibles, emiten de forma constante frecuencias que rondan nuestro límite sensorial en las frecuencias agudas e incluso en los ultra sonidos. Explicado todo esto, ahora sí, vayamos al grano. ¿Quiénes están detrás de todo este intento de control mental?, ¿y para qué? –Miré a Rafa, estaba deseando hablar, así que yo mismo solicité su opinión. Parecía estar muchísimo más informado que yo en temas de conspiración, así que le invité a exponer él mismo el tema:-... Rafa, ¿a quiénes les puede interesar esto, a Aznar, a Blair, a Bush...? –en referencia a aquellos tres títeres, que no por ser manejados dejaban de ser perniciosos-.

Gracias, Fausto –y se levantó tomando la palabra-. Bien, ahí quería llegar yo. A través del control del flujo del capital, ciertas familias se han hecho con el control de las principales corporaciones transnacionales, y la banca es propietaria de la industria energética, de la industria farmacéutica, de la armamentística y de los medios de comunicación. Todo muy bien montado, para que una sociedad te lleve a otra que la posee, y esta a su vez a otro lobbie, que resulta que tiene el monopolio en otras industrias. Y así sucesivamente, la ley capitalista de las sociedades anónimas permite que tras dichas macro empresas, se escondan ciertas familias, ya identificadas en distintos libros que todos podéis adquirir, que son los llamados “iluminati”, término que por peluculero, no pasa por real entre la masa. Y así, amparados en esa ley suya de las sociedades anónimas, que aprovechan las crisis financieras que ellos mismos propician, para absorber a su competencia. En última instancia, están detrás de los gobiernos mundiales, y son ellos quienes planifican las guerras, la inflación de los precios, las políticas globales, las noticias adecuadas que se transmiten en sus medios masivos de comunicación, etcétera.

Gracias a nuestro amigo Rafa por sus datos tan precisos –el auditorio aplaudió y Rafa, satisfecho, volvió a ocupar su asiento-. Bien, y ahora llegamos al porqué de esta conferencia. Estos iluminati, de los que Rafa acaba de hablar, han manipulado la historia. Y por supuesto los sistemas educativos de los gobiernos, se basan en la aplicación de un plan que digámoslo a grandes rasgos, trazaron estos iluminati, hace ya un tiempo...

Mil ocho nueve seis –matizó Rafa, que se había ganado el derecho a intervenir sin levantar siquiera la mano... Fue cuando se juntó el priorato de Sión, que entonces era la cúpula secreta del poder iluminati, hoy fragmentado en varias logias secretas, que operan amparados tras la masonería –aquel tipo me estaba dejando anonadado. Por supuesto le dejé continuar, porque sabía más que yo, que sólo pretendía exponer la realidad, y nuestra alternativa: las energías libres-. En dicha reunión se fijaron los objetivos para la consecución del gran sueño iluminati: un estado mundial, con una moneda única, leyes únicas para todos los ciudadanos del planeta... Como dicen ellos mismos: un “nuevo orden mundial”, dominado por ellos mismos, que mantenga a una población considerablemente menor que la actual (el número rondaría los quinientos millones de personas en todo el planeta, el resto, simplemente “sobra”), y que gobernarán mediante una esclavitud encubierta. Su principal objetivo es crear una masa poblacional manipulable, inculta y preocupada en las necesidades ficticias que genera la publicidad.

¡Ya! –replicó otra voz entre el público-, ¿pero y los que se resistan a ese gobierno único?

Dentro de pocos años –respondió Rafa-, veremos con sorpresa la implantación de un micro chip, que sustituirá el actual pasaporte, la tarjeta sanitaria, o incluso el dinero...

¿Y quién se va a dejar colocar un micro chip?, ¿y por qué? –repuso la misma voz.

Pues esa misma masa de la que hablaba antes Fausto. Si la publicidad les dice: no lleves dinero encima, ni documentos, conoce la localización exacta de tus hijos vía GPS en todo momento, y tu microchip, ¡por sólo treinta euros de nada!... –el auditorio comenzó a murmurar, ellos habían asistido a una conferencia en la que se hablaría de la energía libre, casi nadie pensó que iban a salir todos estos datos, que si bien entonces parecían sacados de una película catastrofista-.

No creo que nadie se deje insertar un micro chip por mucho que lo intenten vender –protestó su interlocutor.

¿Y si comienzan a desaparecer niños en circunstancias extrañas por todo el mundo?, ¿y si dentro de poco, los padres comienzan a temer a pederstras que puedan abusar de sus hijos raptándoles?...

¿Y si no tienes hijos?

Pues te asusto con un enemigo al que tú temas...-respondió Rafa.

No hay enemigos en la actualidad...

¿Y si manipulo a la información, simulando un macro atentado terrorista, achacándoselo a un enemigo invisible e inventado, que siembre el pánico por todo el planeta? –la respuesta de Rafa, terminó poniéndole en contra de gran parte del auditorio, sin embargo al terminar con aquella charla, ambos seguimos hablando...”

Por supuesto, expuse las energías libres como réplica a su actual orden energético basado en la irreal sensación de “escasez de recursos”. Hablé en profundidad de Nicola Tesla. Comenté la filosofía “open source”, que en informática, ya aplicaba el sistema LYNUX.

Y el clamor entre la gente fue algo grandioso. Terminé bastante satisfecho del resultado de aquella conferencia, que en teoría repetiríamos tan sólo dos días más tarde, en aquel mismo lugar.

Pero no fue así, porque comenzaron los tiempos verdaderamente oscuros.

La aceleración del final del plan

Año dos mil uno. Habíamos pasado el milenio sin que por ello llegara el fin del mundo, como algunos agoreros se empeñaron en señalar en los años previos al siglo XXI.

En España, aquello del boom inmobiliario había hecho crecer la economía formando una gran burbuja que estaba próxima a reventar. Y el gobierno conservador del partido popular, se había asegurado la mayoría absoluta con la que gobernaba una sociedad cada vez más parecida a la norteamericana, en cuanto a su estupidez y facilidad de manipulación.

La instauración del libre mercado, que ya había sido preparada desde el anterior gobierno socialista, nos convertía en un país satélite del “nuevo orden mundial” anunciado en su día por el papá de Bush. Su “New World Order”, en el que el primer mundo rico se agruparía ante la amenaza del terrorismo y las fuerzas del mal, para redundar en un macro estado de bienestar gobernado desde un solo centralismo: el del banco mundial, el fondo monetario internacional y sus respectivas delegaciones como la Unión Europea, la ONU, la alianza Atlántica y así sucesivamente, sin que nadie se fijase en la verdadera realidad de aquellas siglas, que casi nadie entendía tras las que se escondía la banca mundial, sus empresas y cómo no, sus planes de esclavitud para el resto de la población controlada desde sus reuniones en las que se dictan las políticas de este gran país llamado Tierra.

Estaba comenzando a ver evidencias de que los planes iluminati, estaban llegando a su fin, que no será otro, que la disolución de los actuales estados o naciones, en beneficio de uno solo controlado en exclusividad por los fabricantes y suministradores del dinero, es decir: por ellos mismos.

A poco que contrastaras información, podías ver en cada movimiento político de George W. Bush, la mano de estos mandamases.

En aquella época, un par de meses antes del 11 S, por la red comenzaron a circular todo tipo de documentos que hablaban de la preparación por parte de la C.I.A. de un auto-atentado, similar al anterior de Pearl Harbor, con el que la administración Bush podría emprender una gran guerra para obtener de una vez por todas, las tan ansiadas y añoradas zonas estratégicas de Iraq y Afganistán.

Pero yo entonces, estaba centrado en mis investigaciones, y fue Rafa quien me puso rápidamente al día de cómo estaban las cosas con estos tipejos. Era muy tarde, casi las dos de la madrugada, cuando Rafa se fijó en un tablero de ajedrez.

¡Coño, un ajedrez!

¿Sabes jugar? –le pregunté.

Sí, pero aquí el maestro eres tú. ¿No es así, Kasparov? –me dijo en tono burlón. Rn el bar en el que cenamos, le había hablado de mi pasión por aquel maestro.

Si no quieres jugar, lo dejamos.

¡Qué sí! –dijo de repente-, Y además, si me ganas... –yo sonreí, había cometido el error de creermé superior-, te cuento todo lo que sé acerca de los planes para el “nuevo orden mundial”...

Y si pierdo, seré yo quien te facilite información de primera mano sobre la masonería –recordé las notas tomadas en Boleskine House, y decidí, que pasara lo que pasase con aquella partida, él iba a sacar más partido a dicha información que yo. Él sí era un periodista de los

que aman su trabajo y pretenden divulgar la REALIDAD- ...Bueno, juguemos de una vez –y ambos tomamos asiento- ... Si quieres jugar con blancas, yo no tengo ningún problema.

Prefiero que sorteemos –me contestó él, que rechazó la ventaja que le estaba ofreciendo. Yo cogí dos peones de distinto color, los guardé en mis puños y estiré ambos brazos. Rafa dudó, pero finalmente tocó mi mano izquierda:- Blancas –dijo al ver el resultado de su elección-, pero sin ventaja –matizó.
Abre, pues.

Le gané, pero el resultado de aquella partida podría haber sido tablas. Me costó mucho más de lo que había imaginado. Incluso dudé en la recta final, pues como digo lo normal hubiera sido acabar iguales sin que ninguno de los dos ganase, sólo un pequeño error por su parte decantó la partida a mi favor.

Juegas muy, pero que muy bien –le dije tras el jaque mate pertinente.
Lo sé, pero... –y se me quedó mirando intrigado- ...¿Y tú, por qué no juegas profesionalmente?

Porque prefiero mantener el ajedrez como lo que es, sólo un juego. Así disfruto con ello, de otra forma sería imposible –él, me miraba con admiración, fue entonces cuando ambos comenzamos a “conectar”-.

Hasta hoy nadie me había ganado, contigo era evidente... –dijo.

Nunca es evidente. Para ganar, hay que jugar mejor que el otro.

¡Vale!, pero coño, tú eres un maestro, Fausto...

No lo soy. Para ello debería haberme dedicado al ajedrez, y preferir la física... Pero tú juegas muy bien, de hecho he vencido por un error tuyo.

Te agradezco la sinceridad, tendremos que echar una revancha.

Cuando quieras –le dije de forma sincera-.

Debe ser dentro de poco, porque me tengo que ir del país –repuso-, pasaré un tiempo en Estados Unidos, en la boca del lobo.

Y se puede saber, ¿para qué quieres ir a norteamérica?

Habrás leído lo que está circulando por la red, ¿verdad? –se refería a documentos que advertían de un inminente ataque terrorista en pleno corazón del imperio, preparado por los propios servicios secretos estadounidenses- ...Antes lo mencioné en tu conferencia, pero la gente no quiere escuchar amenazas conspiratorias. Ellos en el fondo, no creen estar siendo controlados por nadie.

Sí, pero dudo mucho que lleguen a provocar un auto atentado... -incluso a mí, me parecía algo desmesurado, irreal-.

¡Pero si es que ya está planeado!, y luego le echarán la culpa a “Al Qaeda” con lo que tendrán la mejor excusa. Primero, para entrar en Afganistán y reactivar el tráfico de Opio, y luego para invadir Iraq y echar por fin de allí a Sadam. Ese es su jodido plan, sin contar que ya les hace falta una buena guerra. Su industria armamentística así lo requiere. Y después, habrá que reconstruir ambos países, y claro está, el petróleo y el gas natural, habrá que distribuirlo “democráticamente” –y se rió, le hizo mucha gracia el término.

¿Y sabes dónde será el atentado?

Los atentados –puntualizó-. Se trata de acojonar a los americanitos de a pie, no lo olvides. No sé el sitio exacto, pero de seguro será un buen golpe de efecto. Para que sea creíble, tendrá que haber muchos muertos.

No sé, sigo creyendo que eso sería demasiado rebuscado incluso para esta gentuza –pero en cierta forma, sí lo esperaba, sabía que iluminati estaban siendo seguidos muy de cerca.

Gracias a la información que en Internet se filtraba desde miles de páginas, estábamos acorralando a iluminati en cierta forma, pero la elección fraudulenta del hijo de Bush como presidente americano, me había hecho temer lo peor.

Pero no te extrañes –Rafa hablaba con una seriedad y un convencimiento que en aquel entonces, me estaban dejando pasmado- ...Los ataques de bandera blanca –utilizó esta expresión que en el fondo quiere decir “auto atentados”- ... se llevan utilizando desde hace miles de años. Un señor quería unas tierras, mandaba a sus jodidos soldados que portaban la bandera del supuesto enemigo del propietario del territorio en cuestión. Éste se pensaba que habían sido los otros y comenzaban una guerra entre ambos bandos. El auténtico culpable, apoyaba a las dos partes mediante cesión o venta de armas, préstamos o lo que fuere. Y al finalizar la guerra con ambos bandos debilitados, se quedaba con las dos zonas: dos al precio de uno. Así funcionan estos cabrones.

Y tú, ¿cómo sabes todas estas cosas? –le pregunté.

He trabajado para los principales periódicos del país, y en ninguno de ellos se da cobertura a distintas informaciones, que yo fui archivando, ya que estas noticias no llegaban a ser publicadas. De una cosa, pasé a la otra, comencé a entrevistarme con las distintas fuentes que mandaban dichas informaciones, y así me fui ganando el boicot general de la prensa masiva. Pero al igual que yo, sucede en todos los lugares. Por ejemplo en Estados Unidos, mi colega Alex Jones, que ha sido quien ha sacado a la luz los próximos atentados, no puede trabajar en ningún medio de comunicación, está vetado. En Canadá, al periodista Benjamin Fullford, también amigo mío, le sucede lo mismo. De hecho está amenazado de muerte y dice que se va a marchar a Japón, porque allí no podrán quitárselo de encima. Iluminati son gente real, y están nerviosos porque les estamos denunciando. Nos anticipamos a sus planes, los conocemos gracias a filtraciones...

¿Pero filtraciones, de quién? –quería saber más.

Pues mira, incluso de miembros de dichas familias iluminati, que no están de acuerdo con los planes de sus familiares... No todos son máquinas insensibles que utilizan al resto en su beneficio. Algunos de ellos, quieren desmarcarse de dichos planes.

Bueno, y hablando de esos atentados –le volví a insistir con el tema- ¿cuáles son sus propósitos?

Todo forma parte de un plan –dijo-, ¡Es la hostia!, te sorprenderías con la frialdad con la que van planificando el futuro estas mierdas. Pero a decir verdad, son unos cabrones muy, muy listos. Lo primero que harán como ya te he dicho, es hacerse con el control de Afganistán. Eso no les costará demasiado, la opinión pública ya está siendo puesta en contra del régimen de los Talibanes.

No es muy difícil, la verdad –añadí yo. Me gustaba escucharle, hilaba todo muy bien, y la lógica estaba de su parte-.

Vale que los talibanes son también unos cabrones –continuó-; pero paralizaron la producción de opio. La heroína es hoy en día muy escasa, y de muy baja calidad... Después, irán a por Sadam. Y esta guerra ya no será tan bien vista por la opinión pública. Así que Bush, necesitará en Europa todos los aliados que pueda convencer. Y amigo mío, ¿quién mejor que Aznar para ir de la mano del yankee?

¿Dices que vamos a entrar en guerra?

Ya está planeado. Y no será por hacerle un favor a Bush, sino por el negociete en el que también quiere participar la banca española, que no olvides que es una de las más fuertes a nivel europeo. ¿Y sabes quién maneja el gobierno, verdad? –yo asentí- Sé por un amigo, que conoce a uno de los herederos de la mayor familia de banqueros de este país –se refería a España-, ha filtrado parte de los presupuestos a “largo plazo” de dicho banco, y ¡Bingo!, hay

diversas partidas presupuestarias destinadas a la reconstrucción de parte de Iraq y ¿cómo no? de Afganistán.

Pero aquí en España la gente se les echará encima, no dejarán que entremos en guerra...

¿Tú crees? –preguntó de forma irónica. Yo asentí, aceptando sus argumentos-. Vosotros los científicos, estáis centrados en lo vuestro... -y llevaba razón, la búsqueda de una energía libre para el ser humano, era lo que entonces ocupaba la mayor parte de mi tiempo- ...Pero estos cabrones, están acelerando su plan, no tenemos mucho tiempo.

Me has dejado petrificado, ¿y no podríamos detenerles? –según iba diciéndolo, yo mismo me daba cuenta de la imposibilidad de ir contra estos planes magnificadas.

Mira, si crees que hemos vivido en una sociedad manipulada hasta la fecha, debes prepararte para el nuevo orden en el que estamos a punto de entrar. A partir de ahora viviremos en un mundo muy parecido a “1984”. La opinión pública será manipulada hasta límites que pudieran parecer novelescos, pero es que el final de los planes sionistas se acerca a su fin.

El gobierno mundial... –continué su argumento, pero quise aferrarme a la esperanza-, pero no es tan fácil Rafa, hoy día estamos más unidos.

Puede ser que los científicos sí lo estéis. Pero ésto, no lo para la ciencia, sino el pueblo -y en ese momento volvió a callarse- ...Borregos, que sólo creen la verdad de la televisión. Tú lo has mencionado hoy en la conferencia.

Lo de que la masa actúa como un rebaño está claro, pero con internet les saldrá resistencia hasta debajo de las piedras. Por todo el planeta habrá una corriente en la que se unirán todas las mentes pensantes.

¿Y si nos colocan un micro chip, monitorizado y conectado a un ordenador central con capacidad para la desconexión de cualquier individuo, digamos... subversivo?

No sé, no sé –aquel periodista, me estaba produciendo una gran sacudida existencial. Pues aunque yo supiera de la existencia de este poder oculto, había subestimado hasta esa fecha su absoluta falta de escrúpulos, y me negaba a aceptar todo ese plan del que Rafa me hablaba como el que habla de matemáticas, con la misma seguridad- ...Bien, y sabiendo como dices saber todos esos planes, ¿qué esperas?, ¿no eres tú el que dice que nos van a poner un chip a todos?, ¿no tenemos ninguna posibilidad de ganarles!, ¿para qué entonces la lucha? –entonces, comencé a sentir el pesimismo como la gran espada de Damocles, justo sobre mi ánimo.

¿Cómo para qué? Yo no sé tú, pero yo prefiero morir rebelándome, a vivir con un chip de control. Puede ser que no tengamos muchas opciones de triunfo e incluso me atrevería a decir: “la suerte está echada”, pero las utopías son la base de una energía que ellos no poseen y que no pueden controlar. Nunca podrán controlar al que busca y persigue utopías. Podrán cargarse a miles de nosotros, pero la tierra generará a otros miles de buscadores; y así sucesivamente, por mucho chip que pretendan colocarnos. Mira, -dijo utilizando un tono de una gravedad y sinceridad infinita, una expresión que le hacía parecer mayor que yo:- simplemente se trata de no preocuparte del resultado de la batalla. Eso es para los cobardes. Tú sólo tienes que elegir con tu corazón el bando por el que quieres tomar partida y una vez hayas hecho tu elección, el resultado te dará lo mismo, porque tú estarás obedeciendo la voz de tu espíritu. Entonces si caes en la batalla, lo harás lleno de fuerza, pleno de vida, y volverás de nuevo a la rueda de la vida, porque eso querrá decir que eres uno de los antiguos ángeles caídos que llevan siglos enfrentándose al poder establecido.

Para cuando Rafa terminó su arenga, sus palabras retumbaban dentro de mi cabeza. Y no lo hacían con el timbre habitual de su voz, sino que cientos de miles de voces repetían aquellas frases en el interior de mi mente. Tuve la sensación de que en esos momentos no éramos él: un periodista desprestigiado y maldito, y Fausto, el científico buscador de la verdad, sino la conciencia de cientos de miles de antiguos guerreros, gritando al unísono una sola palabra: rebelión.

No quise discutir con él sus últimas palabras, porque de alguna extraña e inexplicable forma, sabía que aquello no era ningún cuento. Algo muy dentro de mí, había resonado en una frecuencia familiar desde tiempo atrás.

En ese instante me levanté, invitándole a seguirme. Le conduje hasta el laboratorio en la antigua habitación de mi padre. Por entonces, compartía las investigaciones en el proyecto de J. A. con otra más personal y fue Rafa, el primer ser humano después de mí mismo en escuchar (sentir) los resultados de mis estudios en la aplicación de la resonancia producida por las ondas Schumann.

Al ver todos los aparatos que llenaban todo el espacio de mi laboratorio, lanzó una admiración. Yo me limité a explicarle a grandes rasgos en lo que consistía el proyecto.

“Siéntate aquí y ponte esos auriculares”, le dije.

Y puse todo el sistema en funcionamiento. Rafa, recostado, medio tumbado en el sillón, comenzó a escuchar la repetición constante de un sonido, que resonaba dentro de su cabeza. Se trataba de una repetición monótona, pero rítmica, de las frecuencias múltiplos directos de la cifra fijada por Schumann en siete coma ocho hertzios, es decir, de la suma de la frecuencia de quince coma seis hertzios (infra sonido, pero perceptible de forma interna: el doble de siete coma ocho), más la frecuencia treinta y uno coma dos hertzios (el doble de la anterior), más la frecuencia sesenta y dos coma cuatro, ciento veinticuatro coma ocho... (y así sucesivamente con todo el resto, hasta llegar a los valores múltiplos directos de las ondas Schumann, en sus frecuencias más agudas)... más siete mil novecientos ochenta y siete hertzios.

En la naturaleza, cada frecuencia produce una serie de armónicos, o repeticiones en forma de sonidos múltiplos directos de dichas cifras. Y así, mi máquina hacía resonar todos los múltiplos (armónicos) de las ondas que marcan el funcionamiento de un órgano imprescindible para la vida de todos los mamíferos, como es el hipotálamo. Y esos siete coma ocho hertzios resonado en nuestro interior, generan dos resultados espectaculares cada uno de ellos de por sí (este era el objeto de mi investigación).

La máquina terminó, y Rafa volvió a levantarse. Parecía salir de un trance:

¿Qué has sentido? –le pregunté.

¡Jo...der! –exclamó-, he desconectado del mundo Fausto, ¿cómo lo has hecho? –Sonreí, pero le dejé que continuara... ¡He volado!, ¡he estado en otra dimensión!... Pero tú eres un científico, ¿cómo lo has hecho?... Primero, he dejado de sentir a través de mis sentidos. Más tarde, he percibido claramente cómo se iba moviendo una inmensa energía a través de todo mi cuerpo...

Ascendiendo por la columna vertebral –maticé.

¡Sí, joder!...¡ha sido la hostia!...Y por fin, se ha activado como una especie de luz que giraba tras mis párpados...

¿En forma de espiral? –interrumpí, era muy importante oírlo de su propia boca.

¡Sí, hostias, sí!... Mogollón de espirales... Hasta que he perdido toda sensación con la realidad. Pero yo seguía consciente...y entonces ha sido como si saliera del cuerpo, como si lo dejara atrás y

¡Perfecto! –dije apuntando los resultados.

¿Qué intentas hacer con esta maquina? –se acercó hasta mí con los ojos como enormes platos llenos de curiosidad.

Dos cosas: Una, la que acabas de mencionar: la desconexión de la realidad mediante el cambio de polaridad en la glándula pineal.

Explicame eso, por favor –me interrumpió.

Bajo el cerebro, tenemos una pequeña glándula que para que me entiendas, tiene dos posiciones. Una: el modo de funcionamiento “normal”, que es cuando los ojos envían información al cerebro y éste, forma la imagen. No olvidemos, que vemos con el cerebro.

Los ojos sólo son transductores que codifican lo que perciben, transformándolo en impulsos eléctricos que el cerebro traduce en imágenes.

¡Qué bien explicado!, todos los científicos deberían hablar como tú...

¡Bueno!, ese es otro tema. Pero la glándula pineal –volví a centrarme-, tiene una segunda posición, y es cuando los ojos, los oídos, y el resto de nuestros receptores sensoriales dejan de transmitir impulsos eléctricos al cerebro. Es cuando la glándula pineal cambia, digamos, de polaridad, e internamente activamos otra circuitería, otra realidad no corpórea. Físicamente, esto es el llamado “Punto cero”, y aún somos muy pocos los que estudiamos este “agujero negro de la ciencia”. Pero sospecho, y como yo, otros colegas, como por ejemplo Tom Bearden –Rafa, tomaba notas en una pequeña libreta que había sacado de su bolsillo...

¿No te importa? –preguntó acerca de escribir mis palabras-

En absoluto, la información ha de ser compartida para que otros añadan sus investigaciones, y entre todos demos con lo que no quieren que descubramos. Te decía, que sospecho que precisamente, en ese “Punto cero”, se encierran muchas claves para la evolución de nuestra especie.

¡Joder, Fausto! –me interrumpió-, ¡Estás a punto de formular un modelo matemático para el tercer ojo!

No nos anticipemos –le interrumpí, con la prudencia de un buen científico-. Pero además de cambiar la polaridad de nuestra glándula pineal, de la que luego te cuento más, intento obtener energía que se genera espontáneamente dentro de nuestro interior, a través de canales energéticos que ya están siendo estudiados por otros compañeros, y que conectan directamente con parte de la energía que circula de la ionosfera a la Tierra, en un circuito con el que hasta ahora no se ha podido experimentar, pero que gracias a los avances de la teoría del caos, podemos empezar a comprender de forma matemática, ya que hace tiempo la ciencia ha dicho: “Sí, señores. No sólo hay sistemas estables e inestables, sino que la realidad también la forman sistemas caóticos, de los que ustedes hasta ahora no tenían ni la menor idea”. Las espirales que veías tras los párpados, no son sino parte de esos modelos matemáticos a estudiar. Pero todo esto, es demasiado denso para un neófito en ciencia. No soy capaz de traducir todas las variables del número Pi, y las formas y posibilidades que ese mundo, no en línea recta, sino en espirales, presenta para la nueva ciencia que está por venir.

¡Toma ya!

Energía libre, producida por nosotros mismo mientras por ejemplo... dormimos. Y que se va acumulando en estas baterías –le señalé los aparatos-. Y que más tarde, pueden alimentar un circuito eléctrico. El proyecto está avanzado, pero me falta ajustar ciertos errores de cálculo.

¡Estoy en ello!

Me dejas de una pieza –dijo sin más-, ¿me dejas que haga un artículo sobre todos tus proyectos?

¡Claro que sí, hombre!

Y abandonamos el laboratorio. Eran casi las seis de la mañana, y bueno, yo duermo poco, pero me extrañó que Rafa aguantara tanto en pie.

¿Y tú, no duermes?

Tengo un trastorno del sueño –contestó.

Así que tú también eres un enfermo mental –añadí riendo- ...tranquilo, no es un insulto. Yo duermo dos horas y si fuera por los psiquiatras, estaría babeando y mirando a la tele.

¿Qué más tienes que decirme sobre la glándula pineal? –fue directamente al tema sin soltar su pequeña libreta-

Mira, esto te va a gustar... imagino que todo lo que te voy a contar, partirá de uno de los maquiavélicos planes iluminati, así que apunta. Un ejemplo excelente de la manipulación masiva de opinión pública y de la propia ciencia, es el flúor, que realmente no aporta ningún beneficio a los dientes, y se ha introducido en cosméticos, en dentífricos y en el agua, porque su uso en pequeñas dosis en un largo periodo de tiempo, calcifica la glándula pineal, que deja de ser capaz de cambiar con facilidad de una a otra posición.

Así que intentan inutilizar nuestra glándula pineal, ¡porque saben que ahí está la clave! –repetí mientras escribía-... ¡Buenísimo!, ¡Qué cabrones!

¡Ah!, ¡por cierto! –recordé los documentos de Sir Bruce, y me fui a buscarlo. Al rato regresé con una gran carpeta, que puse sobre las rodillas de mi nuevo amigo-...¡Toma!, para que investigues.

¿Qué es todo esto? –preguntó extrañado. Aún pensaba en la glándula pineal, en el flúor y en los iluminati...

Es todo el seguimiento de las órdenes secretas, las logias masónicas tras las cuales, se esconde el poder sionista. Es una colección de fechas, datos históricos, manipulación de la información posterior, nombres de familias, una relación de los maestros de grado treinta y tres de toda la masonería a lo largo de la historia...

¿Y de dónde lo has sacado? –preguntó sopesando aquella pesada carpeta.

Me lo dio un amigo escocés al que no he vuelto a ver. Era masón y ...

¿Y no se llamaría, Sir Bruce...? –en ese instante, fui yo quien se sorprendió.

Sí..., ¿por qué?

¡Claro!, tú estás con la física, ¡y no te enteras!. Yo, que ando tras cualquier cosa interesante que circula en la red, y siguiéndole la pista a la “gran logia escocesa francmasona”, di con lo que ellos llamaban “el gran traidor”, Sir Bruce..., y por lo que veo, no sabes que a tu amigo se lo quitaron de en medio. Pero estaba financiando algo, y desmantelaron todo un laboratorio en Inverness. Toda esta información la filtró un científico al que también mataron más tarde.

¿Se llamaba Ian McGregor? –pregunté realmente aterrado.

Sí –contestó muy sorprendido-...¿cómo lo sabes?

Porque yo formaba parte de aquel proyecto, pero me fui al día siguiente de que retiraran la financiación. Supongo que Ian, se quedó por allí dando guerra... Ahora lo entiendo todo –dije para mí.

¿Y qué quieres que haga con esto? –dijo Rafa en referencia a la carpeta-

Que investigues y que lo publiques. Que hagas llegar la verdad a la gente, tú sí eres digno de llamarte periodista.

Gracias amigo, ¡te juro que lo haré!

Por Bruce y por Ian –dije pensando en mis olvidados amigos.

Y por tantos otros que no conocemos.

Antes de despedirnos, le di el contacto de Ana. Le indiqué que cualquier aclaración o duda que le surgiera, podría consultarla con ella, que junto a un colega antropólogo, habían estado cotejando todos los datos aparecidos, y habían llegado a la conclusión de que hubiera sido más difícil inventarse una historia perfecta en cuanto a fecha, datos históricos y acontecimientos, que contar la verdad de una historia paralela a la oficial, que encajaba perfectamente dentro de un orden lógico.

Rafa investigó, y sé que trabajó conjuntamente con ellos. Y toda la verdad sobre la masonería y su manipulación iluminati, está saliendo a la luz a través de Internet.

Varios trabajos de investigación exhaustiva, partieron de aquellas páginas. Sé que gente como Rafa, Ana, David Icke, trabajaron conjuntamente para seguirles la pista a aquellas crípticas logias masónicas, y las familias que se esconden tras ellas, desde sus inicios. Le siguieron la pista hasta donde pudieron llegar por las fuentes actuales, y comprobaron que estas familias se pierden en la historia, y cambian de nombre cada ciertas generaciones. Así primero manipularon creencias (escribiendo libros “sagrados” en los que basar su versión manipulada de la historia como la Biblia, el Corán, La Torá, el Talmud, etc), más tarde manejaron: reyes, guerras e imperios. En la historia más reciente han financiado revoluciones y cismas en la iglesia, como en el caso del luterismo y de su versión “iluminati” del calvinismo, que permitía amparándose en una nueva ley de Dios: la usura, y por ende, el predominio de la banca sobre las instituciones. Cromwell en Inglaterra fue un claro ejemplo de esto último, pues su revolución “puritana” estaba financiada directamente por la emergente banca holandesa. Pero no sólo habían influido en todo esto, sino que además modificaron las reglas del comercio internacional, expansionando sus redes de influencia, para ir poco a poco, controlando la totalidad del planeta mediante el nuevo orden moral impuesto por el propio devenir de su reinventada historia. Y gracias a los distintos imperios, reyes, gobiernos, etcétera a los que fueron poniendo y quitando a su antojo, consiguieron exterminar culturas antiquísimas con el pretexto del oro, de los diamantes, de la madera o recientemente del petróleo, del gas, del coltán o del opio.

Instauraron la trampa final llamada “el libre comercio”, y con este único pretexto, sólo en los últimos cuatrocientos años, acabaron con todas las culturas de las que podríamos haber aprendido, mediante cuyos conocimientos la humanidad entera hubiera evolucionado hacia otro nuevo estilo de vida más equilibrado, menos despilfarrador o más adaptado a la vida conjunta en el planeta.

En la actualidad vemos cómo la práctica totalidad del mundo, se puede agrupar en tres países tipos:

Países de obtención de materia prima, que suelen repetir el patrón: grupos minoritarios que ostentan enormes riquezas en el poder, resto del pueblo en la práctica inanición, esclavitud o exposición a constantes enfermedades para las que en dichos países no llegan medicamentos (ya patentados en occidente) y diezmo constante mediante hambrunas, plagas, guerras, genocidios, devastación de los recursos naturales de dicho país, contaminación de su agua...

El segundo grupo de países, también disponen de recursos propios, y no están alineados por distintos motivos. Normalmente, dictadores conscientes del plan iluminati (o presidentes electos que se desmarcan rápidamente de la trampa implícita en el sistema “democrático y bipartidista” tan fácilmente manejable desde la banca), se oponen al mismo, y se arman en una cruzada contra la cara visible del poder actual: “USA”. Estos países son pasto para la maquinaria de guerra del poder mundial. Primero, se intenta sobornar a sus dirigentes para que entre de nuevo “ésta” o “aquella” empresa multinacional, a la que deben vender sus recursos a precios irrisorios con la consecuente esclavitud de su pueblo. Si esto no se consigue, y el dictador o presidente de turno se mantiene en sus trece y no vende la riqueza real de su país a cualquiera de las multinacionales manejadas en la cúspide por Iluminati, éstos accionan los hilos, y las marionetas políticas primer mundistas, comienzan su cruzada contra el nuevo enemigo, que los medios de comunicación hacen más y más peligroso, más y más inhumano. Hasta que apoyados por las opiniones públicas de sus propios países, invaden a los “no alineados”, destituyen aquellos gobiernos subversivos y no sólo entran las empresas mencionadas en un principio, sino que el negocio es prácticamente perfecto: primero la

industria armamentística hace su agosto (y lo que le sobre, lo vende más tarde a los primeros países mencionados. Un ejemplo podía ser la República Democrática del Congo), después una vez destruido el país no alineado (ejemplos de esto podrían ser Iraq o Afganistán), las empresas constructoras hacen su agosto. Más tarde, la banca que lleva haciendo el suyo desde el principio, ayuda al nuevo gobierno “conveniente” y alineado (el país acaba de pasar a la primera categoría enunciada) y el nuevo gobierno títere, firma créditos para “el desarrollo”. A cambio ofrecen los recursos pretendidos desde el principio por las garras iluminati, y además generan una nueva deuda perpetua, que redundará en la miseria eterna de las gentes a quienes gobiernan. Pues las deudas, simplemente son imposibles de pagar.

Por último, estamos nosotros. El primer mundo al que se mantiene distraído, atontado, completamente manejado mediante medios de comunicación, que pasan las informaciones “oficiales” al público sin contraste con otras fuentes.

Y cómo no, la publicidad, sea en la forma que sea, que redundan en una masa poblacional similar a un gran rebaño.

Pero, y la ciencia oficial, ¿es que también había evidencias de su manipulación?

Bueno, la primera y más evidente, la eliminación de Tesla de todas las universidades. Pero siguiendo con la historia y llegando al estrechón de manos y el pacto que se firmaba con ello, y esto sucedió gracias al señor Bacon, que pasó a los libros de ciencia como el padre del rígido, dogmático y sectario empirismo, y que en realidad, fue el primer gran traidor de la historia, pues primó su pacto masónico y avaro, con su lado científico y condenó a la humanidad, a seguir una ciencia mutilada, errónea a propósito.

Hay una máxima masónica que dice:

“El conocimiento es poder”.

Los servicios secretos.

El día posterior a la conferencia, recibí la visita de dos hombres vestidos de negro, que inmediatamente fueron al grano.

Hola Fausto, venimos a proponerte un trato –dijo uno de ellos. Y sin que yo les invitara a hacerlo, pasaron a mi casa.

Pero..., ¿qué hacen? –protesté ante aquella intromisión.

Verá –comenzó el mismo que había hablado, que parecía ser el destinado a ello. Su compañero permanecía en silencio e iba de un lado a otro tocándolo todo, era exasperante... Usted, Fausto, comenzará a trabajar para nosotros en unos días...

¿Quiénes son ustedes?

Nosotros, representamos a los servicios de inteligencia.

¿Españoles? –pregunté.

Digamos que en la actualidad los servicios secretos trabajamos en conjunto, y así, Boris-se refería a su compañero que en ese instante toqueteaba las piezas de mi ajedrez... viene de la KG.B. Pero todo esto sólo es anecdótico. La verdadera cuestión es, que usted va a poder desarrollar sus investigaciones como merece, porque va a trabajar para nosotros y vamos a poner todos los medios a su alcance.

Y ¿con qué propósito? –le pregunté sin haber creído una sola palabra de la intención de su ofrecimiento.

Con la del bien de la humanidad Fausto, ¿con cuál si no? –dijo con un tono de voz que me dio pavor.

Con el propósito de silenciar mis avances, y que todo siga como hasta ahora –en ese instante, me rebelé:- Y tú Boris, ¡deja ya de tocarlo todo!

¿Eso quiere decir que no acepta nuestra oferta, Fausto?

Eso quiere decir que yo estoy muy bien sin trabajar para nadie, ¡nada más! –y fui hasta la puerta, la abrí y les indiqué el camino a la calle...Y ahora, si me hacen el favor...-Boris fue el primero en salir, por supuesto en silencio. Pero el otro, antes de marchar añadió:-

Le voy a dar unos días para que lo piense, pero no quiero que mientras tanto ande hablando sobre lo que no debe. Así que su próxima conferencia no tendrá lugar hasta que acepte nuestra oferta. ¡Buenas noches, Fausto!

No pueden impedir la conferencia, ya está cerrada la fecha. El ayuntamiento nos cede el espacio, tenemos todas las licencias.

Se sorprendería Fausto, de lo que podemos hacer. ¡Que usted descanse! –y cerré la puerta.

Inmediatamente llamé a mi amigo, el profesor J. A., me confirmó que acababa de recibir la llamada de gente del ayuntamiento, excusándose, y confirmando que aquella segunda conferencia jamás se realizaría allí.

Después de contarle lo sucedido, me dijo que no siguiéramos hablando, que nos veríamos al día siguiente.

Pero jamás acudió a nuestra cita.

Le esperé durante dos horas. Y al ver que no llegaba, presa de un impulso irrefrenable, volví a casa para coger toda la información imprescindible y desaparecer de allí. Y al entrar, sentí por vez primera en mi vida la realidad del poder iluminati.

Absolutamente todo mi laboratorio, había desaparecido en menos de tres horas. No quedaban ni los cables de algún aparato que pudieran haberse dejado. Los libros que yo guardaba en mi lugar de trabajo, se habían volatilizado. Mis notas, los cuadernos con todos los cálculos, mi ordenador, mi agenda de contactos... todo, había sido “borrado”.

Y el terror más absoluto se apoderó de todo mi ser.

Desaparecí, y me fui a Asturias. Aquellas montañas me protegerían al igual que lo hicieron antaño con mis antepasados celtas, a quienes los romanos, jamás llegaron a “civilizar” del todo.

Lo primero que hice al llegar, fui ir a visitar a Juan, pero había muerto hacía ya tiempo. Me había quedado completamente solo. Tenía que comenzar desde cero y probablemente, tendría mis días contados.

Tardé un par de meses, pero conseguí adaptarme a vivir en la casa del pueblo. Además, era un lugar enorme, así que pasados los primeros días de terror, yo mismo tuve que zafarme de la horrible cadena que supone el miedo, y decidí que si querían acabar conmigo, yo no podría hacer nada para evitarlo, así que me dediqué prepararme para permanecer en silencio durante una temporada.

Me instalé allí, y conseguí una línea telefónica con la que conectarme a internet.

Con lo que ya sabía del sistema Lynux, puse mucho cuidado en no dejar rastros reales sobre mi persona. Así que comencé a frecuentar redes de información libre, como la red Nibiru, en la que todos sus miembros eran hackers, informadores, creadores de documentales que sacaban la verdad sobre empresas, industrias o gobiernos.

En definitiva, descubrí que hay una red paralela a internet, formada y aprovechada por usuarios “rebeldes” al nuevo orden mundial del que llevo un rato hablando, que usa excedentes del ancho de banda oficial, para la comunicación “fantasma” entre sus miembros y el traspaso de información.

Todos estaban conectados mediante sistemas Lynux. El hacker más admirado en aquella red Nibiru era un tal Nostradamus, con el que fui intercambiando información y jugando al ajedrez.

Pero todo esto, comenzó en septiembre de dos mil uno.

Tenía que pasar un tiempo sin hacer mucho ruido, así que entre tanto, decidí hacer algo de provecho. Y aproveché aquel lapso temporal, para descubrir la realidad asturiana. Iba preguntando a unos y a otros por este nuevo campo de golf donde antaño había habido un bosque, contrastando con los jóvenes la falta de futuro allí, viendo como pueblo tras pueblo se iba quedando más y más viejo, porque ya no había jóvenes que reformaran sus casas. Hablaba con pescadores que me decían que ya no subían tantos salmones como antaño por los ríos, que estaban contaminados, y que había empresas que buscaban oro en sus cauces matándolos con dicha actividad. En la costa, los eucaliptos campaban a sus anchas empobreciendo una tierra en la que antes habían crecido robles, castaños, pinos, avellanos y un sinfín de plantas. Y sin embargo, todos los coches con matrícula de Madrid que veía, lucían en su parte trasera una pegatina que decía: “Asturias, paraíso natural”.

Estaba comiendo en un bar del puerto de pescadores de Cudillero, al que apenas llegaba pesca, cuando en la televisión, que parece que hubiera alguna ley que obligara a tenerla encendida en dichos lugares, comenzaron a emitir las noticias como si hubiera llegado el fin del mundo. Y en cierta forma era real, porque a partir de ese día, el mundo que conocía, comenzó a derrumbarse:

Las imágenes mostraban la famosa imagen de los aviones impactando en las torres gemelas de Nueva York, mientras las voces del bar repetían: “han sido los putos moros”, y yo me mordía la lengua para no gritar:
“NO VEIS QUE OS ESTÁN TOMANDO EL PELO. ¿POR QUÉ NO OS REBELÁIS?”
Y no se rebelaban, porque no podían hacerlo. El plan iluminati, estaba saliendo a la perfección.
Ya tenían a un enemigo.
Ya tenían la excusa.

Por aquellos días, a través de Rafa, con quien mantenía contacto por mail que ya estaba en los Estados Unidos, pude contactar con Alex Jones, el periodista americano que había predicho los atentados del once de septiembre. En un correo electrónico le pregunté si no tenía miedo por su vida, ya que evidentemente apuntaba directamente al gobierno yankee. Él, simplemente contestó que si querían matarle lo harían, pero hasta que lo hicieran iba a sacar a la luz miles de trapos sucios, con los que iba encontrándose a medida que iba “tirando de la manta”. Por otro lado empezó a hablarme de otras organizaciones también secretas (éstas por motivos obvios), que protegían a todos los que iban en contra de los conspiradores.

Terminó su mail así (traducido):

“Amigo mío, el miedo es lo que les hace fuertes. Además, su táctica ante las constantes filtraciones de su plan, es simplemente desacreditar las fuentes que sacan dichas informaciones a la luz. No obstante, no te preocupes. Ya somos muchos los que no vamos a aceptar el nuevo orden mundial propuesto por iluminati.

Bienvenido a Nibiru,

A. J.”

El resto, es bien conocido por todos.

No voy a hablar aquí del recorte de libertades, de la atrocidad de ambas guerras en oriente medio, del resurgir del terrorismo, del islamismo, del odio generado en los despachos donde se trabaja para un gobierno mundial manejado por los grandes titiriteros.

Las torres gemelas eran testigos fantasmales de que la teoría de la conspiración no es ningún cuento novelesco, con el que algunos alarmistas pretenden “desviar la atención”, como afirma cualquier versión oficial.

La partida final

Pasó mucho tiempo hasta que conseguí reorganizar mi vida, pero tanto Alex, como Rafa, como Damián —que así se llamaba Nostradamus—, y como yo mismo, seguimos vivos después de aquello. Y hemos tenido que re-inventar nuestra lucha desde aquel maldito año. Desde entonces, las puertas de todas las universidades, de todas las revistas especializadas, y de todas las posibles ayudas para la investigación, han sido cerradas para mí. Mi nombre, forma parte de la actual lista negra de científicos a desacreditar. Una lista, que es su forma de “matarnos”, si bien, no físicamente, sí para el resto de la comunidad científica. Aunque gracias a las redes que acabo de mencionar, he podido seguir en contacto con distintos colegas, y así, conozco de primera mano todos los avances en los terrenos de la física por los que nadie, ningún hombre de negro, ningún gobierno, o ningún iluminado, va a poder impedir que siga caminando.

Año dos mil nueve

El plan iluminati no sólo es un hecho, sino que aquellos famosos chips de los que tanto se reían en la conferencia, están siendo implantados en fase de experimentación en gran parte de la población “homeless” americana, es decir: a los vagabundos, con la maldita excusa de la seguridad.

La anterior administración Bush, ha sido usada por los sionistas, como “el poli malo” de sus películas, y así, aprovecharon su auto-atentado, para cimentar los pilares del nuevo orden mundial: recorte de libertades, control absoluto de las comunicaciones, versiones oficiales como única fuente de la verdad, crisis económica para la última gran absorción de capitales disidentes con el plan (que los hay)...

Se ha preparado a la opinión pública para que acepten de sumo gusto las nuevas normas internacionales que unen a más y más naciones en políticas, leyes y guerras comunes. Hegemonía que ponen en duda los países no alineados, a los que se acorrala mediante hambrunas, catástrofes ambientales, absoluta deforestación, y agotamiento de sus recursos hídricos, pesqueros, agrícolas, o energéticos. Los que más adelante, forman parte del llamado “eje del mal”, que finalmente serán aplastados entre los aplausos de una mayoría de consumidores cada vez más parecidos a esos niños caprichosos, que tanto molestan al resto. Tanto ellos, como sus padres, que asumen la paternidad sin el conocimiento y el equilibrio que ello requiere.

Con Bush, han obtenido tantas ventajas, que ahora intentan con el poli bueno Barak Obama, crear una última sensación de felicidad generalizada y estúpidamente irónica. Muy bien reflejada en el eslogan del último de sus títeres: “Juntos: podemos!”. Este más simpático, porque además es el primer presidente negro americano, ¿quién va a dudar de él?

Mientras tanto, y sin que el poli bueno vaya a cumplir con ninguna de sus promesas, los atentados del 11-S, siguen sin ser investigados. Las guerras no descenderán, sino que aún faltan más. Fue el iluminati Albert Pike, quien en el año mi ochocientos setenta y uno, hizo circular entre sus compinches la idea de que para la consecución del imperio (así se refieren ellos al Nuevo Orde Mundial), serían necesarias tres guerras mundiales. La primera y la segunda, las conocemos todos. Pero la victoria en la tercera, supondrá la hegemonía total. Porque conseguirán que el epicentro del sionismo: Israel, predomine en la antigua zona árabe, que es el último de los obstáculos masivos.

Es decir, aún nos queda ver cómo se acaba con la insurgencia no sólo en Irán, sino en el resto de los territorios, a los que se demoniza desde los medios, como es el caso del “terrible dictador” Hugo Chávez.

En las principales ciudades, se lleva un tiempo “fumigando” a la población desde el aire mediante los famosos “Chemtrails”. Hay un peligroso incremento del consumo de alimentos transgénicos. Las enfermedades mutan y cambian, justo en las zonas que deben ser controladas, como en la frontera que une México con Estados Unidos, y que el bueno de Obama, ya no cierra por odio al inmigrante, sino por la seguridad de su población, y la prevención de contagios.

La industria farmacéutica, además lo pone más fácil, ya que mediante la privatización del entramado interno de la antigua sanidad pública, que sólo conserva lo de “pública”, porque le cuesta dinero al estado, atiborra a la población con remedios que siempre tienen reacciones adversas, efectos secundarios, que nadie parece investigar, pero que son otra forma de control físico y mental, manteniendo poblaciones enteras medio enfermas y sin la energía y la claridad suficiente para darse cuenta de la trampa.

Y qué decir de los niños, de la educación. La antigua escena familiar, en la que los abuelos enseñaban aquellos conocimientos que no deberían perderse, mientras los padres trabajaban por un futuro mejor para sus hijos, y éstos, jugaban con los amigos del barrio, y con sus hermanos, es bien distinta a la realidad de hoy. Los pequeños, cada vez son más obesos, hijos e hijas únicos. Y el abuelo es sustituido por un aparato que los mantiene idiotizados, frente al mismo televisor que al acostarse sigue ejerciendo el mismo papel con unos padres que ya no educan a sus hijos, sino que ven impasibles cómo les forma el sistema.

Por último, la gran crisis financiera desde dos mil ocho, no hace sino poner de manifiesto quiénes manejan realmente nuestro sistema de gobierno.

Por contra, sí es cierto que ha habido un desarrollo exponencial de movimientos que proponen un sistema mejor, de páginas que denuncian directamente a todas las familias iluminati, o publicaciones que ponen de manifiesto la manipulación. Ejemplos de todo esto, pueden ser: The Zeitgeist movement, El proyecto venus, el periódico “Jaque Mate”, de mi amigo Rafa con el que yo mismo colaboré, etc. Además, se han multiplicado las organizaciones horizontales entre personas, asumiendo que las jerarquías siempre han impedido la correcta interrelación entre los individuos de una comunidad. En los últimos tiempos han aflorado un sinnúmero de: ecoaldeas, basadas en la permacultura, colectivos que dando la espalda al sistema, deciden ocupar los antiguos espacios que éste ya no utiliza sin que los una una cabeza visible contra la que poder actuar. Y así, la policía de todo el mundo, es incapaz de acabar con los movimientos ocupas. En terrenos más económicos, están proliferando agrupaciones de personas que creen en la banca ética, y éstas, -aunque sean muy pocas- ya no son movidas por los tentáculos iluminati.

Pero toda la esperanza que se genera en mi interior cada vez que me conecto a internet y descubro estos proyectos, puede irse al garete en el momento en que el poder decida que ya está bien de mascaradas. Y es por ello, que no soy precisamente optimista.

Pero a mí, como científico que soy, me preocupaba: El proyecto H.A.A.R.P.

Damián había contactado conmigo mediante un mail a principios del año dos mil cinco.

En dicho correo electrónico, me ponía al día acerca de las investigaciones norteamericanas siguiendo los estudios de Tesla. Claro que a ellos, no les preocupaba lo de la energía libre, sino lo de siempre: la industria armamentística y el control del planeta.

Desde mediados de la década de los ochenta, Estados Unidos había desarrollado un proyecto denominado H.A.A.R.P. (High frequency active auroral program). La excusa había sido el desarrollo de una tecnología capaz de modificar la climatología. Una tecnología capaz de acabar con sequías favoreciendo así el desarrollo de actividades como la agricultura. A su vez, el proyecto H.A.A.R.P. también posibilitaba la defensa anti misiles norteamericana, ya que modificando la ionosfera puntualmente, pueden desviarse cohetes alejándolos de su objetivo desde la atmósfera.

Dicho proyecto aparece en los presupuestos norteamericanos. No estoy hablando de conspiraciones del poder y planes secretos a los que nadie pueda tener acceso.

En definitiva, se trata de enviar a la ionosfera una cantidad brutal de energía. Hablamos de mil millones de watios emitidos en forma de micro ondas desde antenas situadas en Alaska, a puntos determinados en la ionosfera, con lo que se obtienen, no sólo los resultados con los que se excusa dicha investigación, sino que además, es posible generar terremotos en puntos muy concretos. Sí, he dicho TERREMOTOS.

Además de tormentas tropicales y sus posibles transformaciones en ciclones, huracanes, tifones, etc.

Claro que esto último, jamás va a reconocerlo el gobierno norteamericano.

Desde entonces, fui consciente del arma tan inmensa de la que dispone Estados Unidos, y me consta que ha sido utilizada en tres ocasiones muy concretas:

La primera, el tsunami de la costa asiática e Indonesia, país que no quiso alinearse con Estados Unidos en su lucha contra el “terrorismo”.

Una vez se devastó la zona, el gobierno Indonesio tuvo que aceptar formar parte de los países “alineados” en contra del supuesto terrorismo islámico. Esa era la condición impuesta por el bloque “alineado”, para enviar su ayuda a la zona.

La segunda, en el año dos mil siete, Dabid Rockefeller fue hasta Japón (este hombre no se mueve si no es por algo sumamente importante). se entrevistó en privado con el emperador japonés (este otro no recibe visitas, ni tan siquiera de grandes mandatarios, a no ser porque “tenga que recibirlas”). Nadie sabe por qué razón, pero el hecho es que Rockefeller, ya “retirado” de su trabajo empresarial al frente del Manhattan Chase Bank, le visitó, para que éste accediera al nuevo plan de inversiones norteamericanas en Asia. El anciano iluminati, ya era consciente del desplome que sufriría la economía yankee en dos mil ocho, quizá porque fuera él y su gente quienes la provocaron, y quería asegurarse la entrada a un mercado solvente como el asiático.

Me consta, por mi amigo Benjamin Fulford (periodista canadiense que ya mencioné antes, y que consiguió entrevistar en esa misma visita a Rockefeller.), que el emperador japonés, se negó a “endeudarse” con Estados Unidos. Él sabía que la economía yankee se estaba yendo

al garete. Unos meses después, Fulford anunció en Internet que el millonario americano había amenazado a Japón con grandes terremotos, de no dejar vía libre a las empresas iluminati.

En dos mil siete, hubo dos grandes terremotos en la ciudad de Nigata. El epicentro se situó exactamente bajo la mayor central nuclear japonesa (seis con ocho en la escala richter).

A partir de entonces, ¡Claro está!, el emperador japonés admitió los negocios propuestos por Rockefeller.

Lo mismo sucedió en China, y parece que en la actualidad Bolivia, ha sido amenazada con este arma.

Pero aquello no era todo. Porque hace sólo un año, Damián me envió otro mail y cuatro años después de hacerme llegar la información del horrible invento americano, me dijo que había conseguido convencer a alguien con dinero, para que financiara un proyecto que anulase dicho armamento.

Recibí dinero por mediación de Nostradamus. Quería que a través de la red Nibiru, contactase con otros científicos que habían destacado en los estudios de Tesla, y entre todos, descifrásemos el proyecto H.A.A.R.P, dejando constancia por escrito de la tecnología necesaria para calcarlo. Yo iba a ser el coordinador del proyecto y no teníamos mucho tiempo.

Le pregunté, ¿Por qué desarrollar un arma parecida a la que habían patentado los yankees?

Su respuesta me gustó:

“Para continuar con la filosofía del Nicola Tesla, quien accidentalmente descubrió el llamado “rayo de muerte” y antes de vender la patente a ninguna potencia, hizo copias del proyecto y se las envió a Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia, a Japón y a Rusia, potencias punteras entonces. Tesla creyó que así, ninguna de ellas utilizaría este potente rayo en contra de las demás, ya que informó a todos estos países, que ese mismo invento lo conocían el resto de sus rivales.

La idea de Nibiru era desarrollar lo más pronto posible esta tecnología, similar a H.A.A.R.P, y patentarla en favor de toda la humanidad, enviándosela a todos y cada uno de los países del mundo, para que ninguno pueda utilizarla como arma, ¿para qué, si todos dispondrán de ella?”.

Acepté. La tarea, resultó ser bastante menos compleja de lo esperado, porque todos mis compañeros, expertos como yo en las aplicaciones para “el bien” de las ondas Schumann, descubrimos con bastante amargura, lo fácil que es aplicar los mismos principios para “el mal”. “Destripamos” rápidamente aquel artefacto, al menos en lo que se refiere a planos, cálculos y elementos necesarios para su fabricación.

Cumplido mi cometido, y a la espera de la confirmación de que esos planos han llegado a sus destinatarios, espero ansioso cumplir uno de los sueños de mi vida. Porque mañana, día veintiséis de junio de dos mil nueve, jugaré una partida contra el heredero de la principal fortuna española, que según Damián es de los nuestros. No sólo me va a contar su historia, sino que ambos tienen un plan para acabar con iluminati. Pero claro, cualquiera sabe si es cierto.

Aunque esté a punto de cumplir cuarenta años, me puede más la curiosidad, que el miedo. El nombre en clave de mi contrincante: “Capablanca”.

Quiero escuchar de su voz la confirmación de que todo es producto de un plan que firmaron las familias como la suya, hace demasiados años ya, como para que siga oculto.

Ahora, voy a descansar.

Quizá sea mañana mi último día. Podría ser, de hecho no espero mucho de esta gente. Pero me mueve el ansia por conocer la verdad, y no tengo miedo a dejar esta vida. Sé que hice bien mi trabajo y quizá mi historia posibilite que otros sigan disfrutando del mayor de los regalos que nos ofrece esta enigmática y emocionante existencia. Un don que casi nunca valoramos en su justa medida, un regalo que no es otro que: DESPERTAR CADA MAÑANA.

Fausto.

En las montañas de Asturias, mayo de 2009.

PARTE II

Capablanca

“La verdad debe mantenerse en secreto, y las masas deben ser adoctrinadas con porciones de la verdad que manipulen su razonamiento”.

Albert Pike (Masón y fundador del Ku Klus Klan)

Comienzo y termino esta historia hoy, en mayo de dos mil nueve.

Hace casi cinco años, que una conversación con mamá comenzó a cambiar mi vida. Es curioso, que sea precisamente el mismo día en que concluirá esta historia que comenzó justo en aquella charla.

Alguien dijo, que las casualidades, son una suerte de matemática cósmica que aún no podemos descifrar.

Era invierno, navidades, mi último año de carrera. Volvía a estar a solas entre mis recuerdos, otra vez encerrado en la gran habitación en la que siempre dormí, que nunca fue más que una pequeña celda en una gran prisión de más de diez mil metros cuadrados: mi casa. La puerta se abrió, era Raquel, la ayudante de cámara de mamá...

¿Qué tal van esos estudios? –al escucharla entrar, me levanté de la silla en la que siempre estudié, y fui directo a ella para recibirla con una gran sonrisa.

Acabando –le contesté-, ¿qué tal todo por aquí? –le dije, cogiendo una de sus manos-.

A tu padre no se le ve el pelo, a tu hermano mucho menos, y tu madre... –Raquel hizo una pequeña pausa, y con un gesto de desconfianza, me soltó la mano, miro a ambos lados y se aproximó hasta mí, bajó el volumen de su voz y continuó:- ...Tu madre está cada día peor –y anticipándose a mi pregunta, matizó-, pero no es por su culpa, intentan apocarla, y ella tiene miedo.

¿De qué?... –le pregunté... o ¿de quién?

Raquel dudó, pero acabó diciendo: “Tiene miedo por ti. A ella ya no pueden hacerle más daño”.

La buena de Raquel llevaba más de un quince años en casa. Para mí, era algo más que una “chacha” como mi hermano siempre la llamó.

Aquella noche cenaríamos toda la familia juntos: nochebuena de dos mil cuatro.

La conversación con Raquel me había dejado intranquilo, por ello quise buscar a mamá antes de que todo el mundo llegara. Tenía que saber de qué o de quién tenía miedo.

Mamá era una mujer bellísima. Antes de casarse, había sido una gran pianista. Sus dedos siempre tuvieron un porte majestuoso que los aproximaban a esas manos pétreas e inmortales en las que los artistas renacentistas dejaron su propia idea de perfección: falanges estilizadas y esbeltas, como sólo pueden serlo las piezas destinadas a crear.

Un ser nacido para la música, su voz era dulce y pausada, carecía por completo de violencia, sonaba como las piezas de Liszt que ella misma tocaba cuando yo sólo era un niño y me gustaba jugar a los pies del gran piano. Mi juego: seguir el movimiento de sus largos dedos. Imaginaba un mundo donde ellos y las teclas del instrumento, fueran dos amantes capaces de hacer añicos todo lo feo sobre la faz de la tierra. Sólo con juntarse, la música fluía, y entonces, todo era como en un sueño.

Sin embargo aquella tarde, descubrí los primeros atisbos de lo inevitable.

Después de hablar con Raquel, me vestí para la cena y fui directamente a las habitaciones de mamá.

La encontré sentada en su taburete, delante del viejo piano que parecía llevar mucho tiempo sin ser usado. Sus dedos ya no eran como los de las esculturas que yo recordaba, ni su rostro el vivo ejemplo de la juventud, una extraña y degenerativa anomalía estaba acabando con esa esbeltez de la que antes hablé.

Sus manos, muy alejadas de aquellas en mi memoria, se retorcieron, incapaces de tensar de forma adecuada músculos y tendones, para conseguir esa unión cuasi-mágica entre ellas y el piano.

Su rostro, que en ese instante estaba libre de toda máscara, mostraba la crudeza de la realidad, la infalibilidad del tiempo como escultor de vidas. Así como los ríos esculpen los valles, las arrugas siempre disimuladas de mamá, me dieron una nueva imagen de ella. Su rostro eternamente bello y joven, había sucumbido al destino.

Mi madre, estaba empezando a apagarse.

Su luz, a diferencia de antaño, ya no inundaba la estancia; por el contrario, se había ido apagando hasta parecer una de esas bombillas que alumbran un largo pasillo, que por mucha intensidad que tengan, siempre parecen pequeñas e insuficientes.

No tuve que hablar con ella, para que se diera cuenta de todo lo que daba vueltas en mi cabeza. La expresión de mi cara, buscando sin encontrar rastro alguno de sus dedos de antaño, y la sorpresa visiblemente molesta al descubrir los horribles garfios en los que se habían transformado, además del silencio impuesto por la naturaleza del momento, fueron lo suficientemente explícitos como para no tener que pasar por las tópicas preguntas.

Así, tras ese prólogo escrito por el silencio, fue ella, quien abordó el tema que nos ocupa.

Me estoy muriendo, hijo mío –dijo sin alterar su expresión-, pero eso ya lo tengo asumido, lo que realmente me preocupa: es que tú, acabes como yo.

¿Es hereditario? –pregunté en referencia a su enfermedad, creí que estaba hablando de ello-.

No hablo de eso, me refiero a que malgastes tu vida, como hice yo... –y sin darme tiempo a una respuesta, se levantó, cerró la puerta de la habitación y volvió junto a mí, y prosiguió- ...Toda esta casa es una gran prisión y esta familia es una gran trampa de la que hay que escapar... –yo no podía decir nada, estaba tan perplejo que sólo era capaz de mirarla sin entender muy bien, si todo aquello no era otra de sus demencias, como mi padre solía llamar a sus paranoias- ...Tú estás a tiempo, y voy a hacer todo lo posible para que no cometes mi mismo error.

Pero... ¿mamá? –si he de ser honesto, en ese instante y por vez primera en mi vida, me puse del lado de mi padre, y pensé que llevaba razón y mamá estaba perdiendo la sensatez. Pero ella pareció leer en mi mente, y cambió la expresión de su rostro, pasando del delirio a la nítida exposición de los hechos:

Verás, este año acabas la universidad, el año próximo harás el master y sin tiempo para asimilar toda esta... –dudó en la elección del sustantivo adecuado, pero al hacerlo, su rostro mostró todo el desprecio del que fue capaz-... “vorágine” de conocimientos inservibles, comenzarás a trabajar velando por los intereses de esta familia, para eso has sido preparado –yo asentí, pero ella no dejó lugar a la réplica y continuó-. Así lo quiso tu padre. Pero a ti, nunca te gustó la economía, los tejamanajes del dinero, los macro negocios globales de los que tanto le gusta jactarse a él. ¿Recuerdas cuando eras un crío?

Quería hacer películas –respondí sin dudarlo, al tiempo que me entristecía porque mi camino nunca podía haber sido aquel, yo había nacido para continuar con una saga de grandes hombres de negocios. Ya ni me acordaba de ello-.

Sí, además querías ser como Batman, ¿recuerdas?

“El héroe millonario que gracias a su posición, haría de este mundo un lugar más habitable” –dije impostando la voz, no sin cierto tono de fracaso y pesadumbre, gracias a la contraposición entre sueño y realidad.

Tú no eres como ellos.

¿A quiénes te referías mamá?

Como tu padre, como tu hermano, como el abuelo... como todos ellos, que son una estirpe de arpías, de parásitos que se nutren de la debilidad y la ignorancia del resto de la gente.

Pero, ¡madre!... —sin embargo, sus palabras no me ofendían, ni siquiera me sorprendían, porque refrendaban una sensación que siempre había tenido, un hecho que va más allá de la sangre, de la genética o de la educación, una certeza inconfesable. Y es que ella llevaba razón: yo no me sentía como ellos, no me gustaba lo que a ellos. Y en ese instante, sentí de nuevo aquel nudo en la garganta que jamás dejó de apretarme, porque nunca había querido ser como ellos.

Tu padre no... —en ese instante se escucharon los pasos de Raquel, dos golpecitos en la puerta, ella volvió a sentarse en el taburete frente al viejo instrumento cuya sentencia de muerte se llamaba silencio, y me hizo un gesto: “luego seguiremos hablando”, inmediatamente después, dijo en voz alta:—¡Pase, Raquel!

Ya han llegado todos —y nos miró a ambos, ella sabía mejor que nadie que su interrupción dejaba pendiente una conversación entre madre e hijo-.

Bien —dijo mamá-, diga que ahora bajamos, Raquel. Asegúrese de que nadie nos interrumpe en un par de minutos —ella accedió sin pedir explicaciones y abandonó la sala cerrando la puerta tras de sí. Mi madre escribió tres palabras en su libreta, arrancó la hoja y me la entregó-. Guárdala bien, son las distintas claves del ordenador donde tu padre lleva relación de todos y cada uno de sus negocios, esos que tendrás que atender tú cuando él falte. —Hizo una pausa para tomar aire, respiraba con dificultad, pero lo atribuí a los nervios ante aquella “traición” que nos unía frente al resto de la familia. Continuó:- ... Antes de volver a la facultad, vas a estar unos días por casa, tendremos tiempo para charlar. Pero empieza a saber lo que va a ser de tu vida si sigues de acuerdo al plan de tu padre. Aprovecha cuando no esté él y busca, hijo, como siempre te enseñé —y en ese instante, su rostro pareció joven de nuevo como te enseñó tu tío... ¿Recuerdas?.

Claro que sí, mamá. ¿De qué murió? —claro que recordaba al tío Pablo, ¿cómo iba a olvidarle?, él fue quien me enseñó...casi todo. Ella no contestaba, se la veía nerviosa, así que no insistí más. Aún así añadí después de darle un beso en la frente:- ¿Cómo iba a olvidar a Pablo?...

No murió... lo mataron —dijo de repente-. Ahora, si me permites...

Mi madre se dio la vuelta, se fue hacia el tocador y me dijo que fuera bajando, que no quería que nadie sino yo, la viera sin su “máscara”.

Y eso fue lo que hice.

Han pasado casi cinco años desde entonces. Es como si realmente aquella tarde hubiera comenzado otra vida, a vivir realmente. Fui descubriendo que el destino no es algo propio del azar, o de un plan prefijado por el gran creador. Sino que somos los hombres quienes lo escribimos. El problema, es que no siempre escribimos el nuestro, y por supuesto, no todos tienen ese privilegio.

Por mucho que lo intente, no consigo recordar un solo gesto de cariño por parte de mi padre. Nunca me maltrató, ni siquiera me puso la mano encima, pero jamás creó un vínculo de amor paterno filial.

Las charlas con él, siempre eran clases en la que le gustaba ejercer de gran maestro. Las relaciones nunca pasaron del respeto y la cordialidad. Su voluntad fue siempre tan inmensa, que nadie podía escapar de ella. Él no preguntaba, él dictaba sentencia.

Nuestra familia, goza de una posición de privilegio muy alejada del mundo real de cualquier ser humano. Una inmensa fortuna bien administrada desde hace siglos, y la diversidad de negocios en los que está presente, hacen de mi abuelo y de mi padre, unos de los personajes más influyentes dentro y fuera de nuestras fronteras.

Por supuesto, y como merece la situación: intachables y ejemplares hombres de negocios, dos de los señores más honorables dentro de esta sociedad.

Lo que sabía por entonces de nuestra fortuna, era prácticamente lo que sabe todo el mundo. Nuestro poder actual proviene del comercio internacional, de los beneficios de nuestro banco, y cada vez más, de las nuevas tecnologías. Así como de la industria farmacéutica, en la que también tenemos un amplio porcentaje accionarial en varias de las mayores empresas del sector.

Pero nunca me preocupé por investigar acción por acción o negocio por negocio, supongo que como casi todos los mortales (en esto no hay distinción), llegué a un mundo que ya había sido construido para mí. Es decir, que asumí mi rol, y tampoco fui realmente consciente de su verdadera magnitud, hasta quizá, aquella tarde en la que quedé pendiente una segunda charla con mamá.

En la cena, lo de siempre: los mismos personajes que todas las navidades, los mismos papeles y por supuesto, la misma función de cada año.

Yo estaba terminando bien la carrera, mis expectativas se estaban cumpliendo. Era uno de los mejores de mi promoción, y sabía fingir mi desinterés por todo aquel mundo de macro finanzas, cumpliendo con “mi deber” y disimulando mi natural inclinación hacia lo que mi padre denominaría con el nombre de “estupideces”. Es decir: la historia, las artes y las distintas culturas y lenguas. Otra cosa que jugaba a mi favor, era mi facilidad para los idiomas, que junto a mi aptitud para el estudio, la lectura y una curiosidad innata, supuso que el supuesto “hijo debilucho y sin carácter”, esa noche, en esa misma cena, superase en atención a su hermano mayor, quien no hizo sino defraudar una vez tras otra las expectativas puestas sobre él, pues no iba a ser yo el que tuviera que velar por nuestros intereses, él era el mayor. Pero...

Raúl tiene ocho años más que yo. Había terminado derecho después de diez años de carrera, y de seguro gracias a la influencia familiar. Él, era la cara opuesta de su hermano pequeño, porque a mí siempre me gustó estudiar, además hablo cuatro idiomas.

Pero lo mejor, es que el tío Pablo me descubrió que los libros no sólo sirven para aprender, sino para escapar de la realidad, de lo que mi madre acababa de nombrar con su auténtico nombre: prisión.

En aquellas navidades de dos mil cuatro, estaba a punto de terminar de forma brillante mi licenciatura. Doctorado y master vendrían poco después, para seguir marcando distancias entre ambos hermanos, que si bien para mí no suponían una diferencia, para él suponía una odiosa comparación a la que lleva expuesto desde que, según las palabras de papá: “Está defraudando las expectativas de toda la familia”.

Y es que a mi hermano, lo que realmente le gusta es el juego y las mujeres, cuantas más, mejor.

Aquella nochebuena, Raúl llegó un tanto bebido, y de no ser por sus constantes incursiones al servicio, de donde salía cada vez más despabilado y con más ganas de seguir bebiendo, se hubiera caído de espaldas antes de llagar a los postres. En todo el trancurso de la cena, ni siquiera probó bocado. Se limitó a beber copa tras copa, mientras nos miraba a todos de forma burlona.

Yo, sin embargo, no podía dejar de observar el rostro de mi padre, al tiempo que mamá me lanzaba una y otra vez, miradas reprobando mi actitud. Parecía decirme: “deja de mirarle así, que nos va a descubrir”. Hubo un instante en la cena, en la que estuve hecho un lío: por una parte mi madre, mirándome con esa expresión que había llegado a abochornarme, por el otro mi padre, que nunca se caracterizó por ser un imbécil al que se le escapan los detalles, y por supuesto, se había dado cuenta de mi nueva y sorprendente actitud, y luego estaba el resto de la familia, los de siempre, los tíos, los primos, la tía abuela hermana de mi abuelo, y él mismo: el gran patriarca. Todos ellos, conscientes de que algo pasaba. Pero como siempre fue norma en casa, disimulaban a la perfección un malestar que amenazaba con extenderse por la mesa, como un gran tumor maligno que fuera a dar al traste con aquella farsa de conveniencia en la que todos cumplíamos nuestros roles a la perfección, salvo yo.

Tuve que excusarme y fui al baño para refrescarme la cara. Estaba agachado en el lavabo mojándome con agua la cara, cuando al levantar la cabeza para mirarme en el espejo, vi a Raúl, que en ese instante entraba en el baño invadiendo mi intimidad.

¿Será que no hay baños en esta casa! –exclamé, más por el susto que me había dado, que por censurar su actitud.

Cállate hombre, ¡que vengo a invitar! –yo me quedé estupefacto ante su respuesta, pero me limité a tomarme unos segundos secándome la cara, para poder volver a mi supuesto papel, y sobrevivir a aquellas fiestas familiares que me han fastidiado desde que tengo uso de razón.

¿Por qué odias la navidad, hermanito? –no me dio tiempo a responder, en ese instante volví a sacar la cara de la toalla y ante mí, se encontraba estirando unas rayas de cocaína... Es notorio, que no te gustan las cenas de nochebuena, ni las cenas...

¿Qué es eso? –pregunté mirando la droga. Raúl, que se preparaba para esnifar una de las dos grandes líneas. Levantó la cabeza clavándome su rojiza y vidriosa mirada y con tono de repulsión zanjó:

¿Pero tú vives en Saturno?, ¡no irás a decirme que jamás has probado la cocaína!...–yo, la había probado una sola vez, pero no me había gustado. Asentí, y al verme decir sí, él dijo:-

¿Y entonces?

No... que... –la verdad, es que no me apetecía para nada, pero mi hermano siempre ha sido muy persistente, y quizá por “re-encontrarme” con él, accedí...no ... que, tampoco...

Anda empollón, ¡métese un tiro!. –al verme hacerlo, se relajó, y se puso de mi lado- ...La verdad, es que te entiendo... Son todos un coñazo, yo estoy deseando que ésto acabe. Los brindis, regalitos... y volar de aquí –y se quedó pensando. Pareció haber dado con una idea genial. Yo, todavía seguía apretándome un lado de la nariz, a ver si la coca pasaba de una vez. Tenía todo el aparato respiratorio dormido, cuando dijo:- ...¿Te vienes luego a una fiesta?

Las fiestas son un coñazo, con los escoltas... A mí no me gusta.

¡Tú eres gilipollas! –me interrumpió, insultándome sin más. Yo no le respondí, bastante tenía con intentar que mis labios volvieran a la normalidad. Sentía toda la boca dormida.

¡Raúl!, ¡esta cocaína sí que se nota! –le dije de repente, a él le hizo mucha gracia.

¿Pero tú que hostias te has metido antes?

¡Yo qué sé! –en ese instante, me encontré mucho mejor. Tenía incluso ganas de irme de juerga con él, pero había perdido por completo el apetito, así que aproveché el hecho de encontrarme en el lavabo. Desprecinté un cepillo de dientes de su envoltorio y me disponía a lavarme los dientes cuando mi hermano me advirtió:-

No sé para qué te lavas los dientes ahora... –en ese instante, yo me disponía a echar dentífrico al cepillo, él me detuvo sujetándome el brazo izquierdo-, pero ya que vas a hacerlo...

Es que ya no voy a comer nada más –repliqué.

¡Vale! –y entonces me soltó el brazo-, pero no te equivoques con el dentífrico –y puso su mirada en el tubo que sujetaba yo con mi mano izquierda. Yo también lo miré.

¡Pero si tiene flúor! –dije sorprendido. Y es que el baño donde estábamos, era el destinado a invitados o asistentes a alguna cena o reunión, pero no el que usaba la familia para su aseo personal. Nosotros no usamos el flúor en nuestras cremas dentales. Desde muy pequeño, mamá insistió en que usáramos dentífricos sin este componente.

Es que, uno se lava los dientes en su baño, con su crema –mi hermano cogió el tubo de dentífrico común, y volvió a depositarlo en su lugar. Abrió un armario y sacó otro tipo de pasta dental, entonces él mismo echó una pequeña cantidad en mi cepillo... El flúor es para los pobres hermanito, recuerda no usarlo nunca.

Mamá nunca nos explicó el porqué de esa manía –le dije al espejo, completamente ajeno a Raúl, justo antes de comenzar a lavarme los dientes.-

¿No me digas que no lo sabes aún? –preguntó mi hermano con cierto tono burlón que denotaba cierta superioridad. Mi boca estaba ocupada, así que contesté moviendo la cabeza en sentido negativo-. Te lo voy a explicar mientras te lavas: El flúor no hace bien a los dientes, esa fue una idea que se le inculcó al personal para que compraran dentífricos fluorados. En Estados Unidos, el agua común, la del grifo, está fluorada, aquello se excusó apelando a la salud bucal de los niños. La gente tragó, a diferencia de Europa, donde lamentablemente hay más información y la gente de “a pie” –Raúl siempre que utilizaba este tono, lo hacía de forma despreciativa, remarcando muy bien su pronunciación y acompañándolo con una pausa final, para darle más énfasis a su propia posición social, a nuestro privilegio dentro de la sociedad- ...la gente de a pie, no traga como en América. El flúor actúa directamente en no sé qué parte del cerebro y digamos que... hace a la gente más manejable, más dócil, si prefieres el término. El abuelo fue quien me contó esta historia. Él puede decirte exactamente qué parte del cerebro es la afectada. La pena, es que en Europa no se pueda fluorar el agua del grifo, tendríamos menos huelgas y menos protestas. Todos estaríamos mejor.

¿Me estás diciendo que se ha empleado el flúor, engañando a la gente para que no protesten? –pregunté incrédulo.

No sólo eso hermanito, si no se atontara al personal, ¿crees que dejarían que nosotros viviéramos en esta casa?

Pero la gente cree que el flúor es bueno para sus dientes...

Sí, y mientras les estamos robando la fuerza, les envenenamos poco a poco y les cortamos las alas... –e hizo un gesto sádico, y utilizando unas imaginarias tijeras pareció castrar a mi imagen en el espejo que a ambos nos delataba... Y entonces, no pueden volar. Son nuestros pajaritos enjaulados –en ese instante, rompió a reír a carcajadas.

¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?, ¿por qué hablas en primera persona de plural, nosotros, nosotros? –yo no entendía el porqué de su complicidad, es más, me repugnaba lo que acababa de escuchar.-

Emilio –comenzó imitando a nuestro padre-, te voy a explicar una cosita. Tenemos muchas empresas, pero después de la banca en la que somos líderes, nuestra segunda principal actividad económica es la industria farmacéutica y los dentífricos son parte de ella. El flúor, además de todo lo que acabo de comentarte...–volvió a coger el tubo de “nuestra crema dental”, e intentó leer el nombre del compuesto que sustituye al flúor y zanjó... el flúor es muchísimo más barato que esta cosa impronunciable que lleva ésto –y soltó la crema dental.

Pero...-me quedé absorto, no podía admitir aquello- ...Esto es inmoral...

Esta casa es inmoral, hermanito –Raúl intentaba abarcarlo todo con sus brazos abiertos, hacía gestos grandilocuentes al tiempo que hablaba- ...Tú eres inmoral, yo soy inmoral, ¡pero nosotros escribimos la moral!... –se miró en el espejo, se irguió ante su propia imagen, y añadió:- ...Lo que sería inmoral, es que Dios se planteara la fuente de su propio poder... Dios no debe ponerse al nivel de los humanos, si hiciera eso –y perdió el interés por su propio reflejo, girándose hacia mí:- ¿No dejaría de ser Dios?

¿Y la justicia? –pregunté.

Escrita en los libros de leyes, en los que el flúor no es un veneno a prohibir, y mientras no se demuestre lo contrario, es el mejor compuesto para la salud bucal de todo el planeta, ¡Amén!

Un Dios injusto –maticé.

Dios no es justo o injusto, hermanito –y se me quedó mirando como el que mira a un crío, abrió la puerta del baño y añadió:- Dios es Dios, ¡Y punto! –caminábamos juntos de vuelta a la cena, cuando antes de llegar a la mesa, Raúl se me acercó para decirme al oído:- Hablando de la fiesta a la que vamos a ir –no me dio tiempo a negarme, pues continuó:- ...Luego, te voy a enseñar algunos secretitos familiares, hay veces que los escoltas no tienen que enterarse adónde vamos.

Al llegar a la mesa, el servicio estaba sirviendo los postres. Yo me excusé con Héctor, nuestro mayordomo, alegando que al estar todo tan bueno me había llenado en exceso. Así que pasé directamente al café. Raúl me miraba sonriendo y agitando su copa de vino en dirección hacia mí, haciendo que el licor se moviera entre sus ojos y los míos. El abuelo contaba sus batallitas a la tía Virtudes, y mamá agachaba la cabeza. Estaba siendo reprendida por mi padre, que en ese instante se levantó y golpeando repetidas veces su copa con la cucharilla, esperó a que todos guardáramos silencio y dijo:

Quiero proponer un brindis –esperó paciente a que uno de los sirvientes le acercara una botella del mejor champán francés. Y al descorcharla, continuó mirándome directamente a los ojos:- ¡Por mi hijo Emilio!, ¡Por su brillante futuro!

Por Emilio –en ese instante, todos a excepción del abuelo y de mi hermano se levantaron, y el corcho voló por los aires, hasta que las copas rebosantes de cava acabaron con aquella burlesca situación.

Por ti, hermanito –dijo Raúl, desde su silla. Su expresión era ambigua, no sabría decir si realmente estaba de mi parte o no.

En la sobremesa, cuando todos formábamos grupitos en los que íbamos poniéndonos al día de todo lo habido y por haber, mi padre se acercó a mí y fue apartándome del resto, para acabar a solas conmigo cerca de su despacho.

Me dijo que al día siguiente tendríamos una charla, quería ponerme al día de asuntos que según sus propias palabras, yo ya podía comprender.

Extrañamente, él ya sabía que Raúl y yo estábamos a punto de “huir” de allí. Supongo que lo dedujo por nuestras risas y su forma de hablarme al oído. En cualquier caso, me sorprendió, y siempre que lo hace me siento un niño de nuevo, apocado y temeroso de su carácter implacable. No obstante, aquella noche, noté un gran punto de inflexión en mi relación con él, porque me trató como a un hombre por primera vez en mi vida. Me dijo: “Raúl, ya sabes qué hacer. No te preocupes por los escoltas, y disfruta como lo que eres: un señor. Pero recuerda, él no sabe parar. Tú, debes superarle, no cometes sus errores”.

Intenté despedirme de mamá, pero cuando acabé de escuchar los consejos paternos, se había retirado a descansar. Casi ni me dio tiempo a preocuparme de ella, ya que apareció Raúl, tiró de mi brazo y fuimos a las cocheras.

Estaba a punto de entrar en su coche, cuando escuché su risa tras de mí.

Te dije que hoy iba a enseñarte algunos secretitos de familia, ¿recuerdas, empollón?

Yo me limité a mirarle sorprendido, y le seguí: “¿Recuerdas cuando de pequeños nos decían que por aquí no se jugaba?”, preguntó señalando una puerta, detrás de los coches de época de papá.

Tras el Ford T, regalo del propio Henry Ford a mi bisabuelo, una puerta metálica cerrada desde que tenía uso de razón, mi hermano sacó de su bolsillo una llave y el misterio que había durado más de veinte años se desveló. Ante mí, unas escaleras que descendían, veinte escalones después, otra puerta de igual forma a la anterior. Otra vez el bolsillo, otra llave distinta y vuelta a bajar, esta vez sólo ocho peldaños. Raúl buscó en la pared con su mano derecha, accionó una luz, y de repente se iluminó una estancia de la que no tenía ni la menor idea hasta entonces, y pude ver en ella varios coches y un par de motos. Ninguno de aquellos vehículos se caracterizaba por sus lujos, cosa rara en casa. Fue entonces, ayudado por mi hermano, que se me quedó mirando con una medio sonrisa a punto de convertirse en carcajada, cuando rompí el silencio y pregunté:

¿Dónde estamos?... ¿y estos coches tan...?

¿Baratos? –comenzó a reír de modo estrepitoso-.

Sí, tan baratos –dije contemplando aquellos modelos tan extraños para mí.

Estás en el “otro garaje”, y estos coches son para pasar desapercibidos hermanito.

¿Pero adónde da esa puerta? –dije refiriéndome a la salida de ese “otro garaje”-

A un túnel... otra salida que en su día construyó el abuelo para sus “escapadas”. ¿Cuál te da menos asco? –dijo haciendo un barrido a los coches con la mirada. Yo me encogí de hombros indicando que me daba lo mismo-, pues el golf, que al menos corre.

Acto seguido, entramos en el golf. Raúl volvió a preparar más cocaína y una vez consumida, accionó el mando del portón, y circulamos unos tres kilómetros por un túnel ancho y bien iluminado, que yo no conocía, hasta que mi hermano me contó su historia aquella noche.

“Este túnel tiene exactamente tres mil cuatrocientos cincuenta metros, no hay ninguna constancia de que exista, y como toda esta colina es de la familia, jamás lo sabrá nadie, excepto nosotros, ¡claro!, es nuestro secretito. Un día, el abuelo se lo contó a papá, y hace unos años, él hizo lo mismo conmigo. Ahora, tú eres el siguiente”.

De repente, el túnel, a diferencia de lo que había supuesto en un principio, no desembocaba en alguna carretera de la zona, sino que terminaba en un gran portón, Raúl accionó el mismo mando y me sonrió malicioso. La puerta descendió tragándose la tierra y entonces llegamos a otro garaje, mucho más pequeño que cualquiera de las habitaciones de nuestra casa. En ese instante, buscó en la guantera del coche, sacó otro mando a distancia y mientras se abría la

puerta de aquella minúscula cochera, me dijo que mirase hacia atrás. Un muro de perfecto ladrillo ascendía lentamente tras nosotros, nadie podría saber que aquella pared en realidad era la entrada a un túnel.

El coche continuó con su marcha y en ese momento volvíamos a ver el cielo. Mi hermano detuvo el golf, me hizo bajar de él, y ambos observamos la casa de la que salíamos. Alguna vez la había visto, se encontraba en la ladera de una colina cercana a la gran mansión, formaba parte de una de esas hileras de chalets individuales, todos ellos iguales, que jamás me gustaron.

Y esa casa, será nuestra también, ¿verdad? —pregunté.

Eso es fácilmente deducible. Y más, siendo un gran empollón como tú, ¡vámonos!—y entonces sí, Raúl hundió su pie derecho en el acelerador y desaparecimos de allí.

Pero entonces —dije de repente—, ¿toda esa mierda de la seguridad, de los escoltas?

Para empezar, este coche y todos los “baratos”, están blindados, y para acabar, si fueras alguien que, por ejemplo quisiera secuestrar a los herederos de la familia, cómo podrías saber que en este instante, circulan con un golf lejos de su mansión?

¿Supongo entonces, que no vamos a ningún sitio público?

Hoy vas a conocer el lujo en toda su esencia —dijo en un tono que me intranquilizó. Al rato, apartó la mirada de la carretera y me miró a los ojos, para añadir:- el lujo, y el poder, hermanito.

Condujo a toda velocidad durante casi una hora, hasta que al fin llegamos a una gran verja. Los vigilantes que ya conocían a mi hermano, le sonrieron saludándole como a él le gustaba, y la gran estructura metálica se abrió. Circulamos por un camino de álamos que señalaban el cielo con sus desnudos huesos invernales, hasta que llegamos a una gran mansión, en cuya puerta esperaban un número elevado de hombres vestidos como nuestros escoltas. Todos con traje negro, auricular y supongo bien armados. También éstos saludaron a Raúl, él le dejó las llaves del coche a uno de ellos, y tras unas largas escalinatas de estilo renacentista, llegamos a una puerta que cedió a nuestro favor nada más arribar a ella. Un hombre rubio muy alto, nos daba la bienvenida al otro lado. Ya en la casa, le seguimos por largos pasillos y varios tramos de escaleras sin detenernos en ninguna estancia, hasta que llegamos a una puerta muy amplia que el sirviente rubio abrió invitándonos a pasar. Lo hicimos, él saludó, volvió a cerrar, y desapareció.

En el interior de la estancia que en un principio no había supuesto tan grande, había una enorme cantidad de humo como en el de los espectáculos. No se veía gran cosa puesto que la iluminación era demasiado tenue; más que verse, se intuía mucha gente semi desnuda.

Poco a poco, mis pupilas iban adaptándose a la falta de luz. En el centro de la sala había una gran piscina con agua caliente, por los vapores que emanaban de allí. Perplejo aún, una chica preciosa con ojos desconfiados, solicitó mi abrigo. Se lo di, pero no se movió de allí, se limitó a sonrojarse y me indicó que le diera también el traje. Miré a mi hermano que estaba completamente desnudo y le dije a la muchacha, que no se preocupara, que quizá más tarde, pero que aún no tenía muy claro si quería desnudarme.

Condescendiente, ella se alejó y Raúl me echó la bronca por no haberlo hecho. Pero me excusé, prometiéndole que me desnudaría en breve. Volvió a tirar de mi brazo, y arrastrándome, me llevó ante dos hombres, conocidos suyos. Ambos discutían muy acaloradamente acerca de no sé qué tema. Al vernos, cambiaron sus expresiones y saludaron a mi hermano de forma muy efusiva, se diría que le debieran algún favor gordo por la forma en la que nos trataron.

No recuerdo sus nombres, tampoco me importa.

De repente, y como salida de la niebla, apareció otra señorita, que iba vestida con traje de colegiala y mostraba su ropa interior de lencería negra. Se acercó a mí, portando un par de

copas de cóctel, cogí una de ellas dándole las gracias y me ruboricé al verle los ojos, pero a ella le dio lo mismo y me cogió de la mano de la que tiró, hasta acercarme a una mesa baja, sobre la que se agachó, esnifó una raya de cocaína y me ofreció un pequeño tubo de oro. Entonces miré la mesa y vi no sé ni cuántas líneas blancas y gordas, me agaché, y presa de una gran lucha interna en la que finalmente triunfó la sensatez, volví a levantar la cabeza y le hice un gesto negativo con la cabeza. Volví a pasarle el tubo de oro y me senté en un pequeño sillón desocupado.

Por unos segundos, me distraje y volví a mirar la sala. Estaba en penumbras, había muy poca luz y casi toda salía de la piscina, desde la que además emanaba el humo que pululaba por toda la estancia. Todo era muy confuso y borroso, pero comencé a distinguir ciertas formas, pequeñas y grandes orgías, cuerpos apretados moviéndose con una cadencia animal. En otras partes, formas sentadas y otras agachadas frente a ellas.

La chica del traje de colegiala se aproximó tanto a mí, que no pude ver más que sus dos grandes senos, que en aquel instante se habían deshecho de la presión de un pequeño sujetador que justo entonces caía al suelo.

A mí, nunca me había gustado el sexo de aquella forma tan artificial y apresurada. Me excusé sin dejar de mirarla: me había producido una gran erección, hecho que ella misma constató al acercar su mano derecha a mi entrepierna. Fue entonces cuando me alcé, ante la sorpresa de aquella mujer.

Deambulé entre las sombras de la gran estancia en la que me encontraba, entonces volví a ver a mi hermano. Estaba tumbado en el suelo boca arriba, con una mujer moviéndose sobre su sexo y con otra balanceando rítmicamente su pelvis sobre su boca, ambas se besaban mientras daban y recibían placer.

Busqué un lugar donde no hubiera nadie y encontré un pequeño sillón individual bastante alejado de la piscina, la luz apenas llegaba allí. Junto al mismo, otra pequeña mesa, con más cocaína y con varias botellas, copas y una hielera. Me preparé un combinado. Aunque el alcohol no es santo de mi devoción, aquella noche necesitaba beber algo fuerte, así que me eché un licor verde que olía a rayos, tuve que acercarme mucho la botella para poder leer su etiqueta: “Absentie”, nada más que eso.

Mientras bebía de mi copa, pensaba que todo aquello no iba conmigo, me avergonzaba mirar a los ojos de cualquiera de aquellas mujeres, porque sabía que no era yo con quien querían fornicar, sino que estaban allí para satisfacer a un puñado de millonarios que necesitaban de aquel simulacro de amor para dar sentido a sus vidas. En aquel instante sentí lástima de Raúl. Oero lo peor no fue eso, sino que poco a poco, trago a trago, fue apoderándose de mí una sensación repugnante, ya que estaba empezando a ser consciente de un hecho inmutable: yo pertenecía a ese mundo, jamás iba a conocer un amor real.

Más allá de la charla con mamá, y más aún del hecho de que de haber podido elegir, jamás hubiera optado por esa forma de vida por mucho lujo y poder que conllevara, sentado en la penumbra, pensaba que no se puede escapar de una familia como la mía, de un destino como el mío. Daba igual si las palabras de mi madre eran ciertas o no, pero al terminar el extraño y dulzón licor verde, comprendí que estaba condenado a desconfiar del amor, porque yo no era sólo un hombre, sino que más allá del simple homo sapiens, estaba el heredero de una de las mayores fortunas del planeta, ¿qué mujer amaría más al hombre que a su fortuna?, ¿habría alguna que pudiera hacerlo?.

O estaba condenado, como mi hermano, a obtener el placer, el sexo y ¿por qué no? el amor, por mi estatus social.

Inmerso en aquellos pensamientos desesperanzadores, distinguí un bulto que no identifiqué como un ser humano. Se encontraba más cerca que yo de la piscina, con lo que según iba acercándome a aquella sombra, iba percibiendo más y más su forma, hasta que llegué hasta ella –porque era una mujer y tenía un nombre- y pude contemplarla.

Se encontraba de rodillas, con las manos encadenadas en la espalda, iba embutida en un vestido rojo brillante y muy apretado, con sólo seis orificios: boca, nariz, senos, genitales y ano; sus pies se juntaban a la altura de los tobillos gracias a un grillete, conectado a las muñecas mediante una cadena dorada.

Sentí una sensación repulsiva, y me agaché para estar a la altura de su cabeza. Le pregunté: “¿estás bien?”, ella no contestó, pero dijo en un tono fantasmagórico, como si le faltase la vida: “Soy Iris, úsame cuanto quieras, sólo quiero darte placer”.

Inmediatamente me alejé, aquello estaba siendo demasiado. Tropecé con los pies de un hombre gordo que aplastaba con el peso de su cuerpo a una muchacha, casi una niña, porque al caer pude ver su rostro infantil y apenado, a pesar de las fingidas muestras de lujuria que se esforzaba por mostrar.

Mi hermano tropezó conmigo y volvió a tirar de mi brazo, por lo visto ya se había “cepillado” a tres, según decía él mismo. Yo le dije que quería marcharme de allí, él se rió y volvió a esnifar cocaína, yo no quise, insistió, y volví a negarme, quería irme de allí a toda costa, pero él me ofreció una última copa según sus palabras, y accedí por ver en aquella forma la única posible para convencerle. Le señalé una botella igual a la anterior —en el lugar actual, más cercano a la piscina que el sillón, podía distinguir los objetos cercanos con claridad-, pero él volvió a insistir, “no, de eso no, tienes que probar ésto”, y accedí por no volver a escucharle.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero al despertar noté como algo estallaba dentro de mi cabeza, como si el cerebro se hubiera transformado en un pesado líquido y cada vez que me movía, aquel fluido chocaba estrepitosamente contra mis occipitales.

Raúl, se encontraba a mi lado en compañía de un hombre y una mujer, los tres hacían y se dejaban hacer, todos ellos gemían con ruidos que estallaban retumbando en el interior de mi sesera. Pero no me encontraba con fuerzas para levantarme, así que me escondí entre mis propias manos, y esperé a los ruidos finales, a los últimos jadeos desacompañados tras los que mi hermano cayó exhausto al sofá donde yo me encontraba.

Un rato después, me dijo: “no hagas caso a mamá, está perdiendo la cabeza”.

En ese instante, recordé a duras penas que antes de caer dormido le había contado toda la historia que mamá me había confiado, ¿por qué lo había hecho?, pensaba al tiempo que sufría el suplicio de mi cerebro que no paraba de moverse dentro de mi cabeza. Pero no estaba seguro, ¿y si había sido sólo un sueño?

Intenté rehacerme y conseguí adoptar una postura más erguida, conseguí detener las enormes ganas de vomitar que me produjo aquel movimiento, y le pregunté:

“¿Hemos hablado de mamá?”, Raúl, que estaba rendido, sus ojos ya no cabían en sus enrojecidas y lujuriosas órbitas, me miró y derrotado por el exceso dijo: “tranquilo, que nadie se va a enterar de que está paranoica. No diré nada, lo juro”.

Un rato más tarde, conseguí que se levantará y se vistiera. Al intentar salir de allí, quise, aún no sé muy bien porqué, acercarme a la piscina. Apenas quedaba gente en la enorme estancia y ya no había nadie dentro del agua. El humo comenzaba una moribunda retirada pues podía verse mejor que antes, fue entonces cuando me fijé que en el centro de la piscina, entre unos globos de vivos colores, un colchón hinchable y cientos de objetos dispersos por el agua, había un gran bulto rojo, y yo lo había visto antes.

“Iris”, grité y me zambullí en la piscina, cinco o seis brazadas más adelante llegué hasta su cuerpo, que yacía bocabajo con la cabeza sumergida. Seguía encadenada tras la espalda con las muñecas apesadas a los pies que sobresalían en la superficie, le di la vuelta con la inútil esperanza de poder sacarla e intentar que volviera a respirar, pero el bulto giraba sobre sí cada

vez que intentaba dejar su cabeza fuera del agua, Al ver que no podía sacarla de allí, comencé a chillar: “¡ayudarme, está muerta, se llama Iris!”.

Cuando salí del agua, el amigo que mi hermano me había presentado al inicio de aquella fiesta, me esperaba con un albornoz. Pero yo no quería secarme, quería que alguien hiciera algo coherente, como llamar a la policía, o como...

Pero mira que era idiota hasta aquel día, ¿cómo iban a llamar a la policía?...

Mi hermano recogió el albornoz que yo mismo había tirado, y miró a los demás –por entonces sólo quedaban allí una docena de personas. Muchos de ellos dormidos y algunas de ellas visiblemente drogadas, todos desnudos, saciados, sucios y despreocupados por completo de Iris o de cualquier cosa en el mundo que no fuera: follar, beber y drogarse. Se acercó hasta mí, y me dijo que no me preocupara, que sólo era una puta, y añadió: “¿lo has pasado bien?”.

Recuerdo que antes de salir de aquella brumosa estancia, volvió a aparecer el rubio alto que nos condujo hasta allí. Esta vez entró hasta la piscina, y ayudado por uno de los hombres iguales que llevaba el mismo auricular que todos sus compañeros colgando de su oreja, se llevó de allí “el bulto” y no volví a saber nada más de Iris.

Afuera, la noche sólo era un recuerdo, y mi mente era un auténtico torbellino de sensaciones, todas ellas repugnantes. Me mantuve en silencio, callado, y sin embargo insultaba a mi raza de todas las formas posibles.

Dentro del coche, un silencio sepulcral que parecía superar mis pensamientos, me llevó a dar con otra de las claves: cuidar mi máscara. No debía expresar mis verdaderos sentimientos. La familia entera, nota cuando una de sus partes comienza a renegar, como de hecho sucedió con el tío Pablo, debía ser cauto y fingir de forma convincente.

Antes de entrar a la casa por la que se accede al túnel que nunca existió, mi mente repetía una y otra vez: “sé cauto”.

Ya en el túnel, le pregunté a mi hermano:

¿Qué harán con ella? –no hizo falta que mencionara a Iris, ya que Raúl, sabía perfectamente de quien hablaba. Aunque seguro que jamás recordará su nombre.

“Cuando hay problemas, hay que solucionarlos” –y no dijo más.

Ni yo volví a preguntar.

En casa, me eché un rato en la cama, pero apenas pegué ojo. Estaba realmente débil, uno de mis orificios nasales no podía realizar su trabajo, me costaba un enorme esfuerzo el simple hecho de respirar. Mentalmente, maldecía una y otra vez a la cocaína, a mi hermano y a todos esos tipejos de “mi clase social”, que estaban tan “puestos” que ni se dieron cuenta que Iris terminó su vida en aquella artificial y eterna noche. Llegué a sentir una vergüenza infinita, en el instante que relacioné las palabras de mamá con lo sucedido en la habitación de la piscina:

“Son una estirpe de arañas, de parásitos que se nutren de la debilidad y la ignorancia del resto de la gente.”

Pensaba en cuántas “Iris” habrían muerto gracias a nuestros “desfases”, en cuántos débiles e ignorantes lo son, gracias a que en el caso contrario, mi familia y alguna más (muy pocas, como descubrí más adelante), no disfrutarían del lujo y del poder, de los que tanto se vanagloriaba mi hermanito.

Vergüenza, asco y otra vez el gran nudo apretando en las sienes, en el cuello y en el estómago. Recordé una frase que en su momento no entendí (pues era muy niño cuando la

escuché), y que en aquella tarde navideña podía compartir plenamente con mi madre. Ésta sentada frente a su piano, yo un niño aún. Y pregunté: “¿Cuál es el nombre de esa pieza tan triste que acabas de interpretar?”, ella, que ahora sé, no me estaba escuchando, cerró la tapa del teclado y dijo: “me cambiaría por cualquier otra persona”. Recuerdo que añadí: “pues vaya un nombre, no me extraña que suene tan triste”.

Pero “¿cómo, madre?”, hablaba conmigo mismo: “porque yo también me cambiaría por cualquiera, no quiero vivir así, no me gusta esta vida a la que me condenaste”.

Y manteniendo este absurdo diálogo interno, conseguí quedarme un rato dormido.

Al despertar, no había pasado mucho tiempo, la ventana volvía a mirar hacia la noche y Raquel daba golpecitos en la puerta de mi habitación: “Emilio, tu padre quiere verte”, se oía al otro lado, “Dile que estaré en su despacho en diez minutos”, -chillé- y me fui directo al baño, me soné la nariz y una gran mucosidad sanguinolenta perforó el pañuelo de papel que había utilizado; no obstante, pude volver a respirar de forma correcta otra vez. Me lavé la cara con agua abundante, como si las ojeras fueran manchas reprobatorias que pudieran desaparecer con un simple lavado. Me cambié de ropa, pues llevaba aún el traje de la noche anterior, y bajé al despacho. Lo hice lentamente, no tanto por miedo a que aquello que mi madre dijera fuese cierto, sino porque no me había dado tiempo a adoptar la máscara necesaria para una de esas pesadas charlas paternas.

Al llegar, mi padre se encontraba frente al ordenador que mamá había mencionado y cuyas supuestas claves, yo había puesto entre los papeles que compartían espacio con billetes y notas sobre los próximos libros a comprar, dentro de mi cartera.

Un gesto de su mirada, me hizo entender que tomara asiento. Lo hice, esperé a que él concluyera sus asuntos, y puse cara de interés.

Ven, mira esto –me indicó en un tono muy serio. Yo obedecí, me levanté y rodeando su gran mesa, me coloqué de pie junto a él, de cara a la pantalla del ordenador. En ella, un diagrama circular, se dividía en muchas pequeñas porciones coloreadas de forma distinta cada una.

¿Qué representan? –pregunté apresuradamente-.

Yo pensé, que al menos ya sabrías leer –no utilizó un tono gracioso, se limitó a reprobar mi actitud, puesto que cada porción contenía un nombre y un porcentaje, todo estaba muy claro.

El diagrama, representaba el número total de acciones que la familia poseía en cada sector de negocio, y leyó en voz alta, no sin decir antes: “interrúmpeme cuando quieras preguntar algo” y comenzó:

Entidades financieras y aseguradoras, veintitrés por ciento; energía, veinte por ciento; industria sanitaria, química y farmacéutica, quince por ciento; tecnológicas, catorce por ciento; participación en medios de comunicación, doce por ciento; constructoras, siete por ciento; otros, nueve por ciento.

Raúl me había dicho que las farmacéuticas ocupaban el segundo lugar –mencioné para hacerle ver mi supuesto interés en aquello que no me importaba un carajo.

Tu hermano no tiene ni la menor idea, a él sólo le preocupan sus fiestas, pero de negocios, sólo sabe lo que el abuelo le contó en su día, y claro en tiempos de mi padre, la farmacia era nuestra segunda fuente de ingresos. Pero no creas que Raúl es un inepto como lo fue tu tío, a él sí le gusta el dinero, a diferencia de mi hermano Pablo.

¿De qué murió Pablo, papá? –le pregunté sin pensarlo dos veces.

Una vez que renegó de esta familia, dejó de interesarme su vida. No lo sé –sentenció-. Sé que para ti fue importante, pero traicionó a la familia, así que no lo olvides, cuando se es niño se tiende a sobre valorar a las personas. Sobre todo si éstas no hacen nada con su vida, y se

dedican a jugar y a dar consejos mientras otros trabajamos para ellos. –En ese instante, pensé en las palabras de mamá: “lo mataron”, y no supe si sospechar de mi padre. E inmerso entre estos pensamientos, decidí callarme. Lo que sí estaba claro, era que mi padre no olvidaba la traición. “Qué habría hecho el tío Pablo, para llamarle traidor”, pensaba, cuando mi padre había vuelto al diagrama de la pantalla del ordenador. Simplemente dijo:- Dejemos a tu tío y esperemos que tu hermano siga cumpliendo con su trabajo y no de los mismos problemas que dio él. Estábamos con las acciones de la familia.

¿Qué engloba ese “otros”? –pregunté en referencia a ese nueve por ciento sin identificar.

Lo tienes todo detallado si pasas página –y en ese instante, se levantó y me invitó a ocupar su lugar-, queda una hora hasta la cena. Si quieres profundizar, te dejo las claves apuntadas, porque te las pedirá cada vez que abras un archivo.

Pero toda esta información, no debería estar protegida tan sólo por claves. Cualquier hacker podría acceder a ella –dije, fingiendo un celo que para nada sentía-.

Ese ordenador no comparte ninguna red que ellos conozcan, tendrían que llevárselo de aquí, y eso es imposible –acabó la frase con cierto tono de superioridad. En ese instante me dejó a solas delante de aquella fortaleza inexpugnable que debía contener secretos muchos más notorios que el túnel por el que los hombres de mi familia se diluían afuera entre los simples mortales-.

No pasó mucho rato hasta que tuve que utilizar una de las claves. Miré la nota que mi padre había dejado escrita y vi que sólo aparecían dos passwords, busqué en el interior de mi cartera y comprobé que efectivamente eran idénticas a las que mi madre había dejado escritas la tarde anterior; pero a la altura de la tercera, una gran mancha verdosa y reseca, que olía como aquel licor “absentie”, había emborronado aquella parte y no podía descifrarla, ¿por qué no la memorizaría?, pensé maldiciendo de nuevo a la cocaína y a Raúl.

Aun así, podía recordar que la tercera palabra clave, se trataba de un número de cuatro cifras, pero sólo miré aquel papel una vez y de forma furtiva, pensaba que si aquello no se trataba de una locura de mamá, tendría tiempo de sobra para poder memorizar todas ellas antes de destruir dicha nota.

Me equivoqué, fue entonces cuando supe que mi padre, había obviado una de las claves y tan sólo mostraba lo que quería que yo descubriera. “Entonces... -pensé súbitamente-... mamá estaba en lo cierto”.

Fue justo en aquellos momentos, cuando escuché los pasos apresurados de Raquel, que se detuvo en una estancia contigua al despacho. Escuché como sollozaba y le decía algo a mi padre, y de repente se abrió la puerta. Era el gran hombre de negocios, que utilizando su habitual tono de solemnidad, inmóvil y sin llegar a entrar en la estancia, dijo:

“Emilio, tu madre... ha muerto”.

Mi madre había desaparecido. Ya no contaba con su apoyo, no había un solo confidente dentro de la familia.

Hasta esa Navidad, no la había valorado en su justa medida. Mi padre dijo solemnemente: “ha muerto”, e inmediatamente perdí el interés por cada porcentaje, por cada color de aquel horrendo diagrama, por cada uno de los que me rodeaban. A excepción de Raquel, en quien encontré a una amiga dispuesta a ayudarme no mucho más tarde.

Describir la muerte de un ser querido, no es algo grato. Sólo diré, que fue entonces cuando tuve que apretarme bien la máscara a la cara. No podía dejarles entrar en mi mundo, debía pasar todos los tests posibles, para que una vez conseguido pudiera evitar el destino, hacerle un buen truco, despistarle y tomar cualquier derrotero por el pudiera escapar de aquella trampa de vida.

Recuerdo que el gran hombre de negocios, esperó unos instantes en los que estuvo observándome, se acercó a la mesa de su despacho adonde yo permanecía inmóvil, incapaz de expresar sentimiento alguno y me dio una palmada en la espalda y dijo no recuerdo qué. Yo sólo hubiera querido chillarle: “¡Yo no quiero saber nada de porcentajes, ni de intereses, ni de negocios, lo único que quiero es no acabar odiándome a mí mismo, como acabó haciendo mamá!”.

De algún modo extraño, sé que él supo la naturaleza de mis pensamientos y sin hacer referencia alguna a mi madre, me miró directamente a los ojos y exhortó:

A partir de ahora, debes conocer tu deber, tu responsabilidad. Y comenzar a tomar las riendas de un destino que nos sobrepasa a ambos. —Ahí se detuvo, se sirvió un vaso de agua y bebió para aclararse la voz. Yo permanecía en silencio, cabizbajo, seguía pensando en mamá, pero sabía que mi padre no iba a dejar que me escapara de allí sin contarme aquello que tenía que decirme. Volvió a dejar el vaso en su mesa y prosiguió:— Verás, tu hermano no va a llevar el timón de esta nave. Él no podría, aunque no debes subestimarle por ello. Tiene otra función que cumple a la perfección, pero ya hablaremos de eso en otra ocasión, no es lo importante del tema —volvió a hacer una pausa para beber agua de nuevo—, lo importante es que tú, comiences a familiarizarte con la nave, con todo el barco. Tanto con el timón y cuadro de mandos repleto de detalles lujosos, como con la sala de máquinas, adonde si te detienes a observar podrás ver correr a las ratas. Lo importante hijo mío, es cumplir con el destino y seguir pasando el legado a la siguiente generación, una familia más poderosa, más influyente que la que vas a heredar, ese será tu objetivo. Y para ello tendrás que conocer los pactos, las alianzas que nos han hecho tan grandes —me equivoqué, y en ese instante le miré a los ojos. Algo extraño intuyó, porque se detuvo y preguntó:— ¿Me sigues? —y volví a equivocarme, porque le dije de repente:

Mira papá, a mí eso del poder, la influencia, las alianzas y todo eso, no me hace feliz...

Entiendo que además en un día como hoy, con tu madre fallecida...

No es por eso papá, es que me pongo a pensar en ese destino del que hablas... —su mirada cambió, frunció el ceño y en ese instante perdió cualquier vestigio de cordialidad— ...Y es que a mí, me gustaría dedicarme a...

Pues no tienes otra opción —dijo sin dejar que concluyera—, tú no puedes hacer lo que te venga en gana. Tienes una responsabilidad para con esta familia. La felicidad no existe Emilio, simplemente hay dos tipos de hombres: los que cumplen con su deber, y los que se rebelan y son aplastados por el mundo. Y tú no te vas a rebelar —zanjó—, porque siempre has cumplido con tu deber. Estás capacitado, posees una mente brillante, y sobre todo, no vas a

poder hacer otra cosa en la vida. Es tu destino, naciste para gobernar este imperio que generación tras generación, hemos levantado todos para tí, para que tú lo aumentes y vuelvas a pasar el legado a tu sucesor. No temas, porque al principio es algo difícil –intentó tranquilizarme, pero yo no podía pensar en otra cosa que no fuera mamá-, a mí me costó muchísimo olvidar mi juventud y dedicarme a los negocios de la familia; pero lo hice, y lo hice bien. Como harás tú, y algún día le contarás todo esto a tu propio hijo.

Pero papá, yo no estoy preparado... y además dudo mucho que quiera tener un hijo.

Lo tendrás –resolvió sin dejar posibilidad a la réplica- ...Además, es conveniente que al finalizar tus estudios, vayas pesando en un enlace provechoso. Una familia es la base de todo hombre respetable –yo, la verdad, no esperaba otra respuesta por su parte, pero fue entonces cuando supe la verdadera magnitud de sus palabras, o si se prefiere, de ese destino al que por lo visto, estaba atado como aquellos presos con trajes rayados lo estaban a unas enormes y horribles bolas negras. Una tristeza infinita se apoderó de mi ánimo y no pude seguir llevándole la contraria. Como él dijo: “no podía rebelarme”.

Quizá lleves razón –le dije asumiendo que iba a tener que afinar muchísimo si realmente quería escapar de aquello, volviendo a ponerme la máscara que jamás tendría que haberme quitado ante él-.

La llevo, siempre pasa. Y ahora, olvídate del ordenador hasta que enterremos a tu madre y antes de volver a la universidad, vamos a tener un segundo encuentro en el que quiero hablarte con mayor profundidad. Al fin y al cabo, hoy no es el día adecuado, el amor hacia tu madre es algo que lógicamente impide que estés centrado. Ve a sus habitaciones a despedirte de ella –le obedecí, más por zafarme de aquella sarta de órdenes, que por despedirme de mamá, bien sabía yo que aquel cuerpo inerte ya no era ella, sino carne que habría empezado a descomponerse para volver a ser algo importante de veras: polvo y tierra-.

Subí –como él ordenó-, a despedirme del cadáver, ¡qué cosa tan ridícula! –pensé al ver el cuerpo de lo que había sido mi madre. Junto a él, permanecía Raquel, secándose lágrimas silenciosas que dotaban de un brillo especial a su rostro. Al verme, volvió a mirar para cerciorarse de que no había nadie más, en la estancia. Estábamos solos –al menos al principio, porque no pasaron más de un par de minutos antes de que llegara mi herman-.

No le dio tiempo a decirme dónde, pero debes buscar entre sus cosas antes de que ellos lo hagan –dijo de repente.

Raquel, ¿de qué me estás hablando?, ella está muerta.

Por eso Emilio, precisamente por ello debes darte prisa. Busca esta noche mientras todos estén durmiendo, estoy segura que dejó algo para tí...

¿Pero qué? –pregunté irritado, todo aquel asunto me olía a conspiración, y esas cosas no suelen acabar bien-.

No lo sé –respondió de inmediato-, quizá una carta, quizá algo en algún libro... no lo sé, busca, porque lo que es seguro –y se acercó mucho hasta mí-, es que dejó algo que quería que tú supieras. Me lo dijo antes de morir, también me contó más cosas, pero podrían ser sus paranoias... no lo sé...

¿Qué más te contó? –ella me miraba, se escucharon pasos que venían directamente hacia nosotros, así que la azucé para que lo soltara de una vez- ¡Debes decírmelo!, no me puedes dejar así, plantea una duda, y luego callas... no es justo.

Escucha –en referencia a los pasos que sonaban cada vez más cerca de la estancia en la que velábamos a mamá-, se acercan. Esta noche, mientras buscas, vendré aquí y te contaré lo que me dijo. A las tres de la mañana es buena hora, pero deberemos ser muy sigilosos, ¿entendido? –asentí, en ese momento Raúl cruzaba la puerta-

Era de esperar –comenzó diciendo sin más mi hermano-, mamá llevaba un tiempo apagándose, quizá sea lo mejor y ya no sufra más –Raquel le lanzó una mirada que yo interpreté de desconfianza, pero también estaba aderezada con un fuerte sentimiento de repulsión. Él, por supuesto no se dio cuenta. Raquel aprovechó para dejarnos.

Yo me retiro... Si queréis cualquier cosa, llamar.

De acuerdo Raquel, puedes retirarte –dijo Raúl. Cuando ella se marchaba, yo le tendí mi mano izquierda, para rozar la suya en un gesto de complicidad que ella celebró echándose una sonrisa de esas con sabor amargo, ya que en realidad encierran un llanto denso pesado y silencioso: del que produce verdadero dolor-.

Esa mujer estaba muy unida a mamá –dijo una vez que ella cerró la puerta-.

Sí, eran muy amigas.

Sí, y esas confianzas con el servicio redundan en debilidad. No podemos intimar con la servidumbre, ¿qué es eso de que nos hable de tú?...

Estás hablando de Raquel, ella no es una simple sirvienta, es más –y comencé a rebelarme-, nadie tendría que servir a nadie, ¿acaso no tenemos manos y piernas?-al terminar la frase, ya me estaba arrepintiendo de lo acababa de decir. Había vuelto a olvidar mi “máscara”.

Hay veces hermanito, que me sorprendes –su tono pasó de una mala imitación de la forma autoritaria de nuestro padre, al sarcasmo más en su línea- ...¿Este mundo no te parece justo?, ¿quieres cambiarlo y repartir la propiedad?, ¿renunciar a tu privilegio y que nadie te sirva?

¡No digas tonterías!, sólo decía que... –pero Raúl no me dejó terminar-.

¡El nuevo Ché Guevara! ¿lo sabe papá?

Sólo era un comentario, nada más... -en ese instante ambos nos quedamos mirándonos, sus ojos denotaban desconfianza, así que decidí rectificar. No me fiaba de él-. Supongo que llevas razón, y digo estas cosas por el dolor, mírala –al cadáver- pobre madre, había perdido la razón.

Eso es Emilio, ahora comienzas a hablar de forma coherente. Nuestra madre hacía mucho que perdió el norte, decía tonterías y en sus últimos días no hacía otra cosa que permanecer ahí sentada –señaló la habitación contigua adonde permanecía el gran piano en completo silencio, esperándola en vano- ...pasaba horas sentada sin tocar. Ya no podía hacerlo, ¿has visto sus dedos? –asentí-, además ella nunca fue una gran concertista, simplemente era guapa y por ello daba recitales ante familias como la nuestra, y eso fue lo que le hizo llegar hasta aquí, nada más. Nuestro padre le brindó la oportunidad de formar parte de la élite.

Ahora, si me lo permites, voy a retirarme a descansar –y me incorporé despidiéndome de mi hermano, que me miró de forma desconfiada, antes de advertirme:-

Descansa, y harás bien si me haces caso y dejas de tratar al servicio como si fueras uno de ellos. Tienes que empezar a comportarte como un señor, y no te veo por el buen camino, hermanito.

Estoy confuso, tan sólo necesito descansar –no podía más con todo aquello, así que me fui rápidamente-... Buenas noches, Raúl.

Que descanses –me dijo sin mostrar en su expresión el mínimo gesto de sinceridad.

Pero no me fui, le hice creer que me iba caminando hasta mi habitación para que pudiera escucharme y sin embargo, volví a hurtadillas hasta las estancias de mamá. Permanecí semioculto no sé muy bien por qué razón, pero al rato, escuché a Raúl que revolvió entre los papeles de mi madre. Pudé también oír como pasaba apresuradamente las hojas de varios libros, que volvía a dejar sin mucho cuidado. ¿Qué buscaría?, y sobre todo ¿sabría que ella había dejado algo para mí, o acaso mamá ocultaba más cosas?. Me encontraba en estas dilaciones cuando escuché a más gente. Supuse que se trataría de mi padre, así que puse rumbo a mi habitación, presa de un miedo atroz a ser descubierto. No sabía qué estaba

pasando, pero estaba seguro de que ambos padre y hermano, no querían que yo anduviera por allí metiendo las narices.

Las horas pasaron de forma lenta y tediosa, la falta de sueño intentaba vencerme, pero debía aguantar hasta las tres de la mañana, hasta mi cita con Raquel. Me sentía –y el caso es que me gustó–, como un ladrón que estuviera allí esperando su momento, el de siempre: cuando los ricos duermen, para obtener su preciado botín.

Me entretuve rebuscando entre mis objetos de la infancia, mis tesoros olvidados en una caja de madera. Lo único que captó mi atención fueron dos fotografías de polaroid, de esas instantáneas cuadradas enmarcadas en un cartón blanco. En una de ellas aparecíamos el tío Pablo y yo.

Pablo era el hermano pequeño de papá. Digamos que fue la oveja negra de la familia.

Cuando yo era pequeño, mi padre siempre estaba de viaje. No había semana que pasara más de dos días en casa. Por otro lado, nuestra casa es de toda la familia, es por así decirlo “nuestra fortaleza”, y a diferencia del resto de los mortales que no tienen necesidad de protección, todos los miembros de la familia han vivido en esta mansión hasta que han conseguido un enlace adecuado y es sólo entonces, cuando dejan la protección inexpugnable de este lugar, para instalarse en otro parecido. Con mi hermano, que aún no se ha casado y dudo mucho que lo haga, sucede igual. Y aunque no le vea, pues la casa es grande, siempre está rondando cerca mío.

Decía, que de pequeño, el tío Pablo aprovechaba cuando papá estaba de viaje y se acercaba a mi habitación. A veces me sacaba a dar un paseo por los jardines, donde fue él quien me enseñó a distinguir todas las especies vegetales. Me encantaban los paseos a su lado.

Nunca me trató como a un crío, él siempre intentaba enseñarme algo, ¡tenía tiempo para hacerlo!

El abuelo reprochaba nuestras confianzas. De hecho, le molestaba cualquier cosa que tuviera qué ver con su hijo Pablo, al que consideraba poco menos que un inútil. Mi madre, a diferencia del resto de la familia, estaba muy unida a su cuñado, con quien compartía el gusto por las artes (el tío hubiera querido ser escritor, pero su padre siempre se opuso a ello). Dentro de la mansión, “arte”, era sinónimo de holgazanería, propio de clases inferiores, y en ningún caso un destino válido para alguien con nuestro apellido.

Frustrado por la imposibilidad (impuesta por su propio padre) de hacer lo que realmente hubiera querido, Pablo, se dedicó a proyectos humanitarios, convenció al abuelo (aún no sé cómo lo hizo) para ayudar a distintas fundaciones de manera altruista, y él se implicó en cuerpo y alma con aquel trabajo para la comunidad.

A medida que iba creciendo y papá seguía con sus viajes, el tío aprovechaba sus constantes ausencias para llevarme con él a los centros adonde ayudaba activamente a la gente más necesitada.

Me encantaba ayudarle, había algo mágico en la forma en la que la gente le trataba, y si de algo estoy completamente seguro, es que era él al único al que se le podía haber llamado “buena gente”, dentro de nuestra familia.

Nunca llegó a publicar nada, pero me consta que había dejado escritos varios cuadernos de versos, algunos relatos cortos y sólo una novela acabada.

¿Qué por qué lo sé?, porque soy yo quien conserva todos sus escritos.

Cuando dejé la infancia y me salieron granos en la cara, papá y el tío se evitaban en casa. Fue entonces cuando Pablo reventó, y quiso escapar de las invisibles garras familiares. Fue en aquella época, cuando tuvimos que vernos de forma casi furtiva. No sé el porqué exactamente, pero a mis doce años el abuelo había desheredado al tío Pablo. Éste ya no era bien visto en su propia casa, y aunque se fue a vivir a la ciudad, mamá aprovechaba cualquier excusa, cualquier visita a Madrid yendo de compras, al teatro, al club de tenis, o a la ópera, para ir a verle, y yo casi siempre estaba en esos encuentros.

Aquella fue su última etapa con vida. Poco después, desapareció y más tarde nos enteramos de que había muerto en un viaje a Palestina del que nunca regresó.

Los últimos encuentros con él, los dedicó a recomendarme lecturas, libros que según sus propias palabras, jamás encontraría en la biblioteca familiar y por supuesto, nunca me recomendarían en ningún colegio al que yo fuera.

Me advirtió que papá o el abuelo nunca vieses aquellos tomos, porque según sus propias palabras: “son estos libros lo que más daño puede hacerles a familias como a la nuestra”.

Pablo me hizo leer historias inolvidables, gracias a él conocí la miseria del Londres de la época victoriana, de la mano de Dickens. Descubrí la avaricia, la bajeza y sobre todo, la fuerza de la supervivencia de unos personajes que la sociedad inglesa de entonces convertía, poco menos que en esclavos, sin capacidad para cambiar su destino.

Más tarde, me escapé con el Conde de Montecristo de su prisión. Me vengué junto a él y comprendí con Dumas, que la venganza es una de las características más notables del ser humano. Poco después de leerlo, el tío me contó que Dumas sacó la historia de un tal Jacques Couchet, el verdadero “Montecristo”, quién realmente sufrió toda aquella injusticia.

Comenzó a pasarme historias, donde los héroes ya no eran señores, sino gente llana; aunque en honor a la verdad, los héroes ya no tenían cabida en los grandes libros: Hermann Hesse, cayó en mis manos de sopetón, me enganché tanto a su obra que devoré todos sus libros. Me sentía como Hans Giebenrath, el personaje de “Bajo las ruedas”, cuyo único deber era estudiar y cumplir así con el destino que su padre había trazado para él, sin contar con su opinión.

Y así continuó con Asimov y su nueva visión del universo, con Verne de quien me contó que “sabía cosas”, que era un “iluminado”. Me presentó a Calderón y sentí el mismo odio que debió correr por las venas de Segismundo, confinado por su propio padre en aquella torre.

Pero a través de los libros, de películas que veíamos antes de ir a dormir, de sus constantes charlas-lecciones, lo único indeleble que despertó en mí, fue algo que Hesse llamó “el estigma” y que sin embargo tiene un nombre muchos menos novelesco: La lucidez.

Como dice Aristarain en sus películas, la lucidez es tomar consciencia de todo lo que te rodea, de tu propio camino, de todo tu ser. La lucidez es algo que no te ayuda a ser feliz, que ni siquiera te hace sentir por encima de algo o de alguien, es simplemente un sentimiento de búsqueda que nace de repente, y entonces ya no para de crecer. El lúcido está condenado a entender, a conocer y a saber. Y para ello no tiene otro camino que el de la constante duda: el sendero de la imparable búsqueda del conocimiento. El lúcido se obliga a sí mismo a dominar su parte animal y la pule hasta convertirla en un arma que sólo usa en su defensa o en la de los suyos; por otro lado, la tendencia hacia la quimérica perfección es parte inequívoca del ser lúcido, los errores no le son achacados al resto, y el ser en cuestión tiende a poder mirarse en cualquier espejo sin miedo al reproche, porque el lúcido lo es fundamentalmente porque asume su parte “sapiens” y dignifica en gran medida su otra naturaleza “homo”.

La lucidez nos obliga a quienes disfrutamos (o padecemos) de ella, a sufrir no sólo por cada uno de nuestros pecados, sino también por el conjunto de todos los cometidos por nuestra especie.

Esa fue la herencia del tío Pablo.

Pero él desapareció y puede que lo mataran; sin embargo, la “lucidez”, jamás desaparecerá, ni podrán acabar con ella. Es un gen a extirpar (como le gustaría poder hacer a mi padre), pero afortunadamente, no se trata de algo tan manipulable como la genética, sino que atañe directamente al espíritu. Y contra éste, el poder de mi familia se queda en la mera anécdota,

así que lo único que ha de hacer el lúcido para sobrevivir, será llevar su “carga” en silencio, sin que el resto pueda señalarle con el dedo delatándole: “Por ahí va un ser despierto. ¡Acabar con él!”

Pablo, a diferencia de su hermano, nunca viajó por negocios. Y sin embargo, había recorrido casi todos los rincones del planeta, tenía fotos en las que nunca se mostraba como el señorito, y allá donde hubieran sido tomadas, él parecía uno más de entre las personas que podías ver en dichas instantáneas.

Dejé la foto en la que estábamos él y yo, y cogí la otra, en la que mi tío era un tuareg más en una fila de dromedarios que cruzaban el desierto. Sus ropas eran igual de azules que las del resto de sus compañeros.

El tío siempre me repetía: “Si quieres tener amigos, nunca debes imponer tu clase social y debes participar del trabajo y de la alegría, al igual que hacen ellos. Si no lo haces así, jamás podrás querer a alguien, y por supuesto, nunca nadie te querrá. Con la gente que quieres, no valen las clases sociales. Estas, sólo son una trampa, una barrera divisoria y artificial, para desunir más aún a las personas. No olvidéis esto jamás.”

Me consta que antes de su fatídico viaje a Palestina, su relación con la familia había ido a peor, porque a mamá le costó más de lo debido poder ir a visitarle. Recuerdo cómo se despidió de mí en aquel último encuentro, fue entonces cuando me hizo entrega de sus cuadernos con toda su obra inédita. Dijo que quería que yo los tuviera “por si las moscas”.

Ese día no le di mayor importancia a aquella última frase. Pero Pablo sabía algo, y por eso huía. Parecía intuir que jamás volveríamos a vernos. Me hizo prometer que nunca dudaría de la cordura de mi madre, también me regaló alguno de sus libros favoritos, que hoy conservo como oro en paño. Papá jamás los descubrió, de eso me encargué yo.

Y me encontraba recostado en la cama echando un vistazo a las pocas fotos que conservaba del tío, y descubrí otra muy especial:

En ella, él cavaba una zanja en una huerta acompañado de gente de color. La foto fue tomada estando él inmerso en uno de los proyectos en los que participó de forma activa, en un macro huerto que gracias a su esfuerzo pudo crear en Guinea ecuatorial. Más tarde, al morir, la familia retiró esa ayuda a aquella pobre gente, que vieron como todo sólo había sido un sueño y tuvieron que volver a sus vidas, dominadas por una pesadilla constante.

Me había puesto muy triste, primero el tío, y esa noche mamá. Ambos se había ido para no volver jamás.

Parecía haberme quedado solo entre las arpiás, y aquello me apenó de tal forma que algunas lágrimas furtivas escaparon de mis ojos rojizos, para desembocar en el tablero de ajedrez de mi tío, ese que me regaló cuando cumplí los diez años, sobre el que me enseñó todo lo que sabía sobre tan noble deporte.

Si hay algo que a papá siempre le ha molestado, es que jamás pudo ganarle una sola partida a su hermano pequeño, y él fue quien me enseñó a mí, a quien el gran hombre de negocios tampoco le ha podido ganar jamás.

Dejé la foto sobre el tablero de ajedrez en la cama, y antes de olvidar ambos objetos, volví a mirar la instantánea y pensé en el destino de aquellos negros que trabajaban junto al tío Pablo en su huerta. Imaginé que después de que papá retirara la financiación, en el mejor de los

casos muchos de ellos vagarían por las calles de Madrid, con o sin papeles, pero seguro sin ninguna esperanza.

Podría decirse, que fue mi tío quien realmente inició mi educación. La que vale, esa que te obliga a decidir entre la verdad y la mentira, entre el beneficio y la justicia, en definitiva, entre uno y otro bando. Mi tío Pablo, en definitiva, fue un hombre justo.

Después de que él muriera, y sin que nadie me dijera qué pasó realmente, mamá cayó enferma y me separaron de ella durante muchos años. Jamás pudo decirme qué había sucedido en aquella época para que se dieran tantos cambios en nuestras vidas.

A mí me mandaron a estudiar a Inglaterra y mi madre, comenzó su particular vía crucis de clínica en clínica, su enfermedad: depresión.

A partir de entonces, dejó de tocar el piano y de algún modo, ella y el instrumento comenzaron a morir de forma lenta... y silenciosa.

Dejé de pensar en el tío y en aquellas preciosas palabras: esperanza y justicia, cuando me fijé que el reloj que estaba a punto de marcar las tres de la mañana. Era momento de centrarse sólo en mi madre.

Las tres en punto de la mañana de aquel veintiséis de diciembre.

Como el ladrón que sin duda hubiera preferido ser, llegué de forma furtiva al lugar de mi cita. Pero cuando me disponía a entrar, noté que la puerta que daba acceso a las estancias de mamá se encontraba cerrada desde el interior. Al principio no supe cómo reaccionar, no había contado con ello, así que fui a buscar a Raquel, no quería dejar pasar aquella ocasión para saber qué secreto se encerraba en todo aquel misterio.

La casa permanecía en penumbras, como es habitual a esas horas. Caminé sin zapatillas para no hacer el mínimo ruido, y así llegué a las habitaciones de servicio. Ya en la puerta de Raquel, me detuve para comprobar que nadie observaba mis movimientos. La golpeé suavemente, llamé tres veces pero nadie contestaba. Supuse que ella andaría por cualquier parte de la casa buscándome, pero antes de volver sobre mis pasos, agarré el pomo de la puerta y lo giré convencido de que estaría cerrada y no podría pasar, pues cada empleado tiene la llave de su propia habitación. Ante mi sorpresa, la puerta se abrió. Entré, una cama un armario una mesita, y nada más, ni rastro de las cosas de Raquel, ni de ella misma, pareciera que allí no hubiera vivido nadie desde hacía mucho tiempo.

“¿Dónde estás?”, pensé y salí de la habitación para volver arriba. Al cerrar la puerta de forma silenciosa, alguien me habló a mis espaldas. Era Carlos, otro empleado de la mansión que me había sorprendido, dijo: “Doña Raquel ya no trabaja en casa señor, su padre la despidió esta misma tarde. Los de seguridad desalojaron la habitación en menos de lo que canta un gallo, ¿la buscaba señor?”...

Así que era cierto, cada vez era más consciente de que mi padre y mi hermano, no iban a dejar que yo me enterara de aquello que mi madre quería que yo supiera.

Aprovechando la noche, y ya que estaba despierto, fui de nuevo al despacho paterno. Al fin y al cabo él mismo me había facilitado las claves, así que volví a encender el ordenador y con la ayuda de un café bien cargado, volví a repasar archivos en los que se detallaban todos los ingresos, gastos y demás informaciones relativas a los negocios familiares.

Anoté cifras y nombres en una libreta. Quise profundizar, y utilicé todos mis conocimientos en informática, que no son pocos, y llegué a una serie de archivos ocultos de muy difícil

acceso, los cuales, requerían otra clave que mi padre no me había facilitado, cuatro cifras, lo recordaba perfectamente, pero no daba con ellas.

Aquellos misteriosos archivos no tenían nombre, tan sólo cifras. En total veintitrés, a los que no pude acceder, hasta que la puerta se abrió de repente y entró mi padre. Yo fingí que no me había apercibido de su llegada y aproveché para cerrar dichos archivos y poder disimular que no había llegado a ellos. Papá se colocó tras de mí, y con un simple “continúa, para eso te di las claves”, me dejó hacer. Yo simulé un interés por uno de aquellos datos ambiguos que había anotado en mi libreta y le pregunté:

Oye papá, ¿por qué hay dos gastos llamados de igual forma?

¿Dónde? –se interesó-.

Aquí, en política: “apoyo campañas electorales”, hay dos cifras distintas para el mismo ejercicio, ¿ves? –le dije señalando la pantalla-.

¿Y tú, por qué crees?

No caigo –contesté.

Porque una es la aportación a la campaña del partido al que siempre hemos apoyado, y la otra es para la izquierda. Así, ganase quien ganase, y de hecho ha ganado la izquierda, siempre nos aseguramos influencia en cualquier posible gobierno, como de hecho está pasando.

Damián –dije de forma inconsciente-.

¿Cómo?

No –“¡qué error!”-, pensé al descubrir que había nombrado a mi amigo-, decía Damián, porque una vez me dijo que los gobiernos están en manos de la banca, y yo no le creí.

¿Damián, qué más? –se refería a su apellido, estaba anotándolo en una pequeña agenda de bolsillo... es por saber con qué clase de amigos te estás juntando.

Pero papá, esa opinión la tiene mucha gente, y además acabas de confirmármelo.

Sí, pero no es bueno que todo esto salga de los límites normales de nuestro círculo de allegados, por eso quiero saber su apellido para saber de qué familia proviene, y si lo que te dijo puede ser contraproducente de cara a nuestros intereses, o simplemente es parte de la fanfarronería de uno de los nuestros que no sabe que hay temas de los que no hay que hablar, ni siquiera entre nosotros. Salvo como podemos hacerlo tú y yo en estos momentos. Su apellido, por favor...

Aristaráin.

Por supuesto, lo inventé, sabía que aquello me traería problemas, pero al menos ganaba tiempo. Me estaba empezando a asustar. Parecía que mi padre no era ese modelo de hombre recto y de honor, sino uno de esos en los que no crees en su existencia más que cuando les conoces. El poder era lo único importante, todo valía para seguir manteniéndolo, y yo tenía miedo, me estaba metiendo en las fauces del león. Todavía no sabía con qué propósito, pero de seguro, me estaba anticipando y eso no era lo previsto. Continué matizando:

Damián de Aristaráin –dije pensando en el gran director argentino-.

No conozco a esa familia, veremos si es conveniente o no.

No sé a qué se dedican –dije para aportar credibilidad a mi invención-.

Ya lo veremos. Por otra parte, y antes te lo mencioné, tendremos que tener una charla. Pero no son horas, espero que toda esta situación con la muerte de tu madre en primera instancia no afecte a tu rendimiento en la facultad. Ya te queda poco, y el año próximo debes dedicarlo a tu post grado. Una vez que este verano obtengas tu diplomatura, conocerás a nuestros socios y te presentaré en sociedad. Después comenzarás a llevar asuntos menores hasta que puedas asumir mayores responsabilidades... -hizo una pausa, y cuando parecía que iba a abandonar el despacho, prosiguió:- ...Verás, tu posición es un verdadero honor, que

aprenderás a apreciar –caminó unos pasos hasta su librería y volvió con un par de libros-. De momento, y viendo el interés que comienzas a mostrar por nuestros asuntos, aplazaremos esa conversación pendiente hasta que termines tu carrera este verano. Ahora me gustaría que leyeras a dos de los grandes, creo que ellos te enseñarán el arte de gobernar, que en realidad es lo que vas a tener que aprender –y tendiéndomelos, se despidió de mí- Maquiavelo, imprescindible, y el gran Carl Smith. Comienza con ellos y te iré recomendando otros. Por cierto, para esa reunión del verano, quiero un amplio resumen de cada uno de ellos, quiero ver qué sacas en claro de sus lecturas –“Mírale”, pensaba yo entre tanto, “No hace más que dar órdenes”. Pero en el fondo sentí verdadera curiosidad por uno de aquellos autores. Aunque no se lo dijera a mi padre, a Smith ya le conocía, se hacen constantes referencias a su obra en la escuela, pero Maquiavelo me interesaba muchísimo-.

Los leeré, y tendrás esos resúmenes, no lo dudes papá –le dije en el tono más convincente que pude adoptar-.

Me alegro. Y ahora a descansar, que mañana enterraremos a mamá en el panteón, y después regresarás al colegio mayor.

Papá... –le interrumpí cuando ambos íbamos a abandonar su despacho- ¿Y Raquel?, porque antes la llamé para pedirle que me trajera un tentempié y no ha aparecido...

La despedí esta misma tarde, sólo estaba en casa por capricho de tu madre –y concluyó el tema de forma breve-. Y ahora, ya no está tu madre.

Pero es algo brusco, ¿no crees?

Los problemas se solucionan lo más rápido posible. Así funciona la vida del que tiene una responsabilidad. Además, sólo era una sirvienta. No seas como tu madre, y deja de pensar en estupideces.

Sólo lo decía porque me hubiera gustado despedirme de ella –en ese momento recordé cómo había acabado el otro “problema”, aquel bulto rojo de la piscina, e inconscientemente, sentí miedo por la vida de mi amiga- ...¿Adónde ha ido?

¡Qué más te da!, la despedí y la mandé a su casa. Por lo visto ha aprovechado bien el tiempo y ha comprado una a la que retirarse. ¿Quieres que te de la dirección?

No, no voy a ir –mentira, pero no podía mostrar tanto interés, no fuera a pasarle algo, “mejor que no sepa que quiero verla”, pensé-, era sólo porque me ha chocado, tampoco te creas que a mí me caía simpática –mentí-, creo que lo único que quería era ganarse la amistad de mamá y obtener algo a cambio.

¡Eso es!, ¡muy bien, Emilio! –le había engañado por completo, pensaba, así que acabé añadiendo:-.

Quizá esa casa, sea aquello que quería obtener de mamá. Hasta mañana, papá.

Me consta que no es una propiedad al alcance de cualquier criado. Debería investigar de dónde sacó el dinero para comprarla. ¡Siempre hay que dudar de la gente!, ¡ellos envidian nuestra posición! ¡muy bien, Emilio!. Tendré que indagar acerca de esa casa tan impropia para una criada.

Déjalo –le dije utilizando un tono de complicidad, quería alejarle de la pobre Raquel...Ella ya no está en casa. Un problema menos, como tú dijiste.

Aun así, me dejas con la curiosidad –se quedó meditativo, parecía echar cuentas mentalmente- ...Es una propiedad demasiado cara para el servicio –pareció decir para sí-...

¡Bien hecho, hijo!, hasta mañana. Hay que desconfiar de todos los que están por debajo de nosotros. Hazme caso y te irá bien.

Lo haré.

Encontrar a Raquel no fue tan fácil como lo había previsto en un principio. Me arrepentí cien veces de no haber puesto cualquier otra excusa y haber conocido la dirección exacta, y aun que al final fue ella quien vino a mí:

Vayamos por partes.

Tarde o temprano, mi padre descubriría el engaño. Para empezar, Damián no era compañero de la facultad, sino que le había conocido años antes en aquel otro colegio de Inglaterra.

Cursé todo el bachillerato en un colegio situado en Bedford, una ciudad cercana al gran Londres. Aquel lugar, se parecía más a una cárcel, que a un centro de educación.

Siempre ha sido parecido. Primero en España y en esa época en Inglaterra, todos los colegios eran costosísimos. A ellos sólo accedía la élite –como diría mi hermanito–, y por supuesto, no podíamos mezclarnos con el resto de los mortales. La seguridad es el principal aval de todos estos lugares, auténticas fortalezas adonde los grandes hombres de negocios de todo Europa, mandaban a sus pequeños vástagos, para que allí, nos enseñaran lo que iba a ser nuestra vida.

Se dice que la gente pobre es más desdichada que nosotros, los adinerados. Pero nadie cuenta las historias de aquellos que andamos escabulléndonos de nuestro destino, algunos acaban perdidos. Yo conozco varios ejemplos, Tim Browler, se suicidó después de haber obtenido las mejores calificaciones de toda la historia en aquel centro británico; mi amigo Luis, aquí en España, intentó deshacerse de sus responsabilidades creándose otras más acordes al nuevo espíritu que crecía en su interior cuando yo le conocí. Deseaba cambiar el mundo y era particularmente sensible a los nuevos problemas climáticos del planeta. Dejó los estudios, robó dinero a su propia familia y se fue a Brasil, a una zona llamada “Los pantanales”, la tierra de nadie, como la llaman allí. Su cuerpo apareció flotando, dándole la espalda al cielo con tres pequeños agujeros en su espalda. Ahora sé que no habían sido los furtivos que cazaban jaguares, contra los que él intentaba luchar, sino su propia familia, a quienes intentó arruinar, aireando todos los negocios sucios en los que estaban metidos...

La lista podría continuar, pero ahora voy contar mi historia con Damián. Él y yo seguimos vivos, y ambos nos conocimos en aquel oscuro y deprimente colegio de Bedford.

Fue en el noventa y seis. Aquella época, en la que algunos temían el cambio de milenio, era el tiempo de las profecías sobre el fin del mundo, el dichoso Nostradamus... y aquel fue nuestro primer nexa.

Cuando llegué a Inglaterra, Damián estaba cursando su último año allí. Él tiene cinco años más que yo, y se había empeñado en repetir curso las veces que fuera hasta convencer a sus padres de que no quería estudiar.

A diferencia de mi aspecto, que entonces era el de un adolescente en toda su plenitud: acné, voz de pito, y el típico desarrollo de un niño hombre de quince años, él era ya un adulto. Y a decir verdad, no sé qué hacía allí en esa escuela para jóvenes señoritos.

Damián es un tipo largo y oscuro. La primera vez que le vi me pareció que no era de mi misma época, su cuerpo era flaco y huesudo y su tez oscura en la que destacaban dos ojos brillantes con un cierto aire de superioridad y altivez para con el resto de señoritos del colegio, parecían mirarte desde el pasado.

Recuerdo perfectamente nuestro primer encuentro a solas. Fue en la biblioteca, aún no lo sabíamos, pero los únicos que compartíamos aquel lugar en aquella tarde, a esas horas intempestivas, éramos españoles. Y ninguno de los dos se encontraba allí precisamente para estudiar.

Yo estaba inmerso en buscar toda la información que pudiera encontrar acerca de la cultura Maya. Los conquistadores de mi país, habían dejado sólo cuatro de todos los libros sagrados que aquella cultura ancestral había dejado escritos. Uno de ellos: el códice de Dresden, traducido en mil ochocientos ochenta por Ernst Fosterman, era el objeto de mi estudio entonces. En dicho libro se hablaba de un calendario mucho más exacto que el actual (el Gregoriano). Leía sobre ello, me fascinaba que un pueblo como el Maya, que jamás conoció la “rueda”, pudiera haber desarrollado un sistema de medición temporal distinguiendo tres ciclos, que a su vez iban encajando en una especie de rueda dentada (a diferencia de la “línea” temporal utilizada en la actualidad). El primero de esos ciclos medía el tiempo en algo similar a los actuales años, a diferencia de nuestro calendario gregoriano, un año tenía diez y ocho meses de veinte días, más cinco días al año llamados “desafortunados”. El segundo de sus sistemas de medición, que se acoplaba y complementaba perfectamente al anterior era un calendario lunar, que constaba de doscientos sesenta días, exactamente el mismo periodo que tarda en gestarse un ser humano en el interior de su madre. El tercero, era el denominado calendario de la cuerda larga, que medía el tiempo del cosmos en ciclos inmensos de tiempo, midiendo con exactitud la situación exacta del sol dentro de su rotación por la galaxia. Nuestra casa, la vía láctea, cada vuelta completa, supone un ciclo en esa “cuerda larga”, y esto sucede cada veintiséis mil años.

Y leía absorto aquella copia del códice de Dresden, ya que según los Mayas, no era el cambio del siglo XX al XXI la fecha del fin del mundo, sino diez y seis años después de aquella tarde en la biblioteca, justo en el dos mil doce.

Mientras tomaba notas sobre toda aquella información, escuché a unas mesas de distancia un claro, sonoro y nítido: “me cago en la puta”. Me sorprendió tanto, que venciendo mi natural timidez, me levanté. Y con paso indeciso me dirigí hacia el lugar donde estaba sentado Damián, su aspecto me sobrecogió. Estaba delante de su ordenador portátil, que se encontraba abierto ante sus ojos, iluminándolos con esa luz azulada propiedad del señor Gates. Damián lanzaba maldiciones contra aquel cacharro y golpeaba la mesa de forma contenida, lo justo para no llamar demasiado la atención.

Sin entender muy bien cómo, pues ya digo que su aspecto me imponía un gran respeto, había llegado hasta su mesa y él no se percató de mi presencia, hasta que tomé asiento enfrente suyo. Fue entonces cuando sus ojos azules, llenos con el brillo de la furia, se posaron en los míos. Me miró de forma inquisitorial pero no dijo nada, y sin decir una palabra, volvió a centrarse en su ordenador. Hasta que de repente, y sin dejar de hacer aquello que estaba haciendo, me preguntó con un tono melodioso y sin mirarme a los ojos:

¿Hablas español?

Dirás castellano –le corregí. En ese instante, plegó la pantalla de su portátil y toda la fiera que su rostro trasmitía hasta entonces, mutó en admiración y sorpresa: ¡Coño, otro spanish!, pero no, tú no lo pareces –y es que mi madre es de ascendencia irlandesa, y aunque el resto de mi familia sean morenos y típicamente españoles, por lo visto, yo debí salir a ella.

Es que mi madre es hija de irlandés, es pianista –dije orgulloso-.

¡Más coincidencias!, ¡curioso cuanto menos! –dijo Damián, cuyo nombre aún no conocía.

¿Acaso tu madre también es pianista?

No, pero mi padre es director de orquesta, seguro que le conoces... –me dijo su apellido, por supuesto que le conocía, incluso había asistido junto a mamá a uno de sus conciertos en el palacio de la Ópera en Madrid un par de años atrás, un auténtico coñazo, recordé, pero me limité a decir que sí lo conocía, sin comprometer mi opinión-.

Le vi interpretar la “inacabada” de Schubert, su sinfonía número ocho en Si menor.

Un auténtico petardo –replicó Damián, poniendo cara apática al tiempo que bostezaba...Además, esa pieza sea horrenda. Mi padre tiene un gusto pésimo y siempre elige horteradas en las que él tiene que llevar el protagonismo –y se quedó mirando a un punto del vacío que sólo él debía conocer. Se abstraigo hasta no escuchar nada de lo que le dije, hasta que él mismo parpadeó y pareció volver de un trance. Más tarde supe que en ese instante en aquel lugar al que miraba abstraído estaba sonando “la inacabada” de Schubert, Damián podía ausentarse en cualquier momento y tenía la capacidad de escuchar o de contemplar cualquier obra con tan sólo recordarla- ...La pieza que escuchaste fue: el allegro moderato, lo interpreté demasiado aprisa.

La verdad, no lo recuerdo –le dije sin hacer referencia a que no me había estado escuchando-, pero sí, llevas razón, tú padre dirige como si él fuera el centro del mundo.

Dice, que gracias a él, el pueblo llano conoce la música clásica, ¡Ni que hubiera escrito él todas las obras que luego destroza con su orquesta!, menudo imbécil.

No lo tienes en demasiado aprecio, ¿verdad? –le dije.

Eres avispado, por lo que veo –y fue entonces cuando nos presentamos, acto seguido y tras el apretón de manos de rigor, le pregunté:-

¿Qué estabas haciendo en el ordenador cuando... te cagaste... en la puta?

Tú no dices muchos tacos, ¿verdad? –yo asentí, por entonces me sentía extraño hablando de forma incorrecta-, dices “me cago en la puta”, y se te ve en la cara un sentimiento de culpabilidad de la hostia... ¡Cágate en Dios!...

Pero, ¿con qué sentido?

Venga repite conmigo –al ver mis dudas, planteó un ultimátum- si no lo haces, paso de ti, ¡venga Emilio, ten cojones!, repite conmigo: ¡Me cago en Cristo y en todos los santos!

¡Me cago en Cristo y en todos los santos! –repetí, a un volumen muy bajo, demasiado para él-

Así coño: ¡ME CAGO EN DIOS!, ¡HIJOS DE PUTA!, ¡ME VAIS A COMER LA POLLA!

¡Calla!, que van a echarnos de aquí...

¡Pero si no entienden qué estoy diciendo!, además estamos solos ¡joder!

Bueno, ¿qué hacías antes?

Jugaba al ajedrez con esta máquina apestosa –señaló el ordenador-, estaba a punto de quedarme con su dama y al final he sido yo quien la ha perdido. No consigo ganarle en el nivel siete.

Yo también juego, ¿echamos una partida?

Damián levantó lentamente sus dos ojos azules y al mirarme directamente con ellos, dijo: “¿Me estás retando, chavalito?”, a mí aquella forma de hablarme me hizo tanta gracia, que le seguí “el rollo”, y contesté: “te apuesto lo que quieras a que no me duras ni media hora”.

Él no dijo nada, se limitó a mirarme con un gesto detectivesco, como si quisiera ver más allá de mí algo que pudiera darle alguna pista acerca de contra quién estaba a punto de jugar al ajedrez. Al fin, dijo:

Antes no te diste cuenta, pero pasé por tu lado y me puse a tu espalda, pasé un rato viendo lo que leías y casi te interrumpo. Pero pensé: uno de estos inglesitos de mierda que tiene que hacer un trabajo sobre los Mayas. ¿Te interesan, o te han mandado un trabajito?

Me interesa todo aquello de lo que no han quedado muchos datos. Me interesa saber, descubrir qué conocimientos se perdieron con esas civilizaciones.

Y de algún modo, intentar recuperarlos –me interrumpió para proseguir con palabras parecidas a las que iba yo a decir-...

Sí, eso es –afirmé.

¿Sabes qué es realmente una profecía? –preguntó de repente-

No entiendo tu pregunta –fue mi única respuesta-

Una profecía es un plan escrito, que al final se cumplirá. Pero no todas son reales, sólo lo son aquellas escritas y amparadas desde el poder.

No te entiendo.

Verás, si en la Biblia hablan del apocalipsis, es porque serán los señores de la tierra quienes hagan llegar el fin del mundo, “tal como está escrito. Amén”.

¿Tú crees? –sonrió como respuesta-, ¿entonces afirmas que todo eso de la teoría de la conspiración, es algo real?

Así que además de los Mayas, también te interesan otros secretitos... ¡vaya con Emilio!, ¿y lo saben tu papi, o tu mami?

Yo no tengo la culpa de nacer donde nací, ¿entiendes? –no me gustó su tono, así que arremetí contra él-. Además no sé qué coño dices tú, ¿estás aquí por una beca, o por el dinero de tu padre el director de orquesta?

Dijiste “coño”, ¡vamos bien amiguito, vamos bien! –ambos reímos entonces-. Perdona, no quise meterme contigo. Supongo que para estar aquí, vendrás de una familia con mucha pasta, y la teoría de la conspiración gira en torno a varias de esas familias... –se acercó a mí lo más que pudo, y utilizando de nuevo su mirada detectivesca, dijo:-¿No vendrás tú de una de ellas?

Mi padre es un hombre de negocios, pero dudo mucho que se dedique a conspirar contra la raza humana, ¿para qué?

No es “para”, sino “por”...

Pues, ¿por qué?

Por dinero, por poder, por odio... ¡Hay tantos “porqués” posibles!

No creo. Ya tiene mucho dinero, y no dudo que esté metido en negocios sucios y no demasiado legales quizá, pero de ahí a decir que él forma parte de ese gobierno que maneja el mundo en la sombra, porque sobre esto versa la teoría de la conspiración, ¿no es así?

Veo que hiciste los deberes, pero dime, tu padre seguro que no, y dudo mucho que alguien de tu familia te hablara de ello... ¿Quién te habló del gobierno sionista?

Mi tío Pablo, él es un caso aparte en la familia...

Tiene que ser un tipo curioso, ¿y qué libros te dejó?

Era –masticé-, el tío murió en Palestina.

¡En Palestina! –repetió dotando a sus palabras con el tono propio de la curiosidad-, ¿Y no sabrás que fue a hacer allí, verdad? –yo moví la cabeza negando que supiera algo acerca del porqué. Damián, se centró en los libros que era lo que más le interesaba de todo aquello:- y se puede saber, ¿qué libros te dejó?

He leído a Orwell...

¡Ya! –replicó en un tono cansino- ...supongo que también te dejaría a Huxley –yo asentí-, a Bradbury –también dije que sí-. ¡Ya!, pero lo del sionismo, no aparece directamente en esos libros, eso lo tuviste que leer en otros.

Bueno, lo del sionismo es algo sobre lo que mi tío siempre me habló. Pero tampoco he leído libros que hablen directamente de ello. Es algo que se dice, que nadie puede afirmar o demostrar. Él aseguraba que la conspiración partía del priorato de Sión, por eso lo de “sionismo” –dije convencido.

¡Así que eso es lo que cree el señorito! –dijo sin prestarme demasiada atención-, hagamos una cosa, juguemos esa partida... y si pierdes, me cuentas todo lo que sepas acerca de los negocios de tu familia.

¿Y si pierdes tú? –le dije en un tono retador.

¡Eso no va a suceder! –y acompañó la frase con una risa seca-, pero bueno... si pierdo, te diré un par de libros adonde hay datos concretos de esos sionistas –y se acercó bajando el tono de sus palabras y añadió:- de los “iluminati”.

¡Venga! –dije, lleno de expectación.

Y comenzamos la partida.

Lo cierto es que me duró mucho más de media hora, tardé exactamente tres en derrotarle. Jugaba de forma espléndida, pero yo siempre he tenido un don para el ajedrez, al menos eso me decía constantemente el tío Pablo.

Al finalizar, su actitud conmigo había cambiado de forma notable. Ya no me miraba como al niño con granos, sino como a un ser humano de gran inteligencia, que como más tarde descubrí, era el único semejante por quien se interesaba Damián.

Bien, me debes los nombres de esos libros—y en ese instante, pensando en lo que había planteado como una broma, volví al tema anterior:— oye, y tú, si conoces tanto acerca del sionismo, y siendo tu padre un afamado director, ¿no serás parte de ellos?

No digas tonterías, mi padre sólo es un bufón para los ricos, un entretenimiento como todos los artistas que vendieron su alma al caballero “don dinero”... No, nosotros no somos, ni por asomo parte de esa supuesta élite. Piensa que el arte hoy en día es un método como otro cualquiera, para que los mediocres lleguen a ser ricos, y en ningún caso, acceden al nivel en el que está la banca, la energía, las armas, los medios de comunicación... Si quieres encontrar a esos supuestos “iluminati”, busca por ahí. Pero en ningún caso en el arte, aunque algunos artistas como mi padre no sean más que comerciales que venden a la perfección sus productos, que a su vez son adaptados a las necesidades de mercado que la industria del arte demanda. Mi padre me produce náuseas, pero es imposible que él sea uno de ellos, ¿y el tuyo? —preguntó de repente—.

Pues no lo sé, supongo que no, en teoría el sionismo proviene de familias afincadas en Estados Unidos, todas ellas de origen judío. Y mi familia es más española que las corridas de toros.

¿Te gustan las corridas? —preguntó con un tono repulsivo—.

No —dije de forma sincera—, pero a veces me hacen ir a algunas. Mi padre tiene una ganadería, y a él sí le gustan.

Me alegro de que no te gusten, porque de ser así, dejaríamos de hablar automáticamente. Pero volviendo al tema anterior, en eso de que los iluminati son de origen judío... ¡Es todo una mentira! —y apuntó varios títulos en una pequeña hoja de papel, que inmediatamente después yo leí:

“En Route to global occupation” de Gary H. Kah, “The robots’ rebellion” y “...And the truth shall set you free” ambos de David Icke. Los voy a leer cuanto antes —dije. Damián volvió al tema del origen del sionismo:—

Verás, a mí me parece que en la actualidad los supuestos iluminati se defragmentan en varios grupos crípticos de poder: los Skull and Bones y los Shriners en Estados Unidos, el club Bilderberg en Europa, y otras tantas organizaciones escondidas en la masonería. Supongo que esto te sonará, ¿verdad? —yo asentí, al tiempo que me planteaba por vez primera en mi vida la posibilidad de la que Damián hablaba, ya que mi padre y mi abuelo eran masones de reconocido prestigio dentro de sus logias. Pero cambié de tema y quise llevar la conversación hacia el terreno de las profecías—.

¿Y qué te parece lo de Nostradamus y el final del mundo en menos de cinco años?

Chorradas. ¿Quieres una profecía?... —me miró y entre risas, asentí— ...El final del mundo ya ha llegado, y Nostradamus, se equivocó por muy poco... —mantuvo el suspense—, pero estos clubes de poderosos, no se enteran, están agotando los recursos del planeta y ya comienza a sobrarles mucha gente, muchos antiguos clientes. Entonces, cuando iluminati tengan el verdadero control directo del mundo, ¿para qué los dioses?, si lo serán ellos, porque poseerán el agua y el aire, todos seremos sus siervos y estaremos esclavizados: amén. Ellos son los ángeles de la muerte, los jinetes de la apocalipsis. Pero reinarán por muy poco tiempo, ya que como antes te adelanté, ya ha comenzado el final del mundo, de ese que conocíamos...

Pero tienes que ponerle fecha, si no, no es una profecía.

Los Mayas, no iban muy desencaminados. Quizá no sea en dos mil doce, quizá se equivocaran en diez o veinte años; pero seguro, que tú y yo, lo veremos. Pero esa fecha, tendrá que ver con el día en que definitivamente, reinen los dioses oscuros, los que mantendrán esclavizada a la humanidad, durante un corto periodo.

¿Cómo un corto período? –le pregunté–.

Aparte de pasarte libros, tu tío...

¿Qué?

Te pondría al día sobre la destrucción del planeta, ¿verdad?

Me enseñó los nombres de muchos árboles, y aprendí la interconexión de todos los seres vivos con el planeta: Gea, como llamaba él a la tierra; pero no le dio tiempo a profundizar, murió muy joven.

Pues la cosa es seria, amigo mío. Además del cambio climático –y me miró a los ojos, para asegurarse de que yo asimilaba su siguiente frase:- en mil nueve ocho seis, se posó sobre el cielo la estrella de la muerte, cuando el tercer ángel hizo sonar la trompeta ... –y me hizo un gesto para que fuera a sentarme adonde él estaba, para enseñarme algo que guardaba en su ordenador- ...Mira –dijo señalando su pantalla-, ¿conoces y usas Internet? –yo asentí, por entonces éramos pocos los que podíamos acceder a la red -, pues fíjate en esto –tenía abierta la profecía bíblica del apocalipsis, escrita por San Juan, y leyó:- “y una estrella de ajenjo, aparecerá en medio de la noche, parecerá un sol por su intensidad, y su halo caerá sobre la tierra, envenenando las aguas y destruyendo la vida, será el fin del mundo”-acto seguido, se conectó a la red y en ella buscó: ajenjo, mil nueve ocho seis –me dijo que mirara con atención...

¿Qué tiene que ver todo esto con Chernobyl? –le dije al ver imágenes de aquella central nuclear, del reactor número cuatro, tras el desastre del ochenta y seis.

¿Sabes el significado de esa palabra, Chernobyl? –me preguntó desconectándose de dicha red de información. Yo le hice un gesto de total desconocimiento acerca de esa tema, y el concluyó, diciendo:- “Ajenjo”, eso es lo que quiere decir.

¡No me digas! –dije sobrecogido.

Sí, “ajenjo”, la estrella de la muerte caerá sobre la tierra y contaminará las aguas... Esto, ya ha pasado, y entonces Nostradamus, no se equivocó tanto. Pero ahora bien, si también se cumple la otra de las profecías, que esos mandamases asociados clandestinamente se hagan con el control total sobre la población, entonces estaremos perdidos en muy poco tiempo, ya que se podría luchar contra “el ajenjo”, contra la radiactividad de Chernobyl, contra el cambio climático, contra la superpoblación y sobre explotación del planeta, al menos, para adaptarnos al cambio que nosotros mismos hemos provocado. Pero si el plan iluminati se cumple, ellos no van a detener una puta mierda, dejarán que todo siga su curso, seguirán bañándose en oro mientras el resto del planeta agoniza, y cuando ya no quede vida aquí, nos dejarán que nos pudramos y buscarán otros mundos que colonizar. Ese es el final de la profecía, si no se actúa rápida y coordinadamente.

Eran los primeros años de Internet. Por entonces aún no se usaba como en la actualidad. Los primeros hackers además de hacer desaparecer cantidades de dinero, moviéndolas de unas cuentas a otras, conocían las formas de acceder a información no accesible al resto. Mi amigo, era un de estos últimos. Se colaba en redes privadas y obtenía información sobre maniobras empresariales y gubernamentales en las que se fijaban objetivos para los próximos ejercicios. Conocía el desarrollo de ciertos productos que más tarde se comercializarían, y sobre todo, por entonces comenzaba a contactar con otros hackers, dispersos por el mundo que como él, tenían un objetivo, que supe algo más adelante.

No mucho más tarde, Damián dejó sus estudios. Se enfrentó con su padre y acabó muy metido en redes clandestinas anti sistema. En una de ellas fue algo así como el administrador. Esa red se llamaría “Nibiru”, y su nombre dentro de ella: Nostradamus. Desde entonces, él es uno de los hackers más “peligrosos” para ese sistema que él mismo mencionó en aquella conversación. Desde entonces, le he estado filtrando todo lo que he ido descubriendo... Pero no quiero precipitarme.

Unos días después de enterrar a mamá en el panteón familiar, muerte que siempre asociaré a la de aquel anónimo bulto rojo, llamado Iris, volví a la universidad.

Acabé la carrera, pero en ese último semestre perdí bastantes puestos en mi promoción, y acabé aprobándolo todo por los pelos.

En aquellos primeros meses del dos mil cinco, topé frontalmente con la dificultad para escapar del control familiar y poder encontrarme con Raquel, a quien vi por fin en el verano de aquel año, justo al licenciarme.

Tuve que hilar muy fino, porque casualidades del destino, me había citado con ella una tarde de finales de junio, y mi padre me había informado en esa misma mañana, de que quería mantener otra charla conmigo, justo tras la comida: “tomaremos un café en mi despacho”, me dijo muy temprano.

En julio, solíamos cambiar de residencia y nos instalábamos en Cantabria, así que los últimos días de aquel mes eran una especie de “transición” temporal, donde casi todo estaba patas arriba.

El despacho de mi padre no era una excepción, y cuando llegué puntual a nuestra cita, le sorprendí de muy mal humor. Rebuscaba entre sus papeles, abría y cerraba los cajones y maldecía en silencio cada vez que se frustraba a cada nuevo movimiento. Supuse que no encontraba algo, y que ese “algo” era importante, mas no dije nada. Me limité a tomar asiento frente a él, y sólo dije: “¿puedo ayudarte en algo?”, papá, me miró a los ojos y negó con su cabeza, tampoco él dijo nada más. Hasta que pasado un rato, desistió en su búsqueda y al fin, comenzó con su discurso:

Verás –comenzó diciendo-, para el año próximo empezará el master y lo harás en Yale. Allí tengo amigos que además interesa que conozcas tú también. Ingresarás en los Skulls –y sin darme tiempo a una posible réplica, añadió:- ¿Qué ha pasado con tus calificaciones este final de curso?

No sé –dudé, tenía que ser coherente y sobre todo: convincente-, quizá la muerte de mamá me afectara más de lo que supuse en un principio.

¡Chorradas! –protestó, mi padre no es precisamente un ser manipulable-. Tú has estado distraído en otros temas, y has dejado tus obligaciones en un segundo plano. Casi consigues recordarme a tu hermano.

No, papá –mentí-, no hay ningún “tema”, sobre el que haya estado investigando –intenté cambiar de tema y así distraer su atención-. Por cierto, yo preferiría hacer el master en España, ¿para qué Yale?

Porque ahora es momento de afianzar alianzas con la gente de allí. Irás a Yale –sentenció-, porque es lo mejor para la familia –y volvió a su tema preferido-, y tú...¿no irás a hacer el vago como lo has estado haciendo estos últimos meses?, ¿no dejarás en mal lugar a la familia, verdad?

Preferiría no estudiar en Estados Unidos –pero en ese instante, recordé un mail de Damián. Me decía que se había instalado por un tiempo en aquel país, y comencé a valorar el hecho de pasar un año sin la presión familiar, y por supuesto con menos vigilancia personal. En el mismo transcurso de mi discurso, yo mismo fui cambiando de parecer. Mi padre pensó que estaba aceptando su imposición sin rechistar, y eso le hizo volver a depositar su confianza en mí:- ...Aunque, a decir verdad, puede ser bueno estudiar mi último año en Yale, si crees que será provechoso para la familia, yo no tengo ninguna objeción, papá.

Así me gusta, Emilio. Otra cosa, cuéntame qué sucedió la nochebuena en la fuiste a aquella fiesta con tu hermano –yo no me esperaba aquello.

¿A qué te referies? –pregunté extrañado.

Que me digas qué hicisteis.

Verás, allí no se veía gran cosa. Era una especie de... –me daba vergüenza usar aquella palabra... orgía múltiple.

¿Formaste parte de ella, o sólo lo hizo tu hermano?

Yo no, papá –aseguré sinceramente. A él le bastó aquella frase para creer en mi palabra-, te juro que yo...

Tranquilo, Emilio –y noté que sus ojos me miraban con orgullo, y eso me tranquilizó bastante-. Conozco a Raúl y sobre todo, te conozco a ti. Te voy a explicar el porqué de mi pregunta. Tu hermano al ser el primogénito, debe trabajar de algún modo por el bien familiar. Ya sabes mi opinión acerca de Raúl, mil veces la he manifestado entre los miembros de la familia sin acallarla. Él es un inútil, un drogadicto y un perverso, y precisamente por ello es peligroso y debes de andarte con mucho ojo con él, porque no creo yo que vaya a aceptar de buen grado el hecho obvio de que seas tú y no él, mi sucesor.

Pero, papá... –protesté sin demasiado afán, me interesaba aquella “vuelta de tuerca”, así que a diferencia de lo que yo había supuesto en un principio, papá y Raúl no estaban compinchados, sino todo lo contrario.

Es la verdad Emilio, ya sé que Raúl es tu hermano mayor y supongo que le querrás por ello...

–en ese instante se detuvo y me taladró con sus ojos interrogantes. Pero dio con lo que andaba buscando y sin decirle nada, obtuvo su respuesta en mis propios ojos- ... ¡Mejor!... –festejó, al notar en mi mirada el asco y la repulsión al mencionar a mi hermanito-. Mira hijo, tu hermano siempre fue el ojo derecho del abuelo, ¡eso lo sabes!, ¡no es ningún secreto! –yo asentí, el abuelo jamás me había tratado como a su otro nieto-, Y sabrás que el abuelo, aun retirado, está al tanto de todos los movimientos y alianzas familiares –su tono y mirada, denotaban cierto resentimiento al hablar de su padre en aquella forma. Comprendí que iba a ser él mi único apoyo en la familia-. No quiere jubilarse y estará metiendo las narices en todo hasta que se muera. –Por un lado había dejado claro su disconformidad con aquella actitud del abuelo, y por otro, dejaba entrever que no era él, sino su padre, quien realmente manejaba los negocios familiares. “Una conspiración familiar”, pensé con cierto agrado. Raúl y el abuelo no eran santos de mi devoción-. Tu hermano, lleva unos años ocupándose de los asuntos delicados –no me costó mucho asociar aquellas palabras con la realidad-

Así que él se hace cargo de los... -dudé en la elección del sustantivo- ...problemas...

¡Exactamente!, y como no tiene ningún escrúpulo, la verdad es que se ocupa bien de dichos asuntos... Pero me consta, que el abuelo no aprueba el que seas tú mi sucesor. Ten en cuenta que él es de la vieja escuela, de la “mano dura” como siempre dice. A él no le importa que seas brillante en los estudios, de hecho siempre afirmó que a nosotros los ricos, no deben hacernos falta los títulos universitarios. Ya le conoces –en ese momento me miró y también él pareció un jovencuelo temeroso de su padre-. Te cuento todo esto, para que tengas cuidado con Raúl, no me fiaría yo mucho...

Lo tendré papá, y gracias –añadí mirándole a los ojos-, pero dudo mucho que mi propio hermano fuera a hacerme daño.

No debes fiarte, me consta que si por él fuera, tú no serías mi sucesor. El amor es patrimonio de quien no tiene poder, ¡recuérdalo siempre!.

Tendré cuidado.

No sólo eso –añadió-... Si conoces a tu enemigo, debes ser tú quien se anticipe.

¿Cómo?, ¿qué me estás sugiriendo? –pregunté con cierto temor.

Que estés al tanto de todos sus pasos, de todo lo que hace, de todo lo que sabe o deja de saber. Entérate si de alguna forma podría traicionar a la familia. Me espero cualquier cosa de Raúl –“Bien”, pensé al escuchar aquello. Así que no era yo, sino mi hermano de quien no se

fiaba mi padre, había conseguido mi objetivo y era yo su confidente, lo que me daba cierta tranquilidad-

Te prometo que lo haré, papá.

Bien –al fin se relajó, y cambió de tema. Yo miré de reojo el reloj, se acercaba la hora de marchar para asistir a mi otra cita del día, y no podía hacer nada salvo esperar a que mi padre terminara pronto-. Pasemos a otro tema, vas a ingresar en Skulls and Bones, ¿sabes qué es eso? –yo mentí, negando con la cabeza-. Es una organización secreta en la que todos sus miembros han sido doctorados en Yale. Las familias más poderosas de Estados Unidos y de algunas europeas están detrás de esta logia. Será tu primera toma de contacto con la masonería. Allí dejarás camaradas de por vida. Te relacionarás con los herederos de las principales fortunas de occidente. Más tarde, cuando ya no seáis jóvenes, tendrás en ellos a tus mejores aliados para dirigir. Pero todo eso ya lo descubrirás por ti mismo. Ahora quiero enseñarte algo –me hizo un gesto y yo me acerqué hasta su sitio. Otra vez frente al super ordenador, me invitó a ocupar su lugar-. Recuerdas las claves, ¿verdad? –asentí. Introduce una que me pedía para acceder a algo que quería enseñarme y siguiendo carpetas y más carpetas, llegamos a aquellos veintitrés archivos rotulados con cifras. Yo sabía que para acceder a su contenido, necesitaría de la tercera clave que con tanto misterio escribiera mamá en aquella hoja de papel.

¿Y esto? –fingí no entender porqué no me permitía el acceso.

Necesitas otra clave que en su día no te dije –en ese instante dictó:- uno, ocho, siete y uno – yo escribía según iba escuchando, hasta que a los dos segundos, la pantalla cambió de color y apareció otro sistema operativo completamente distinto-.

¿Qué es todo esto, papá?

Los negocios familiares, sólo son eso... negocios. Cualquier vicepresidente bien preparado, podrá ayudarte con las acciones empresariales que tendrás que tomar en el futuro. Pero estos archivos son la fuente de nuestro poder –en ese instante mi corazón se desbocó como un caballo al que fustigan más de la cuenta-. Accediendo a cada archivo del uno al veintitrés, puedes controlar acciones... –y me miró, intentaba refrendar el vínculo de complicidad que acababa de formarse- ...acciones globales, que son la base del poder de nuestra familia y del resto de las “influyentes”, que ya irás conociendo.

No entiendo, papá –me hice el tonto.

Mira, por ejemplo –y volvió a regresar al sistema operativo anterior adonde sólo había una lista con veintitrés archivos numerados-, si abres por ejemplo éste –volví a escribir la misma clave- ...En el menú principal aparece la palabra AGUA. Si te fijas, tienes carpetas con distintos años en las que aparecen todas las acciones ya realizadas, ¿ves? –y una de las carpetas se abrió:- ...Incremento de la cloración del agua en distintas ciudades europeas, incremento del porcentaje de flúor en embalses en norte América, contaminación de las reservas en...

¿Y para qué queremos contaminar el agua, papá? –pregunté repugnado, pero conseguí dominarme y mi tono fue neutro.

Nosotros no contaminamos el agua, todo esto son acciones promovidas por las distintas familias que formamos esta “alianza” –en ese instante sentí que se confirmaban mis sospechas, y yo mismo iba a formar parte del famoso gobierno en la sombra-. Digamos que en cada uno de estos veintitrés archivos, están escritas las pautas a seguir para encaminarnos al gran objetivo que Albert Pike fijó en mil ochocientos setenta y uno...

¿El gobierno único mundial? –pregunté, mi padre supondría que algo habría leído sobre todo esto, así que no fingí desconocer el tema.

¡Eso es! –y comenzó a excusarlo a su modo-, un gobierno en el que llevamos trabajando mucho tiempo, y que ahora estamos apunto de conseguir. Banca, gobierno y ejército, todo unido para garantizar a las gentes del planeta una estabilidad que jamás habrían soñado.

Habr  trabajo para todos, sanidad para todos y productos para todos. Nadie necesitará llevar dinero, ni tarjetas, ni documentos...  No querían libertad? –yo no respondí, pues ya lo hizo él mismo:-  Pues la tendrán!

Volviendo al agua –retom  al tema. No podía seguir escuchando aquella horrenda confirmación- ... Para qué contaminarla?

Para conseguir su control, y que los distintos gobiernos autoricen la privatización del agua pública. Después, el aire será lo siguiente. Ya nos queda poco, dentro de unos pocos años el canal de Isabel II aquí en Madrid, será nuestro. Y así por todo el mundo.  Te das cuenta?, nosotros seremos los propietarios de un bien fundamental –yo me call , pero tenía unas ganas locas de haberle llamado asesino. Entendí que yo no podía rebelarme, y que de algún modo tendría que seguir toda esa farsa y fingir que todo aquello no suponían más que cifras y datos, como en cierta forma hacía mi padre. Aun así, también comprendí que él esperaba de mí una mayor oposición a aquellos malignos planes.

Pero...  no morir  mucha gente entre tanto?

No, con cloro o con flúor no matas a la gente. Pero bueno... Mira hijo, hay daños necesarios y víctimas en cualquier conflicto... Las cosas son así, siempre han sido así, y si dej amos al mundo sin nuestro control, lo más probable es que reinara la anarquía y el caos, el desorden y el fin de toda civilización y progreso. En el fondo, somos un grupo de familias manejando a la humanidad en su propio bien. El pueblo es inculto y no sabe del arte de gobernar, no se le puede dejar esa responsabilidad.

Pero tampoco se les tendría que hacer daño...

 Claro que no! –dijo como si de veras creyera en lo que decía-, pero una vez que tengamos el control del agua, entonces todos podrán disfrutar de ella, de forma que obtengan un producto aséptico y limpio, bien regulado y repartido de forma correcta.

Querrás decir de forma selectiva, porque no todos podrán acceder a ella, papá.

Toda la gente de bien, s  podrá hacerlo.

 Y el resto?

El resto no debe preocuparte, nosotros sólo velamos por la gente de bien. A ti que te gusta el ajedrez, te encantará este simil: el resto de la gente, sólo son peones.

 Y nosotros somos el rey? –pregunt  irónicamente.

No hijo, nosotros somos los únicos que sabemos que sólo es una partida. Porque somos los únicos jugadores, los grandes maestros del ajedrez mundial. Nosotros, debemos permanecer fuera del tablero.

Por fin conocía el gran secreto. En aquel instante ya no había dudas. Aquella “alianza” a la que se refería mi padre, no era más que lo que escritores e investigadores de todo el mundo habían nombrado como “iluminati”.

En esos veintitrés archivos, que como luego descubrió, compartían un número limitado de familias en todo el planeta, se reflejaban las acciones realizadas y a realizar, para cada uno de los veintitrés objetivos prefijados en mil ochocientos setenta y uno por Albert Pike (gran masón de entonces como supe más adelante), como guía maestra a seguir para la consecución del Nuevo orden mundial. En mil ochocientos noventa y seis, se aprobaron por unanimidad en una reunión del priorato de S on.

Llegué poco después a la cita con Raquel. Nos habíamos citado en la recepción del club de tenis. A ella la conocían por aquel lugar y no le resultó difícil colarse aprovechando que el vigilante no sabía que pocos meses antes había dejado de trabajar para la familia.

Raquel estaba asustada, por lo visto los hombres de negro que acompañaban a todas partes a mi hermano Raúl, le habían hecho una visita amenazándola de muerte si ella decía cualquier

cosa acerca de la familia. Raquel no tenía derecho a decir nada de lo vivido por ella misma en más de quince años en nuestra casa, según estos tipejos, claro está.

Le pregunté acerca de la famosa carta que jamás recibí de mamá. Me dijo que ella no la tenía y que a diferencia de lo que yo había pensado, tampoco creía que la tuviera mi padre. Según ella, había sido mi hermano o uno de sus hombres quienes se habrían hecho con ella...

No me encaja, si mi hermano tuviera esa carta en su poder, y dado que mamá puso mucho empeño en que nadie se enterara de su existencia, debía involucrarme de alguna forma en asuntos que podría haber aprovechado para quitarme de en medio y conseguir su objetivo: ser el sucesor de papá.

Yo no sé qué cosas te dejaría escritas tu madre –dijo visiblemente nerviosa. Estaba paranoica, porque intuía que aquellos hombres de negro, averiguarían que había estado hablando conmigo-, pero sé que tu tío Pablo y ella tenían un plan allá por el año noventa y dos. Y los tres, ibais a reuniros en otro país...

¿Qué estás diciendo?

Lo que oyes Emilio, tu madre y Pablo, eran amantes... -Me quedé estupefacto, ahora todo encajaba-, y antes de que Pablo muriera tenían previsto desaparecer contigo, llevar otra vida en algún país lejano. Pero no pudo ser, porque lo mataron...

¿Tú crees que fue mi padre quien mandó que le mataran? –pregunté temeroso ante la respuesta.

No –dijo muy segura-, estoy convencida de que no fue él quien mandó que matarle.

¿Y entonces quién?

No sé, supongo que tu abuelo. Se llevaba a matar con su hijo. Tú eras muy pequeño y no lo recuerdas, además ya me encargaba yo de que no estuvieras presente en sus discusiones... Tu padre no lo hizo, por la sencilla razón de que él admiraba a su hermano...

¡Qué va! –dije resolutivo, sabía que para mi padre su hermano menor había sido poco menos que una deshonra.

No sabes nada sobre tu propia familia, Emilio –dictaminó la buena de Raquel-, tu padre no es de los peores. Él quería mucho a su hermano. Es cierto que no habla bien de él y que ambos discutieron lo suyo... pero era su protegido. Su hermanito pequeño, siempre veló por él. De hecho estoy convencida que él fue el último en enterarse de que tu madre y su hermano eran amantes.

Y entonces, ¿por qué lo mataron?

Tu tío, comenzó a desvelar ante un sector de la prensa, ciertos planes que tu abuelo y otros como él tienen para el mundo, ¡la cosa trajo cola!, pero poco tiempo después de su muerte, pudieron silenciar todas sus filtraciones, y los periódicos jamás volvieron a hablar de él...

Entonces, traicionó de verdad a la familia –Raquel me miró con desconfianza, pareció dudar de mi honestidad con aquellas palabras y dijo súbitamente cambiando de tono: -

Sí, pero tu familia y otras que no conozco, son los verdaderos traidores ante toda la raza humana. No pierdas el norte, Emilio, ¡tú, no! –enfático antes de despedirse-.

Lo sé, Raquel –estas palabras la tranquilizaron y me agarró las manos con fuerza.

Tengo que irme. Prométeme que no vas a ser como ellos.

Te lo juro –le dije sin saber si podría cumplir con aquel juramento tan complejo para alguien en mi situación.

Adiós, Emilio.

Cúdate, Raquel –y eso fue lo último que pude decirle.

Hace hoy, cuatro años de aquello, esa fue la última vez que la vi. Más adelante, cuando comprendí en toda su plenitud y dimensión la historia de mi familia, y todos los pactos en los que andamos metidos, puedo constatar que simplemente fue “borrada”. Así gustan

denominar estas situaciones a quienes trabajan directamente para familias como la mía, miembros retirados o en activo de los servicios secretos más preparados del mundo.

Los escoltas, asistentes y casi la totalidad de nuestro personal de seguridad, visten siempre de negro. Normalmente no muestran sus ojos y los cubren con gafas también negras. Sus rostros son: pétreos, maquinales e inmovibles.

Sé a ciencia cierta, que lo último que vio Raquel tuvo que ser el rostro impasible de un robot de presa preparado para resolver problemas con la efectividad característica de la C.I.A., del Mossad de la KGB, o del M diez y seis.

Es decir, quienes protegen a mi familia.

Pasé lo que restaba del año dos mil cinco (a excepción de mi estancia en Cantabria los meses de julio, agosto y principios de septiembre) y todo el primer trimestre de dos mil seis, en los Estados Unidos de América, en New Haven, en el estado de Connecticut, universidad de Yale, de la que han salido todos los presidentes de aquel país. El lema de la universidad: Lux et veritas. Que paradójicamente quiere decir: Luz y verdad.

A los pocos días de comenzar las clases, y siguiendo mi costumbre de permanecer al margen del bullicio, me encontraba en la impresionante biblioteca de aquella universidad cuando un grupo de jóvenes, todos ellos vestidos de forma similar, fueron directamente a la mesa adonde yo estudiaba solo. Y sin invitación alguna por mi parte, se sentaron en la misma mesa en la que yo estudiaba y ocuparon cinco de las sillas libres que tanto a mi lado, como enfrente mío, quedaban disponibles. Al verles llegar, el resto de la gente que permanecía en absoluto silencio, fue levantándose hasta dejar el lugar en la más absoluta soledad.

Era media tarde, y en la biblioteca de Yale sólo había seis personas, incluyéndome a mí.

El que parecía el líder de aquella panda de gallitos, comenzó a hablarme por mi nombre:

Emilio, esta noche hay fiesta en la residencia Skulls...

Tú eres uno de nuestros invitados –añadió otro joven con el mismo aspecto que el primero. Todos ellos llevaban una beisbolera con una pequeña calavera en el pecho. Me repugnaba su compañía, pero no podía rechazarla, para eso estaba allí, precisamente para entablar relación con aquellos memos que algún día, iban a gobernar este mundo... Junto a mí-.

Es que... –dudé, debía ser convincente- ...Mañana tengo que entregar un trabajo importante – y antes de que pudieran poner alguna pega, añadí:-. Yo estoy con el post grado, y esto requiere más estudio que la simple licenciatura –el primero que había hablado, es decir: el jefe del grupo, rompió a reír de forma escandalosa. Al verle, todo el resto del grupo le imitó. Todos ellos se miraban al hacerlo, pudiera parecer que buscaban en los gestos de sus compinches un “go and stop” para sus risas fotocopiadas.

Tú eres de los nuestros –dijo al fin el líder. El resto dejaron de reírse al unísono- Tú estás aprobado... ¿No te lo han dicho ya?

Al menos debería presentar el trabajo... –protesté sin demasiada convicción. Sabía que mi “deber” era asistir a aquella farsa, pero en mi fuero interno, mi alma comenzaba a rebelarse. Me repugnaba toda esa gente que me rodeaba, que estaban sentados frente a mí... En serio, otro día sí, pero hoy debo...

A las siete en la residencia –sentenció el que había hablado hasta entonces, antes de levantarse con todo el resto del grupo como perfectos imitadores. El otro, que también se había dirigido a mí, se quedó el último y antes de abandonar la biblioteca, se quitó su beisbolera negra con mangas de cuero blanco, la dejó en la silla en la que yo tenía mi mochila y el resto de mis objetos personales y antes de desaparecer, añadió:-

Así irás bien vestido. A las siete... “español” –y ese “spanish” lo pronunció con algo de sorna.

El año que pasé en Yale, fue una de las experiencias más asfixiantes de mi vida. Ese mismo grupo de jóvenes, no me abandonó en prácticamente ningún momento, siempre estaban rondándome.

Por supuesto, yo no solía llevar puesta la famosa chaqueta con la calavera, y los evitaba todo lo posible, pero siempre parecían conocer mis planes.

El resto de los estudiantes, se apartaban al paso de los Skulls. Parecían los amos de la universidad, y en verdad sus familias lo eran.

Asistí a una docena de fiestas. Siempre era igual, aquellos jóvenes triunfadores hacían lo que les venía en gana, las mujeres iban y venían y pasaban de unas a otras manos. Yo siempre me escabullía por la residencia y en algún momento desaparecía cuando ninguno de aquellos cinco me rondaba, es decir, sólo podía desaparecer cuando todos ellos estaban ocupados con las chicas de turno.

Una noche fue distinto, y uno de ellos irrumpió bruscamente en un salón donde había un gran número de personas bailando y bebiendo, se acercó a Robin —así se llamaba el líder de los skulls- que se encontraba a mi lado hablando conmigo sobre negocios futuros —yo no le prestaba ninguna atención, pero cada vez que era preciso, movía la cabeza en sentido afirmativo y Robin continuaba, satisfecho con nuestra conversación en la que sólo él hablaba—. Al ver llegar al otro, me agarró del brazo y me dijo al oído: “ya verás como la ha jodido”. En ese momento, aproveché para escapar de allí aprovechando que los dos hablaban de forma discreta, pero Robin no me dejó y cuando inicié mi “retirada”, volvió a asirme del brazo y tiró de mí hacia su posición:

¿Dónde vas? —no me dejó contestar y siguió:- ...Te lo dije, la ha jodido y ¡bien! —era evidente que otro “skull”, había cometido un gran error- ...Reúne a los demás —le ordenó a otro que pasaba por allí en aquel instante.

Hecho —contestó obediente el tercero, y se fue.

Bien, ¿dónde está el marrón? —preguntó Robin al joven que temblaba nervioso. Éste señaló en una dirección, y comenzamos a andar hacia allí. Le seguimos por un gran pasillo tras subir un tramo de escaleras hasta llegar a una habitación, cuya puerta se encontraba abierta de para en par. Al verlo, Robin se enfadó muchísimo con el implicado:- ...¡Eres un estúpido! —en ese instante, el resto del grupo llegaba corriendo, casi todos ellos iban a medio vestir. Al verles llegar, el líder, les indicó que entrasen en la habitación, y el último en hacerlo cerró la puerta tras de sí.

De repente, ¡la palmó! —dijo el que acababa de meterse en un buen lío. Frente a todos nosotros, una cama y sobre ella, el cuerpo inerte de una joven desnuda. El cadáver se encontraba de espaldas y algo así como unas riendas, colgaban a ambos lados de su cuello sin vida.

Te pasaste montándola, ¿eh? —dijo uno de ellos sonriendo y dándole una palmadita en el hombro. El resto miraron a Robin y acto seguido al ver que a éste no le hacía ninguna gracia, volvieron a mirar al joven chistoso reprobándole su anterior chiste. Un pesado silencio envolvió tanto el cadáver como toda la estancia, hasta que al fin, Robin dijo:-

Yo me encargo de esto —y marcó un número en su móvil, mientras esperaba comunicación, dirigiéndose al asesino añadió:- ...Y tú, me debes un favor —en ese instante inició una conversación con alguien en otro lugar a través de su teléfono:- ...Sí... Tenemos un problema aquí... sí, uno de los Rotchild... ¡Eso es!... ¿en media hora?... por supuesto, está cerrada... Bien, entonces esperamos... —en ese instante volvió a guardar su móvil en el bolsillo de sus vaqueros y se dirigió a todos nosotros. Lo quisiera o no, aquella noche, yo era uno más entre la élite Skull:- ...Todo resuelto, en media hora se desharán del problema.

¿Y Bárbara? —dijo el chistoso, que por lo visto había dejado algo a medias con aquella joven a la que se refería.

Tú sólo piensas en follar –Robin se había encarado con él y adornó su reprimenda con un leve manotazo con el dorso de su mano izquierda en la cara del gracioso, que no volvió a abrir su boca a partir de aquel instante.

Media hora después, golpearon la puerta de la habitación desde el exterior. Robin fue quien abrió y como si toda una raza de seres iguales trabajara para todos nosotros, entraron tres hombres vestidos con trajes y gafas negras, idénticos a cualquiera de mis propios escoltas. Por supuesto, solucionaron el problema y nadie volvió a decir nada sobre aquello.

Unos días más tarde, el secretario de estado de la segunda administración Bush, se personó en la residencia una tarde en la que sin fiesta de por medio, todos debíamos estar presentes. Esa tarde no había una multitud en aquel lugar, y a todos nos habían indicado vestir de gala. Todos los Skulls, estábamos esperando a que llegara el gran maestro, que venía para iniciar a algunos de los que estábamos allí en la orden de Skull and bones.

Esa fue mi primera toma de contacto con la masonería, porque en el fondo toda aquella pamplina de los skulls, no era más que la parte pública de una logia masónica–ya no tan secreta- que controlaba no sólo Yale, sino que en sus distintos grados, llegaban a dictaminar quien sí y quien no, podía presentarse a presidente de los Estados Unidos.

Los Skulls me hicieron jurar fidelidad eterna para con mis camaradas masones, defender y ayudar a cualquiera de sus miembros cuando fuera necesario y favorecerles en todas mis acciones desde aquel día. La contrapartida, por supuesto era su apoyo, la protección de las grandes familias americanas dentro de la banca, del petróleo, la industria armamentística, medios de comunicación, nuevas tecnologías, política internacional, etc.

Para mi primer encuentro con Damián, ya habían pasado seis meses desde mi ingreso en Yale, tuvo que ser él quien se desplazara desde Nuevo México hasta New Haven, yo literalmente, no podía salir del recinto de la universidad, si lo hacía, mis propios escoltas se pegaban a mi espalda como auténticas lapas. Al menos, dentro del campus gozaba de una escasa libertad que Damián aprovechó, y ambos nos encontramos en la biblioteca.

Él parecía cualquier cosa excepto un estudiante de Yale, la gente nos miraba de soslayo, pero gozamos de casi una hora de charla, hablamos en español y por supuesto rozábamos el silencio, nuestras voces eran poco más que susurros.

Ahora no puedo –le dije después de cambiar los primeros y rutinarios saludos... pero una vez regrese a España, puedo facilitarte el acceso al ordenador de mi padre.

¿Y para qué hostias querría yo acceder a ese ordenador? – preguntó buscando más información.

¿Tú no estás tras Nibiru? –Damián, dudó, pero al fin hizo un gesto afirmativo-, pues te voy a proporcionar información de primera mano sobre todas las acciones no sólo de mi familia, sino de otras que seguro ya conocerás.

Así que finalmente eres uno de ellos –no preguntó, lo dio por sentado-. Lo sabía, siempre lo supuse. Vuestro banco es uno de los más importantes no sólo de España, sino de todo el mundo, ¡era lógico! –y en ese instante se acercó mucho hasta mí- ¿Seguro que quieres traicionarles? –yo asentí, aunque no fue hasta aquel instante cuando pensé seriamente en las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer. La imagen de mi madre inundó mi memoria, y me reafirmé:-

¡No soporto esta vida! –creo que justo en ese momento, mis ojos no pudieron contener una pequeñas gotas que mancharon los folios adonde había apuntadas no sé qué gilipollices acerca de la macro economía... ¡Estoy harto, Damián!

No eres el único –y me tendió la mano. Algunos alumnos que no nos quitaban ojo comenzaron a murmurar. Mi amigo fue consciente de ello y retiró su mano de la mía- Uno de los Rockefeller, ha roto el silencio y ha estado hablando sobre el chip de control –yo, ya conocía aquel nuevo “invento”, lo había descubierto en uno de los veintitrés archivos-... Pero el pariente de Rockefeller no era el único. En Italia, Leo Zagami ya ha comenzado a denunciar los planes de “los suyos”. Es fundamental que gente que como tú, que habéis nacido en el seno de estas familias, seáis quienes le contéis la verdad al resto del planeta. Sabrás que toda la conspiración para concluir con el nuevo orden mundial iluminati, está siendo denunciada sistemáticamente por miles de personas en todo el mundo. Todos los días se cierran miles de webs en Internet, pero al instante surgen otras mil, y otras diez mil... ¡No podéis pararlo! –me dijo como si yo quisiera seguir con aquella conspiración-, Disculpa, sé que tú no eres como ellos. Pero si gente de tu entorno no habla, el público de a pie no cree en lo que parece una película.

¿Sabes lo que me juego, verdad? –le pregunté de forma retórica.

¿Y sabes lo que se están jugando Jim Tucker, Daniel Estulin, Adam Jones, Rafael Palacios y demás? –Yo, salvo a Jones, que había sacado a la luz la verdad sobre el atentado de las torres gemelas, no conocía al resto. Pregunté por ellos- ¿Quiénes?

Estulin y Tucker siguen muy de cerca todas las reuniones del Club Bilderberg, a Jones ya le conoces, yo mismo te envié su artículo sobre la manipulación del once de septiembre por mail, y Rafa tiene en mente editar un periódico llamado Jaque mate, que distribuirá gratis por todo España. Él predijo los atentados del once de marzo en Madrid. Ellos, sí se están jugando la vida. Tú siempre puedes “desaparecer” y comprar otra identidad –yo sonreí. Aquello sí me hizo gracia.

Y me voy a las islas de la Cochibamba –dije de forma irónica, asumiendo que jamás podría escapar de las garras de “mis camaradas”.-

¿Dónde está eso?

La Cochibamba no existe, hombre –le dije en un tono relajado, ambos reímos en voz baja- Quiero decir, ¿adónde podría ir yo para esconderme de los amos del mundo?

Bueno, yo sé de una organización que podría protegerte, deberías instalarte en Asia. Pero si tú hablas, tenemos tres supuestos iluminatis... –protesté:-

Yo no soy un iluminati, ni siquiera he oído mencionar ese nombre en mi casa.

Eres joven, ya lo oírás –y pareció buscar algo en su memoria, hasta que su silencio se rompió pasados unos segundos- ...¿Ya has sido iniciado en la masonería? –Yo asentí, y él volvió a su silencio anterior, esta vez duró menos:- ...Bueno, hasta que llegues a una edad determinada o tu padre fallezca, no serás iluminati, con lo que hasta entonces no sabrás toda la verdad. Pero si no hablas de la masonería no les estarás traicionando, ¿conoces la regla de Chatam House? –algo había escuchado, pero no situaba aquello en la conversación. Negué con la cabeza:- Pues en las reuniones Bilderberg, los asistentes se comprometen a no desvelar la identidad del resto de sus socios, y sin embargo, pueden comentar cualquiera de los temas tratados allí con terceros.

¿Quieres decir que puedo contar secretos sin decir nombres?

Algo parecido, y siempre y cuando no menciones la masonería, de hacerlo estarás firmando tu sentencia de muerte.

Me da igual –volví a pensar en mamá y esa vez, también en mi tío Pablo-, quiero pasarte los datos del ordenador de papá y luego desaparecer.

Sí, pero no me des las claves, en esos ordenadores siempre se dejan rastros. Lo mejor es que vayas apuntando en papel todo lo que descubras y después me lo pases vía mail. Y nunca desde tu casa, podrían pillarte, y eso sí sería firmar tu propia sentencia.

Pero yo quiero escapar... –volví a protestar.

Debes actuar como un infiltrado, un insider como lo llamarían en este país, y seguir como si no estuvieras traicionándoles hasta que obtengas más conocimiento, y eso no será hasta que el maestro de grado treinta y tres te acoja en cualquiera de las logias iluminatis como parte de ella. Pero en tu caso, sería más inteligente no desvelar tu identidad hasta que podamos protegerte, ¿entiendes?

Pero ¿cómo vas a protegerme? –pregunté sin esperanza alguna.

Podemos hacerlo, ahora sólo quédate con eso. Verás Emilio, Internet se os está yendo de las manos... -protesté, de nuevo me incluía entre los “malos”:-

No me metas en el mismo saco...

Perdona, llevas razón. De hecho estoy siendo injusto contigo pues mucho más importante que toda la información que se está publicando, es que alguien desde dentro haga público todo su plan, ¡me cago en la puta! –dijo elevando el tono, la gente se nos quedó mirando y hubo algún alumno que nos invitó a irnos de la sala- ¡Sorry! –se excusó Damián volviendo a centrarse en nuestra particular conspiración.

Yo lo que quiero –intervine acallando todo lo que tenía que decir-, es desenmascararles ante la opinión pública, aunque luego no valga para nada.

¿Cómo no va a valer para nada? –protestó-. Pero no puedes darte a conocer hasta que estés en la élite. Hasta entonces, todo lo que puedas decir o publicar será silenciado o desmentido automáticamente por toda la propaganda mediática de las familias como la tuya. Más tarde, desaparecerás y nadie se acordará de que el hijo de tal, dijo esto u aquello. –Damián se calló unos instantes, hasta que consiguió encontrar palabras con las que convencerme-. Mira, en cuanto me pases la información del ordenador de tu padre, yo la pasaré a periodistas e investigadores y al poco tiempo, saldrá a la luz. Entonces, si ya has hablado, si has reconocido públicamente tu traición, comenzará tu calvario. Lo primero que tienes que hacer es controlar a tu hermanito –él ya sabía de nuestra “simpatía”-, busca pequeñas traiciones, secretos que puedan ser útiles por si él descubre nuestro plan. Ten por seguro que de hacerlo, ni tú ni yo lo contaremos, así que es prioritario que tengas algo contra él, y me lo envíes lo antes posible. Ese será nuestro salvo conducto por si hay que huir antes de lo previsto a Asia.

Y entonces, trazamos a grandes rasgos nuestro plan.

Afortunadamente terminé el post grado en Yale, y regresé a mi país.

Mi padre se había empeñado en que no me pasara lo mismo que a mi hermano Raúl, y así, poco después de terminar mis estudios, insistió en que debía casarme. Por supuesto, él ya había estado eligiendo por mí, y sin comerlo ni beberlo, en el año dos mil siete me encontrada comprometido con Lidia, joven guapa y de buena familia como no podía ser de otra manera.

Yo no podía levantar sospechas dentro de la familia. Damián y yo teníamos un plan, y este pasaba por la aceptación de todas las imposiciones familiares, para un día, poder deshacerme de todas ellas a la vez.

Lidia pertenecía a la realeza. Y por tanto, tuve que empezar a frecuentar sus ambientes. Por otro lado, aparte de su belleza y apellido, poco más se podría destacar de ella. Nuestras conversaciones siempre giraban en torno a chismes y a chorradas propias de alguien que lo único que conoce de la realidad, es que siempre hay alguien que abre la puerta por ella.

Por lo demás, ninguno estábamos enamorados. Así que ella tampoco suponía el peor de los males. He de decir, que incluso me hacía reír, era como si una niña con cuerpo de mujer, se

podiera permitir el lujo constante de decir lo que pensaba de cada personaje de nuestro círculo.

Recuerdo una noche en la casa de uno de sus tíos, el duque de...

En la cena, su madre dialogaba de forma acalorada con un eclesiástico. Éste trabajaba en el arzobispado de Madrid, no recuerdo ni su cargo ni su nombre, pero el caso es que su cara me sonaba. De repente, en medio de la cena y como si fuera la travesura de una niña, Lidia dijo lo suficientemente alto como para que cualquiera que tuviera oídos pudiera escucharla:

Ese cura tiene cara de salido –y por si aún no la había escuchado, soltó una risa entre malévola e inocente y añadió, señalándole con el dedo:- ¿Viste cómo le mira las tetas a mamá?

Lidia, ¡Por favor! –la amonesté rápidamente, más por que todos me vieran hacerlo que por impedir otro comentario por su parte. La verdad es que en situaciones como aquella, yo tenía que hacer grandes esfuerzos para no reír.

Pero si es verdad... –y se le quedó mirando con la misma expresión burlesca con la que había soltado aquella “burrada”. Pero el caso es que al hacerlo, yo me fijé mejor en el religioso y entonces supe porqué me sonaba su cara. Él, que primero había lanzado una mirada fulminante a Lidia, también se fijó en mí, y también pareció reconocermelo.

Oye Lidia, ¿sabes una cosa? –le pregunté a un volumen muy bajo, ella respondió sin tantas precauciones como yo y casi chilló:-

¿Qué cosa?... –el elevado tono de su voz, me hizo esperar a que el resto de los comensales volvieran a dejar de mirarnos. Pero ella se impacientó y dijo chillando más aún:- ¿Qué cosa?

Más bajo –le reprendí... que todos nos miran...

Pues claro que nos miran, ¿qué quieres?, si somos jóvenes, ricos, guapos, estamos comprometidos...-todo esto lo decía mirando descaradamente a cada uno de los invitados a la cena, que eran más de treinta personas-

El cura...

¿Sí? –dijo en un tono ridículamente bajo.

¿No decías que tiene cara de pervertido? –le pregunté irónicamente. Ella asintió, mi mano que tapaba su boca en ese instante, no dejó que chillara de nuevo-, pues yo le he visto en una fiesta a la que fui con mi hermano Raúl hace unos años.

¿Y?

Que la fiesta era una orgía. Todos estaban desnudos y les daba igual: niña, mujer, hombre o yo qué sé –dije con toda la repulsión que sentía.

Y tú, ¿qué hacías en una orgía? –preguntó con un tono cargado de celos.

¡Eh!, que además de que yo no hice nada –me defendí-, entonces no le debía fidelidad a nadie.

Tampoco ahora, tonto –cuando yo pensaba que se había puesto celosa, Lidia rompió en carcajadas-, Tú puedes hacer lo que quieras, como yo, ese es nuestro pacto, ¿recuerdas cariño?... ¡yo quiero ir a una orgía! –dijo sin que pudiera taponarle la boca. El cura volvió a mirarnos, y me hizo un gesto con la mirada. Yo que le había entendido perfectamente, no le hice ni el menor caso. Me sugería, que nos viéramos en el lavabo (Aquel religioso, no era ni más ni menos que el amigo que Raúl me presentó el día que murió Iris, y cuya cara no pude recordar hasta esa cena). En ese instante, al otro lado de la gran mesa que agrupaba a los más selectos comensales del país, un alto mando del ejército, que estaba borracho como ocho cubas, hizo un chiste sobre algo, me miró y yo le hice un gesto con la mano...

¡Perdón! –chilló el militar, excusándose conmigo.

No pasa nada, no me ofende –le dije desde mi posición, a unos diez metros de la suya.

¿Qué dice ese borracho? –preguntó Lidia en voz baja, “qué raro”, pensé al ver que no chillaba.

Nada importante –dije sin darle importancia, pero ella insistió:

Si no me lo dices, chillo.

Si no tiene importancia, ha dicho que si no fuera porque está borracho, mandaría al ejército contra los banqueros, alguien le ha dicho “tú no eres el rey”, y el viejo ha contestado “ese, pinta menos que yo”... Como no te callas, no te enteras de lo que sucede al tu alrededor, Lidia.

¡Qué imbécil! –chilló ella. Todos volvieron a mirarnos, aunque el cura ya no estaba en su sitio.

Lidia, ¡Por favor!... -Lego pidió disculpas, así que déjalo... Es un borracho que dice estupideces, como todos los borrachos, ¡dejemos el tema!... –y en ese momento se me ocurrió, que quizá fuera bueno tener unas palabras con aquel cura “salido”, que de seguro estaría esperándose en alguno de los lavabos del lugar- ...Discúlpame Lidia, he de ir al excusado.

Vale, yo te espero aquí –y ella, que también había bebido lo suyo, en ese instante se metió el dedo en la entrepierna y acto seguido, y sin dejar de mirarme, se lo llevó a la boca. Yo me puse rojo, y ella comenzó a reír. Siempre me ponía en evidencia, pero en el fondo, aquella golfilla aristócrata y mal educada, era el ser más inocente de aquel lugar. Una vez abandoné el salón, pude ver al cura esperando en la puerta de uno de los lavabos. Me hizo un gesto y fui hacia él. Me invitó a pasar y cerré la puerta tras de mí. En ese momento, llevaba mi móvil en posición grabadora de voz con la intención de grabar cualquier confesión que pudiera hacerme-.

Hola Emilio, ¿se acuerda de mí?

Sí que le recuerdo. Ahora ya le sitúo –le dije-, ¿Y bien? –había aprendido a utilizar las expresiones de mi padre, y eso, amedrentaba a cualquiera que hablase conmigo.

Le agradezco que no haya dicho nada...

¿Nada sobre qué?

Sobre las circunstancias de nuestro primer encuentro.

¿Y para qué iba yo a decir nada?, yo compartí aquella orgía.

Pues eso digo yo, pero ya sabe como son nuestros compañeros de cena, “las formas”... si supieran que asistimos a esos encuentros nocturnos, nos retirarían todo su apoyo.

Bueno, a usted, querido amigo –le dije, haciéndole ver mi posición de ventaja. Y probé a ver qué se podía sacar del cura-. Pero no se preocupe, los pactos que tenga con mi hermano, los tiene también conmigo.

Me alegra escucharle...–dijo en un tono menos solemne que el anterior. Debió parecerle que mi hermano y yo debíamos estar más compenetrados y dijo de repente:- Sé que su abuelo es quien manda en su familia, y él, no me quiere en el obispado porque represento la cara menos dura de la iglesia. Pero con Raúl es distinto, en él sí se puede confiar...

Lo sé amigo mío, yo estoy con mi hermano –y tendí un anzuelo, que el “buen” cura tragó sin pensarlo... A mí tampoco me gustan las ideas del abuelo, es todo un dinosaurio –y bingo, el pez, se tragó el anzuelo-...

Así que está del lado de su hermano, eso me tranquiliza, porque su abuelo jamás aprobaría los negocios de Raúl. Sé por su hermano que el viejo no ve con buenos ojos que seamos nosotros: banca e iglesia, quienes lavemos el dinero de los grandes traficantes colombianos... –“inmejorable”, pensé- ...Emilio, su abuelo, como usted bien dice, es un dinosaurio, ¡qué ideas tan retrógradas!, ¡Quiénes mejor que nosotros para controlar el correcto flujo de los negocios!, con quién contar mejor que con la iglesia para velar por los intereses...

Sí, es justo que se reparta el pastel, la banca vaticana debe recuperar su posición. –le dije para que no dudase de mi “complicidad”- ...Bueno amigo mío, mi prometida me espera –le dije una vez tenía algo más de lo que había ido a buscar allí: tenía a mi hermano, como él mismo diría, pillado por los cojones-, ¡Esté tranquilo!, usted será re-elegido y el trato que tiene con Raúl será respetado. No se preocupe por el abuelo, que ya me encargo yo... –en ese instante,

el cura, me hizo un gesto de reverencia y sin darle la mano, me fui de allí, pensando “qué asco de gatuza”. Pero salí del baño, con una sonrisa tan grande como malévola.

Otra de las ventajas que Lidia suponía para mí, era su pasión por el sexo. Es una mujer mal educada y sin ningún sentido del ridículo, y me sabe mal decirlo, pero es que es cierto: es una ninfómana de cuidado, así que ella, no fue lo peor de todo.

Nuestra boda estaba prevista para principios del año dos mil ocho, momento en el que yo relevaría a mi padre en algunos asuntos menores.

Unos pocos días antes del enlace, mi padre quiso tener una charla de hombre a hombre conmigo, otra vez más en su despacho.

Hijo –comenzó yendo al grano-, tenemos serios problemas.

Hola, papá –le dije tomando asiento, él no estaba para saludos.

Te casas en unos días, y tengo que encomendarte una misión.

Tú dirás.

Te vas a encargar de supervisar personalmente la información que nuestros medios transmitirán a la opinión pública.

¿Y por qué no Raúl? –pregunté.

Espera a que te cuente el problema –comencé a ponerme nervioso. Meses antes volvía a ver a Nostradamus en secreto y le pasé unos folios escritos a mano por mí mismo, en los que se especificaban las acciones a seguir para cada uno de los veintitrés objetivos de su famoso plan-. Alguien en España –y añadió con énfasis- Sin duda ¡uno de los nuestros!, ha desvelado parte de nuestros planes.

¿Raúl? –dije a sabiendas de que estaba mintiendo.

No lo sé. En España hay varias familias influyentes, no sólo estamos nosotros; pero no me fío de él, así que serás tú el encargado de revisar dentro de nuestros medios de comunicación cualquier tipo de filtración. A tu hermano ya le estoy “siguiendo”...

Está saliendo mucha información a la luz acerca de iluminati –dije de forma inocente, mejor dicho, calculadamente inocente.

Sí, pero eso no me preocupa porque “iluminati” es algo etéreo...y me miró con su habitual desconfianza-, creo no obstante, que ya es hora de que sepas más acerca de esa...-dudó, pero al fin dio con la palabra que buscaba- “quimera”. Pero es condición indispensable que tengas una familia. Hasta después de tu boda no podrás saber más.

¿Quieres decir...?

Quiero decir –me interrumpió de inmediato-, que “iluminati” es una asociación que estos... periodistas del tres al cuarto, creen real. No saben la verdad y entonces dan palos de ciego, como de hecho pretendemos que hagan. Que digan lo que quieran acerca de iluminati, que los busquen, que publiquen lo que les venga en gana... pero lo que no se puede permitir, es que sepan todas nuestras acciones en el próximo corto y medio plazo.

No te entiendo.

Pues es muy sencillo, Internet se nos ha ido de las manos, ¡eso es un hecho!, hay cientos de miles de páginas web que hablan sobre lo que ellos llaman “la conspiración iluminati”, eso es normal. Lo preocupante de veras, es que en “Zeitgeist” –hacia poco que yo mismo acababa de ver esa película-, aparezca el sobrino de David Rockefeller y cuente todos los planes de nuestro futuro chip de control. ¿Y sabes qué empresa fabricará parte del mismo, verdad? –yo asentí, se trataba de una de nuestro holding empresarial-, esa fue una de las contraprestaciones que España obtuvo por entrar en la guerra de Iraq..

Bueno querrás decir –le corregí- que nosotros obtuvimos...

Emilio, lo que es bueno para nuestra familia, es bueno para España, ¡no lo olvidéis! –añadió en un tono tan convincente, que podría decir que él mismo lo creía-. Pero lo malo no es eso, sino que gracias a un infiltrado en alguna de las familias españolas, estos “salvadores del mundo” –dijo en referencia a todos los informadores que intentan quitarnos el poder, utilizando un tono completamente despectivo- saben el lugar exacto de los laboratorios donde se están ensayando los primeros chips en España.

Pues sí es delicado el tema...

Bueno –dijo de forma inesperada-, tú te encargarás estos primeros meses de dos mil ocho en supervisar y filtrar toda la información. Debemos utilizar todos nuestros recursos para lo que se avecina, y hay que distraer a la opinión pública lo más que podamos, porque para finales de este año preparamos el primera asalto al poder global...

¿Cómo? –pregunté extrañado, realmente no sabía de qué me estaba hablando.

Sí hijo, este año el sistema financiero va a hacer “crack” y después de las convulsiones que ello provoque, tendremos el camino libre para el gobierno único. Así que lo único que tendrás que hacer, será crear un equipo de supervisión y que cumplan su trabajo a rajatabla, que no se les cuele ninguna filtración en este periodo decisivo...

Eso es censura –dije desacertadamente.-

Deja de decir chorradas, Emilio. Ya te presentaré a los directores de los periódicos, a los de las cadenas de televisión y al presidente de la compañía telefónica. Recuerda que debemos recuperar el control de Internet.

Lo haré, papá.

¡Claro que lo harás!, ya les dejaré yo claro, que cualquier duda en alguna información, tendrás que pasar por tus manos y serás tú quien decida. Es un asunto menor, ¡ya lo sé!, pero será tu primer trabajo serio en la familia.

¿Y Raúl?

¿Qué?

¿No se sorprenderá cuando descubra que estoy haciendo parte de su supuesto trabajo?

Él está ocupado con el caso de ese anarquista de pacotilla... Seguro que no tienes ni idea de quién te hablo –yo le di la razón, no sabía a quién se refería-. Enric Duran, ¿no te suena, verdad? –el movimiento de mi cabeza, negó por mí-. Pues este tal Enric, está poniendo en entre dicho todo nuestro sistema financiero...

¿Cómo?

Pues aún no sé cómo lo consiguió, pero el caso es que sin aportar garantías reales, sacó en créditos a distintos bancos, entre ellos los nuestros, la suma de medio millón de euros...

¿Cómo le dieron esa cantidad? –pregunté intrigado.

No lo sé, los directores de todas las sucursales implicadas ya han sido despedidos. El caso es que robó medio millón... Y tú dirás: ¿y qué hizo con esa cifra?... Pues el niñato, ¡que eso es lo que es!, acaba de publicar un periódico llamado “Crisis” –Damián no me había hablado de aquello, y entonces me extrañó-, en el que destapa todos nuestros planes y anticipa la crisis financiera por venir, culpándonos directamente de ello.

Bueno, tampoco es tan grave. Todo el mundo insinúa que somos los banqueros quienes ganamos con las crisis... –añadí quitándole hierro al asunto.-

¡Ya! –replicó con sequedad-, pero es que eso no es lo único que publicó en su periódico...

¿Y qué más dijo?

Desvela de forma que todo el mundo, ¡hasta un simple peón! –puntualizó despectivamente-, pueda entender el fraude actual del dinero electrónico. En la facultad te enseñarían muchas cosas de economía, pero el secreto mejor guardado es precisamente ese, la creación del dinero a través de préstamos.

Expíciate mejor, papá –quería escuchar todo aquello en sus propias palabras.

Toda la economía que se estudia está muy bien, pero la realidad es que el dinero actual es un timo, una ilusión. Antes, era el oro lo que marcaba el dinero en circulación, pero a ti no hace falta que te explique eso –y atajó:-. En la actualidad, el dinero se crea cuando alguien solicita un crédito, entonces, nosotros que obtenemos una garantía, ponemos una cantidad en la pantalla de un ordenador, imprimimos unos papelitos con el maravilloso membrete de nuestra entidad, se la damos a firmar al incauto, y al hacerlo, éste se hace cargo de una deuda avalada con un bien físico... La trampa, es que el importe de dicho crédito no existe, comienza a hacerse real cuando el tipo en cuestión asume su deuda. Y lo mismo con la deuda de los países, es igual, ese dinero no existe. Así funciona el sistema. Y si el ciudadano de a pie se entera de que todo es un timo, que él aporta una propiedad mientras que nosotros simplemente nos inventamos una cantidad de dinero, si la gente en masa supiera esto, no nos quedaría mundo al que escapar. Acabarían con nosotros en menos de lo que canta un gallo.

Y el tal Enric Durán, lo ha publicado así, ¡tal cuál!... –“olé sus cojonazos”, pensé en ese instante, y sin embargo dije:- ¡Qué cabrón!

Emilio, ¡por favor!, ¡no digas tacos como tu hermano!

Perdón, papá –dije aguantando las ganas de chillar de alegría. No podía dejar de pensar: “¡Bravo Enric!”.

Para colmo, esto no es una acción aislada del anarquista ese, en Internet, hay páginas que ya no hablan de iluminati como algo cinematográfico e irreal, sino que también hacen lo que el catalán este... Mira, acércate –y en su ordenador tecleó una dirección en Internet: “el dinero es deuda.com”.

Mi padre no sabía lo que había hecho, pues fui yo el encargado de filtrar toda la información de “nuestros medios” y desviar la atención del personal hacia otros temas como los deportes de motor, el futuro presidente Obama, la eurocopa de fútbol del año dos mil ocho, y justo después, cuando mi padre y el resto de sus amigos ya se habían apretado las manos, dejé mi trabajo y la crisis financiera hizo el resto.

En cualquier caso, no destruí, sino que desvié toda la información censurada, a otros medios que sí las publicarían. Damián siempre hacía de enlace y era él quien hablaba en mi nombre, aún no podía ser descubierto: esa era parte de nuestro plan.

Casado, con mi primer trabajo realizado de forma exitosa para la familia y una casa propia, el mismísimo abuelo quiso felicitar me personalmente por todos aquellos logros, en la nochevieja del año dos mil ocho.

Aquella noche, toda mi familia estaba en mi nueva casa, el abuelo puso especial interés en visitar mi despacho. Quería “ver el estilo de los muebles”, eso fue lo que les dijo al resto excusándonos.

La verdad, muchacho...-comenzó diciendo el viejo, que no paraba de mirar todos los detalles de los muebles de dicha habitación- ...La verdad, es que me has sorprendido.

Me alegro –le dije en un tono seco, que él identificó en seguida como un reto.

¡Y yo! –replicó utilizando mi mismo tono-, Me has sorprendido porque yo nunca creí en eso de estudiar... -en ese momento se me quedó mirando, sus ojos me paralizaron, brillaban de tal forma que he de reconocer que sentí pánico de aquel anciano- ...Los hombres poderosos deben gobernar el mundo, y sólo pueden ser poderosos los hombres de carácter, y eso no se aprende en la universidad. Nuestra familia, lleva dominando este país desde hace siglos, y esta etapa es decisiva. –sin dejar de mirarme con aquella furia, tomó un trago de su vaso de whisky y continuó:-. Necesito saber si además de haber aprendido la lección, vas a tener las agallas suficientes para en el caso necesario, tomar las medidas necesarias para que tu familia sea cada vez más fuerte.

Dime, ¿qué he de hacer?

Este año dos mil nueve, vas a asistir conmigo a la reunión Bilderberg. Allí conocerás a todas las personas influyentes que están trabajando junto a nuestra familia, y será allí, donde jures tu compromiso con tu raza. Allí te presentaré ante las logias y ese instante marca la vida de cualquier hombre, entonces estaré seguro de que eres la elección indicada.

Poco después, mi hermano me llamó a altas horas de la madrugada. Nuestro padre había muerto.

Yo me quedé estupefacto durante unos instantes, pero reaccioné de la forma adecuada y al rato, me encontraba en la mansión familiar rodeado de todas las arpas.

Aún no entendía cómo había muerto mi padre de forma súbita, siendo un hombre robusto y sin vicios como era, por lo visto había sufrido un ataque cardíaco y así quedaría la cosa, pero no me encajaba y menos siendo quiénes éramos, y lo cierto es que toda mi familia y el resto de –como diría mi abuelo- nuestra raza, somos gente muy longeva, quizá porque disponemos de los mejores recursos en medicina, y quizá también, porque nunca hemos necesitado de los músculos –que se gastan, se rompen, se resienten-, para el trabajo.

De hecho, los de nuestra “raza” nos distinguimos del resto porque para nosotros la palabra trabajo, significa otra cosa. Estoy completamente seguro, de que esa es la única diferencia entre nuestra supuesta raza y el resto de los seres humanos que nos alimentan.

La cosa se complicaba, porque sin el apoyo de mi padre tendría que hilar finísimo si quería engañar al abuelo.

Inmediatamente fui al ordenador, teclé las claves y aparecía un nuevo archivo junto a los veintitrés que ya conocía, se llamaba: “Raúl”. Sin dudarle, lo copié en mi pen drive, sin preocuparme del rastro que dejaba, pues aquel archivo era “personal” y esos no eran motivo de preocupación.

Mi padre, había grabado todas las conversaciones de mi hermano desde que habíamos hablado sobre él.

Una de ellas, era muy curiosa. Por el timbre de su voz, pude descubrir que su interlocutor, era el cura de aquella cena.

Le mandé la grabación a Damián, advirtiéndole que hiciera copias de ella y que las depositara ante notario, para que en el caso de fallecimiento suyo o mío, llegaran directamente a mi abuelo.

Con eso, mantendría a Raúl a raya.

Pasé todo el principio de este mismo año dos mil nueve, recopilando información relevante que escribía a mano en cuadernos, que más tarde le llegaban a Damián. No podía permitirme el mínimo error, suponía que todos los archivos que podía manejar, estarían protegidos. Y de copiarlos, los hombres de negro sabrían de dónde estaba saliendo toda la información que hablaba de las manipulaciones de familias como la mía en asuntos como: la gripe porcina creada artificialmente en nuestros laboratorios, la realidad de lo que llamaban “piratas Somalíes” que no eran sino víctimas de la contaminación sistemática e impune de sus costas por parte de las compañías petrolíferas, las constantes fumigaciones colectivas en distintas ciudades del mundo (entre ellas Madrid... por cierto, su presidenta también ha asistido a algunas de las reuniones del club Bilderberg), el freno sistemático de los servicios de inteligencia a agrupaciones de científicos en post de la energía libre, y un sinfín de “filtraciones” que cayeron en manos de Damián. Tenía que escribirlo todo en papel, ni un rastro informático que pudiera delatarme. Estos archivos no eran “privados” sino parte de toda una red de familias.

Los masones no saben lo que voy a contar, porque ellos (la gran mayoría de los mismos, esos que nunca pasarán de los primeros grados), desconocen que son utilizados por los altos grados de esta piramidal forma de poder encubierto.

Illuminati, no es más que un nombre que aglutina a los máximos maestros de cada una de las logias repartidas por el mundo. Es más, los grandes maestros masones, desprecian los ideales masones. Desprecian a toda la raza humana, y en verdad, pareciera que ellos no pertenecen a la misma; pero sí, son humanos y comen y respiran aire y tienen que ir al baño para cumplir con la fisiología de su cuerpo.

Pero hay algo que los distingue del resto de los mortales. Yo he visto sus ojos, he compartido espacio con ellos, así que sé de lo que hablo, y es su absoluta falta de sentimientos y su carencia de emociones, lo que redundan en su afán constante por dominar a quienes disfrutan del precioso regalo del que todos ellos carecen (lo perdieron en algún momento de su vida, yo soy la constancia de que no es algo genético).

Manejan el mundo a su antojo, sus planes se están cumpliendo y el planeta será suyo en muy poco tiempo...

Pero odian al resto de los seres humanos, y lo seguirán haciendo hasta que mueran, y esto les impide “disfrutar” cualquier cosa que hagan en su vida. Así que con todo su poder, con toda su seguridad, con todo su dinero falso, con toda su influencia, han perdido lo único que hace interesante la vida: ese regalo del que antes hablaba, que no es más que “AMAR”.

No pueden, y esta es la fuente de su poder, pero también de su debilidad.

Hoy, casi cinco años después de la muerte de mi madre, voy a renunciar a mi familia. Les voy a traicionar como nunca hubieran imaginado. Siguiendo con el plan de Damián, de mi amigo Nostradamus, me he citado con un científico al que llevo financiando sin que él lo sepa desde hace unos meses. Toda una eminencia en el desarrollo de las energías libres. Además vendrá un periodista amigo de Damián, que grabará todo en video.

Quién sabe si valdrá para algo, pero mi intención es irrevocable, voy a contar lo que sé.

Para despistar a los escoltas, he ido hasta la mansión familiar, he bajado hasta las cocheras y he vuelto a utilizar el túnel que mandó construir mi abuelo.

Mi cita con Kasparov –que así le hemos llamado siempre Damián y yo- es precisamente allí, en el chalet adonde desemboca dicho túnel.

Él debe estar a punto de llegar. Insistí en que fuera puntual, no disponemos de mucho tiempo tras mi espantada del club Bilderberg, hace sólo unos días.

Ahí está, ya suena el timbre de la puerta.

Adelante, pasa –le digo al verle. Una vez dentro, me le quedo mirando. Un tipo extraño, unos diez años mayor que yo, su mirada desvela sabiduría, pero no es amenazadora. Es limpia como la de un niño curioso.

¿Capablanca? –así quise llamarme hasta ese día.

Bien, supongo que Nostradamus te habrá informado de todo.

No, la verdad... aunque yo quiero escuchar de tu propia voz los planes sobre el nuevo orden mundial –el tipo está asustado, lo noto porque suda y está muy nervioso-.

¡Relájate!, aquí estamos a salvo. Además, yo admiro tu trabajo, de hecho trabajas en la copia del proyecto H.A.A.R.P, gracias al dinero procedente del mayor banco del país, ¿ambiguo verdad?

Y ¿cómo puedo fiarme de ti?, por mucho que diga Nostradamus, tampoco le conozco mucho. Sé que es un hacker y poco más...

Si fuera de los “malos”, podría acabar contigo sin toda esta farsa –en ese instante sonó de nuevo el timbre. Fausto, se tensó... relájate, que es un amigo. Y toma estos papeles, son tuyos... –fui a abrir, dejándole las copias de los envíos de su proyecto, a los principales gobiernos. Su rostro, se iluminó, y al fin, pude notar que se relajaba. Reaparecí con Rafa, ambos se miraron y se fundieron en un gran abrazo- ...Veo que os conocéis, así que todo esto será más fácil.

Bueno, ¿empiezo a grabar ya? –dijo el periodista Rafa, plantando un trípode sobre el que colocaba su pequeña cámara-

Mira –comencé diciendo-, la idea es que mientras echamos una partida de ajedrez, tú vayas grabándome y yo iré desvelando los planes– Fausto sonríe satisfecho al comprobar que su proyecto, ha llegado a su destino y Rafa también. Eso me alegra, pulsa el “rec” de su cámara, y comenzamos de una vez-, juguemos y te voy contando...

¿Blancas o negras? –dijo el científico.

Abre tú mismo, da igual el resultado, el tema es que os gustará la historia que voy a contaros.

La partida continuó y la cámara grabó toda mi confesión.

Llevaba razón mi amigo, aquel tipo juega muy bien, ha sido el primero en derrotarme.

Poco después de que él se marchara, abandoné la pequeña casa y volví a la mansión por el túnel.

Subí a mi habitación y eché una última ojeada por si me dejaba algún recuerdo de importancia, mi intención era no regresar jamás a ese lugar.

Estaba a punto de salir de la casa, cuando pensé que una vez había hablado ante la cámara, poco importaba ya que hiciera una copia digital de todos los archivos del ordenador de mi padre. Dentro de poco sabrían que el traidor, era yo.

Pero no pasaron ni cinco minutos, cuando antes de poder extraer mi pen drive del ordenador con toda la información que me interesaba, apareció Raúl acompañado de sus matones de negro.

“Mierda”, pensé al instante.

Mi hermano entró en el despacho aplaudiendo. Repitiendo una y otra vez: “¡Bravo, Emilio!”
“¡Muy bien, hermanito!”

¿Qué quieres? –le digo nada más verle.

No tienes que fingir –me dice entre risas-, ya sabemos quién es el traidor que filtra la información... ¡Estás acabado! Lo importante de veras, es que ya te tengo pillado.

Oye, ya que sabes de mi traición –le digo de forma relajada-, cuéntame una cosa, Raulito –matizo en tono despectivo-, ¿por qué mataste a papá? –en ese instante, le dice a sus escoltas que nos dejen solos. Éstos, obedecen como perros de presa bien enseñados, y nos quedamos solos.

¡Bingo!, ¡qué listo eres, Emilio!, ¡el empollón de mi hermano! –dice visiblemente resentido-, Pues sí, a papá había que quitárselo de en medio...

¿Lo sabe el abuelo? –le digo-

Espera un momento –y me hace un gesto, mientras marca unos números en su móvil-, ¡Abuelo! –le grita al auricular- ...Sí, le tengo, todo demostrado... –en ese instante deja de hablar por el móvil y se dirige a mí:- ¿Qué querías decirle al abuelo, hermanito?

¡Dile que escuche ésto! –en ese instante, aprovecho que no me ha dado tiempo para cerrar el ordenador y abro una de las grabaciones del archivo “Raúl”. Mi hermano, lleno de cólera corta la comunicación con el abuelo. En ese instante, se escucha su voz (habla con el cura), que dice claramente: “No te preocupes, el abuelo no será ningún problema”, “Sí lo es”, contesta su socio, “Muerto, dejará de serlo”.

Hijo de puta –Raúl se quedó atónito, mientras su móvil, no dejaba de insistir “llamada entrante”... –al fin atendió la llamada-... Te llamo ahora, abuelo... sí, pero la cosa se complica, luego te cuento... –y cuelga el teléfono-

¿Sabes, Raulito? –le digo triunfal-, tú si que eres un hijo de puta...

Perdona Emilio, pero en eso te equivocas... ¡Bastardo!, que no eres más que eso, un bastardo.

¿Cómo eres capaz de calumniar así a mamá?...

Querrás decir tu madre... –dice altivo- ...Yo soy hijo de la anterior mujer de papá, no duró mucho. Tú no sabes nada de ella, y su lugar lo ocupó la puta de madre a los pocos meses de nacer yo...

Acumulas demasiado odio Raulito. Además, me alegra no ser tu hermano materno...

Asqueroso bastardo -y se aproxima hasta mí con gesto amenazador- Yo soy el heredero legítimo. Tú ni siquiera eres hijo de... papá –añade con un tono de desprecio-

¿Qué estás insinuando?

La cerda de tu madre, había dejado una carta antes de morir. Pero yo di con ella antes que tú –y se hurga en uno de sus bolsillos y me tira un papel a la cara- ...Eres el hijo bastardo de esa artistucha y el tío Pablo. Fue el mismo abuelo quien mandó eliminar a tu padre, a tu auténtico padre... Al otro, llevas razón, lo maté yo solito. Pero no debe importarte, porque ese padre era el mío, no el tuyo.

Qué hijos de la gran puta sois todos, ¡arpías!

Bueno –dice de repente-... Has traicionado a la familia. En cualquier caso, te tengo agarrado por los cojones –sabía que lo iba a decir, así que me anticipé:-

Pero mira quién fue a hablar –digo lleno de sarcasmo-... Raulito, ese archivo lo tiene a buen recaudo un amigo mío, con instrucciones precisas por si te da por seguir quitándote gente de encima. La familia es tuya, yo no quiero el poder.

¿Y se puede saber qué quieres a cambio?...

PARTE III

Fischer

“Toda Vida es la lucha, el esfuerzo para ser sí misma”

Ortega y Gasset (1930)

Hasta ahora, hemos oído las historias de Fausto, Kasparov y de su adversario Emilio, Capablanca. A través de sus palabras, hemos analizado la historia, a las sociedades secretas que la han re-escrito, al control que éstas ejercen sobre el resto del planeta...

Conocemos de primera mano: una nueva ciencia poco menos que clandestina, que avanza en pos de la energía libre (es decir: gratuita), las armas ultra secretas de los grandes gobiernos, la verdad sobre el dinero-deuda que aprisiona la evolución de nuestra especie...

Hasta este momento, hemos escuchado a dos personajes directamente implicados en toda esta lucha subterránea, entre el poder que quiere imponer su “nuevo orden mundial” y quien de forma clandestina, trabaja buscando algo de justicia para un futuro que personas como él construyen en el presente.

Pero... ¿Y la gente “real” de la calle?, ¿saben algo acerca de esta lucha tan crucial, que se está llevando a cabo entre el poder en la sombra y cada vez más gente de todo el planeta?,

¿Acaso les importa?...

¡Cómo me gusta el verano!

Mi casa está tan preciosa cuando llega esta estación, que da gusto caminar por las calles de la gran Babilonia. El mundo me pertenece. Así de cierto como que no lo quiero y os lo regalo, esa es la única verdad en mi vida. El resto, es como Babilonia, un simple cuento. Y siempre fue así.

Me gustaría poder presentarme, pero olvidé mi nombre y desde aquel día, camino entre los perros de la gran Babilonia y cada vez que veo un lobo, me detengo para saludarle y según me parezca, le digo uno u otro nombre, el primero que me venga a la cabeza en aquel instante, ¡da igual!

También olvidé mi condición, mi raza, no sé si habré sido perro alguna vez, pero hoy —y constato que en ésto, no hay equívoco alguno—, soy un lobo, un lobo feroz, estepario, independiente y vagabundo, que camina entre los millones de perros amaestrados que malviven entre los restos de este mundo que sigue siendo el mismo desde los tiempos pretéritos: la gran Babilonia. La ciudad infinita: urbes, pueblos, villas, ciudades, todas iguales, similarmente parecidas; curiosamente, perros en todas ellas con gustos similares, problemas idénticos y miedos provocados por sus amos, mismas pesadillas, para unos perros que creen ser únicos, cuando la realidad, es que Babilonia es su cárcel.

Un mundo sistemáticamente igual, caminos por donde caminos.

La mayoría de los perros, no saben que lo son, alardean mucho de que los científicos decidieran un día denominarles “sapiens”, y hacen como si de verdad supieran. Hablan, opinan, creen, mienten, compran, se dejan comprar, inventan excusas, manchan, molestan, protestan, se quejan, pelean. Pero ninguno busca y aprende sólo por el hecho de querer saber. Pero para querer saber, hace falta preguntarse, y dudar, y gritarle al espejo: ¡ignorante!, y a partir de ahí, aceptar el primer gran sacrificio. Pues no existe verdad más que en la búsqueda, y las piernas hay que fortalecerlas, y hay que ejercitar el cerebro, ¡Y esto cansa!, porque entonces, no te queda otra que mejorar y dejar de auto excusarte, ir siempre tras la verdad, sin modificarla para que se adapte a tu paso, ni domesticarla para que encaje entre tus principios...

El sacrificio: el suicidio de ese perro, manejado por su amo.

La recompensa: la libertad y su única senda, que no es otra que la búsqueda de las grandes respuestas de siempre, esas que vosotros, perros, ya no os preguntáis porque alguien ya os inculcó las respuestas erróneas.

Quizá por eso, no recuerdo —no quiero recordar— mi nombre, desde el día en que dejé mi vida como esclavo, como robot del sistema, como perro con amo, y dejé de preocuparme de estupideces para centrarme en lo único importante: vivir cada segundo de mi existencia como si fuera el último.

Ese día —no recuerdo cuál fue, pero hace ya tiempo—, comencé a caminar, dejé de aferrarme a objetos, a personas, a ciudades natales, a barrios en los que se crece, a naciones que no significan nada, a la gente que me rodea y parece no pensar: ¡perros!, a la familia, al futuro... Me liberé del ridículo, del qué dirán, de la educación, de las costumbres, de lo correcto, de lo esperado, del porvenir, del aspecto, de los modos, de las modas y de las formas...

Dejé atrás la comodidad de una vida discreta, la seguridad tan ficticia del trabajo y una cuenta bancaria, las prisas y las aglomeraciones, las horas punta, las frases de conveniencia, los halagos, la moral...

He olvidado todo lo que dejé y sólo me queda un camino, seguir inventando mi vida cada segundo ganado al destino, he demostrado que tengo el valor de hacerlo: de vivir una vida digna, exclusiva y auténticamente mía, sin llevar en mi mochila más que lo estrictamente necesario.

El mundo es mi casa, y camine por donde camine, todas las ciudades son la misma: la gran Babilonia, y yo vago por sus calles, por sus parques, por sus subterráneos, por sus puentes, por sus vías, buscando la forma de huir de esta trampa, en la que nadie parece fijarse. Una cárcel sin barrotes, y que sin embargo aprisiona a todos los perros, y nos condena a los pocos lobos que aún existimos, a buscar sus muros invisibles para derrumbarlos y acabar así con la gran nación babilónica.

Y hoy es un gran día, una preciosa tarde de verano y yo soy el rey del mundo porque no tengo que rendirle cuentas a nadie y esta noche –si llega- me cubrirán las estrellas, y en mi sueño, no habrá retazos del frío, ya que es pasado pluscuamperfecto, y de seguro, hoy descubriré algún lobo entre el rebaño de perros.

Con esa esperanza, me he apropiado de este trozo de hierba en la que estoy ahora sentado, desde la que puedo observar a los miles de canes sin que ellos tengan que fijarse en mí. La sombra de un tejo es mi mejor sombrilla, estoy en un palco de lujo: ¡que comience la función!, ¡bravo perros estúpidos, bravísimo homo sapiens sin cerebro!, ¡cumplir con vuestros roles para mí!, ¡me encanta vuestra representación!, ¡vuestra actuación en la tragicomedia a la que llamáis vida!

Llevo unas horas en el parque y parece que antes me equivoqué, porque el sol está apunto de ser un recuerdo, y el día no me trajo a ningún personaje del que aprender, un nuevo lobo al que poder saludar, ¡un día de perros, vaya!

Pero cuando estoy a punto de abandonar mi precioso palco, distingo una forma curiosa a lo lejos, en la que no había caído, quizá por la atención con la que acabo de seguir el descenso en picado del astro rey, un espectáculo único y multicolor ante el que he tenido que aplaudir otra vez, ¡me encanta cada ocaso!

Me levanto y pongo dirección al bulto, es un hombre –estoy más cerca y ahora lo distingo mejor-, veo su espalda, lleva el pelo descuidado –eso me gusta-, distingo un libro sobre algo más grande a sólo unos centímetros del tipo. Se ha dado cuenta de mi llegada, se ha girado sobresaltado, tiene pinta de científico chiflado, ahora ya puedo leer el título del libro: “El secreto del club Bilderberg” y el nombre de su autor: Daniel Estulín. Veo perfectamente que dicho tomo, no yace en la hierba, sino encima de un tablero de ajedrez, de los de antes, de esos que no tienen números, ni letras, ni detalles, ni materiales caros, y sólo destaca lo que tiene que hacerlo: treinta y dos cuadraditos blancos y otros tantos negros.

No te asustes –digo al llegar-, ¿tienes piezas? –le pregunto en referencia al tablero- ... Hace mil años que no echo una partida –y me siento a su lado, el tipo no se ha asustado por mi aspecto, él temía a otros mejor vestidos que yo. Al darse cuenta de que sólo soy un

vagabundo, se ha relajado y me ha invitado a tomar asiento en su noble jardín. Decido al instante que el tipo me gusta.

¿Cómo te llamas? –y me tiende la mano, ¡como sólo puede hacer un lobo!, ¡lo sabía!

Pues hoy... -y como no puedo dejar de pensar en echar una partidita, me viene a la mente el único gran nombre que puedo recordar:- ... Fisher... Bobby Fisher –el tipo sonríe y sin dejar de hacerlo, me dice su nombre:-.

Pues yo me llamo Kasparov –ahora soy yo quien sonríe. ¡Me gusta este tipo!-.

Fisher y Kasparov nunca se enfrentaron, ¡qué curioso! –añado soltando una gran carcajada, que mi amigo el lobo, celebra uniéndoseme al instante-.

¡Tendremos que solucionarlo! –zanja el tiempo que saca unas piezas de una mochila que yace en la yerba junto a sus pies descalzos... elige –toco su mano izquierda y me toca jugar con negras-.

¿Y qué nos jugamos? –le digo.

Juguemos por el placer de jugar –responde Kasparov y me gusta su respuesta, así que decido contarle una historia, de la que quizá aprenda, porque estoy convencido de que él también tiene una buena, de la que también yo quiero aprender.

Tú abres –le digo, él comienza a jugar-, ¡Me caes bien!, te voy a contar mi historia...

¡Y tú a mí! –responde-, yo te voy a contar la mía, ¡no tengo nada mejor que hacer!

Verás, yo no me creo este mundo artificial, así que no soy un vagabundo más, yo elegí este camino duro, pero soy libre, y al menos puedo buscar los porqués...

¡Eso es importante! –responde, al tiempo que desarrolla su caballo, juega muy bien, sabe de aperturas, ¡me encanta este Kasparov!-, yo soy físico, y llevo muchos años investigando las energías libres... -¡Caramba!, me sorprende más por segundos. No era lo que esperaba, pero quizá el que más aprenda sea yo... Pero no vale para nada...

¿Qué te ha sucedido, amigo Kasparov?

Que los que mandan, van a ganar la partida, y todo lo que se ha conseguido no ha valido para nada... –ahora su rostro se contrae, está sufriendo de veras, noto que lo que dice es cierto... Todos los proyectos se han ido a la mierda, nos ha salido mal la jugada, son demasiado poderosos e inhumanos, ¡nunca podremos vencerles!

Mueve... –le digo cambiando su atención, se está hundiendo y eso, no me gusta-, mira, me parece muy bien que digas todo eso, pero es mentira, todo esto que ves –y abarco todo el mundo con mis brazos- es mentira, es una ilusión... -me mira, pero no dice nada, cree que hablo de tonterías- ...lo único que cuenta es hacer bien las cosas, vivir de verdad, convencido de que haces lo que tienes que hacer lo mejor que puedes y sabes, pero porque quieres hacerlo, ¿qué más da el resultado?, ¿y si mueres en la batalla?, ¿y si te cortan una pierna?, ¿y si no vences?... ¡da igual!, porque resulta que tu vida era esa lucha, e hiciste lo que tenías que hacer, y entonces, tarde o temprano, como todas las noches, nos llega el gran sueño, y todo esto –vuelvo a abarcar el mundo haciendo un movimiento circular con mis brazos-, se va al garete, ¿y sabes qué es lo que queda de ti?...

¿Qué? –me pregunta interesado.

Tu vida... ¿te parece poco?, quiero decir, que es entonces cuando sólo quedas tú y el universo, el gran sueño, adonde formas parte armónica de todo y ya no estás encerrado en un simple cuerpo acotado por la biología, por los venenos de esos que mandan... –hago un movimiento, me tomo unos segundos para seguir, y al verle expectante, termino con mi discurso:- ...Cuando llega el momento del gran sueño, sólo tienes dos opciones: diluirte como hacen los perros que llevan vidas idénticas, o terminar siendo TÚ, consciente e infinito, liberado y al fin vivo, parte activa del cosmos del que hablaba Asimov, y no algo inútil que ha desperdiciado un regalo único para llegar a ser uno o una más. ¿Entiendes, amigo?

¿De dónde sales tú, Fisher? –y se ríe. Al menos he conseguido animarle -.

De Babilonia, como tú...

¡Qué curioso! –afirma-, he leído que todas las familias que ostentan el poder tras los gobiernos, llevan haciéndolo precisamente desde entonces...

¡Claro! –veo que es listo-, ese es su secreto, se han ido cambiando de nombre, a medida que han “civilizado” el mundo, cultura que exterminaban, nuevo nombre para seguir gobernando el siguiente imperio, y siempre en la oscuridad, así nadie puede quitarles el poder, no creen que sea posible... ¡Idotas! –me río-, ¿te has fijado?, los perros, ¡No creen!, aunque les demuestres la verdad y se la pongas delante del hocico, ellos, sólo creen en la palabra de su amo, y lo que es mejor, creen que son libres, ¡no creen tener amos!...

Lo creerían, si no hubiéramos fracasado –dice al tiempo que efectúa un nuevo movimiento, este tipo ha estudiado mucho ajedrez, ¡mejor!-

Cuéntame eso –interesante, ya lo creo, insisto:-... ¿En qué habéis fracasado?

Mira, te voy a contar a grandes rasgos lo que pasó:

Hace poco tiempo, jugué una partida de ajedrez con el heredero del banco que maneja este país. El era de los buenos, digámoslo así. Lo del ajedrez, era una excusa, él quería dejar constancia de todos los planes del verdadero gobierno mundial. Un amigo periodista, grabó todo aquel monólogo, y fue un momento grandioso porque aquel tipo hablaba en serio, hacía todo aquello realmente para acabar con el poder de familias como la suya.

En la cinta hablaba de toda la conspiración, de cómo son estos tipos, de cuándo se reúnen, de sus planes para hacerse con el control del mundo en lo que ellos llaman “Nuevo orden mundial”. Y lo que es mejor, decía cómo acabar con ellos. Incluso planteaba un nuevo sistema basado en la tecnología y me grabó a mí, diciendo ésto y lo otro...

Todo perfecto, pero esto lo grabamos hace unos meses, y desde entonces, no sé nada de ninguno de los implicados, y conociendo a los servicios secretos que protegen a “los malos”, me temo lo peor... Creo que han acabado con ellos, y seguro que yo tardaré poco en caer.

¿Qué pensaba hacer con la grabación? –le pregunto.

Colgarla en Internet, difundirla entre los millones de personas que están conectadas a la red.

¿Cómo?

Creando una especie de virus informático, un virus constructivo como decía él, una aplicación que no dejara arrancar al ordenador hasta que no terminases de ver la grabación, entonces una vez visualizada, se autodestruía, liberando la máquina del virus constructivo... Estaba tan bien hecho, que no se podía avanzar rápidamente, había que ver toda la película para liberar el ordenador.

¡Una idea brillante!, ¿y qué haces ahora?

Al ver que el hacker había desaparecido, y Rafa que fue quien nos grabó tampoco aparece, y encima, leo en la prensa que el tipo que confesó ha muerto en extrañas circunstancias, huí de mi casa, y me vine aquí, ahora estoy en casa de una antigua amiga, pero no creo que tarden en localizarme. Supongo que Rafa, haría copias, no sé... igual ni le dio tiempo... Todo se fue al garete.

Tú cumpliste –le digo para subir su moral-

Sí, pero ya te digo, no vale para nada.

¿Y por qué no?

Porque si han matado a Damián y a Rafa, se habrán hecho con el código fuente del virus de construcción masiva. Nadie podrá volver a intentarlo, ya estarán prevenidos, y su plan termina dentro de poco. Esperan tener el control absoluto en dos mil doce.

Bueno –le doy una palmada en la espalda, y le hago un gesto con los ojos para que se fije en el tablero y mueva- ...Habrá otros hacker y otros códigos para nuevos virus de construcción masiva...

Pero es que tú no escuchaste la grabación... Si la oyera la gente, los perros, como tú les llamas, se rebelarían, no les quedaría otra y el mundo cambiaría, ¡evolucionaríamos! –se le ilumina la cara al decirlo.

La primera evolución es la de uno mismo, hay gente que aunque le pongas la verdad en las narices, no va a cambiar... Yo huyo por eso, no quiero estar entre los perros, sé que no quieren ser otra cosa. Por cierto, jaque.

¿Cómo?

Jaque y a la siguiente...

¿Cómo lo has hecho? –me dice sorprendido

Jugando –muevo la última pieza y añado:- Ahora sí, jaque mate!

Eres el primero en ganarme una partida –me dice asombrado.

A veces pensamos que somos imprescindibles, pero sólo somos polvo de estrellas amigo mío. Que esto te sirva para entender que después de Damián, habrá otros hackers, y que tu esfuerzo, habrá merecido la pena –es hora de irme-. Me ha gustado conocerte, amigo Kasparov.

A mí también, Fisher.

No te preocupes tanto, tú hiciste lo que tenías que hacer –y me alejo de allí, dejándole junto a su tablero al que no deja de mirar atónito. Me detengo y desde la distancia le digo:- Ya nos veremos al otro lado de los muros de Babilonia.

¡Ojalá! –contesta chillando.

¡Seguro! –sólo tienes que seguir la energía de la serpiente, la espiral del Kundalini.

Y decido perderme entre las calles de aquella ciudad, a esa horas, ya no hay tanto perro suelto, y el mundo es un lugar anónimo, en el que se puede estar un ratito más antes de dormir otra noche.

PARTE IV

Peones

“Un estado totalitario realmente eficaz sería aquel en el cual los jefes políticos todopoderosos y su ejército de colaboradores, pudieran gobernar a una población de esclavos sobre los cuales no fuese necesario ejercer coerción alguna, por cuanto amarían su servidumbre.

Inducirles a amarla, es la tarea asignada en los actuales estados totalitarios: a los ministerios de propaganda, los directores de los periódicos y los maestros de escuela...

El problema de la felicidad; en otras palabras: el problema de lograr que la gente ame su servidumbre.”

Aldous Huxley (1.929)

Abril de dos mil diez. Han pasado unos meses, desde que dejamos a Fisher, a Kasparov, a Capablanca, a Nostradamus, y al resto de los implicados en esta historia.

Según los medios de comunicación, la crisis económica ya pertenece al pasado, y es gracias a que todos los peones, que comparten tablero en este planeta tierra, han tenido que “apretarse el cinturón”. Algunos no han podido volver a trabajar, pero éstos ya no cuentan: enganchados a la heroína, contaminados por nuevos virus que inexplicablemente han mutado, y para los cuales no hay más medicina que la que prescriben las clínicas privadas, accesible tan sólo a una pequeña parte de la nueva población de peones.

La seguridad social es una reminiscencia de un pasado cercano, y el sistema americano de sanidad, se ha extendido por toda la unión europea. Los sindicatos han pasado a mejor vida, y en la actualidad los contratos laborales, no están regulados por ningún organismo más allá de la propia empresa contratante. Los estados, para hacer frente a la crisis, tuvieron que privatizar los servicios esenciales, y así por ejemplo en Madrid, el control del agua está ya en las manos de corporaciones que se han hecho con todas las acciones salidas a bolsa del antiguo “canal de Isabel II”.

Las manifestaciones estudiantiles, no son “primera página”, y a ningún periódico le interesa mencionar las brutales cargas de esos “perros guardianes” llamados policía antidisturbios. Internet, se ha convertido en una gran trampa, y el que descargaba música y cine de forma ilegal, ha sido desconectado. Páginas web independientes, en las que hasta hace unos meses se publicaba información acerca de los planes del gobierno en la sombra, han sido clausuradas y todo el que menciona dichos asuntos, automáticamente es detenido y su web pasa a mejor vida.

En Estados Unidos, el presidente Obama ha demostrado ser otra marioneta del poder y a día de hoy, no ha cumplido ni una sola de sus promesas en la campaña electoral del dos mil ocho: “we can”, no llegan noticias de ello, pero es bien sabido por todos que en dicho país, han habido grandes disturbios, la gente salió a la calle para protestar y exigir el cumplimiento de la política prometida por el primer presidente negro en la historia americana, pero no sólo fue inútil, sino que además el imperio ha iniciado su última gran campaña, la guerra contra el nuevo “eje del mal”, formado por los países “no alineados” con el nuevo orden mundial.

Curiosamente, todos ellos han sufrido desastres medio ambientales tras rechazar las propuestas del gobierno mundial: La ONU, sustituye a la OTAN en aquello del “control mundial”.

Pero todo eso ya no importa, porque al menos en España, todos los peones tendrán su nuevo juguete, una televisión digital, que engloba Internet, juegos, teléfono y miles de canales para que no puedan decir que se aburren.

Hoy es el día del apagón analógico, por fin llegó el momento esperado por muchos de los peones que no entienden de ajedrez, y como si se tratase de la celebración del año nuevo, multitud de personas abarrotan las plazas públicas, adonde se han instalado grandes pantallas de plasma a modo de pantallas de cine, para recibir la nueva tecnología como si se tratase del mayor espectáculo del mundo.

Faltan diez segundos para que todo se cumpla y la televisión digital llegue para hacernos todo más fácil, y en la céntrica Puerta del Sol de Madrid, una multitud abarrotada las calles, todos miran hacia la gran pantalla.

En ella, una cuenta atrás que todos los peones corean: “nueve”, gritos y abrazos, “ocho”, los niños ríen sobre los hombros de sus padres, “siete”, comienzan a verse las primeras botellas de cava que la gente agita de arriba a abajo, “seis”, el griterío es ensordecedor, cuesta no caer en esa especie de delirio colectivo, “cinco”, parejas se abrazan con sus ojos expectantes, “cuatro”, los corazones redoblan su pulso, todos los peones tienen la sensación de estar asistiendo a un momento histórico, “tres”, miles de brazos levantados al aire corean la última parte de esta cuenta atrás, “dos”, primeras avalanchas, algunos caen al suelo pero no pueden ser atendidos, la multitud está enfervorecida y nadie se da cuenta de que hay gente desmayada en el suelo, “uno”, el griterío es algo grandioso, ya no hay rastro de los caídos y todos se preparan para gritar: “Cero!!!”... En ese instante, fuegos artificiales, petardos de todo tipo, tapones de corcho volando por doquier y un clamor en el aire, indican que sí, hemos comenzado una nueva era digital.

Pero esperar un momento...

La pantalla sigue en negro, todas las pantallas de España permanecen sin imagen, la gente que chilla, baila, bebe, ríe y alborota, parece no haberse dado cuenta de que no hay nada en la pantalla digital...

En los controles de la televisión digital, miles de técnicos pulsan botones, lanzan maldiciones porque no saben qué sucede, los directores de programación reciben cientos de llamadas de sus superiores, nadie parece saber qué está pasando, “no sé qué pasa”, dice uno que ha tirado su corbata al suelo, “no tenemos control sobre la imagen... es inaudito”, comenta otro que no hace más que pulsar teclas en un gran ordenador, la gente que trabaja en la tele se echa las manos a la cabeza, alguno llora, otros chillan “quiero una explicación” y todos los teléfonos del lugar suenan al unísono en una decadente sinfonía, que parece llamarse: “¡Que alguien arregle esto, por Dios!”...

Pero todo es en vano... porque la imagen sigue en negro y desde el control nada puede hacerse para arreglar tan insólita anomalía.

De nuevo en la madrileña Puerta del Sol, la gente ha dejado de festejar y comienzan a preguntarse “¿qué pasa?”, hasta que de repente, aparece al fin una imagen y todos lo celebran como si se tratase de un gol de la selección en la final de un campeonato mundial...

Pero la imagen que aparece no forma parte de la programación especial prevista por la cadena de televisión para aquella magna cita.

Y en todos los hogares de España y de todos los lugares del mundo en los que se habla castellano, aparece un personaje, sentado frente a un tablero de ajedrez, mirando directamente a la cámara que recoge su imagen y comienza su “programa especial”:

“No intenten desconectar el televisor o cambiar de canal, porque en todos verán lo mismo, es decir a mí, y les aviso de que cada vez que enciendan sus nuevas pantallas digitales, se encontrarán de nuevo conmigo.

Este es el primer Virus de construcción masiva, y sólo podrán comenzar a utilizar sus nuevas teles digitales, en cuanto hayan escuchado todo lo que tengo que decirles. Si desconectan, apagan o reinician sus pantallas, jamás se librarán de este nuevo virus, que por otro lado no

pretende destruir su sistema operativo, sino que ustedes escuchen la verdad sobre este mundo.

Así pues, me presento:

Mi nombre es Emilio, y soy el heredero principal del banco que gobierna en este país. Sí, han oído bien, el banco QUE GOBIERNA SU PAÍS.

Nadie va a volver a decirles la verdad, espero que todos ustedes aprendan algo escuchándola una sola vez.

El gobierno democrático, las instituciones que legislan, los jueces que hacen cumplir la ley, la policía y el ejército que ha dejado de protegerles y ahora les coaccionan, no son más que instrumentos que gente como mi propia familia, utilizan para llevar a cabo un gran plan, del que ustedes no han sido informados. Ellos lo llaman: Nuevo Orden Mundial.

No sé si se han fijado, en que ya no hay España ni Europa, ya no existen diferencias culturales entre Francia y Alemania, entre Madrid y Catalunya, los americanos han sido engañados, los asiáticos han sido pisoteados, los latinoamericanos, han pasado a ocupar los peores puestos de producción, los africanos no tienen materias primas, ni riquezas, ni futuro, y sólo les queda el S.I.D.A para dentro de poco, ser otro gran recuerdo.

Sus banderas sólo son trapos de colores y en realidad, sus países, sus ciudades y sus pueblos, deberían llamarse con un nombre más acorde a la realidad.

Ustedes ya no son españoles, o mexicanos o argentinos, o colombianos...

Su verdadero país, se llama: Epson, Repsol, Telefónica, IBM, Microsoft, Iberia, Endesa, Gas natural, At&t, Texaco, General Motors, Renault, ACS, Monsanto, Petronor, Nestlé, Bayern, Sony, Alston Power, American Airlines, Carlyle, Brithis Airways, France Telecom, Fiat, etc.

¿Y saben quién manda en este país...

¿Creen que son los gobiernos?...

¡Por favor!, ¡no sean ilusos!

Ustedes viven en un sistema capitalista, que unos pocos crearon en su beneficio exclusivo, y quienes están detrás de estas grandes corporaciones transnacionales, no son grupos accionariales sin nombres ni apellidos, toda la maquinaria mafiosa de este sistema de gobierno, se esconde tras la imposibilidad de una obvedad:

Todos ustedes, sin excepción, están siendo manipulados, controlados, sedados, exterminados o diezmados y manejados por un grupo muy antiguo de hombres de negocios, sin escrúpulos, ni humanidad, estos señores que se esconden en grupos secretos que coaccionan a los distintos gobiernos mundiales, imponiéndoles las políticas propicias para la expansión de sus macro empresas, no son otros que los dueños de los principales grupos bancarios del planeta. Ustedes dirán, ¡bueno, eso lo sabemos todos!, pero de ahí a que haya un plan para esclavizar a toda la población humana en beneficio de una única y gran nación, gobernada por estos “magnates de las finanzas sin principios”... Dirán que es demasiado inverosímil.

Pues bien, expuestos los hechos, pasaré a mostrar las pruebas y así todas y todos ustedes, podrán decidir qué hacer con sus vidas, una vez que ya no quedan dudas sobre la manipulación de todo su mundo, de su historia, de sus medios de comunicación, controlados en última instancia, ¡claro está!, por los mismos banqueros que los esclavizan.

Recuerden que yo pertenezco a una de estas familias de poder, y por tanto, sé de lo que estoy hablando. Todo lo que voy a contarles es cierto, ahora cuando ustedes están viéndome, yo, tan sólo seré historia y nadie está dispuesto a morir por una burda mentira, ¿para qué?

Una cosa he de reconocer, los amos del mundo serán una panda de viejos deshumanizados que sólo velan por sus intereses, pero de lo que pueden estar completamente seguras y seguros, es que nos enfrentamos a unos tipos extremadamente listos y toda la situación actual del mundo, no es fortuita, sino fruto de su planificación desde el siglo Diez y nueve.

A ustedes les sonará el nombre de mi padre..., el año pasado murió y su fallecimiento fue portada en todas las cadenas de televisión y en todos los periódicos.

En su ordenador, y en todos los ordenadores de los altos dirigentes que se esconden tras las corporaciones y la banca, existen archivos con todas las acciones tomadas desde dicho siglo para la consecución de su nuevo orden mundial, que de no hacer ustedes nada, se completará dentro de dos años, en el dos mil doce.

Ese Nuevo orden mundial, supondrá: un gobierno único, una moneda única, leyes únicas, tribunales únicos y una política única para todo el planeta.

Si ellos vencen, dentro de dos años todos ustedes portarán un chip de control, con el que no tendrán que llevar su documento de identidad, dinero en efectivo o por ejemplo su historial clínico, toda esa información estará disponible con sólo pasarles un lector parecido al de las cajas de cualquier supermercado. Su chip, estará conectado con un ordenador central, y todos sus movimientos serán registrados...

Al principio les venderán esta idea como la panacea de la “comodidad”: ¡olvídense de llevar dinero, documentación!; o como medida de “seguridad”: ¡Sepa en cada momento, dónde están sus hijos!...

Pero...

¿Y si ustedes no están de acuerdo con sus planes globales?, ¿Y si ustedes no quieren pasar por el aro?, ¿Y si pretenden manifestarse en contra del nuevo orden mundial?

Se les desconectará del ordenador central, se les aislará del sistema, y su chip podrá emitir una descarga eléctrica que acabará con el problema de forma aséptica, rápida y sencilla.

¡Piensen en ello!

¿Para qué si no, querrían colocarles el famoso chip?

Bien, expuesto el final del plan, pasemos al cómo lo han implementado:

La principal ventaja de los pactos secretos, es que nadie cree en su existencia, salvo los que se dieron la mano sellándolos.

Y esto sucedió en el siglo diez y ocho, y amparados por el secretismo de órdenes y logias masónicas como “el priorato de Sión”, “la gran orden de Escocia”, “Skull and bones”, la “P-dos”, los “Shriners”, y muchas más cuya existencia ustedes podrán encontrar en la historia no manipulada, las grandes familias que conspiraron para obtener el poder absoluto y la supremacía de su nefasta raza de avaros, de forma realista, trazaron sus veintitrés objetivos a cumplir en el siglo veinte y principio del veintiuno en forma de actas, que el maestro masón de grado treinta y tres Albert Pike, dejó escritas en forma de archivos accesibles únicamente a los grandes maestros de cada logia, ese grupo selecto más allá de leyes y gobiernos que manejan y llevan manejando el flujo de todo el capital mundial, que a veces han sido denominados como “iluminati”.

Esos veintitrés archivos de los que acabo de hablar son los siguientes, cada uno refleja una de las actas, que prefijaron en mil ochocientos noventa y seis. Decidan ustedes mismos, si se adaptan a los avatares de la reciente historia, quizá comiencen a entender mucho más de lo que creen:

Uno: Corromper los ideales y fomentar sistemas de gobierno utópicos y deshumanizados. El ejemplo de esto fue el comunismo de la Unión Soviética, al mayor fraude de la historia, pues sus gobiernos estaban directamente financiados por capital iluminati.

Dos: Acabar con el concepto “familia”. ¿Cómo?: fomentando la lucha entre sexos, negando una de las principales vías para la evolución humana, como es el amor en pareja, la simbiosis

de ambas naturalezas: femenina y masculina, que todos debemos llegar a desarrollar. La reducción del espacio vital familiar, la promiscuidad como valor en alza, la escasez de tiempo de relación entre los miembros de una familia, y por ende: la reducción de la natalidad en la familia media. Con todas estas acciones, han conseguido que el núcleo familiar, gire en torno a un pacto económico entre las dos partes implicadas, y los niños sean educados por el estado, la mayor parte del tiempo.

Tres: Fomentar los vicios de los individuos, con el fin de dominarlos.

Pero no piensen en el vicio como pecado, no. El vicio es convertir lo superfluo en necesidad, nada más que eso. El consumismo que seguro les sonará... Con esta incongruencia, llenamos nuestras vidas a base de absurdos que más tarde olvidamos por otras nuevas. El vicio convierte a un individuo libre en potencia, en una marioneta imbécil que pasa su vida consumiendo productos que no le hacen ser mejor persona.

Cuatro: Destruir lentamente las artes. Controlando la industria cultural y manufacturando obras de arte, conformes a las tendencias, gustos e ideales, de toda una sociedad cada vez más inculta, y por tanto, menos libre.

¿Les parece fortuito que exista la piratería?...

es su manera de terminar con las pequeñas editoriales que tienen que dejar de editar sus obras, porque no pueden competir con la gran industria del arte.

Fíjense en la música, que iba a ser devorada por la piratería, y mediante ella, han conseguido al fin su objetivo, y sólo quedan las tres grandes multinacionales del sector.

La literatura es su siguiente objetivo, una vez en el mercado los nuevos “libros digitales”, ¿Para qué comprar el libro, si podemos descargar gratis el mismo archivo en Internet?. Esto redundará, en la desaparición de las pequeñas editoriales que no podrán competir con las multinacionales del sector. En definitiva: artistas independientes, que no tendrán quien les respalde.

Cinco: Desacreditar religiones, las viejas doctrinas ya no eran válidas, y poco a poco, tendemos a un mundo gobernado por un único dios, llamado DINERO.

Aunque en este apartado, he de añadir, que la iglesia católica, ¡muy listos ellos!, han sabido adaptarse y el Vaticano, en la actualidad no es más que otra delegación masónica. Un ejemplo de esto, fue el asesinato de Juan Pablo Primero. Busquen y verán que es así.

Seis: lujo, moda y gastos disparatados, serán la forma de ascenso social. El disfrute y la sensación de “triumfo” irá de la mano de todas estas artificialidades, y así el disfrute de lo sano, de lo natural, de lo sencillo, será dificultoso y rechazado por el gran público, que preferirá la ansiedad por no poder gozar de un chalet, al paseo por el campo junto a la familia. Y el colmo, niños que prefieren jugar o mejor dicho: competir, con una video consola, a descubrir los juegos gratuitos, en los que sólo hacía falta tener amigos, no “rivales”.

Siete: El opio del pueblo, esto es conocido por todos: fútbol, toros, ahora más recientemente los llamados deportes del motor, hinchas en lugar de seres que dialogan, equipos que enfrentan a personas, distracciones que imposibilitan una formación cultural necesaria para cualquier ser humano que pretenda evolucionar.

Ocho: Destrucción paulatina de mente y cuerpo: anorexia, obesidad, alimentos transgénicos, productos dietéticos que no aportan los nutrientes necesarios, sedentarismo, comida basura... Todo esto en lo referente al cuerpo, pero ¿y la mente?, necesidad de triunfo, de belleza, de “estar a la última”... ¿Saben ustedes que el flúor de sus dentífricos está calcificando y

atrofiando un órgano fundamental como es la glándula pineal?... Busquen y entérense, esto no es casual, ni fortuito. ¿nadie les había hablado de ello, verdad?

Nueve: generar la infelicidad global, fomentar el odio entre razas, clases sociales, partidos políticos, inocular por así decirlo, un germen de “aislamiento” y repulsión, para con el resto. Mírense, se odian los unos a los otros, por el color de su piel, por el barrio en que viven, por el dinero que ganan, por su equipo de fútbol, por su religión... ¡Mírense de una vez al espejo!, ¿A quién le interesa que ustedes se odien entre sí, impidiendo con ello que nunca lleguen a juntarse?

Diez: sustitución paulatina de la vieja aristocracia, para que su lugar sea ocupado por una élite de hombres de negocios, profesiones inventadas para una nueva nobleza, más adecuada a los nuevos tiempos.

Se han fomentado revoluciones populistas, hemos visto como reyes, nobles y antiguos nichos de poder, han pasado a ser controlados por el flujo económico, a excepción de casos aislados que pueden ser contados con los dedos de cualquiera de sus manos, un ejemplo de esto, es la casa real británica, que se ha adaptado a los nuevos tiempos y forman parte de la élite masónica que os gobierna a todos.

Once: enfrentar a dos sectores fundamentales: patronos y obreros, en lugar de que trabajen juntos en post de un beneficio común. Con esto, han conseguido la aceptación de ambas partes en el gran juego en que los salarios no forman parte de una repartición de los beneficios generados por las empresas, sino que éstos, redundan en un inflamiento de los gastos en créditos, en préstamos y más gastos necesarios para la sostenibilidad de cualquier negocio o empresa.

Doce: Minar paulatinamente la imagen de las clases tradicionalmente dominantes, exponer en toda su totalidad sus vicios, sus desfases, su forma de vida despilfarradora. Estos elementos innecesarios paradigma de una sociedad enferma, han sido sustituidos por una clase dirigente que pretende dar muestras de altruismos y constante trabajo, ya no hay lugar para ricos caprichosos que despilfarran las fortunas de sus ancestros. Al menos, eso quieren hacerles creer.

Trece: agotar las materias primas, devastar la agricultura y ganadería y monopolizar el flujo migratorio en post de las nuevas y volátiles industrias. Abandono de las pequeñas superficies y explotaciones agrícolas y concentración poblacional en núcleos urbanos sin independencia ni autonomía.

Catorce: fomentar las ideas utópicas e irrealizables. Crear un paradigma irreal llamado “estado de derecho”, en el que todos tienen derecho a vivienda, a trabajo digno, a igualdad ante la justicia, etc. Todo ello, utópico e inalcanzable en los actuales parámetros de globalización.

Quince: Aumento constante de precios y salarios, con la pérdida paulatina del poder adquisitivo del obrero común. Este punto, lo entenderán en toda su plenitud, después de exponerles las actas que se redactaron a finales del siglo diez y nueve. Más tarde profundizaré en este importantísimo apartado.

Diez y seis: fomento constante de guerras entre distintas culturas, condicionando a la opinión pública en favor de ellas, por medio de auto-atentados denominados de “bandera blanca”, un ejemplo de esto es el caso del once de septiembre, cuya investigación ha frenado Obama en

Estados Unidos, después de anunciar a bombo y platillo que profundizaría en el evidente engaño de la anterior administración Bush. ¿Qué se consigue con estos atentados?: condicionar a la opinión pública para entrar en guerra con otro país, del que sólo se pretenden obtener sus recursos naturales.

Los atentados del once de septiembre de dos mil uno, fueron planificados por los servicios secretos americanos. ¡Profundicen ustedes mismos!

Diez y siete: La imposición del método de “sufragio universal” para la elección de los gobiernos de cada país, dos opciones manejables desde el dinero necesario para sus campañas electorales, además de que la clase política, sea de por sí, un sector inútil, incapaz de solucionar los problemas reales de una nación, para los que necesitan: dinero y técnicos o científicos.

En definitiva, distraer la atención del ciudadano usando un títere, al que se coloca en el poder y que no sabe nada acerca del arte de gobernar.

Diez y ocho: Acabar con las antiguas monarquías, el nuevo orden mundial se sostiene mejor sobre repúblicas, aunque en el caso de España, se optara por dar continuidad a la dinastía Borbona, debido a su facilidad para recibir órdenes de arriba. Esta es una excepción, ya que normalmente los reyes, quienes tanto daño le han hecho a la humanidad, suelen enfrentarse a los poderes ocultos a los que les cuesta subordinarse.

Diez y nueve: una vez conseguido el sistema bipartidista, ir despojando las constituciones de cada país de sentido, e ir sustituyéndolas por sistemas dictatoriales, que la gente aplaudirá como siempre hizo en momentos de crisis. Esto, se ha ensayado en diferentes etapas de la historia reciente, pero será dentro de poco, cuando adquiera su carácter definitivo al no haber más que un solo gobierno en el mundo.

En cualquier caso, repasen ustedes todas las leyes que recortan más y más su libertad, desde el fatídico 11-S.

Veinte: Monopolizar la economía por sectores, para su mejor control. Mediante la creación de las crisis financieras, se van absorbiendo todas las fortunas disidentes, con el plan global iluminati, este es el verdadero objetivo de las crisis financieras, acabar con la competencia.

Veintiuno: Preparar para el principio del siglo veintiuno, la gran crisis total, la ruptura de todo el sistema, el colapso tras el cual, no hará falta más manipulación. Unas pocas manos tendrán toda la riqueza mundial, y el resto estará en bancarrota, los bancos dejarán de dar créditos y habrá un gran diezmo y reestructuración de la población mundial.

La economía mundial está en manos de menos de quinientos grupos empresariales, eso que llaman “lobbys”, tras los cuales, se esconden otras tantas grandes familias. En cuanto quieran, pueden paralizar el mundo, su economía, e instalar su nuevo orden mundial, y les queda muy poco, porque el actual sistema monetario, no da más de sí, y el colapso es inminente.

Veintidós: creación de un gobierno único y mundial en el que ya no harán falta máscaras, y entonces todos ustedes sabrán, que lo que hoy digo, no es más que:

LA REALIDAD QUE LES ESPERA, A NO SER QUE DESPIERTEN DE UNA VEZ.

Veintitrés: Privatización de los recursos imprescindibles: aire y agua, sin los cuales no es posible la vida.

Hemos llegado al final de las actas que se redactaron en la reunión de la cúpula dirigente del Priorato de Sión, a finales del siglo diez y nueve. Y supongo que algunos de sus puntos, les resultarán arcaicos o desfasados.

Pero el plan que se redactó entonces, ha tenido que adaptarse constantemente ante los cambios mundiales que han ido produciéndose.

Nuestro cielo está contaminado, envenenado adrede, el agua ha sido ensuciada haciéndola inservible, destruyendo así la vida que hay en ella, nuestro mundo agoniza y está claro que sobra gente, “estómagos inservibles” como ellos dicen en privado.

Yo, los he escuchado.

Pero independientemente de que crean o no en la historia que acabo de contarles, en esa conspiración urdida desde hace más de un siglo, ahora les hablaré de mis propias experiencias, de cuál es el estado en que se encuentran, de las formas en las que ellos llevan a cabo todos sus propósitos.

Hace unos meses, asistí a una de las reuniones de las que voy a hablarles a continuación, se trata del Club Bilderberg, sociedad que reúne todos los años en el mes de mayo (un mes antes de la cumbre más conocida llamada G-8), a todas las familias iluminati, con políticos a los que se pretende promocionar, directores de las más grandes empresas, medios de comunicación, a los que se les sugieren nuevas tendencias informativas según los propósitos para cada distinto ejercicio, y los restos de la antigua realeza.

Dichos encuentros Bilderberg, se llevan a cabo entre medidas de seguridad mayores aún que las del G-8, con el secretismo propio de la masonería, en localidades muy pequeñas y apartadas de las urbes principales, y amparadas por el gobierno del país donde tengan lugar.

Públicamente, excusan estos encuentros con el pretexto de crear un foro de diálogo y análisis en el que se porten soluciones a los distintos problemas mundiales. Periodistas como Estulín o Tucker, están amenazados de muerte por haber sacado a la luz, los verdaderos propósitos para dichas reuniones.

De cara a la galería (es decir, a todos los asistentes no iluminati), se sugieren temas de debate, en los que cada asistente, tiene un turno de tres minutos para exponer sus puntos de vista. Los encuentros Bilderberg, tienen lugar durante cuatro días seguidos, en los que cada participante ha alquilado un hotel de la zona al completo. Y es ahí, donde tienen lugar los encuentros verdaderamente cruciales. El resto de las charlas, reuniones, diálogos, foros, y debates abiertos, no son más que una manera de poner en circulación los verdaderos planes y objetivos anuales. Los asistentes no iluminati, acuden a la cita, con el pretexto de afianzar su posición de privilegio dentro de la cúpula dominante, pero son manipulados y chantajeados, para la posterior aplicación de los verdaderos intereses de este gobierno REAL en la sombra. Todos estos “paripés” tienen lugar en jornadas de trabajo que no exceden las tres horas de duración, y yo os voy a contar qué sucede en los “ratos libres” con los verdaderos iluminati. Vuestros amos.

Yo debía pasar por una iniciación masónica, me encontraba en el salón de un hotel adonde trece vjestorios me miraban con desconfianza, ellos eran los auténticos iluminati: trece.

Todos ellos grandes maestros de distintas logias mundiales. La masonería, es un sistema piramidal que se divide en grados, y ellos, ostentan los más elevados, todos son grado treinta y tres.

Nadie que no pertenezca a alguna de las familias que acaparan el poder, puede jamás llegar a estos grados, de hecho los grados masónicos a partir del treinta, están reservados exclusivamente para herederos de estas familias. Al resto de la masonería, se le da esperanza, se la engaña con nobles valores, pero en el fondo, la cúspide de esta organización piramidal, tiene sus asientos reservados para una minoría formada por dicha élite iluminati.

¿Ustedes no se han preguntado, por qué desaparecen tantos niños a lo largo de todo el planeta?, ¿No creen, como yo, que la pornografía infantil es algo tras lo cuál hay mucho dinero?, ¿Creen acaso que el ser humano, desde su historia más arcana, ha realizado sacrificios humanos simplemente por demencia?, ¿O suponen, como yo sé, que la verdad es bien distinta?

No voy a ser explícito, no es mi estilo, de hecho no me gusta el sensacionalismo, pero yo estaba frente a todos los grados máximos iluminati, en una ceremonia tras la que yo mismo pasaría a formar parte de esta élite, cuando se me pidió que en el nombre de mi raza y de mi posición, debía quitar la vida a un ser inocente, no sin antes, despojarle de su virginidad, el poder que obtendría con dicho acto abominable, sería el sello que firmara mi adhesión a Iluminati.

Jamás lo hice, y a partir de aquel día, no he hecho si no ocultarme de sus secuaces.

Porque ellos, no son más que seres que se nutren del sufrimiento ajeno.

Su única fuente de poder, es vuestra ignorancia, y se bañan en la sangre de criaturas inocentes que antes os roban, y todo para mantener su ilusión, porque el poder que ostentan, no es más que un sucedáneo de algo que vosotros y vosotras, podéis obtener de forma más bella e infinitamente más sencilla, os estoy hablando del mayor poder del que disponemos los seres humanos: el amor, y de su complemento: el odio y la venganza para con los que impiden la realidad del verbo amar.

Y bien, llegado a este punto, vosotros y vosotras diréis: ¡Vale!, ¡Te creo!, estamos siendo manipulados por todos estos magnates sin corazón ni fuerza vital, con el único propósito de mantener un manso rebaño que les alimente sin que tan siquiera podamos rechistar...

Pero, ¿qué hacemos?, ¿cómo les quitamos el poder? Y ¿qué mundo construimos después?

A partir de este momento, no quiero espectadores.

Os voy a pedir que os impliquéis, de hecho, si apagáis vuestra tele digital ahora mismo, el virus de construcción masiva se habrá destruido. Ahora ya no tenéis que seguir tragándoos esta charla.

Esa es vuestra elección.

Para los que seguí viéndome, vamos a utilizar la lógica y yo os voy a dar una solución, que vosotros tendréis que llevar a la práctica si queréis ser libres por primera vez en vuestra vida.

¿Sabéis cómo han acelerado el final de su plan?

Han hecho trampas, pero la gente desconoce la naturaleza de una de las mayores estafas, con la que incluso ellos, los todo poderosos iluminati, pueden acabar encarcelados o ejecutados, según decidáis en el nuevo mundo que comenzará el día que empecéis a rebelaros todos juntos.

Bien, digamos que la mayoría de vosotros estáis atados a un trabajo que odiáis, por el mero hecho de subsistir, quien más y quién menos tenéis una hipoteca con el banco, que tenga el nombre que tenga, siempre les pertenecerá en última instancia a ellos.

Lo primero que debéis conocer es el funcionamiento del actual sistema monetario, ese que os esclaviza, y para ello, como dije antes, solicito un último esfuerzo por vuestra parte, pues tendréis que utilizar vuestro cerebro de forma lógica, que paradójicamente es la manera de raciocinio que os han intentado extirpar desde vuestro primer contacto con los sistemas educativos.

Comencemos:

Antes yo tenía un kilo de oro, y podía fabricar un determinado número de billetes, que avalaban su valor con la cantidad que yo tuviera de dicho metal dorado. Si pretendía fabricar más billetes, debía aumentar mis reservas de oro.

En un momento determinado de la historia, iluminati se hicieron con el control de las entidades emisoras de dinero, el primer caso, por supuesto se dio en los Estados Unidos de América, donde se hicieron con el control de la reserva federal, que es el único organismo que emite moneda y se la “presta” con un interés al gobierno americano: primera trampa.

Yo fabrico mil millones y se los presto a una nación, que adquiere en ese instante una deuda conmigo de mil cien millones. ¿cómo podrán pagarme su deuda?

Utilicen su lógica...

No podrán.

¿Y de quién será la nación entonces?

Ahora bien, llegamos a un punto de la ecuación, en el que entra en juego una nueva variable: el dinero electrónico.

¿Saben ustedes que el noventa y cinco por ciento del dinero que circula en el mundo, no existe más que en los ordenadores de la banca?

Prueben todos juntos, a sacar a la vez todos sus ahorros, hundirían la banca.

Seguimos con la lógica:

Si yo, por ejemplo, que no tengo oro, hago una tirada de preciosos y completos billetes idénticos a los que fabrican las entidades destinadas a tal propósito, y los pongo en circulación, ¿qué haría conmigo la justicia?

¡Bingo!, ustedes lo han dicho: me detendrían por falsificar dinero, e iría a la cárcel por estafador.

Y eso, es lo que están haciendo los banqueros. Crean dinero tecleando un importe en su pantalla, y ustedes firman un contrato en el que a cambio, y como garantía de pago, ponen su vivienda o cualquiera de sus bienes físicos REALES...

¿Pero a cambio de qué hipotecan sus viviendas?

Lo hacen a cambio de un dinero que no existía hasta que ustedes asumieron dicha deuda.

Es decir, en su contrato hipotecario... ¡Búsquenlo!, lo tendrán entre sus papeles, ¡háganlo ahora mismo!... en dicho papel, pone bien claro que el banco les presta una cantidad “x” de DINERO REAL y ustedes avalan con su CASA, que es un bien REAL.

Ustedes firmaron un contrato fraudulento, ya que el dinero que el banco les prestó, no es real, ni siquiera es falso, simplemente NO EXISTE.

SU DINERO ES IRREAL.

Pero si tan sólo uno entre ustedes denuncia la trampa ante cualquier tribunal, la lentitud del sistema aprovechada por el ejército de picapleitos que antepondrán recursos, aplazamientos, argucias, e insoportables vueltas de tuerca, que les sangrarán, les desesperarán, y se verán desamparados ante la mayor de las injusticias. Al final, sólo tendrán la opción de pagar su deuda o perder sus bienes.

¿Pero no les dije que debían utilizar la lógica?

¿No se juntan ustedes para ir al fútbol?

¿No les gusta tanto estar rodeados del resto de sus semejantes?

¿No se asocian ante cualquier estupidez?

Crean una asociación de clientes estafados, búsquense un buen abogado, páguenlo entre todos y acaben con los estafadores de una vez por todas.

¿No quieren ser libres de una vez, por el amor de Dios?
¿Es este mundo decadente, el que quieren para sus hijos e hijas?

Ustedes sabrán, que la historia la escriben quiénes vencen las guerras.

Permítanme entonces que les sugiera una pregunta:

La batalla es real, son ellos, los que mandan: iluminati.

¿Quiénes van a escribir su historia, la de ustedes, a partid de hoy?

¿Lo van a seguir haciendo iluminati?

¿O van a tomar ustedes las riendas de sus propias vidas de una vez?

Saben cómo hacerlo.

La elección es suya.

Yo, cumplí con mi parte y ahora les dejo de una vez.

No sin antes presentarles a mi amigo Fausto, un físico que ha estudiado la forma de obtener energía gratuita para todos los seres humanos del planeta. Y créanme, no es el único, muchos científicos como él, son calumniados y apartados de la ciencia, y sin embargo, gente con Fausto, no se rinde, y me consta que deberían ser ellos y no los políticos o familias como la mía, quienes guiaran a la humanidad hacia un nuevo sistema.

¿Se imaginan que todo el dinero despilfarrado en guerras, se utilizara para hacer posible una tecnología con la que TODOS ganáramos, una tecnología que liberase al ser humano de trabajos que le esclavizan?

Hay científicos que ya lo han imaginado, y han diseñado una alternativa de gobierno:

Que las máquinas trabajen, no sólo para los ricos, sino para todo el planeta.

Que nadie posea nada y sin embargo, que todos podamos disfrutar de lo que necesitamos.

Les aseguro que esta utopía, dejará de serlo, cuando ustedes se hayan rebelado e iluminati, sólo sean “historia”. Pero no historia oculta, sino PASADA.

Sólo añadí unas palabras, para que ustedes reflexionen sobre su significado.

El poder basa su fuerza en el hecho de que la gente “la masa”, prefiere ser gobernada, a buscar su verdadera esencia, eso que los filósofos llamaron SER.

Muchas veces, la injusticia que denunciamos en el resto, es simplemente el reflejo de nuestros propios instintos, odiamos lo que detestamos de nosotros mismos, y como no queremos juzgarnos, juzgamos pues al resto.

Pase lo que pase con iluminati, la revolución comienza en la búsqueda individual dentro de cada uno de ustedes, afronten sus demonios, vénganlos, déjenlos a salvo tras sus espejos, rechacen la crueldad en sus propias vidas y fomenten el amor, pero el AMOR con mayúsculas, sólo así podrán enfocar su ODIO en el momento en que lo necesiten, pues no todo es una batalla en esta vida, y el buen guerrero, deberá amar su casa (GEA), a sus semejantes y respetar su propio camino, que en ningún caso será el que poder le enseñó como correcto.

Loren cada vez que el mundo lo haga, y entonces, cada vez que rian, el mundo lo hará con ustedes.

Reconecten con la naturaleza, a través de ella, llegarán a ese SER que todos compartimos, un SER que se nutre de las DIFERENCIAS de cada una de sus células. Llegando a esta sabiduría, a este axioma perdido, borrado de raíz de nuestras conciencias, descubriremos que el odio se convertirá en justicia, y el amor, en una esperanza para la vida.

Busquen de dónde vienen, sus orígenes “borrados” por la historia embustera, y entonces sabrán de verdad A QUÉ VINIERON A ESTE MUNDO.

El virus de construcción masiva, desaparecerá de sus pantallas en breves instantes.
Me gustaría sin embargo, dejarles con una última reflexión:
¿Para qué creen ustedes que vinieron a la vida?
¿Para mantener a sus amos?
O bien:
¡PARA VIVIRLA Y DESCUBRIR SU PROPIO CAMINO!

Unos minutos más tarde
En algún lugar de Asia, en un planeta llamado GEA.

Una mano mueve lentamente una pieza en un tablero de ajedrez...
Jaque –dice Capablanca.
Yo creo que es mate –matiza Nostradamus.
Observa mejor la jugada –aconseja el primero.
Cierto –y mueve su rey negro entre un caballo y un alfil blancos-. ¿Habrá terminado ya el virus? –Capablanca consulta su reloj-
Sí, hará un par de minutos –dice muy seguro- para algo me sirvió lo de controlar los medios de comunicación...
Sí, una vuelta genial de tuerca, mucho mejor la televisión que Internet, pero aún no me has contado como hiciste para que no nos mataran...
Tratos –responde evasivamente Capablanca- ...Les engañé, como ellos hacen siempre...
Bueno, tú sabrás, ¿sabes algo de Fausto?
Sí, él también entró en el trato, no le harán nada. No le he dicho nada hasta ahora, porque debía pensar que tú y yo estábamos muertos. A él le siguieron muy de cerca, y podrían haber descubierto nuestros planes...
¿Y dónde está ahora?
No lo sé, pero seguro que estará bien
¿Cómo lo dices tan seguro? –pregunta Nostradamus, que hace un movimiento con su rey negro.
Porque me ha contado Rafa, que acaba de contactar con él, que Fausto volvió a encontrarse con Ana, su primera novia y hace poco que se han ido juntos de España, creo que se fueron junto al mar, y sé que ella está embarazada.
¿Y en qué mundo crees que crecerá ese nuevo ser?
¿Te refieres a quién vencerá esta guerra, iluminati o los peones? –Nostradamus asiente-... Me gustaría pensar que nosotros, que también somos peones, pero no sé cómo reaccionará la gente, es ahora o nunca, no hay otra –y Capablanca observa de nuevo el tablero, hasta que al fin dice- ¡Son tablas!
¡Toma ya! –grita su amigo-. ¡Es la primera vez en mi puta vida que no me ganas!, ¡toma ya!.
Sólo espero, que en la partida real no queden en tablas y que el jaque, haya valido para algo, porque si no...

FIN

¡Tú!, sí tú, que acabas de terminar el libro:
Ahora te toca cotejar datos... no irás a quedarte sin hacer nada!!!

Comienza por:

www.somosmejoresqueellos.com

Y TE RECOMIENDO QUE AUNES A TU GENTE, BUSQUÉIS UN LUGAR REMOTO Y POCO A POCO, LEVÁNTEIS UN PUEBLO (VUESTRA PROPIA NACIÓN), RECUPERÉIS LA ANTIGUA SABIDURÍA Y OS ORGANICÉIS DE MODO QUE NADIE PUEDA GOBERNAROS, DE MOMENTO NO OS ASOCIÉIS, QUE NO SEPAN QUE FORMÁIS UNA UNIDAD, ASÍ LOS EVITARÉIS.

VIVIR CERCA LOS UNOS DE LAS OTRAS, Y JUNTAROS PARA DECIDIR LOS ASUNTOS IMPORTANTES...

Y PARA REÍR

Y PARA CREAR

Y SI LLEGARA EL CASO, TODOS JUNTOS:

PARA LUCHAR POR VUESTRA NUEVA NACIÓN, ESTÉ DÓNDE ESTÉ.

SUERTE COMPAÑER@S

AHORA OS TOCA TERMINAR ESTA HISTORIA A VOSOTR@S.

Yo, cumplí con mi parte y no les temo en absoluto, porque yo sí sé lo que SOY.

Y lo que NO SOY.

Y no soy el esclavo de NADIE.

SALUD Y LIBERTAD

Miguel Rix